
LOS
AUSENTES
JUANA CORTÉS AMUNARRIZ
ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Los ausentes
Dedicatoria
Citas
Parte I
Leire y Bixen
Roque
Bixen
Leire
Tor y Chus
Leire
Ander
Bixen
Leire
Bixen
Roque
Leire
Bixen
Leire
Bixen
Leire
Ander
Isa
Leire
Roque
Leire
Ander
Leire
Roque
Ander
Leire
Bixen
Leire
Parte II
Mertxe
Ander
Mertxe
Bixen
Mertxe

Leire
Kuti
Bixen
Kuti
Leire
Camino del caserío
En el caserío
Leire
Maider
Ander
En el caserío. Primera llamada
Bixen
Leire. Primera llamada
Mertxe
En el caserío. Segunda llamada
Leire. Segunda llamada
Bixen
Azeri
Tor
Parte III
Caserío. Tercera llamada
Leire. Tercera llamada
Mertxe
Ander
Caserío. Cuarta llamada
Bixen
Leire. Cuarta llamada
En el caserío
Ander
En el caserío
Maider
Asier
En el caserío
Leire
Julen
Bixen
Kuti
Roque
Ander
Blasco
Leire
En casa de Kuti
Blasco
Roque
Bixen

Leire
Parte IV
Azeri
Antonio
Ander
Kuti
Bixen
Leire
Kuti y Mertxe
Bixen
Azeri
Leire
Julen
Leire
Kuti
Ander
En comisaría
Leire
Julen
Azeri
Roque
Leire
Todos
Epílogo. Leire y Bixen
Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Temerás a quien ya no tiene nada que perder.
Un thriller psicológico en el que la víctima no se rinde.

País Vasco, 2007. Tras el fracaso de la última tregua, ETA prepara un nuevo golpe para demostrar su cuestionada fortaleza. Dos encapuchados secuestran a punta de pistola a Bixen Alzola, profesor de universidad y defensor de la vía pacífica como única alternativa para solucionar el conflicto vasco. Cuando su mujer, Leire, recibe la llamada de la organización terrorista reivindicando la acción, siente que su mundo se resquebraja. Sabe que las posibilidades de que su marido salga indemne son mínimas. Durante esa larga noche, Leire toma una decisión: hará todo lo que esté en su mano para salvar la vida de su marido.

¿De qué será capaz? ¿Hasta dónde está dispuesta a llegar? Y ¿qué precio va a pagar por ello? Porque ya nada será igual. No hay vuelta atrás. Nunca la hay cuando se traspasan ciertos límites.

Los ausentes es una novela sobre la violencia, violencia que paulatinamente irá arrastrando a todos los personajes, sin que nadie, ni nada, logre detenerla.

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

LOS AUSENTES



A mi padre, Francisco Cortés,
un hombre bueno

AUSENTE: persona de quien se ignora si vive todavía y dónde está.

Diccionario de la RAE

Mesedez ozen esan negua joan egin dela
Izara guztiak erre ditut eta.

Zea Mays, *Negua joan da ta*

[Por favor, di en alto que el invierno se ha ido
porque he quemado todas las sábanas.

Zea Mays, *Porque el invierno se ha ido*]

Irún, Guipúzcoa, País Vasco
Miércoles, 7 de noviembre de 2007

PARTE I

Leire y Bixen

Todavía no lo sabían, pero recordarían muchas veces esa mañana, la última de una vida que estaba a punto de desaparecer. Parecía un miércoles cualquiera. Había llovido por la noche. Bixen no se había enterado; cuando tomaba Lorazepam dormía profundamente. Ella sí. Leire había escuchado la lluvia golpeando los cristales en diversas ocasiones.

—Compra pan integral —dijo Bixen, asomado a la puerta de la cocina, mientras se ponía la parka.

Leire se volvió. Un mechón de pelo castaño le caía sobre los ojos. Llevaba su pijama de cuadros y sostenía en la mano una taza de café.

—Hoy sales antes —dijo mirando el reloj de la cocina.

Hablaban de cosas sin importancia. No podían imaginar que estaban a punto de perder un tiempo único, irrecuperable.

—Me voy en tren. Seguro que han cortado la carretera otra vez.

—¿Qué ha pasado?

—Ayer por la noche hubo una operación policial en Pasajes. Han desarticulado un comando. Lo he escuchado en la radio mientras me duchaba.

Leire frunció la nariz, en un gesto inconsciente. Sabían lo que significaba una noticia así. Aunque habían quedado atrás los años duros de la *kale borroka*, cualquier intervención contra ETA suponía movilizaciones. Violencia callejera, barricadas, contenedores quemados, mobiliario urbano destrozado, ataques a sedes de partidos políticos y a edificios institucionales. Lo mejor era andarse con cuidado y evitar las zonas conflictivas.

—No creo que nos dejen dar clase. Aprovecharé para poner al día los temas administrativos que me dan tanta pereza… Espero estar de vuelta pronto —dijo Bixen acercándose a ella para despedirse.

—Un momento…

Leire levantó los brazos y le quitó las gafas. Bixen medía uno noventa y dos, en cambio ella no llegaba al metro setenta. Sin las gafas, los ojos de él, de un color gris oscuro, parecían un poco tristes. Leire se las acercó a la boca y exhaló su aliento en los cristales. Acto seguido, los limpió con una esquina de su pijama de algodón.

—Ya está. No sé cómo puedes ver con las gafas tan sucias.

Él sonrió, como un crío travieso acostumbrado a escuchar siempre la misma perorata, y se colocó las gafas. Está animado, pensó Leire. Faltaba ya poco para la operación, todo iba bien. Al besarle en los labios, sintió el suave cosquilleo que le provocaba siempre el contacto con su barba.

Solo más tarde, al mirar atrás, recordarían cada detalle intrascendente, lo hermoso de aquella indiferencia.

—Acuérdate de la compra —le dijo Bixen antes de cerrar la puerta de la casa.

—Pan integral y yogures desnatados —le contestó Leire.

Roque

Cuando sonó su móvil Roque estaba en una furgoneta Fiat Ducato blanca, en una gasolinera a la salida de San Juan de Luz. Había quedado allí con un tipo, un comercial de una empresa de neumáticos. Aquel hombre viajaba con frecuencia y podía ser un buen contacto para obtener información, contratar pisos o mover armas por toda Francia. Sabían que necesitaba dinero, así que confiaba en que fuera fácil de convencer.

La mañana era oscura, las nubes cubrían el cielo y había en el aire un presagio de tormenta. La calefacción no funcionaba. Se frotó las manos para calentarlas antes de contestar la llamada. Reconoció el número de Azeri. ¿Qué querría ahora?

—El objetivo uno se ha largado.

—Pero ¿qué dices?

—Que el muy cabrón ha puesto tierra de por medio. Llevamos dos días sin saber de él —dijo Azeri cabreado.

Roque miró a su alrededor a través de las ventanillas del coche.

—Me apuesto lo que quieras a que alguien le dio el chivatazo. A saber dónde se ha escondido… A mí me da que a ese no le volvemos a ver el pelo por aquí —continuó Azeri.

Un Renault Clio se había parado junto al surtidor de diésel. Roque se fijó en él unos segundos, hasta que el conductor salió. Tenía el pelo canoso y cojeaba ligeramente. Lo ignoró; aquel no era el hombre que esperaba.

—Tenemos que pensar bien qué hacemos —opinó Roque—. Además, nos han jodido con lo de Pasajes. ¿Los conocías?

—No. Era un comando nuevo.

— Lo mejor será pararlo todo.

—¡Ni de coña!

Azeri pertenecía a las nuevas generaciones. Tenía ganas de comerse el mundo, y quizás por esa razón era tan temerario.

—Mira… No es bueno improvisar, tío.

—No vamos a parar nada.

Niñato de mierda. ¿Quién cojones se cree este para darme órdenes?, pensó Roque. Azeri no tenía ni idea de lo que habían vivido hasta llegar ahí. Creía que todo se arreglaba a hostias. Se mordió la lengua para no mandarle a tomar por culo.

—De acuerdo. Objetivo dos —dijo Roque de mala gana.

Las conversaciones con Azeri solían acabar así, con él haciendo de tripas corazón. Porque las disputas en la banda eran cada vez más frecuentes y eso no les beneficiaba.

—Estamos en contacto —dijo Azeri antes de colgar.

Roque inspiró profundamente para controlar la rabia que sentía. Era consciente de que, después de todos aquellos años, le estaban ninguneando. Más de media vida entregada a la banda y ahora esto…

El golpeteo de unos nudillos en la ventanilla le sobresaltó. El enfado le había hecho perder la concentración, y ese era un lujo que no se podía permitir. Los despistes se pagaban caros. Por suerte, se trataba de aquel comercial al que esperaba. Roque accionó el cierre.

El tipo, un hombre bajito y calvo, se metió en la furgoneta. Parecía un conejo asustado. ¡Vaya fichaje!, pensó Roque mirándolo de arriba abajo.

Bixen

Al llegar a Irún, llovía. Bixen salió de la estación del topo en dirección a su casa. Vivían en una antigua villa en la parte alta de la ciudad, donde hacía años se encontraba la fábrica de chocolates Elgorriaga. Muy cerca estaba el parque Mendibil, que albergaba el conservatorio de música, rodeado de magnolios, laureles y arces. Era un barrio tranquilo.

Caminó bajo la fina lluvia, sintiendo las gotas sobre el cuero cabelludo. Una vez más, se había dejado el paraguas en el despacho. Estaba cerca de su calle cuando se cruzó con Patxi, el dueño del taller mecánico, que vivía en una casa próxima a la suya. Desde hacía algún tiempo su vecino le evitaba. Y, por desgracia, no era el único.

—*Agur* —le dijo Bixen.

Patxi le devolvió el saludo con gesto serio.

Estaba deseando llegar a casa, quitarse la ropa mojada y relajarse. No había tenido un buen día. Un grupo de radicales había reventado su clase. Entre insultos y amenazas, habían echado del aula a los pocos alumnos que se habían atrevido a acudir. Un día más de enfrentamientos y nervios, de dar la cara para qué, si no parecía que fuera a cambiar nada.

Estaba a unos cien metros de su casa. Sostenía las llaves entre los dedos de la mano derecha, que llevaba en el bolsillo. Concentrado en sus pensamientos, no reparó en los dos hombres que estaban en el interior de un Ford Focus de color gris. ¿Hablaría esa noche con Leire? ¿Se decidiría a contárselo? Ya habían pasado varios días y… Quizás durante la cena.

El hombre que estaba en el asiento del copiloto salió del coche y dejó la puerta abierta. Miró a ambos lados de la calle. Tras comprobar que no había nadie, se cubrió la cabeza.

Bixen sintió pasos a su espalda. Se volvió. El pasamontañas le asustó, y dio un traspiés, confundido. Sintió la presión de la pistola clavada en su estómago.

—Bixen Alzola —dijo el encapuchado.

Paralizado por un miedo intenso, Bixen permaneció inmóvil. Reparó en que un segundo hombre, también encapuchado, había salido del automóvil.

Esto está pasando, se dijo. Está pasando de verdad.

Aquellos iban a ser sus últimos segundos de vida. Se preparó para recibir el impacto de la bala y el olor de la pólvora; para sentir el dolor horrible de su vientre desgarrado, de sus entrañas abiertas. Se doblaría en dos, sintiendo los intestinos calientes, la sangre en las manos. Presionaría la herida con todas sus fuerzas. Imaginó el charco granate que dejaría en el suelo y que alguien cubriría con serrín o limpiaría con una manguera horas después. Se preguntó si la huida de sus asesinos sería lo último que viera. Si moriría con los ojos abiertos o cerrados.

—¡Vamos, joder!

El hombre que le apuntaba con el arma, golpeó su hombro, utilizando la mano libre. Le empujó hacia el coche.

—¡Venga! —dijo tirando de Bixen.

El conductor había abierto el maletero. Lo metieron dentro. Bixen tuvo que flexionar las

piernas, pegándolas contra su pecho. Se golpeó el codo y un latigazo de dolor recorrió su brazo, hasta el hombro. Se le saltaron las lágrimas. Cuando la puerta cayó sobre él, quedó sumido en la más absoluta oscuridad.

El coche arrancó suavemente. Se alejó bajo la lluvia en dirección a la avenida de Iparralde, la vía de salida de la ciudad más cercana. Todo había sucedido en tan solo unos minutos.

Leire

Leire trabajaba en la biblioteca situada en el edificio Ikust-Alaia de la calle Mayor de Irún. Salía a las cinco y media. Como todos los miércoles, fue a su clase de yoga en el polideportivo que estaba muy cerca de su trabajo. En el camino, vio cómo se encendían las farolas. El otoño siempre le sorprendía con esos días tan cortos.

De vuelta a casa, a pesar de ir cargada con la bolsa de deporte y la esterilla, paró a hacer la compra. Pan y yogures. También cogió una botella de vino, una lechuga, salmón ahumado, aguacates y unos filetes de ternera blanca. Al salir caían cuatro gotas, pero iba tan cargada que no abrió el paraguas.

Una vez en casa, tras darse una ducha rápida, se puso cómoda. En la radio, en un programa de música de Euskal Irratia, sonaba Suzanne Vega. En la mesa estaba la revista con la receta que había elegido. Un cocinero famoso proponía combinar la lechuga con ahumados, cebolleta, aguacates y aliñar la ensalada con aceite de oliva, zumo de naranja y vinagre.

Leire canturreó *My name is Luka,* mientras limpiaba bajo el grifo las hojas de la lechuga. Cuando sonó el teléfono, hizo un gesto de fastidio. La ley de Murphy, pensó. Se secó las manos con un trapo de camino a la sala.

A esas horas, podía tratarse de su madre, de Isa, o de algún otro amigo. O quizás fuera una de esas molestas llamadas comerciales que ofrecían cambiar de compañía telefónica. En todo caso, imaginaba, una llamada más, tras la cual seguiría preparando la cena. Una ensalada y unos filetes a la plancha, algo sencillo.

Al entrar en la sala para coger el teléfono, Leire se golpeó el pie con la pata del sofá. Lanzó un quejido antes de responder.

—Escucha bien —dijo una voz masculina.

A Leire le sorprendió aquel tono seco, violento, pero toda su atención estaba puesta en el dedo herido. Lo envolvió con la mano libre, como si quisiera protegerlo. Llevaba unos calcetines gruesos que utilizaba en lugar de las zapatillas.

—No voy a repetir ni una palabra —continuó la voz.

Ahora sí, Leire se preguntó quién estaba al otro lado. Quiso decirle a ese desconocido que se equivocaba, pero la siguiente frase que escuchó la sumió en el desconcierto.

—Tenemos a Alzola.

Leire no reaccionó. Le dolía el pie. Tenía las manos todavía un poco húmedas. En la cocina, el agua seguía corriendo sobre las hojas de lechuga.

—Hablo en nombre de ETA.

Dio unos pasos, aturdida. Sintió un leve mareo, el vértigo en su estómago. Como una sonámbula, se dirigió a la cocina sin soltar el teléfono, que sostenía con firmeza. De repente necesitaba evitar que el agua siguiera derramándose sobre la fuente de cristal. Cerró el grifo y observó las hojas de lechuga, hundidas, inertes en el fondo de la ensaladera.

—Es un secuestro político. Obedece nuestras indicaciones si quieres que siga con vida. No

llames a la policía hoy. Espera a mañana y lo denuncias en comisaría. ¿Me has entendido?

La conversación finalizó bruscamente.

Leire se quedó mirando los dos filetes que descansaban sobre un plato, en la encimera. Cuando se cansó de escuchar el pitido discontinuo que hacía el teléfono, colgó.

Tor y Chus

—Pim, pam, pum, fuego. Pim, pam, pum, fuego —repetía Tor, sentado en el asiento del copiloto.

—¿Te quieres callar? —le interrumpió Chus.

Conducía concentrado en la carretera; no había buena iluminación.

—Esto va de puta madre, tío. Ya lo tenemos. Ha sido fácil de cojones —dijo Tor.

—No cantes victoria aún. Tenemos que llegar al caserío.

—La pasma está entretenida con el jaleo que se ha montado en Pasajes, Hernani y sobre todo en Donosti. Han quemado algunos cajeros y un autobús. Así que tranquilo, con semejante movida no se van a poner a controlar las carreteras.

—Nunca se sabe.

—Que no tío, que no. Todo va sobre ruedas. Cuando he hablado con ella, la tía estaba cagada.

—Mejor, así seguirá las instrucciones sin chistar.

Tor sacó un paquete de chicles del bolsillo del anorak. Cogió uno, le quitó el envoltorio y se lo metió en la boca. Hacía un irritante sonido al masticar.

—¿Quieres un chicle? —le ofreció a Chus—. Son de menta.

—No puedo —dijo este mirando fijamente la calzada—. Tengo una caries en una muela.

—Pues vete al dentista, tío.

—Ya… Sí. Cuando esto pase.

—Joder, tío. Hacía tiempo que no dábamos un golpe. Y este va a ser la bomba. ¡Bum! —exclamó Tor alzando la voz.

Chus dio un respingo.

—¿Eres gilipollas? ¡No ves que estoy conduciendo! —le gritó enfadado.

—No te mosquees…

—A ti esto te pone cachondo, ¿no?

—La verdad es que sí. Echaba de menos la acción. Tanto diálogo y tanta tregua… Estamos amariconados, tío. Ahora hay que avisar de cada acción para que no haya víctimas. «Violencia de baja intensidad», lo llaman —se burló Tor, poniendo voz de pito.

—Se han intentado alcanzar acuerdos en las negociaciones.

—¿Acuerdos dices? ¿Quieres saber qué hemos conseguido? Nada. Una mierda es lo que hemos conseguido. Los fascistas del Gobierno español se han echado una vez más para atrás.

—Porque el atentado de la T4 fue una cagada —dijo Chus—. Nos cargamos a dos ecuatorianos en pleno alto el fuego.

—Gajes del oficio. No contábamos con ello… Pero el caso es que hemos vuelto a la lucha armada y aquí estamos, dispuestos a darlo todo —dijo con orgullo.

—Ahora, cállate, anda —le cortó Chus—. Tenemos que estar atentos. A ver si se nos va a pasar el desvío… Creo que es por aquí.

—Sí, estamos cerca —confirmó Tor.

Leire

Se dejó caer en una silla y apoyó la frente en la mesa de la cocina. Cerró los ojos. Ahora vendrá Bixen, se dijo. Y lo imaginó entrando en casa, quitándose la parka y las botas. Dejando el paraguas en el bidé del cuarto de baño para que escurriera.

—¿Qué tal el día? —le preguntaría su marido.

Y Leire le contaría que aquella mañana habían recibido una selección de libros eróticos orientales en la biblioteca.

—¿Y a que no te imaginas quién los ha pedido?

Él se encogería de hombros.

—¡Pilar!

Bixen se reiría a carcajadas. Pilar, una de las compañeras de Leire, era una mujer mayor, que estaba a punto de jubilarse.

Una vez sentados a la mesa, mientras él se servía la ensalada, Leire se decidiría por fin a contarle lo sucedido.

—Llamaron por teléfono. Dijeron que eran de ETA, que te habían secuestrado.

Bixen, sorprendido, alzaría las cejas. Luego, en un gesto cariñoso, acariciaría su mejilla.

—¿De verdad te has asustado? —le preguntaría con dulzura.

Leire asentiría, con cierto malestar todavía en la boca del estómago.

—Pero, *maitia[1]*, ¿quién me va a aguantar? —bromearía Bixen—. A mí me soltaban a los diez minutos…

Leire abrió los ojos. El consuelo de su fantasía desapareció de golpe y se encontró de nuevo sola en la cocina.

Quería poner fin a aquella broma de mal gusto, pero Bixen no llegaba. Y las horas pasaban. Y el eco de la amenazante voz de aquel desconocido lo llenaba todo.

El nudo que crecía en su garganta le impedía respirar. Se sentía incapaz de moverse. Parecía que sus manos se hubieran pegado a la superficie de la mesa. Y sus pies al suelo.

Se vio a sí misma convertida en un jabalí. Un cerdo salvaje que golpeaba la tierra con el hocico hasta reventarse las narices y dejarlo todo manchado de sangre.

Ander

Se había encerrado en el cuarto de baño. Nada de lavarse los dientes con la puerta abierta, o con Nerea a su lado, quitándole el espacio, metiendo su cepillo bajo el grifo justo cuando él iba a hacerlo. Los chicos de once años, casi doce, necesitan un poco de intimidad. Se miró en el espejo. Tenía el rostro fino, el pelo rubio oscuro, casi castaño, fuerte y con un flequillo que, peinado hacia arriba, permitía ver su frente despejada. Sus ojos eran azules, como el pijama que llevaba, con un dibujo de Bart Simpson sacando la lengua.

Ojalá su padre volviera pronto y pudiera estar un rato con él. Aquel era el mejor momento del día. Sentados los dos en la cama, Ander se recostaba sobre su hombro. Le gustaba sentir su olor, el tacto de su jersey en la mejilla, la caricia del pelo cobrizo que Kuti recogía en una coleta que le llegaba hasta la mitad de la espalda. El chico enroscaba su dedo en el pelo de su padre, mientras leían juntos alguno de los cómics que Kuti coleccionaba. Mira, le decía su padre y señalaba una ilustración, o un detalle que a Ander le había pasado desapercibido. ¿Has visto? El chaval asentía y Kuti seguía leyendo.

Se cepilló los dientes con desgana. Arriba, abajo, abajo, arriba. Al mover el cepillo podía ver su muñeca derecha. Y la cicatriz. ¿Qué es eso?, le había preguntado su madre. Nada, le había contestado. Siempre respondía lo mismo a las preguntas de Mertxe.

No sabía por qué lo había hecho. Bueno, sí lo sabía. Lo había hecho porque sí. Porque a veces hacía cosas que no podía explicar, pero las hacía. Se le iba un poco la cabeza. Y ese día le dio por coger la hoja de afeitar de su padre y… Lo intentó. Le hubiera gustado hacerlo, cortarse la mano entera. Sí, cortársela y enseñarle el muñón a Mertxe. Mira, *ama*. Su mano derecha caída en el suelo, o quizás sostenida con la izquierda. Era un juego. Una fantasía.

Soy Zarpa de Acero, pensó mientras apoyaba la cuchilla en la carne.

Louis Crandell, el ayudante de laboratorio del profesor Barringer, había perdido su mano derecha en un accidente y los científicos de su departamento le habían hecho la zarpa.

¿Le harían una mano artificial a él?, se preguntó hincando la cuchilla en la piel blanca. Dolía. Apretó la lengua contra los dientes para animarse a seguir. Ander fantaseaba con que le sucediera algo así. Se imaginaba en el colegio, rodeado de niños que querían tocar aquella mano poderosa que le haría un ser único y respetado.

Dolía, claro que dolía. Un, dos, tres, se animó Ander. La idea era hacer un movimiento brusco para que la cuchilla rompiera la carne. Un, dos, tres. Lo importante era no dudar.

Y además de la zarpa, lograría la invisibilidad como Crandell. Este un día, al recibir una descarga eléctrica a través de su mano artificial, descubrió que, mediante la electricidad, se volvía invisible. Tan solo se podía ver su reluciente mano de acero.

¿No te gustaría poder ser invisible a veces?, le había preguntado su padre, dejando el cómic abierto sobre sus rodillas. Y Ander había asentido.

Uno, dos, tres. Venga, chico. El mordisco de la cuchilla en la piel. La indecisión.

—Soy Louis Crandell. Voy a tener una zarpa de acero. Voy a ser invisible — dijo.

Y en ese momento la cuchilla entró en la carne. Ander soltó un gemido. Ya lo sabía; era un cobarde. Soltó la cuchilla y se agarró la muñeca herida. La apretó con fuerza.

Las gotas de sangre cayeron sobre la loza del lavabo. Se deslizaron hacia el desagüe dibujando unas líneas rosadas.

—¡Ander! ¿Sigues en el cuarto de baño?

Eso había sucedido hacía unas semanas. Ander se preguntaba si tendría valor para volver a intentarlo. Quizás sí. Pronto sería su cumpleaños, y puede que a los doce fuera un poco más valiente.

—¡Llevas un siglo dentro! Deja que tu hermana se lave los dientes.

Colocó el cepillo dentro del vasito de cerámica blanco. Tras bajarse la manga para ocultar la cicatriz, salió del baño y fue a su cuarto.

Bixen

El tipo de la pistola tenía un fuerte acento euskaldún. Pero no fue eso lo que llamó la atención de Bixen, sino la forma de pronunciar su nombre. En la boca del encapuchado había sonado como un salivazo. Su nombre convertido en insulto, en algo sucio por lo que tendría que pagar un precio. Y recordó las pintadas que habían aparecido en las paredes de la facultad, en septiembre, a comienzos del curso. *Alzola, hurrengoa izango zara zu*. Alzola, serás el siguiente, decían las amenazas escritas con pintura roja.

En aquella sociedad, cuanto más desapercibido pasara uno, mejor. Pero él no había seguido esa premisa. Hacía unos meses que Bixen, profesor de Derecho de la Universidad del País Vasco, había aparecido en un programa de debate de la Euskal Telebista, en el que se había hablado sobre la crispación y el desgaste social tras la ruptura del alto el fuego de ETA en el mes de julio. En realidad, habían invitado a su buen amigo Manu Artola, profesor de Filosofía y miembro de Aralar, pero un seminario en Frankfurt le había impedido acudir. Manu le pidió que le sustituyera. Era importante que se mostraran distintos puntos de vista y los intelectuales tenían mucho que decir.

Sin embargo, desde la emisión del programa, todo había cambiado. Su tranquilidad, la vehemencia de sus palabras, su clara defensa de la vía pacífica como única alternativa para solucionar el conflicto vasco, habían calado hondo. Incluso el mismo Bixen se quedó sorprendido al verse ante las cámaras. En ningún momento había contado con la enorme difusión que tuvo su intervención. Le llamaron de infinidad de medios, acudió a tertulias en programas de radio, le ofrecieron participar en nuevos programas de televisión. Sin quererlo, aquel tema se le había ido de las manos. Ese había sido su «pecado».

Con angustia, pensó en Leire, en su casa, en el mundo que dejaba atrás. Porque Bixen estaba encerrado en un maletero, en una postura terriblemente incómoda. Le molestaba el hombro, tenía la ropa húmeda por la lluvia, el frío se le metía en los huesos. Y aquel olor repugnante le provocaba náuseas. Olía fatal. Seguro que allí dentro habían llevado perros. Quizás perros de caza, como los pointers que tenía su tío, con los que él jugaba de niño. Intentó controlar la respiración para que el corazón no se le desbocara como un caballo asustado.

Había perdido el sentido del tiempo. ¿Cuánto llevaba encerrado? ¿Treinta minutos? ¿Cuarenta? ¿Una hora? Habían dejado la carretera principal, para tomar otra secundaria. Ahora el coche avanzaba despacio. Se preguntó una vez más a dónde le llevaban. Qué le esperaba. Comprendió que solo podía pensar a muy corto plazo. Al menos, no le habían pegado un tiro en plena calle, a pocos metros de su casa, como a otros, pero no podía anticipar nada más.

Su única certeza era que todavía estaba vivo.

Leire

Leire, sentada en la cocina, se sujetó el pie todavía dolorido. Bixen, cariño. Bixen… He comprado el pan. He comprado los yogures que te gustan. Se retiró un mechón de pelo que se le había pegado a la mejilla húmeda a causa del llanto.

¡Qué necios habían sido! Habían creído que los tiempos atroces de la violencia habían pasado. Que la paz era posible en aquel mundo asfixiante, claustrofóbico, en el que las relaciones estaban viciadas. Porque las cosas habían cambiado. Había una mayor conciencia social. Y de todo eso había hablado el propio Bixen en aquel programa de televisión.

Se preguntó cuánto tiempo hacía que los vigilaban. ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses, tal vez? ETA era un ente vivo, una especie de pulpo gigantesco cuyos tentáculos llegaban a cualquier lugar. Tenía ojos que todo lo veían y oídos que todo lo escuchaban.

Su marido era para ellos un simple objetivo al que habían estudiado, analizado. Le habían hecho la ficha. Hijo de Benito Alzola, pediatra en el barrio del Antiguo de San Sebastián durante muchos años. Su padre había muerto de un infarto antes de cumplir los setenta. Mariasun Naval, su madre, había tenido una tienda de telas muy conocida en Irún. Ahora, ya anciana, estaba ingresada en una residencia debido a su Alzheimer. Bixen se llevaba diez años con Bego, su hermana mayor, que se había trasladado a vivir a Bruselas en los años ochenta.

Seguro que sabían dónde trabajaba, cuál era el bar en el que almorzaba normalmente, con quién lo hacía, qué prensa leía. ¿Qué más podían conocer de Bixen? ¿Sabían que le gustaba pasear hasta el Peine de los Vientos en los días grises, cuando la playa de la Concha estaba vacía? ¿Que se podía pasar horas en la librería Lagun eligiendo libros y charlando con sus dueños? ¿Que visitaba una vez a la semana a su madre en la residencia Matia? El pulpo, el maldito kraken, estaba al tanto de sus hábitos. De sus horarios. Sí, era muy probable que supieran todo eso y mucho más.

Leire se preguntó si también la habían seguido a ella. Si conocían sus rutinas, sus manías. Se preguntó si estaban allí, tras los prismáticos, dos semanas antes, cuando sus padres vinieron a cenar. Si vieron a Bixen haciendo *kokotxas*. Si los observaron mientras brindaban con un *txakoli* que había comprado para la ocasión. Sintió repugnancia al imaginarlo. Su intimidad violada. Como si aquellos malditos ojos perversos hubieran recorrido lentamente su cuerpo desnudo.

Miró a su alrededor con desconfianza. Se preguntó si incluso habrían entrado en su casa aprovechando su ausencia. Los imaginó curioseando dentro de los armarios, tocando su ropa, sus cosas. Utilizando el cuarto de baño. Bebiendo agua en sus vasos o probando su comida. El corazón le dio un vuelco. El asco se mezcló con la rabia y con la impotencia.

Se volvió hacia la ventana que daba al jardín. ¿Y si estaban ahí? ¿Y si en ese mismo momento la estaban observando? Cogió aire, se levantó y avanzó dando tumbos. Tiró de la cortina. Lo hizo con tanta fuerza que estuvo a punto de arrancarla.

Recorrió el piso bajando las persianas de la planta baja. Subió la escalera y bajó las del dormitorio y las del estudio. Quería proteger la casa, aquellos ciento veinte metros cuadrados en los que vivían juntos desde hacía diez años. El lugar sagrado, íntimo, lleno de sueños y de

confesiones, en el que habían creído estar a salvo. Su hogar, o al menos lo que quedaba de su hogar. Aunque sabía que ya era demasiado tarde.

Bixen

Cuando le sacaron del maletero, le rodeó una oscuridad lechosa. La luna se filtraba con dificultad a través de las nubes. El aire frío le hizo estremecerse. Le vendaron los ojos con una tela basta que dio dos vueltas a su cabeza. Le hicieron un nudo sobre la nuca. La oscuridad de nuevo. La oscuridad total.

Tenían que sostenerlo. Las piernas no le obedecían, paralizadas por el miedo. Quiso mostrarse digno, pero su cuerpo le delataba. De hecho, parecía capaz de hacer cualquier cosa —cagarse o mearse encima, o simplemente romper en sollozos—. ¿Ya está?, se preguntó. ¿Es aquí donde todo va a acabar? ¿Este va a ser mi triste final? Temblaba de pies a cabeza, indefenso. ¿Le pedirían que se arrodillara? ¿O se sentaría en el suelo húmedo? Quizás, simplemente le dispararan estando de pie.

Entonces tiraron de él. Le hicieron caminar sobre la hierba. Luego, la dureza del suelo y el cambio de temperatura le anunciaron que habían entrado en un lugar cerrado. Por la forma de agarrarle, dedujo que avanzaban por un pasillo estrecho. Bajaron unos peldaños. Los contó; eran nueve. Allí el olor era aún más intenso. Más humedad. Más frío. Lo dejaron caer sobre una superficie blanda. Sintió los muelles del colchón y el olor a moho.

—Ya hemos llegado.

¿Ahora sí?, se preguntó.

—Voy a encender el calefactor.

—Quédate tú con él. Yo tengo cosas que hacer.

Notó algo en la cabeza. Comprendió que intentaban quitarle la venda. Cuando lo lograron, pudo ver el zulo iluminado por una pobre bombilla que colgaba del techo. Era pequeño, con el techo bajo. Tan solo había una cama, una silla roja, una mesa. Y un cubo en una esquina, que supuso que hacía la función de retrete. ¿Tendría que hacer sus necesidades delante de ese individuo? Sintió de inmediato la ansiedad provocada por aquel lugar deprimente, inmundo, insalubre. Un nido de ratas.

El encapuchado que estaba con él era alto, ancho de hombros, tenía la voz grave. Vestía un forro polar gris oscuro. A Bixen le costaba mirarle. El pasamontañas le aterraba, despertaba en él sus miedos infantiles. Le recordaba a los cabezudos, frente a los cuales Bixen niño permanecía paralizado. Y es que da más miedo lo que no se ve, pensó.

Aunque todo había sucedido muy rápido y la calle estaba en penumbras, Bixen estaba seguro de que aquel no era el hombre que le había abordado con la pistola, sino el otro, el segundo tipo que había aparecido en escena. Bixen decidió llamarlo «Hombre Dos».

Hombre Dos le pidió que se quitara las gafas y el reloj. Bixen se los dio. El guardián se los metió en el bolsillo de su polar. Se sentó en la silla de plástico y estiró las piernas. Al cabo de un rato, se levantó.

—Pórtate bien —le dijo antes de salir del agujero.

Agradeció quedarse solo. Le intimidaba la presencia de aquellos tipos.

Pero, a la vez, no podía dejar de preguntarse por qué su guardián había salido. Qué hacía allí fuera.

Roque

Aparcó cerca de la estación. En invierno, el turismo escaseaba y San Juan de Luz se convertía en una ciudad muy distinta a la del verano. El comercio ya había cerrado y no se veía apenas gente. Caía una lluvia fina que le hizo caminar ligeramente encorvado por una de las calles adoquinada que daba al mar. Podía escuchar las olas. El viento le sacudió al alcanzar el paseo marítimo. Se asomó a la playa, convertida en una masa oscura que se confundía con el mar y el cielo. Roque estaba acostumbrado a la noche, a la oscuridad. Él mismo se sentía a veces una sombra.

Alguien se acercaba corriendo. Roque se llevó la mano al bolsillo donde guardaba la pistola. Siempre estaba alerta, estudiando el entorno: los coches aparcados, las ventanas, las personas con las que se cruzaba. Cuando alguien caminaba detrás de él, se detenía para dejar que le adelantara. Eran sencillas medidas de seguridad que había incorporado a su rutina y, después de tantos años, las realizaba de manera automática. Él no se iba a dejar coger fácilmente. Llegado el momento, moriría matando.

El corredor llevaba un chándal y un gorro de lana. Al pasar bajo una farola, la luz amarillenta le permitió ver que se trataba de una chica muy joven. Roque agarró la pistola, mientras la deportista pasaba a su lado. Escuchó su respiración fuerte y el retumbar de sus pisadas sobre el pavimento. No le quitó ojo hasta perderla de vista.

Sintió la vibración del móvil que llevaba en el bolsillo derecho. Lo sacó.

—Aquí Tor.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Roque.

—Todo según lo planeado. Peter Pan ha llegado al país de Nunca Jamás.

Tor le sacaba de quicio. Aunque Roque, no podía negarlo, cada vez tenía menos paciencia.

—Entonces, mañana hablamos.

Cortó la llamada y guardó de nuevo el móvil. Se había mojado un poco con la lluvia.

Lo último que le apetecía era encerrarse en casa. Pensó en Maider y sintió que se empalmaba. Había pasado más de un mes desde la última vez que la había visto. Estaba claro que se evitaban. Él no se decidía a llamarla, y ella…

Cinco semanas sin verse. Habían enterrado lo sucedido en la complejidad de sus vidas. Estaban acostumbrados. Acostumbrados a la violencia, a las detenciones, a los muertos, porque no siempre salía todo bien. Acostumbrados a los cambios de vivienda, a desaparecer del mapa durante temporadas, a vivir escondidos. A no ver a sus familias —padres fallecidos de los que no se pudieron despedir, o bodas y comuniones a los que no habían asistido—. A no tener vida propia, porque la suya se la habían entregado a la organización.

Podría ser tu padre, le había dicho Roque a Maider la primera vez. Y ella había sonreído, antes de mordisquearle juguetona el labio inferior. Fóllame, *aita*, le había susurrado. Fóllame mucho.

Sabían que aquello no les interesaba a ninguno de los dos, que no estaban para tonterías de ese tipo, pero el cuerpo es el cuerpo. Y tuvieron sexo del bueno. ¡Cuánto tiempo hacía que Roque no follaba así! Ni se acordaba. Pero no fueron solo unos cuantos polvos en aquel piso abuhardillado

de Anglet desde el que se veía una línea del mar detrás de los pinos. Hubo algo más que la urgencia y el alivio del momento.

En aquella buhardilla pasaron cosas a las que no quisieron poner nombre. De alguna manera, se habían sentido unidos contra el vacío, contra ese agujero que se lo tragaba todo. Se entendían. Se reconocían, agotados, desorientados. El mundo que habían conocido se resquebrajaba.

Fueron prudentes. Ni Maider ni él lo mencionaron expresamente. No comentaron cómo sería vivir lejos de allí, empezar de cero en otro sitio. Hacía mucho tiempo que no había vuelta atrás, si es que la hubo en algún momento. El volumen compacto que formaban sus cuerpos unidos sin dejar resquicios, fundidos, rodaba sobre la alfombra que olía a humedad, al igual que todo en aquel lugar. Y se dejaban llevar por aquellas ganas locas de hacer el amor, como si fueran dos adolescentes y aquel el último polvo de sus vidas.

Luego todo se fue al garete. Ya basta, se recriminó Roque. Maider y lo sucedido esos días eran asuntos personales, y ahora tenía que estar muy concentrado. Caminó hacia Ziburu. No se iba a encerrar en casa, cada vez le costaba más estar solo. Decidió tomar algo en la *herriko taberna* que estaba en frente del frontón.

Había poca gente; tan solo una de las mesas del fondo estaba ocupada. Saludó a los que estaban allí sentados y se apoyó en la barra.

—Estás empapado —le dijo el camarero.

El xirimiri lo calaba todo. La fuerza de la persistencia, pensó Roque. Cada gota, minúscula, ridícula, contaba para la victoria, porque todas juntas podían provocar inundaciones.

—¿Qué te pongo?

—Una cerveza.

Roque se pasó la mano por la mata de pelo negro; chorreaba, como su anorak. En el bar hacía calor. No tardaría en secarse.

Leire

Bixen, ¿dónde estás? ¿Estás bien? ¿Qué te han hecho? Leire recorría la planta baja de la casa dando tumbos. Seguía, enferma, el rastro de Bixen. Se sentía vulnerable ante aquellos objetos que ahora tenían un significado distinto, que ya no eran simples revistas acumuladas en el revistero, o cedés apilados junto al equipo de música, o una funda de las gafas en la estantería. Todas las huellas de Bixen eran dolorosas, pero había una especialmente cruel. Se trataba de la caja de pastillas que estaba junto al microondas; su medicación.

En la cabeza de Leire resonaban las palabras tantas veces repetidas. Independencia. Construcción de un Estado socialista. Asesinato, secuestro, extorsión económica. Lucha armada. Reagrupación de los presos etarras en las cárceles del País Vasco. Impacto social. Ultimátum. Ejecución. Esas palabras, hasta entonces ajenas, eran ahora también las suyas. Su vida y la de su marido se movían en los límites de esos términos. Porque Bixen no estaba. Porque se lo habían llevado y estaba retenido en un lugar desconocido.

Recordó el programa que había visto en la tele unos meses antes. Sánchez Dragó había entrevistado al secuestrado que más tiempo había estado retenido por la banda. Le habían impresionado las imágenes de la liberación de Ortega Lara. Una barba espesa crecía como un arbusto en su cara. Tenía la piel blanca, la mirada agotada tras unas gafas grandes. Llevaba un jersey de color rojo.

Casi diez años después de su liberación, el funcionario de prisiones había aceptado hablar sobre su secuestro. Para la ocasión, vestía una camisa naranja, una corbata verde, una chaqueta marrón. Leire se fijó en sus gestos, en las inflexiones de su voz. Parecía un hombre tranquilo. Había hablado del zulo, un agujero de dos cincuenta por uno setenta. Estaba bajo el suelo de una nave industrial. Solo podía dar tres, cuatro pasos. Y él, para estar en forma, hacía varios kilómetros todos los días.

«Solo sabía si hacía frío o calor fuera por la temperatura del agua que me traían. El ventilador. El ruido que producía no me dejaba dormir. A veces lo tapaba a riesgo de asfixiarme. No lo soportaba».

Leire recordaba la voz tranquila de Ortega Lara en la televisión. Pero ahora era a Bixen a quien veía en su lugar. Bixen desnudo, arrodillado, o quizás en cuclillas, cubriéndose el rostro con los brazos.

«La luz de una pequeña bombilla encendida unas siete u ocho horas al día. Luego la oscuridad».

Tras quinientos treinta y dos días, había perdido veintitrés kilos, masa muscular y densidad ósea. Sufría de trastornos del sueño, estrés postraumático, ansiedad y depresión.

Leire le escuchaba atentamente y estudiaba sus gestos. Daba la impresión de que aquel hombre estaba curado. Y, sin embargo, ella tenía la certeza de que Ortega Lara nunca podría curarse del todo. Porque lo vivido, la experiencia, era irreversible. Porque no se puede olvidar. Sin duda, eran demasiadas cicatrices.

Quizás, pensó Leire, sobrevivir consistía en aparentar esa falsa cura. El hombre sabía

comportarse, mostraba una educación exquisita, un tono amable. Abordaba preguntas difíciles sobre el perdón, o sobre la venganza, o sobre la pena de muerte. Y sus palabras eran como una capa de cacao sobre los labios; protegían y a la vez ocultaban la piel herida.

Leire hizo el cálculo: quinientos treinta y dos por veinticuatro. Doce mil setecientas sesenta y ocho horas. Le parecía imposible concebir ese número de horas de tortura, como tampoco era capaz de entender que una estrella cuya luz veía, hubiera muerto hacía miles de millones de años.

De todos modos, en su caso, no tenían apenas tiempo. El corazón de Bixen tenía sus exigencias.

Observó el reloj, el movimiento desquiciante de las agujas.

Bixen

El calor generado por el calefactor llenaba la estancia. Bixen había empezado a sudar, tenía las mejillas encendidas. El frío era angustioso, pero aquel calor le mareaba.

Hombre Dos regresó al zulo. Se quedó de pie frente al prisionero, que estaba tumbado. Lo miró fijamente. Bixen contuvo la respiración.

—Aquí hace un calor de cojones —dijo.

Bixen suspiró aliviado. Nunca hubiera imaginado que un comentario tan superficial pudiera procurarle semejante consuelo.

—Voy a soltarte las manos para quitarte el abrigo. No irás a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

Bixen sacudió lentamente la cabeza. Se sentía agotado. El esfuerzo por aceptar lo que estaba ocurriendo consumía toda su energía. Aquel lugar espantoso. El ambiente malsano. La falta de intimidad.

Hombre Dos le quitó la parka y la dejó sobre la mesa. Volvió a atar sus manos. Bixen, tumbado, cerró los ojos. Ojalá pudiera dormir. Dormir sería una forma de huir. Pero ¿cómo iba a rendirse al sueño en semejantes circunstancias?

Durante poco más de media hora, permaneció con los ojos cerrados, concentrado en su respiración, hasta que el sonido de la puerta lo interrumpió. Reconoció al hombre que entró en el zulo. Sí, él había sido el que le había clavado la pistola en el estómago. Hombre Uno era más bajo que Hombre Dos y bastante más grueso.

Hombre Uno traía una bandeja.

—La cena de bienvenida… —dijo con sorna.

Hombre Dos tiró la parka a una esquina, para que Hombre Uno dejara la bandeja en la mesa. Hombre Uno salió del zulo. Bixen se incorporó.

Hombre Dos le puso sobre las rodillas la bandeja con media pizza y un botellín de agua de cincuenta centilitros.

A pesar de tener las manos atadas, Bixen se las apañó para comer la pizza que venía cortada en triángulos. Entre bocado y bocado, daba pequeños tragos al botellín de agua. Masticar es lo más parecido a estar vivo, se dijo.

La cena le hizo pensar en su casa. En Leire. La imaginó extrañada por su ausencia. Se preguntó si habría llamado a alguno de los compañeros de la universidad. Preguntaría a unos y otros, les diría que él aún no había llegado a casa. Que tampoco había llamado para decirle dónde estaba. O quizá ya le habían avisado de lo sucedido. ¿Quién se lo habría dicho? ¿La policía? Desconocía cómo funcionaban esas cosas. Tenía la impresión de que el mundo real empezaba a difuminarse ante las diferentes hipótesis.

Leire. Ojalá que ella tuviera la fuerza necesaria para soportar lo que le esperaba.

Hombre Dos permanecía sentado en la silla de plástico, ligeramente recostado, con las piernas abiertas. La respiración profunda de aquel tipo le dio a entender que dormitaba.

¡Qué hijo de puta! ¿Cómo puede dormir tan tranquilo?, se preguntó Bixen con amargura.

Leire

Leire se apoyó en la pared de la sala, flexionó las rodillas y se dejó caer. Se encogió en el suelo, donde permaneció varias horas. Desde allí podía ver el cuadro del nido que habían comprado al poco tiempo de vivir juntos, en un mercadillo de brocantes. Ni siquiera sabían si era un nido, realmente podía ser cualquier cosa. Una peluca, dijo Bixen en una ocasión, y se habían reído. El nido. Desde allí, desde el suelo, todo se veía diferente. A Leire le costaba reconocer su casa. La perspectiva, se dijo. Todo es una cuestión de perspectiva.

Pasada la media noche Leire se levantó a por la botella de Cardhu, el *whisky* de malta, fuerte y seco, que su marido tomaba en ocasiones. Le dio un trago. El alcohol avivó el recuerdo de Bixen. Allí estaba, sentado en su butaca, con las piernas cruzadas. Leire volvió a beber y Bixen habló.

—Cuando todo esto termine, iremos a Sicilia —le dijo su marido.

Leire asintió. A Bixen le gustaban las ruinas. Ella prefería los museos.

—¿Qué veremos? —le preguntó.

—Visitaremos el valle de los Templos. La ciudad medieval de Taormina. Catania.

—¿Qué más? —le preguntó Leire para que él siguiera hablando.

—Las ruinas griegas de Siracusa.

La voz de Bixen se debilitaba, como lo hacía su imagen. Bixen desaparecía y solo quedaba el vacío en la maldita butaca. Leire sollozó. Sicilia era un ensueño, una quimera.

Se preguntó qué les esperaba. La de ETA era una historia de muerte. Una historia escrita con sangre; más de setecientos atentados, más de ochocientos muertos, miles de heridos. Diez mil extorsionados. Cien mil exiliados fuera del País Vasco. Casi noventa secuestros. Vidas rotas. Y ahora se habían llevado a Bixen.

Entonces Leire los vio. Estaban allí, en su salón. Los muertos amputados, desmembrados, se acercaban a ella y le mostraban sus heridas. Niños carbonizados, que sostenían una pelota entre las manos. Hombres en sillas de ruedas o apoyándose en muletas, sordos, ciegos. Mujeres con las ropas ensangrentadas que buscaban todavía a sus hijos entre los cascotes. Todos querían contarle sus historias.

Militares, fuerzas de seguridad, y también políticos, periodistas, intelectuales, habían sido elegidos para ser castigados, para servir de ejemplo. Pero no solo caían ellos, muchas veces también sus familiares. Como en el atentado de la casa cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza, en el que murieron seis niños. O ciudadanos de a pie a los que les sorprendía la onda expansiva, la lluvia de cristales, las llamas. Personas que simplemente estaban en el lugar menos indicado, en el momento más inoportuno, como las víctimas de Hipercor en Barcelona, todas ellas civiles.

Y tú, viuda, llorarás, le decían. Saldrás en las fotos del entierro con las gafas de sol puestas, aunque llueva o nieve, sostenida por tu familia. Serás la desgraciada protagonista durante un breve tiempo, porque luego todo pasará. Caerá un tupido velo, aprenderás a vivir con tu infortunio. Porque vivirás, a pesar de estar rota. No serás la primera ni la última.

Y tu destino no será otro que maldecir a los que te lo han quitado.

Bixen

Desde que había entrado en el agujero la luz había estado encendida todo el tiempo. Bixen se preguntaba qué hora era, si había amanecido ya. Sin reloj, era un reto ordenar el tiempo. Estaba incómodo, con las manos atadas. Y aquel ambiente opresivo… El aire cargado. El olor a sudor. Hombre Dos había vaciado el cubo fuera, pero el plástico guardaba todavía el rastro a orina. Era denigrante.

Una vez más estaba solo. Hombre Dos había salido del agujero repetidamente a lo largo de la noche. Bixen sabía que salía fumar, porque cuando volvía apestaba a tabaco.

Bostezó. Estaba agotado, tan solo había logrado dar breves cabezadas. Eran muchas las preguntas que se hacía y, sin respuestas, se volvía loco. Intentaba tranquilizarse; se decía que todo iba a salir bien. Trataba de vencer, a la vez, el sentimiento de culpa que le embargaba. Se había comportado como un idiota. Si ya se lo habían advertido…

La mañana del lunes anterior, sobre las doce, la secretaria de su departamento le dio una nota con un número de teléfono desconocido. Al llamar, para su sorpresa, le atendió un miembro de la *Ertzaintza*. Querían verle. Le pidieron que eligiera un lugar discreto en el que encontrarse. Bixen propuso una cafetería de Amara bastante concurrida.

Al entrar, un hombre de mediana edad que estaba sentado en una mesa al fondo del local, le hizo una seña. Junto a él se encontraba otro hombre más joven. Sobre la mesa había dos tazas de café vacías.

—Suboficial Ugarte. Hemos hablado por teléfono —se presentó el hombre de más edad—. Él es el agente Núñez. Pertenecemos a la unidad de Investigación Criminal.

Bixen les saludó y se sentó frente a ellos. Los policías vestían de paisano.

—¿Quiere tomar algo? —le preguntó Ugarte.

—No, gracias. ¿En qué puedo ayudarles?

Ugarte tenía el rostro anguloso, la nariz grande y llevaba la cabeza rapada.

—Su nombre ha aparecido en cierta información incautada a un comando de ETA —dijo sin rodeos.

Bixen acusó el golpe, pero mantuvo la compostura.

—En una operación rutinaria hemos dado con un piso franco, en el que se había instalado un comando de información. No ha habido detenidos, pero se ha encontrado documentación de todo tipo, armas y explosivos. Además del suyo, aparecen otros nombres. Estamos avisando a todos.

—Entiendo…

Bixen se había puesto a la defensiva. Su primer impulso fue pensar que exageraban. El 5 de junio ETA había anunciado que daba por finalizado el alto el fuego permanente iniciado un año antes, el 24 de marzo de 2006. Pero, por suerte, todo estaba relativamente tranquilo. Quedaban lejos los terribles años del plomo. Y el nombre de Bixen, como el mismo suboficial había dicho, era solo uno más entre muchos otros. No había que dramatizar.

—Podemos ponerle protección, un escolta de seguridad —le ofreció Núñez, que había

permanecido callado hasta ese momento.

Les dijo que se lo pensaría. Necesitaba asimilar la información que le habían dado. No se veía viviendo con alguien que lo siguiera a todas horas. Y dudaba, en parte, de su utilidad. Cuando iban a por alguien nada los detenía. Eran numerosos los casos de escoltas muertos, caídos bajo las balas o que habían volado por los aires.

Bixen se despidió de los *ertzaina*s con un apretón de manos. Deseó que el malestar que sentía desapareciera al alejarse de ellos, pero no fue así. La inquietud le dominó el resto de la jornada. No solo no sabía afrontar esa información, sino que se preguntaba cómo se lo diría a Leire.

Durante los días siguientes, Bixen había intentado contárselo en diversas ocasiones, pero en el último momento siempre se arrepentía. Leire ni siquiera sabía de las pintadas, ni de la presión que sufría en la facultad desde que había aparecido en la televisión. De algún modo, se resistía a hablar de ello para no contaminar su casa, aquel espacio en el que siempre se habían sentido bien. Sin embargo, había decidido contárselo precisamente la misma noche del secuestro. ¡Qué ironía! Ahora nada de eso tenía sentido.

—Arriba. Es la hora del desayuno —le dijo Hombre Dos entrando de nuevo en el zulo.

El guardián le mostró un tetrabrik pequeño de leche. Despegó la pajita que venía pegada al envase, le quitó el plástico y la clavó en el lugar indicado.

—Aquí tienes.

Le ofreció unas galletas María. Bixen comió y bebió con la ayuda de Hombre Dos; seguía con las manos atadas. A ratos sentía cierto hormigueo en los dedos. Se comió todo el paquetito de galletas. Pensó que era importante comer, aunque no tuviera hambre.

—Necesito mis pastillas —dijo Bixen cuando acabó.

—¿Qué pastillas?

—Estoy enfermo del corazón.

—No me jodas —dijo Hombre Dos contrariado.

—Es que… Es importante.

—Esto no es una farmacia, ¿sabes? No hay pastillas, hostias —respondió de mal humor.

—Tengo que tomarlas, si no…

—¡Que te calles de una vez!

Bixen obedeció.

Hombre Dos cogió una galleta y la mordisqueó, ignorando las miguitas que caían sobre su polar.

Leire

Había sido una larga noche, durante la cual Leire solo logró caer en un ligero y breve duermevela, ayudada por el *whisky*. Cuando amaneció, se preparó un café. Los filetes de la cena seguían sobre la encimera. Aquellos dos trozos de carne cruda le parecieron una señal y no quiso tocarlos. Tenía el estómago revuelto; el café le sentó fatal y corrió al baño.

No tardó en vomitar. Sintió el sabor ácido del *whisky* en la boca. Se desnudó y se metió en la ducha. Elevó el rostro. El agua caliente templó su cuerpo y su ánimo. Al envolverse en la toalla, se vio reflejada en el espejo. Esa era ella, la mujer del pelo castaño que se ondulaba con la humedad, recogido ahora en un pequeño moño. La de constitución delgada, a pesar del pecho generoso y los muslos un poco gruesos. Vio su boca grande, los pómulos marcados, las feas ojeras que le había dibujado la noche en blanco. Tenía la mirada opaca, sin brillo y aquel rictus del que se burlaba Bixen, y al que llamaba «cara de enfadada».

Se secó con energía, sin importarle que su piel blanca y lechosa enrojeciera. No acababa de reconocerse, como si dentro de ella hubiera alguien distinto. Otra mujer que había nacido esa noche, parida por el miedo a perder a Bixen.

Se vistió. Se puso un vaquero, un jersey de lana azul marino y las botas que él le había regalado. Se enfundó en el anorak negro y cubrió su cuello con una bufanda del mismo color antes de salir. Era una mañana gris, de charcos oscuros, aunque en ese momento la lluvia había dado una tregua.

Mientras caminaba por la acera se preguntó si la seguían, si alguien la observaba desde la distancia. Tenía que cumplir las órdenes que le habían dado. Mañana lo denuncias en comisaría, había dicho la voz. Se dirigía a la avenida de Salis, a unos quince minutos a pie de su casa.

Entró en el edificio gris de piedra y cristal. El joven que atendía en el mostrador le preguntó el motivo de la visita, le pidió el documento de identidad y le indicó que pasara a una sala contigua.

Leire se quitó el anorak y la bufanda antes de sentarse en una silla de plástico. La comisaría estaba tranquila. Entraron dos policías jóvenes que llevaban unos vasitos de plástico con café. Hablaban en voz alta, bromeando entre ellos. Unos minutos después, una mujer gruesa, de ojos acuosos, se asomó a la sala. Pronunció su nombre. Leire se levantó y la siguió.

—Siéntese. Me llamo Antonia Etxeburu, soy la agente encargada de violencia de género. Me han dicho que quería hablar con alguien de mi sección. ¿En qué puedo ayudarle?

Había algo en aquella mujer que inspiraba confianza. Leire supuso que se acababa de echar lágrimas artificiales, y por eso su mirada era húmeda. Carraspeó. No sabía por dónde empezar.

—He venido porque…

La mujer movió la cabeza ligeramente, animándola a seguir.

—Mire, conozco a alguien, es una amiga… —dijo Leire titubeante—. Creo que sufre malos tratos. Ella lo oculta, pero… No sé cómo ayudar a esa persona. Usted, usted cree que…

Durante un instante Leire supo la pregunta que se hacía la *ertzaina*. Con disimulo observaba su rostro, sus manos, las partes de su piel que no quedaban ocultas por la ropa, buscando el rastro de

posibles moratones, de arañazos. Podía sentir su preocupación, era una mujer entregada a un trabajo difícil.

La agente le dijo que había hecho bien en acudir a comisaría. Le pidió el nombre de la supuesta víctima.

—Ahora mismo no puedo darle más información. Yo… Yo solo quiero informarme, saber cómo actuar en el caso de que… —dijo Leire.

—Le entiendo, créame. Y sé que no es fácil, pero hay que dar el paso.

Leire enrolló un mechón de su pelo en el dedo índice.

—Lo primero es denunciar. Si no hay denuncia, nosotros no podemos hacer nada. Nada —repitió—. Tengo que hacerle una pregunta. ¿Hay niños implicados?

Leire sacudió la cabeza.

—La situación es más difícil cuando hay niños. Ellos son las grandes víctimas de estos casos. Está demostrado que vivir en un ambiente violento marca para siempre sus vidas.

Mientras hablaba, Etxeburu sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se secó el lagrimal del ojo izquierdo.

Siguió hablando del apoyo familiar, de la atención psicológica, de las casas de acogida para los casos extremos. Su discurso era una especie de zumbido. Leire intentaba concentrarse en sus palabras, pero a ratos dejaba de oírlas. Tenía que recordarse continuamente por qué estaba allí, qué estaba haciendo. Cuando Etxeburu acabó su discurso, Leire le dio las gracias.

—Espero haberle sido de ayuda —dijo la agente a modo despedida.

La silla chirrió cuando Leire la arrastró para incorporarse.

—Así ha sido —le contestó recogiendo sus cosas.

Ander

—*Zorionak zuri, zorionak zuri, zorionak Nerea, zorionak beti*[2].

Mertxe cantaba junto a la puerta de la habitación de la niña. Nerea se incorporó y buscó las zapatillas, dos osos Winnie the Pooh que atrapaban las pelusas de toda la casa. Mertxe se acercó a la cama, la abrazó. Acercó su rostro al de su hija y le dio pequeños besos en el cuello.

—Cinco, seis… ¡Y siete! ¡Felicidades!

La niña se retorcía a causa de las cosquillas.

—Ya soy mayor, *ama*.

—¡*Ai ene*! El tiempo pasa volando… ¡Si hace nada ibas a gatas por el pasillo! Voy a preparar el desayuno.

Kuti se asomó a la puerta. Se estaba afeitando y llevaba la parte inferior de la cara cubierta de espuma.

—Pareces un payaso, *aita* —dijo la niña.

—*Zorionak*, Nerea. Yo también te voy a dar siete besos enormes.

—¡No! —rio la niña—. ¡No hasta que te hayas quitado esa cosa de la cara!

Se levantó de un salto y corrió hacia la cocina, mientras Kuti simulaba intentar atraparla sin éxito.

Ander se levantó de la cama. Kuti había regresado al baño y se afeitaba frente al espejo con el pelo suelto. El niño observó fascinado cómo retiraba la espuma de su barbilla con la cuchilla. Su padre se afeitaba con esmero la zona de la barba, pero lucía un bigote grande y rubio que cubría el principio de sus labios finos.

—*Egun on*, chavalote.

La cuchilla abría surcos en la nieve blanca, y luego Kuti la golpeaba contra la loza repetidamente, daba tres o cuatro golpecitos rítmicos, que le permitían liberar su carga y la dejaban lista para volver a su trabajo. Se volvió un instante hacia su hijo.

—¿Te pasa algo?

—*Aita*, tú sabes judo, ¿verdad?

—Bueno… Hice un par de cursos. Pero la verdad es que no pasé del cinturón verde.

Ander había estado buscando en internet: «El *Kapu Kuialua* es un antiguo arte marcial hawaiano, cuyo nombre hace mención a los dos golpes que necesitas para deshacerte del rival para siempre».

—¿Y tú me enseñarías?

—¿Enseñarte yo? Lo mejor es que te apuntes a clases —dijo Kuti mientras abría el bote de la loción para después del afeitado.

«El *eskrima* es un arte marcial milenario en el que se utiliza una varilla de madera. Quienes lo practican, deben aprender diferentes posiciones y movimientos destinados a dar el golpe perfecto, que puede ir desde desarmar al enemigo hasta provocarle la muerte».

— ¿Y cuánto tiempo se tarda en aprender?

—Bueno, esas cosas no se aprenden de un día para otro. Hay que practicar muchos años.

—¡Años! —Ander parecía afligido.

Mertxe llamó a su hijo. El desayuno estaba ya listo.

—Ander, come algo. Ni se te ocurra irte sin desayunar, que te conozco.

La misma cantinela de todas las mañanas. El crío cogió una de las galletas que había en la mesa. Nerea protestó, dijo que las Oreo eran suyas. Mertxe, que vaciaba el lavavajillas, intermedió.

—Hay para los dos, no os peleéis.

Ander resopló; había momentos en los que estrangularía a su hermana.

Desayunaron bajo el férreo control de la madre. Mertxe se acercaba de vez en cuando a la mesa y repetía, vamos, esa leche, las galletas, daos prisa, no tenemos toda la mañana… Nerea, pletórica con sus siete años recién estrenados, masticaba con entusiasmo y tarareaba el cumpleaños feliz con la boca llena. Tenía los labios manchados de color negro.

—Por cierto, Ander, ¿desde cuándo estás tan interesado en el judo? —le preguntó su padre asomándose a la cocina.

Kuti ya estaba listo, con el pelo recogido en su coleta y vestido con unos chinos marrones y una camisa de franela a cuadros. El niño se encogió de hombros.

—Nunca has sido lo que se dice un deportista… De todas formas, me alegro.

—Ander es un patoso —dijo Nerea.

—Bueno, chicos, que tengáis un buen día. ¡Otra vez se ha enganchado!

Kuti se dirigió a la puerta dando tirones a la cremallera de su cazadora de piel marrón, hasta que consiguió subirla.

—Cuando aprenda judo, te voy a hacer una llave que no te vas a poder soltar en tres días —le dijo Ander a su hermana cuando se quedaron a solas.

—¡*Ama*! —gritó la niña—. ¡Ander me está fastidiando!

Mertxe no la escuchó. Estaba en la ducha y el agua que caía sobre ella ahogaba los sonidos del exterior.

Isa

Leire agradeció el aire frío que sacudió su melena al salir de la comisaría. Miró a un lado y a otro de la calle, mientras se colocaba la bufanda. Una vez más se preguntó si la seguían. Subió la avenida Iparralde en dirección al Paseo Colón. Antes de llegar al centro comercial, entró en la cafetería Naroa. Olía a tortilla de patatas recién hecha. Pidió un café con leche y se sentó en un lugar desde donde podía ver la puerta de entrada. No había apenas gente. Sacó el móvil y lo dejó sobre la mesa.

La camarera le trajo el café con leche. Cuando regresó a la barra, Leire marcó el teléfono de su amiga. Venga, Isa, no me puedes fallar, musitó.

—¿Leire? ¡Qué raro, tú a estas horas! —contestó Isa.

—Tranquila, no pasa nada. Solo te quería comentar algo.

Leire e Isa eran amigas desde niñas. Isa la conocía bien, así que Leire tenía que esforzarse para que no sospechara nada. Lo mejor era ir directa al grano.

—Es sobre la casa de la foz. Como me la has ofrecido muchas veces, he pensado que voy a aceptar tu propuesta. Quizás antes de la operación Bixen y yo nos animemos a pasar unos días allí.

—Por supuesto, Leire.

—Siempre que esté libre, claro.

—¿La casa de Arbaiun? ¿En otoño? ¡Claro que está vacía! —contestó Isa.

—Pensé que quizás tus padres pasaban allí temporadas.

—¡Qué va! Desde que se han jubilado se van en octubre a la Costa Blanca y no vuelven hasta primavera. Han comprado una casita en Calpe con un pequeño terreno. Mi padre ha plantado vides y quiere hacer su propio vino. Está ilusionado como un crío.

—¿Y tu tía Emma? —le preguntó Leire.

—Tiene artrosis o artritis, algo de eso. Hace años que no pisa la casa. La única que suele ir es mi hermana Lourdes, con los mellizos. Pero solo en verano.

—Entonces, crees que podríamos…

—Por supuesto, Leire. Podéis ir cuando queráis. Es solo que…

—Dime

—En cuanto empieza el frío, la casa no es demasiado cómoda, ya lo sabes.

—Solo queremos estar tranquilos unos días.

—Desde luego, allí lo estaréis. En Usún viven cuatro gatos, y ahora la mayor parte de las casas están cerradas. Pero cuéntame, ¿cómo está Bixen?

Cuando Isa mencionó a su marido, Leire tuvo que hacer un esfuerzo para no venirse abajo.

—Pues… Estamos nerviosos con el tema de la operación… Ya falta poco. Nos darán fecha en cualquier momento.

—Será duro, Leire, pero todo saldrá bien. Y respecto a la casa, no lo dudes. Lo dicho, como si fuera tuya. Podéis ir cuando queráis. ¿Recuerdas dónde dejamos la llave?

Isa le dio instrucciones a Leire. Hacía unos años habían instalado una caldera y la casa contaba

con calefacción, aunque quizás hiciera falta purgar los radiadores. Y, si les apetecía, también podían encender la chimenea. Había leña de sobra en el garaje.

—¡Ah! Llevad comida y agua embotellada. Ya sabes que en el pueblo no hay tiendas ni bares. No sé si en la hípica puedes tomar algo, pero creo que solo abren los fines de semana. Por cierto, el frigorífico ha dado problemas durante el verano, pero ahora da igual. Cualquier cosa que dejes en la despensa se mantendrá bien fría.

—Muchas gracias, Isa —le dijo Leire.

—Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. Y dale un fuerte abrazo a Bixen de mi parte, ¿vale?

A Leire se le humedecieron los ojos.

—Lo haré —dijo.

Leire

«Tengo fiebre, casi treinta y nueve. ¿Puedes avisar de que estoy enferma? Un abrazo».

Leire envió el mensaje a su compañera de trabajo. Las palabras justas. Pilar se lo comentaría al resto de compañeros. La dejarían tranquila. También aquello le serviría de excusa si alguien llamaba y ella no contestaba al teléfono.

Colocó sobre la cama las cosas que iba a llevar: ropa interior, unos calcetines gruesos, una camiseta y unas mallas térmicas, un jersey de cuello alto, guantes y un gorro de lana. En el bolsillo exterior de la mochila había algo. Lo sacó; eran dos papelitos blancos, doblados, que abrió con curiosidad. Reconoció los billetes del viejo tren de cremallera que habían cogido para subir al monte Larrun. En la cima había un impresionante mirador desde el que podía ver la costa vasco-francesa y las cumbres de los Pirineos. Recordó a Bixen, con un gorro azul que le quedaba un poco grande, contento como un crío. Señalaba cada detalle que llamaba su atención, como las *pottokas*, aquellos pequeños caballos que vivían en la montaña en libertad, o las ovejas de cabeza pelirroja. Habían hecho aquella excursión hacía dos años, antes de que Bixen empeorara y el doctor Arratibel empezara a tratarle.

Estrujó los billetes hasta hacer una bola que dejó sobre la colcha. No debía desconcentrarse. Siguió con su tarea. En un bolsillo de la mochila guardó las linternas, pilas, un abrelatas, un cepillo de dientes, algunas medicinas. Miró el reloj; eran casi las diez y cuarto de la mañana. Añadió la navaja suiza, unas cuerdas que había junto a la caja de herramientas y que no sabía bien para qué servían, un pañuelo de seda pequeño, otro de algodón más largo y un bote de alcohol.

Dio un repaso por la casa por si veía algo más que le fuera de interés. Encontró un mechero junto a una caja de puritos de Bixen y se lo metió en el bolsillo. Hizo lo mismo con un paquete de kleenex.

Bajó al garaje. Dejó la mochila en el coche, el Alpha Romeo 156 blanco que solía utilizar su marido, porque ella iba andando al trabajo. Probablemente ya no la vigilaban. Tenían a Bixen y, si daban por hecho que ella había obedecido sus órdenes, ya no sería de su interés. Volvió a la casa. Eligió la ventana del primer piso desde la que se veía parte de la calle. Levantó la persiana y estuvo un buen rato observando el exterior. Todo parecía estar en calma.

Salió a la calle vacía. Se dirigió al supermercado en el que solía comprar, un Eroski que estaba pasando las galerías. Intentó relajar sus movimientos, sentía la rigidez en los hombros.

En el supermercado llenó la cesta con varias botellas de agua, unas latas de comida preparada —¿comida para perros?, se burlaba siempre Bixen—, beicon envasado al vacío, barritas de cereales, pan, chocolate… Se paró frente a un frigorífico en el que había sándwiches; eligió varios al azar. Luego, para hacer tiempo, dio varias vueltas por los pasillos, como un zombi, mirando las estanterías sin ver nada. Finalmente pasó por caja, pagó la compra y regresó a casa.

Accedió al garaje desde la entrada que daba al vestíbulo de la planta baja. Dejó las bolsas en el asiento trasero del coche. Se sentó, se puso el cinturón de seguridad y arrancó el motor. Su destino era el barrio de Olaberria.

Encontró un sitio para aparcar junto al colegio, un edificio de ladrillo rojo. Miró el reloj; eran las once y veinte, la hora del recreo. Respiró profundamente antes de salir del coche.

Desde la verja podía ver el patio donde los niños jugaban entre gritos y risas. Los observó durante un instante. Corrían, saltaban, discutían. Leire se acercó a un chaval que estaba agachado, semiescondido tras el murete que sostenía la verja.

—Hola. ¿Te puedo hacer una pregunta?

El crío elevó el rostro y la miró con aire despistado. Leire se fijó en los puntitos negros que tenía entre los dedos. Tardó un segundo en comprender que eran los restos de hormigas aplastadas.

—¿Conoces al hijo de Kuti?

—¡Claro! Ander Astibar. Está en sexto —dijo.

—¿Y tú me harías un favor? —le dijo mostrándole una moneda de dos euros—. ¿Puedes decirle que venga? Tengo que darle un recado.

El chico, con la moneda fuertemente apretada en el puño, desapareció de su vista. Mientras buscaba a Ander, iba pensando en todas las chuches que se iba a comprar a la salida de clase.

Unos minutos después, un chaval se acercó a la verja. Miró con curiosidad a Leire.

—¿Me buscabas? —le preguntó.

Roque

Había madrugado, como hacía siempre. Para Roque era importante mantenerse en forma, por eso, antes de salir, había hecho varias series de flexiones en el piso. A pesar de su edad, todavía estaba fuerte. Ahora, vestido con un chándal y deportivas, corría por una carretera del interior de Urrugne, que discurría entre lomas suaves de verdes praderas y daba acceso a los caseríos de la zona.

Aprovechó un descanso para llamar por teléfono.

—Todo en orden, mi capitán —contestó Tor.

Roque se mordió la lengua para no decirle que era un gilipollas. Cuando andaban metidos en algo importante, se volvía bastante susceptible. Además, se había despertado con un ligero dolor de cabeza.

—Estoy deseando escuchar las noticias —dijo Tor excitado—. Los periodistas van a flipar. Y los políticos. Está bien salir en los medios, volver a estar en boca de todos. Es…

—No necesitáis nada, ¿no? —le interrumpió Roque.

—Comodidades y lujos no nos faltan; vistas a la montaña, servicio de habitaciones —dijo Tor soltando una carcajada—. Bueno, sí, hay algo que necesita Peter Pan. Dice que tiene que tomar una medicación para el corazón. Que si no, está jodido…

—¿Me estás diciendo que hemos secuestrado a un tío enfermo? —preguntó Roque con incredulidad.

—Tranquilo, no te cabrees.

—¿Y no lo sabíamos?

—El profesor no era la primera opción.

—Hubiera sido mejor esperar.

—¿Te doy el nombre de las pastillas? Lo tengo aquí apuntado.

—Te llamo más tarde. Ahora no tengo papel —dijo Roque zanjando la conversación.

Guardó el móvil en la pequeña mochila que llevaba a la espalda y echó a correr de nuevo sobre el asfalto, apretando los puños, enfadado. No se podía improvisar así, joder. Aquello no era un juego; todo se podía ir al carajo. Corrió con rabia, esperando que el esfuerzo le procurara cierto alivio.

Cuando llegó a casa estaba empapado en sudor. Subió las escaleras que daban al primer piso. Vivía en una vivienda típica vasca, de dos plantas, con los balcones y las contraventanas pintadas de color granate. En el bajo había un pequeño restaurante con seis mesas, que servía comida casera a los obreros de la zona.

Encendió la radio y pasó impaciente de una cadena a otra. Todo parecía en calma.

Se duchó para hacer tiempo, mientras seguía dándole vueltas al tema de la medicación. Conseguirla sería un engorro. Necesitaban un médico que hiciera una receta falsa. Y…

Se secó, se vistió y preparó una cafetera.

Mientras esperaba a que el agua hirviera, volvió a sintonizar las diferentes emisoras de radio.

Nada. Solo noticias insustanciales y comentarios deportivos.

Leire

Leire lo observó a través de la valla pintada de color verde. Era un crío delgado, menudo, de ojos claros y aire tímido. Le recordaba a alguien, pero no sabía a quién. Vestía un pantalón vaquero y una sudadera gris. Sus deportivas parecían gastadas. Tenía la piel muy blanca; seguro que en verano le salían montones de pecas.

—Hola, Ander. Me llamo Carmen —dijo recordando a la escritora Carmen de Burgos, Colombine, cuyos libros había recibido unos días antes en la biblioteca.

El chico la miraba con curiosidad.

—Soy periodista. Trabajo para el periódico *Berria*. Voy a hacer un reportaje sobre tu padre. Y, bueno… Me gustaría hablar contigo.

Al escuchar la palabra «periodista» el chico frunció el ceño levemente. Leire sonrió. Se esforzó en parecer cordial, en trasmitirle tranquilidad al crío.

—El artículo saldrá en el suplemento del domingo. Y estaría bien que me contaras lo que más admiras de él, cómo es en casa…

¡Billy Elliot! Eso era. A Leire aquel crío le recordaba a Billy Elliot, el niño que no quería boxear sino ser bailarín.

—No sé si a mi padre le parecerá bien —le contestó el chico muy serio.

—Bueno, se la tenemos que enseñar a él antes de publicarla. Tiene que dar su consentimiento porque tú eres menor de edad. Y no nos vamos a meter en un lío…

El chico se lo estaba pensando. Leire intentó controlar su impaciencia; no sabía de cuánto tiempo disponía. Tenía que convencerle antes de que acabara el recreo y volviera a clase.

—Bueno, tranquilo, no quiero ponerte en un compromiso. Igual mejor lo dejamos —dijo, cambiando de estrategia.

—¿Y si se lo pregunto a mi padre y te lo digo mañana? —se apresuró a preguntar el crío.

—Es que no hay tiempo. Este trabajo siempre es así, lo quieren todo para ayer. Es muy estresante. Tendríamos que hacerla hoy mismo. Además, esta tarde me voy de viaje.

El chico parecía decepcionado. Una entrevista. Sus palabras en el suplemento de un periódico. Quizás su foto. No, su fotografía seguro que no, su padre no permitía que les hicieran fotos. Pero quizás aparecería su nombre.

—Bueno, no te preocupes. Gracias de todas formas. Puede que otra vez…

El tono de consuelo era falso. Lo que venía a decir realmente era: no habrá otra oportunidad.

—Pero no pongas esa cara. Solo era una entrevista… No es para tanto.

El timbre que anunciaba el final del recreo sonó con estruendo.

—Me alegro de haberte conocido. Quizás nos veamos de nuevo. ¡Quién sabe!

Leire dio unos pasos alejándose del colegio. Contó mentalmente cada paso que daba. ¡Venga, chico! ¡Reacciona! ¿Es que no tienes sangre en las venas? Leire estaba a punto de echarse a llorar cuando escuchó un grito a su espalda.

—¡Espera!

Se volvió muy despacio.

—¿Cuándo haríamos la entrevista?

—Pues… Tendría que ser ahora.

—¿Ahora? Ahora no puedo. Tengo clase.

—¿Y no puedes salir, aunque sea un rato?

El niño se rascó la oreja, pensativo.

—A las doce y media podría escaparme. A esa hora salen los que van a comer a casa y los del comedor nos quedamos en el recreo. Siempre hay mucho lío… Y para volver a entrar, ya me inventaré algo —le explicó—. ¡Ya sé! Les diré que he ido con mi padre a lo del dentista. Tengo que ir a veces a que me pongan flúor. Solemos ir al mediodía.

¿Flúor? Leire no entendía qué demonios era eso del flúor, pero cualquier cosa que sirviera como excusa para que el niño fuera con ella, le parecía bien.

—¿Dónde vamos a hacer la entrevista? ¿Aquí? —preguntó el niño.

—¡No, hombre! Tengo que grabarte. Hay que hacerla en mi coche.

—Pero no tardaremos mucho, ¿verdad?

—No. La haremos rápido. Ya tengo las preguntas preparadas. Con un ratito será suficiente.

—¿Seguro? Y luego se la enseñarás a mi padre para que la vea. Es eso, ¿no?

Leire asintió. Casi todos los alumnos habían abandonado ya el patio.

—Me tengo que ir —dijo el chico—. Saldré en una hora.

—Mira, aquel es mi coche, el blanco.

—¿El que está detrás del azul?

—Sí, ese. Te espero allí, ¿vale?

El niño se dio la vuelta y se fue corriendo.

Cuando Leire se sentó en el Alpha Romeo, apoyó las manos en el volante para que dejaran de temblar.

Ander

Ander en los periódicos. Ander en boca de todos. Le tendrían envidia. ¿Qué chaval sale en la prensa con once años? Estaba deseando contárselo a Julen. Pero Julen no estaba, no lo vería hasta la tarde, cuando volviera de la excursión. No te lo vas a creer, le diría. Hasta el Loco se quedaría impresionado. Y quizás así le dejara en paz. No se iba a seguir metiendo con alguien que era famoso… Porque la gente que sale en las revistas y periódicos se vuelve famosa. Sí, seguro que esa entrevista marcaba un antes y un después.

A Ander, concentrado en sus pensamientos, la hora de matemáticas se le pasó volando. No se enteró absolutamente de nada. Cuando sonó el timbre que anunciaba el final de clase, fue de los primeros en abandonar el aula. No quería que el Loco o sus amigos le impidieran el paso. Bajó la escalera y se quedó en los servicios que estaban junto a la entrada. Cuando vio que los chicos de los diferentes cursos se amontonaban en la recepción, se unió a ellos. Casi sin darse cuenta, salió del edificio. Ahora quedaba cruzar el porche cubierto y la zona al aire libre hasta alcanzar la puerta principal, en la que los padres se arremolinaban esperando a sus hijos.

Aquel era un momento de confusión en el que el conserje se volvía loco. Además de la recogida de alumnos, estaba la salida al recreo de los del comedor, con las consecuentes peleas por las pistas. Y siempre había algún padre que preguntaba por una prenda o libro perdido. O algún chico que le daba un recado de algún profesor; una puerta de un baño atascada, el proyector que no funcionaba…

Caminó con la mirada fija en el suelo. Tenía un nudo en el estómago. Nunca antes había hecho algo así. Tenso, intentaba confundirse con los estudiantes que lo rodeaban. Mimetizarse con ellos, dejándose envolver por el estruendo. Siguió avanzando. Esperaba asustado una voz llamándole —¿a dónde vas, Ander?—. O que alguien se cruzara en su camino, impidiéndole avanzar. Pero no sucedió nada de eso y se encontró de repente fuera del colegio.

Se dirigió hacia el coche blanco sin correr, sin mirar atrás, para no llamar la atención.

Todo había sido increíblemente fácil.

Leire

Leire miraba fijamente la puerta del colegio. Intranquila, se pellizcó el labio inferior. Hasta el momento todo había ido bien. Había encontrado al chico, lo había convencido para que fuera con ella, pero todavía tenía que salir del colegio y entrar en el coche. Y era consciente de que cualquier detalle podía dar al traste con su plan.

El tiempo avanzaba lentamente. A Leire le costaba controlar la ansiedad.

¿Y si no lograba salir? ¿Y si un profesor le sorprendía y le enviaba castigado a secretaría? O quizás alguno de los padres que lo conocía le paraba para preguntarle extrañado adónde iba. Si el crío decía la verdad, todo se iba al garete. Un adulto desconfiaría. ¿Una periodista lo esperaba en un coche? Nadie dejaría ir a un crío solo con un desconocido… Le acompañaría a ver de qué se trataba.

Y si así sucedía, ¿qué haría ella? Arrancaría el coche y huiría. ¿Les daría tiempo a apuntar el número de su matrícula? ¿La denunciarían a la policía? ¡Y qué más daba! Si el plan se iba a la mierda, ya nada importaba.

Volvió a mirar el reloj, angustiada. Intentó pensar en un nuevo plan, pero todo lo que se le ocurría era inviable. Por desgracia, aquella era su única oportunidad. Cruzó los dedos para conjurar a la suerte. Todo iba a salir bien.

Empezaba a llegar gente al colegio. Leire evitaba mirar a las personas que pasaban junto al coche. No quería que se fijaran en ella. Temía que su mirada huidiza y la palidez de su rostro les llamara la atención. Faltaba poco para la hora de salida.

Cuando sonó el timbre, eran muchos los padres y familiares que esperaban a sus niños. El bullicio de los alumnos saliendo al patio se mezcló con el de los críos que pasaban junto a ella camino de sus casas. Tuvo un fugaz y vertiginoso recuerdo de su infancia; el colegio, los pasillos largos, la luz que entraba por las tardes de primavera y se derramaba sobre los pupitres. El olor del comedor. Las compañeras, los libros, los juegos. El patio de grava, una rodilla herida tras un traspiés. La cuerda, la goma…

Lo vio cuando estaba ya cerca del coche. Era él. Sí, era él. El niño la saludó alzando el brazo. Parecía contento.

Se sentó a su lado y Leire puso el coche en marcha suavemente.

Roque

—Está enfermo —dijo Roque apretando el móvil contra la oreja.

—¿Qué dices? —contestó Azeri.

—Te lo advertí, las cosas no se hacen con prisas. Pero tú…

—¿Quieres decirme de una vez de qué coño estás hablando? —preguntó Azeri.

—El objetivo, el tipo que hemos secuestrado, está enfermo del corazón. Y parece grave…

—¡Hostias!

Se hizo un breve silencio. Jódete, Azeri, pensó Roque. Y continuó.

—A ver qué hacemos ahora. Tenemos que conseguir su medicina.

—¿Y no crees que aguante una semana? Ese el plazo que vamos a dar para negociar. Y en cuanto hablemos de las condiciones del rescate, este queda sentenciado.

—Yo qué sé lo que va a durar.

—Aunque es verdad, una cosa es ejecutarle, y otra que se nos muera… Eso sería de pena —comentó Azeri pensativo.

—Pues sí. Lo que nos faltaba…

—Yo conseguiré las medicinas —zanjó Azeri.

—Hay que tener cuidado. Lo mismo la policía está vigilando las farmacias. No me extrañaría.

—Te he dicho que yo me encargo.

Roque apretó las mandíbulas. De nuevo Azeri tomaba las decisiones.

Miró una vez más la televisión, que estaba encendida sin volumen. Debido a la proximidad de la frontera podía ver algunas cadenas españolas Algo no iba bien. Lo sabía.

—Y no hay noticias —dijo Roque.

No iba a perder la oportunidad de joder a Azeri por haber tomado la iniciativa en aquel asunto sin tener en cuenta su opinión.

—Es cuestión de tiempo. Sabemos que su mujer siguió nuestras órdenes y fue a primera hora a la comisaría.

—Nada, ni en la radio, ni en la tele… A mí esto me huele fatal —insistió Roque.

—Yo te diré lo que está pasando. Los gerifaltes están reunidos. No saben qué hacer e intentan ganar tiempo antes de dar la noticia.

Sí, podía ser eso, pero… Roque tenía un mal pálpito.

—En cuanto se haga público el secuestro, les mandamos el vídeo. Y entonces ya verás cómo salimos en todos lados —dijo Azeri.

—¿Ya lo habéis preparado?

—No, todavía no. No es un vídeo para Hollywood, joder. Se hace en cinco minutos.

En el vídeo ETA expondría sus exigencias. Solo liberarían al secuestrado si acercaban los presos a las cárceles vascas en un plazo de siete días. Estaba claro que el Gobierno no iba a ceder, pero la organización había decidido apostar fuerte.

Sin embargo, Roque no estaba muy convencido. Era muy probable que aquello acabara en una

situación similar a la del secuestro de Miguel Ángel Blanco. Y él consideraba que aquello había sido un gran error, aunque algunos no quisieran verlo y estuvieran dispuestos a repetirlo.

—Mándame un mensaje con el nombre de las medicinas —pidió Azeri antes de colgar.

—A sus órdenes —respondió Roque con cinismo, aunque su interlocutor ya no podía oírle.

Clavó la mirada en la tele muda. Ponían un programa de entretenimiento en el que el público se reía a carcajadas.

¿Y de qué coño se reirán esos?, pensó.

Ander

—¿A dónde vamos? Creía que haríamos la entrevista aquí mismo… —protestó el niño.

—Vamos a un sitio más tranquilo.

Ander frunció el ceño. Si su madre se enteraba, le iba a caer una buena. Mertxe era muy estricta con todo lo relacionado con el colegio.

—Pero no puedo tardar. Tengo que llegar antes de que sirvan la comida. Si no me quedaré sin comer…

—No te preocupes —le dijo la periodista y le sonrió quitándole importancia—. Será solo un rato.

El coche salió de Arbes. Cogió la carretera que bordeaba Irún hacia Behobia y allí tomó la N-121-A en dirección a Pamplona.

—Anda, cuéntame algo de tu padre.

—¿Qué quieres que te cuente?

—No sé… ¿Habláis de política en casa?

—¿De política? No. ¿No estamos yendo muy lejos? —insistió Ander.

La carretera recorría un hermoso paisaje de vegetación abundante, siguiendo el curso del río Bidasoa. El coche pasó el puente de Endarlaza, que marcaba el límite territorial entre las provincias de Navarra y Guipúzcoa.

—Tranquilo…

Te ahogas en un vaso de agua, Ander, pensó. Lo ves siempre todo negro. Piensa en otra cosa, respira. Te van a hacer una entrevista, saldrás en el periódico. Igual esto lo cambia todo, ¿no?

—¿Vas a escribir sobre mi tío? —preguntó Ander.

—No lo sé… —la mujer titubeó—. Depende de lo que diga tu padre.

—¿Tú sabes qué pasó exactamente? —le tanteó.

—No —respondió la periodista.

—Cuando sea mayor, mi padre me contará todo. Dice que todavía no es el momento.

—Tu padre tiene razón —respondió ella con un tono cortante, como si quisiera zanjar ese tema.

—¿A ti también te han matado a alguien? —le preguntó el crío de repente.

—No, a mí no —balbuceó ella.

Ander pensó que no le decía toda la verdad. Por eso se había puesto lívida y se le habían humedecido los ojos.

En ese momento, el coche abandonó la carretera principal y tomó un desvío. Acababan de pasar Vera de Bidasoa. Aquella era una carretera pequeña, sin tráfico, que llevaba seguramente a los caseríos dispersos que se veían en el monte. Ander, preocupado, jugueteó con el cinturón de seguridad. Estaban muy lejos del colegio.

El coche se detuvo bajo unos árboles. Había empezado a caer una lluvia fina y mansa; apenas se podía ver el exterior a causa de los cristales mojados. La mujer cogió la mochila, la dejó sobre sus rodillas y buscó algo en el interior. El niño pensó que se trataba de una grabadora, o de un

cuaderno de notas. Se equivocaba; era una caja de medicinas de la que la mujer extrajo un blíster plateado, casi entero. Soltó tres pastillas. Las guardó en la mano derecha. El chico dedujo que la periodista no se encontraba bien.

La mujer sacó una botella de agua pequeña de las bolsas de plástico que estaban en el asiento de atrás. Se la dio al chico. Él la cogió, confundido. Ella le mostró las pastillas que parecían botoncitos minúsculos.

—Trágatelas —le dijo.

Ander no entendía nada, pero el gesto y la voz de la mujer le hicieron pensar que algo no iba bien.

—¡Que te las tomes!

No tuvo ocasión de protestar. La mujer le golpeó con tal violencia que su cabeza chocó con la ventanilla. Se llevó la mano a la mejilla, donde había recibido el impacto. Dolía. El niño estaba horrorizado.

—¡Te he dicho que te las tragues! —gritó.

La mujer apretó la garganta del chico para que abriera la boca y obedeciera. Ander estaba tan asustado que no opuso resistencia. Intentó ingerir las pastillas, pero se le habían pegado a lengua. Tenía la boca seca a causa del miedo. Bebió un sorbo de agua que las arrastró hacia su estómago. Ella le hizo abrir la boca para asegurarse de que le había obedecido.

—Y no se te ocurra vomitar o te haré comerte tu propio vómito —le amenazó.

—Carmen, ¿qué está pasando? —preguntó el niño con un hilo de voz.

—¡No me llamo Carmen! ¡Cállate! Obedece y todo irá bien.

La mujer lo sacó del coche y le obligó a meterse en el maletero. Lo ató. Lo amordazó. El pañuelo en la boca no solo le impedía gritar, sino que también le dificultaba la respiración. El corazón de Ander latía acelerado cuando la puerta del maletero se cerró y le rodeó la oscuridad que tanto odiaba.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué esa mujer le trataba así? Comprendió que no era una periodista. Que le había engañado.

En ese momento, Ander reparó en el rumor de los coches que pasaban por la autovía. El zumbido se parecía al murmullo de las olas. Las olas más fuertes eran las de los camiones, que tenían otro ritmo, más lento. Ahí iba otra. Y las olas lo acunaron y lo consolaron mientras perdía la consciencia.

Leire

Leire conducía con la radio puesta. «Sharapova termina con el sueño de Kuznetsova. La rusa remonta el partido ante su compatriota y accede a las semifinales del torneo madrileño». Le reconfortaba el sonido de fondo, aunque era incapaz de prestar atención a las noticias.

«Tres heridos tras derrumbarse un techo en Mercabarna».

Todavía le dolía el brazo a causa del ímpetu con el que había golpeado al niño. Recordó aquella expresión en sus ojos; nadie le había mirado así antes.

«Aumentan a treinta y tres los caseríos de Guipúzcoa afectados por la lengua azul. Solo en las últimas veinticuatro horas se han localizado casos en cinco explotaciones ganaderas. Según informaron fuentes del departamento vasco de Agricultura y de la Diputación de Guipúzcoa…».

Se dijo que aquel acto de violencia era necesario. Había que dejar las cosas claras; un golpe flojo hubiera revelado su inseguridad. No podía flaquear.

El golpe. El chasquido de su mejilla contra el cristal. Su rostro asustado. Pobre Billy Elliot, crédulo, inocente. ¿Qué culpa tenía aquel chico con aire de ratoncillo? Le había mentido, lo había golpeado y lo había obligado a tomarse aquellas pastillas. Al pensar en su expresión de desamparo a Leire le entraron ganas de llorar, pero no podía dejar hablar a aquella voz compasiva.

Se secó las lágrimas que le humedecían el rostro con el dorso de la mano derecha. Se obligó a pensar en los fantasmas que la habían visitado la noche anterior, en los heridos, en los cadáveres abandonados en las cunetas. Todos ellos tenían el rostro de Bixen.

Tardó más de una hora en hacer los ochenta kilómetros hasta Pamplona, debido al abundante tráfico de camiones, y unos treinta y cinco minutos en recorrer los casi cincuenta kilómetros que le quedaban hasta su destino. El último tramo de carretera era muy estrecho, tanto que solo podía pasar un coche. Por suerte, no había tráfico y llegó sin problemas.

El pequeño pueblo de Usún pertenecía al valle de Romanzado. Desde él se accedía a la foz de Arbaiun, un profundo cañón excavado por el río Salazar en la roca caliza, de casi seis kilómetros de longitud y con paredes verticales de hasta cien metros de altura. Los roquedos, el río y los bosques eran el hábitat de un gran número de especies de animales. Se consideraba un paraíso para los amantes de la observación de aves; contaba con una de las mayores colonias de buitres leonados del mundo, y se podían ver con facilidad águilas reales y quebrantahuesos.

Sobre todo en primavera abundaban los excursionistas. La ruta habitual descendía hasta el río y llevaba a la ermita de San Pedro. Para los más decididos había una segunda ruta que unía esta foz con la de Lumbier. Sin embargo, ese jueves de invierno, frío y desapacible, no se veía un alma por los alrededores.

En el pueblo acababa la carretera. Una vez pasado Usún, el camino hacia la foz era una pista de grava entre pinos, hayas y fresnos. A unos trescientos metros tomó un pequeño camino de hierba. La casa estaba parcialmente oculta entre los árboles, pero Leire pudo ver parte del tejado. Era una edificación típica de la zona, de tres plantas, construida en piedra y madera, con dos balcones de

hierro forjado en la fachada. Las contraventanas de madera estaban pintadas de color marrón oscuro, casi negro. A un lado de la casa, había una construcción que en su día había sido un cobertizo, y que se utilizaba como leñera, trastero y garaje.

Aparcó el coche frente a la entrada principal, un arco de piedra con una pesada puerta de madera. Leire salió del coche. Antes de abrir el maletero, inspiró profundamente. El chico estaba dormido. Le quitó la mordaza y la cuerda de los pies. Apoyó su mano en el hombro y le sacudió levemente para que despertara. Él la miró confundido. Un instante después, el brillo de terror en sus ojos reveló que acababa de recordar lo sucedido.

—Vamos —le dijo Leire.

Tiró de él para ayudarle a salir. El niño miraba el lugar sorprendido. Un buitre voló sobre ellos a escasa altura.

—Si estás pensando en salir corriendo, no te lo aconsejo. No encontrarás una casa en un radio de varios kilómetros —mintió Leire—. Además, anochece muy pronto y las temperaturas en esta zona caen por debajo de los cero grados.

Una ráfaga de aire helado sacudió al niño que apenas se sostenía en pie. Leire le ayudó a caminar; daba traspiés con los ojos entrecerrados. El chaval permaneció apoyado contra la puerta, mientras ella buscaba la llave dentro de una vieja cañería que el viento había guillotinado y que ya no servía para desaguar el tejado. Allí estaba, justo en el codo metálico, cubierta por una piedra y envuelta en un trapo.

Entraron en la casa. Estaba oscura y olía a cerrado. Dentro también hacía frío.

Leire no quiso encender la luz eléctrica y sacó una linterna de la mochila para iluminar la estancia. Subieron a la primera planta. Fue un ascenso penoso, en el que el chico estuvo a punto de caer en varias ocasiones. Farfullaba algo, como si hablara en sueños. Leire se preguntaba cuánto tiempo duraría el efecto de las pastillas.

—Mi madre se va a enfadar. Me la voy a cargar… —dijo el niño volviéndose hacia ella—. ¡Y todo por tu culpa!

Lo llevó a una de las habitaciones de la primera planta, aquella que había compartido con Isa cuando eran niñas. Ahora, en lugar de las dos camitas que recordaba, había una grande en el centro de la estancia, sobre la que dejó caer al chico. Le ató de nuevo los tobillos.

—… cumpleaños de Nerea —farfulló el niño.

Lo cubrió con unas mantas que encontró en el armario.

—Julen me irá a buscar… Empieza la caza. Corre, corre, corre…

Leire estaba a punto de salir de la habitación cuando el grito del chico hizo que se volviera.

—¿Por qué me has traído aquí? —dijo alzando la voz.

—¿Te callas o quieres que te amordace de nuevo? —le contestó.

La amenaza obtuvo resultado.

El silencio de la casa era tan denso como las tinieblas que la habitaban.

Bixen

El tiempo parecía haberse detenido. Ni siquiera llevaba allí veinticuatro horas, y el encierro ya le pasaba factura. No soportaba el aire cargado, la humedad, el calor infame, la claustrofobia que tenía que controlar para no caer en un ataque de pánico. Y, en especial, la incertidumbre sobre lo que le esperaba.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —se atrevió a preguntar.

—No te puedo decir nada —dijo Hombre Dos, cambiando de postura.

—¿Me vais a matar? ¿A qué estáis esperando?

—¡Puta silla! ¡Qué incómoda es! —se quejó Hombre Dos.

—Necesito saber qué está pasando ahí fuera —insistió Bixen.

Leire. ¿Estaba ya su mujer al tanto de lo sucedido? ¿Se había hecho público el comunicado de ETA? ¿Cuáles serían las condiciones? ¿Cuáles las amenazas? ¿Había un tiempo que ya había empezado a contar en su contra?

—Seguro que puedes decirme algo…

—¡Que no sé nada, joder!

Vivo. Por el momento estaba vivo, aunque retenido por la banda. La idea del secuestro despertaba otros miedos. Recordó los tristemente famosos secuestros de ETA, la angustia que él mismo había vivido cada día al leer la prensa y ver que no había noticias de aquellos pobres infelices. Los ausentes. Algunos habían sido liberados tras pagar el rescate correspondiente. Otros no habían tenido tanta suerte.

¿Qué habría pedido ETA a cambio de su vida? Descartó el móvil económico. Su exigencia sería otra. De naturaleza política, probablemente.

—Esto no puede acabar bien —dijo Bixen.

A pesar del calor, sintió un escalofrío. Estaba condenado. Y no solo se trataba de la amenaza de asesinato, o de soportar ese encierro cruel. Además, estaba el problema de su corazón. Sin su medicación, no aguantaría mucho.

—¿Me has oído?

Claro que Hombre Dos le había oído, pero le ignoraba.

Pensó en Leire. No tires la toalla antes de tiempo, le diría su mujer. Hay que luchar hasta el último segundo, Bixen. Leire. La recordó chupando la punta de un mechón de su cabello castaño, como si fuera una niña recién salida del mar.

Tenía que calmarse. Mientras hay vida, hay esperanza, se dijo. Quizás la policía lo sacara de allí a tiempo. No iba a hundirse. Además, el estrés físico y emocional afectaba también a su corazón. El síndrome del corazón roto o cardiomiopatía de Tako-Tsubo se relacionaba con casos de estrés agudo. Los síntomas eran similares a los de un ataque cardíaco.

Cuando querían quitarle hierro al asunto, solían bromear sobre la futura operación. Recordó la cena del fin de semana anterior.

—¿Me seguirás queriendo cuando me pongan una válvula de cerdo?

—Lo intentaré —contestó Leire.

—Ojalá pudiera elegir la válvula de otro animal. De un caballo, por ejemplo.

—Pues sí, sería otra cosa…

—Pero no hay nada que hacer. El corazón de los cerdos es el más parecido anatómicamente al de los seres humanos.

—Entonces, les daremos las gracias a los cerdos. Además del jamón de Navidad, nos procuran válvulas —dijo Leire soltando una carcajada.

—Brindemos por los cerdos salvadores —propuso Bixen.

La dulzura del recuerdo le hizo sonreír. Susurró emocionado el nombre de su esposa.

Hombre Dos carraspeó.

—¿Qué dices? No te oigo.

—Nada —respondió Bixen.

Volvía a estar en aquel maldito agujero. La intervención de Hombre Dos había roto el efecto benéfico del recuerdo. Leire y Hombre Dos representaban mundos contrapuestos; el de la luz y el de las sombras. El de la vida y el de la muerte.

Muerte. Esa amenaza continua. Bixen se preguntó dónde guardaría Hombre Dos su arma. Y cómo sería sostenerla, acariciarla, sentir su frialdad, su peso. ¿Se ajustaría el arma a su mano como un guante? El arma pervirtiendo a la mano, corrompiéndola, hablándole de las oportunidades que se abrían con aquel gesto. El arma le mostraría los caminos posibles, o quizás el único camino. Le contaría historias con su boca sin dientes, aturdiéndole con su voz de acero.

—¿Quieres dejar de mirarme? —dijo Hombre Dos.

Bixen obedeció y cerró los ojos.

Leire

Según la inscripción tallada sobre la puerta principal, el viejo caserón de la foz había sido construido en 1872. Se trataba de un edificio de grandes dimensiones y forma cúbica, que la madre de Isa había heredado de sus abuelos y que se caía a pedazos, hasta que decidieron restaurarlo.

Durante varios años, las vacaciones de la familia de Isa habían consistido en sobrevivir en la casa, mientras reconstruían las paredes de piedra, hacían la instalación eléctrica y fabricaban un sistema para dotarla de agua mediante un pozo artesano. Leire los había acompañado en alguno de esos veranos inolvidables. Y también unas primas de Isa, un poco más pequeñas que ellas, se habían sumado al grupo. Dormían todos juntos en las habitaciones ya terminadas, cocinaban en el exterior, en un hornillo de camping, y se bañaban en las aguas cristalinas y heladas del río Salazar. Eran recuerdos felices, de una casa llena de vida. Sin embargo, ahora, la casa se había convertido en un espacio lúgubre, habitado por las sombras, el silencio y el frío.

La recorrió armada con la linterna. En la planta primera había tres cuartos, en uno de los cuales había dejado al niño. Los tres eran similares, habitaciones grandes, algunas con muebles antiguos, cubiertos por sábanas y colchas viejas, lo que contribuía aún más a crear un ambiente fantasmal. Camas, mesillas, coquetas, butacas y percheros amueblaban aquellas estancias sobre cuyas paredes había algunos cuadros con paisajes campestres. Los muebles de madera, al igual que las telas, desprendían un aroma mezcla de humedad y abandono, que no era otro que el aliento de la casa cerrada. Además de las habitaciones, en la primera planta había un cuarto de baño bastante amplio.

La puerta que daba a la segunda planta, la *gambara* donde se guardaban trastos, estaba cerrada con llave. «Un, dos, tres, al escondite inglés…». Leire recordó los juegos infantiles en el desván. «Al escondite inglés, sin mover las manos ni los pies». Las discusiones entre las niñas. Isa se peleaba continuamente con su hermana Lourdes. Mentira, mentira, yo no me he movido. Es imposible que me hayas visto.

Siguió el camino de luz amarillento que le mostraba la linterna, deshaciendo brevemente la negrura, y bajó por las escaleras. La planta baja estaba ocupada en su mayor parte por un gran salón. Dejó la linterna sobre una mesita. Había varios sillones situados frente a la chimenea y una mesa con sillas en la zona del comedor. El débil resplandor de la linterna hacía que la estancia pareciera aún más grande, ya que la oscuridad diluía sus límites.

Un nuevo recuerdo de aquellos tiempos lejanos la asaltó por sorpresa. Tía, cuéntanos una historia. Ahora no puedo, vamos a… Por favor, por favor, insistían las niñas, hasta que la tía Emma se sentaba en la butaca del salón. La mujer se frotaba las manos mientras elevaba la mirada hacia el techo buscando las palabras que hechizarían a sus oyentes. Porque la tía Emma, soltera y poco maternal, no sabía cuentos, se le olvidaban, los dejaba a medias. Pero recurría a cualquiera de sus historias, todas ellas siniestras, y que sucedían en la residencia de ancianos en la que trabajaba.

Leire se encontraba de pie, en medio del salón, en la zona iluminada que parecía una pequeña isla en aquel océano de oscuridad, cuando escuchó algo. Aguzó el oído. En otro momento se hubiera asustado, pero ahora, lo único que aterrorizaba a Leire era la ausencia de Bixen. No saber de su marido enfermo. Y quizás herido, maltratado. O Bixen arrodillado, con la cabeza apoyada contra la corteza de un árbol a la espera del disparo que pondría fin a todo.

No, no tenía miedo. Estaba en la casa de Arbaiun. El niño dormía. Todo estaba saliendo tal y como había planeado. Le daban igual los ruidos, no iba a hacer nada por descubrir de dónde venían, ni qué los producía. No quería desconcentrarse. Quizás se trataba de roedores, de pájaros, o de un pequeño zorro que visitaba la casa en los largos inviernos. O, se le ocurrió de pronto, podía ser carcoma. Un vecino le había contado que la carcoma había llegado a su casa recién reformada dentro de los tablones del suelo. Y le había descrito el ruido que hacían los malditos gusanos, royendo, excavando galerías por dentro de la madera. Gusanos que vivían su última etapa transformados en coleópteros. Era entonces cuando hacían el orificio que delataba su presencia para salir a la superficie y cumplir su destino: volar.

Sí, quizás se trataba de larvas que se alimentaban de la casa, que roían sus cimientos mientras la nieve caía en silencio. Pero ¿qué más daba? El olor, la oscuridad, los sonidos que no lograba identificar… Nada de eso importaba ahora.

PARTE II

Mertxe

Mertxe tuvo suerte y ese día aparcó en la misma calle del colegio. Cuando no lo conseguía, solía dejar el coche en segunda fila, como hacían casi todos los padres. Miró el reloj, iba bien de tiempo. Al nacer Ander, Mertxe había reducido su jornada laboral, así por las mañanas podía acompañar a sus hijos al colegio, y salía con tiempo suficiente para recogerlos.

La puerta del coche se atascaba. Solo consiguió cerrarla al tercer intento, al apoyarse contra ella. La llave resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo, justo en un charco. La limpió con un pañuelo de papel mientras se dirigía al colegio. Mertxe era alta, fornida, y los embarazos habían redondeado su figura. Llevaba unos vaqueros y unas botas de piel oscurecidas por el uso y por la grasa de caballo que utilizaba para cuidarlas.

Reconoció a su amiga Olatz por su melena rizada y su forma de caminar. La alcanzó y se apoyó en su hombro, al tiempo que la saludaba.

—Te has cortado el pelo —le dijo Olatz.

Mertxe asintió. Se llevó la mano a la cabeza y se tocó con la punta de los dedos el cabello gris. Pinchaba. Su pelo había cambiado de color antes de los treinta años. No le había sorprendido, su madre y sus tías también habían sufrido un encanecimiento prematuro. A ella no le importaba, es más, le gustaba, le parecía una seña de identidad, por eso no se lo teñía.

—Ahí están —dijo Olatz al ver aparecer a los primeros chicos—. ¡Niko!

El niño se acercó a su madre, amodorrado, porque acababa de despertarse de la siesta. Cuando acabaron de salir los alumnos de infantil, les tocó el turno a los de primaria. Los chicos mayores salían alborotados, deseosos de dejar atrás la disciplina del colegio. Nerea corrió hacia su madre y se abrazó a su cintura.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó Mertxe—. Hoy cumple siete —le comentó a su amiga.

—¡Siete años! *Zorionak*, Nerea —dijo Olatz y le acarició la cabeza.

—Después del recreo me he puesto de pie y me han cantado —dijo la niña orgullosa.

—¡Cómo pasa el tiempo! Ya vienen los chicos. ¡Julen! —gritó Olatz para que su hijo la viera.

Julen se acercó. A Olatz le hubiera gustado que el niño la besara, como cuando era más pequeño, pero ahora a él le avergonzaban los gestos de cariño.

—¿Qué tal la excursión?

El chico, en lugar de contestarle, se volvió para ver a sus compañeros. Esperaba a Ander. Ander y Julen siempre estaban juntos, pero iban a clases distintas.

—Olatz, si queréis venir a merendar a casa estáis invitados. ¿Verdad, Nerea? Haremos una chocolatada para sus amigas —dijo Mertxe—. A ver si sale Ander…

—¡Jo, *ama*! ¡Vamos! Que Ander vaya con Julen andando.

Su casa estaba cerca, a menos de diez minutos.

—Hoy quiero que venga con nosotros, nada de quedarse por ahí jugando. Es tu cumpleaños.

—Por eso. ¡Vamos a llegar tarde! —insistió Nerea impaciente.

Mertxe se acercó a unos compañeros de Ander para preguntarles si sabían dónde estaba su hijo. Los chicos se miraron los unos a los otros, pero no dijeron nada. Mertxe tuvo la impresión de que le ocultaban algo.

—¿Me esperáis un momento? —le preguntó a Olatz, ignorando las protestas de Nerea—. Vuelvo enseguida.

Conchi, la tutora de su hijo, hacía fotocopias en secretaría. Mertxe carraspeó para advertir de su presencia y la mujer se volvió. Conocía a la maestra; ya le había dado clases de lengua a Ander en cursos anteriores. A pesar de su juventud, era una mujer seria, a la que no resultaba fácil arrancarle una sonrisa.

—Hola. Busco a Ander. ¿Sabes dónde está?

La maestra elevó las cejas en un gesto de sorpresa.

—No ha venido por la tarde.

Mertxe frunció el ceño.

—Iba a mandaros el aviso luego, pero la verdad es que no le di importancia. Pensé que se había puesto malo… —dijo Conchi—. Como últimamente le dolía la tripa…

¿Malo? ¿Ander se había puesto malo y se había ido del colegio? ¿Sin avisar? Eso era muy raro. Estaba confundida, pero no quería decirle nada a la maestra hasta hablar con el crío.

—Sí… Estará en casa. Se habrá ido con su padre —dijo Mertxe para zanjar el tema.

—Ya que estás aquí aprovecho para comentarte que últimamente Ander anda un poco despistado. Espero que sea algo temporal y pronto vuelva a estar centrado en clase. Está en una edad en la que ya tienen que tomarse en serio los estudios. El año que viene pasan al instituto.

Mertxe asintió, antes de despedirse y regresar a la entrada del colegio.

—¿Y Ander? —preguntó Nerea.

—Está en casa. Vamos.

Nerea corrió hacia el coche. Mertxe le contó a Olatz las novedades. Sin darse cuenta se rascaba la muñeca, justo donde a veces le salía un pequeño eccema.

—Tranquila —dijo Olatz—. Ander te contará qué ha pasado.

—¡*Ama*! ¡Vamos! ¡Vamos!

—¿Quieres estarte quieta, Nerea?

Mertxe arrancó el coche preocupada. Irse sin avisar a nadie… Aquello no era propio de su hijo.

Ander

Se quería despertar. Lo intentaba, sin embargo, caía de nuevo en el sueño una y otra vez, aquella tela de araña en la que estaba atrapado.

Sombra Uno, jefe del Escuadrón de las Sombras, reclutó a Zarpa de Acero para que formara parte de la organización. Te necesitamos, le dijo. Y él, Ander, que era Zarpa, aceptó sin dudarlo. Zarpa de Acero se había convertido en uno de los agentes más eficientes en la lucha contra las amenazas a la Humanidad.

¿Qué está pasando aquí?, se preguntó.

Intentó moverse, pero no logró estirar los brazos, ni separar las piernas. Atrapado, sí. Quiso salir del vientre del monstruo. Del sueño horrible.

Eran muchos los enemigos del escuadrón de las sombras, entre ellos el Doctor Magno, alcalde de la ciudad y científico, que poseía poderes magnéticos que le permitían volar. También estaban los invasores alienígenas, conquistadores del mundo, científicos chiflados, monstruos… Zarpa de Acero se encargaba de todos ellos.

Pero ¿de quién se trataba esta vez?

Intentó ordenar sus recuerdos. Se había levantado para ir al colegio. Nerea tenía los labios negros después de comer galletas Oreo. Le habría gustado quedarse en casa, decirle a su madre que le dolía la garganta. O mejor la tripa. Me duele la tripa, *ama*. Ya lo había hecho algunas veces, retorciéndose en el sofá, pero temía que su madre sospechara si repetía el engaño.

¿Estáis listos?, les preguntó Mertxe. Ander se puso la cazadora encima de la sudadera. Ya estaba. ¡Ay! No había metido el libro de mates en la mochila. ¿Y el estuche? ¿Dónde había dejado el estuche? En la mesa no estaba. ¿Se lo había quitado Nerea para pintar? ¿No estaría en la mochila debajo de los libros? ¡Ander! ¡No quiero llegar tarde al trabajo!, gritó su madre.

Mientras Mertxe conducía, él miraba el exterior con la frente apoyada en el cristal. Su madre trabajaba en el Departamento de Administración de Porcelanas Bidasoa. Le quedaba un poco alejado de casa, a casi tres kilómetros. Por las mañanas, llevaba a sus hijos al colegio, y desde allí se iba a su oficina. Por la tarde los recogía, aunque a veces Ander se quedaba con Julen por ahí. Ya no eran unos enanos.

Nerea no paraba de cantar y de dar saltitos en el coche. ¡Qué niña más pesada! ¡Con lo bien que hubiera estado él siendo hijo único! ¿Tienes examen, Ander?, le preguntó su madre. ¿Examen? No tenía ni idea. Igual sí… Últimamente no le iba muy bien en clase. En cuanto le dieran las notas, fijo que le caía una bronca.

Fue más tarde, en el recreo, cuando se presentó aquella mujer guapa y simpática. Había sido amable con él. ¿Cómo iba a imaginar que bajo aquella inofensiva apariencia se escondía un enemigo? No hay que menospreciar a ningún adversario, solía decir Zarpa. Las formas del mal son múltiples. Y sí, así era.

No tuvo dudas a la hora de ponerle nombre. Esta vez le tocaba enfrentarse a «Falsa Periodista».

La lucha entre Zarpa de Acero y Falsa Periodista había sido desigual. Ella le había drogado

antes de que él pudiera reaccionar. Además, contaba con una fuerza descomunal: había estado a punto de asfixiarle con sus propias manos.

Ander no sabía quién era aquella mujer, por qué le había secuestrado, qué demonios quería de él. Pero se hacía muchas otras preguntas. ¿Qué otros superpoderes poseía Falsa Periodista? ¿Qué as escondía en la manga? Y, sobre todo, la pregunta que ahora más le preocupaba, ¿hasta dónde sería capaz de llegar?

No te preocupes, se dijo para animarse.

Zarpa de Acero lo iba a arreglar todo. Solo era cuestión de tiempo.

Mertxe

Al abrir la puerta, antes de registrar la casa, el instinto le dijo a Mertxe que su hijo no estaba allí. Sin embargo, lo buscó en las habitaciones, en el cuarto de baño, en la cocina. No solo no estaba, sino que tampoco había rastro de que hubiera pasado por allí. Ella conocía bien a Ander, era descuidado. Solía dejar la mochila tirada en una esquina de su habitación, el vaso de agua en la pila, la tapa del inodoro levantada —¡por Dios! ¡Cuántas veces se lo había dicho! —. Pero todo estaba tal y como ella lo había dejado por la mañana.

—Aquí no ha venido… —le dijo a Olatz.

Ander se había ido del colegio, pero no había vuelto a casa porque se encontrara mal, como había dado por hecho su maestra. ¿Por qué había salido? ¿Dónde se había metido?

—¿Seguro que tú no sabes nada, Julen?

La expresión de extrañeza del chico fue suficiente respuesta. La clase de Julen había ido de excursión a San Sebastián, y no habían regresado hasta última hora. No había visto a Ander en todo el día.

Mertxe le pidió a Julen que llamara a otros compañeros y les preguntara si sabían algo. El chaval obedeció. Hizo varias llamadas, sin éxito. Ander no había estado en clase por la tarde. Tampoco en el comedor. Pero no consiguió más información.

—¿Crees que habrá hecho pellas? —preguntó Olatz.

—Si es así, se le van a quitar las ganas de volver hacer algo parecido —dijo Mertxe.

Julen siguió intentándolo. Hasta llamó al Loco, aunque no le hiciera ninguna gracia hablar con él. Pero este tampoco sabía nada, o al menos eso fue lo que dijo. Se portó bien el Loco, no soltó ninguna tontería de las suyas. Quizás imaginaba que había algún adulto con Julen. El Loco podía sacar las cosas de quicio, pero no era idiota.

Fue la llamada a Odei la que les puso sobre la pista. Este compañero de clase de Ander les contó que en el recreo una mujer le había preguntado por él, y que lo había visto hablando con ella.

—Repítemelo otra vez —insistió Mertxe.

Y Julen lo hizo. Pero no contenta con eso, decidió hablar ella misma con Odei. Le pidió que se concentrara, que pensara bien las respuestas. Sí, Odei estaba seguro, una mujer le había preguntado por Ander en el recreo. Mertxe quería saber cómo era la mujer. El chico dijo que mayor, pero para él todas las mujeres parecían mayores. La información que les dio era muy vaga. Ni alta ni baja. Creía recordar que el color de su pelo era castaño. Tenía una melena corta. Odei no supo explicarle cómo iba vestida. Él no se fijaba en esas cosas.

Odei no les dijo que la mujer le había dado una moneda de dos euros. Lo mismo les parecía mal, con los adultos nunca se sabía. Además, nada más salir de clase se la había gastado.

Mertxe dejó el teléfono en su base. Se daba por vencida. La aparición de la mujer había tenido lugar hacía cinco horas, en el recreo. Y nadie había vuelto a ver a Ander desde que habían acabado las clases de la mañana.

¿Dónde estaba? Mertxe sintió un leve mareo; creyó que se iba desmayar. Se encerró en el baño y se mojó el rostro con agua fría. Se secó con la toalla, frotándose la piel casi con rabia. En ese momento Olatz llamó a la puerta.

—¿Estás bien?

Mertxe trató de recomponerse y salió del baño.

—Olatz… —le pidió con la voz quebrada—. Hazme un favor. Quédate con Nerea.

—Claro, no te preocupes.

—Vendrán unos ocho niños. La tarta está en el frigorífico. Tienes chocolate a la taza para preparar. También hay bollería, galletitas saladas, zumos, batidos… No creo que te den guerra.

—¿Y tú qué harás?

—Tengo que salir. Dile a Nerea que he ido a hacer un recado.

Antes de que su amiga tuviera la oportunidad de preguntar nada más, Mertxe abandonó la casa precipitadamente.

Mientras caminaba a buen paso, llamó a su marido. Kuti daba clases por la tarde en una escuela de adultos de Pasajes, y por las mañanas se encargaba de hacer talleres en los centros de día de la tercera edad. Seguramente había acabado ya; le había dicho que intentaría llegar al cumple de Nerea.

—¿Quieres cogerlo de una vez? —murmuró.

Como si él la hubiera escuchado, en ese instante su voz sonó al otro lado.

—No encuentro a Ander —le soltó Mertxe a bocajarro.

—¿Cómo que no lo encuentras? ¿Qué quieres decir?

Mertxe se detuvo; le costaba hablar y andar a la vez.

—Te lo estoy diciendo, que no sé dónde está.

—Espera, espera… Estará con sus amigos, no te preocupes.

—No está con sus amigos. Nadie sabe nada de él desde la hora de la comida.

—A ver, Mertxe. Ander no va a estar todo el día pegado a tus faldas.

—No me entiendes. Creo que se ha ido con alguien.

Kuti acusó el golpe.

—Cuéntame qué ha pasado. Empieza por el principio.

—Una mujer fue al colegio y habló con él —le explicó Mertxe entre sollozos—. Eso nos ha contado Odei, un chaval de su clase.

Ahora Kuti comprendía la angustia de su mujer.

—Y luego Ander desapareció. ¡Se lo han llevado!

—Tranquilízate —le rogó Kuti impotente—. ¿Dónde estás?

Mertxe se encontraba a la altura del restaurante Irungo Atsegiña, bajo una farola que acababa de encenderse. Un perro olisqueó sus zapatillas, pero no reparó en él. No veía nada, solo la oscuridad que rodeaba su corazón afligido, que todo lo alcanzaba.

—Voy a San Juan —le respondió—. A veces los chicos andan por la plaza.

—Yo salgo ya. Tardo unos veinte minutos. Espérame en el Ayuntamiento —le pidió Kuti antes de colgar.

Bixen

No quería pensar que podía acabar ahí sus días, sin volver a respirar aire puro. Aire. Imaginó la playa de Hendaya que tanto le gustaba. Ondarraitz, más de tres kilómetros de arena fina, con el castillo de Abbadie al fondo, sobre la preciosa campa verde que daba a los acantilados. Pero la imagen no le ofreció ningún consuelo, sino que, al contrario, aumentó su tristeza.

—¿Por qué estoy aquí? —le preguntó Bixen a su acompañante.

No soportaba el silencio. De él se alimentaban la angustia y el miedo. La claustrofobia. Necesitaba hablar.

El guardián, que seguía sentado en la silla de plástico, se volvió hacia él.

—Tú sabrás. Algo habrás hecho —le recriminó.

No hacía falta pensar mucho. Bixen estaba seguro de que la entrevista en televisión había sido el detonante.

—Te equivocas, no he hecho nada. Solo hablé, dije lo que pensaba.

Pero hacía tiempo que las palabras eran peligrosas para ETA. Los discursos en contra de la violencia eran castigados severamente. Además de las fuerzas del Estado, la policía y los políticos, también los intelectuales que hablaban de la necesidad de paz en el País Vasco habían pasado a ser objetivos de la banda.

—Igual hablaste más de la cuenta —dijo Hombre Dos.

En los últimos años, defensores del independentismo, y también gente muy próxima a la banda terrorista, se habían posicionado en contra de la violencia, y a favor de establecer una única vía, la política. Y eso hacía daño a la organización, que había hecho del terror su pilar fundamental.

Estaba claro que aquella conversación no le iba a llevar a ningún sitio.

—¿Y qué vais a hacer conmigo? —insistió Bixen.

Hombre Dos se encogió de hombros.

—Esperar. Esto es como una partida de bolos. Lanzas la bola y esperas a ver qué pasa.

—Entonces me queréis vivo.

—De momento. Luego, ya se verá. No soy yo quien toma las decisiones.

—Pues si es así, necesito mi medicación. Ya te he dado el nombre de las pastillas…

—No será para tanto —dijo Hombre Dos quitándole importancia.

Pero se equivocaba. Sí, sí era para tanto. Hacía unos años, en un chequeo rutinario, a Bixen le descubrieron un soplo en el corazón. El ecocardiograma reveló que la válvula era bicúspide. En un plazo inferior a diez años habría que cambiarla, ya que con la edad podía desarrollar una estenosis aórtica severa.

No quiso darle más vueltas; por aquel entonces Bixen se encontraba bien. Pero empezó a sentir que cuando caminaba rápido le faltaba el aire. Y una vez, tras una ruta por Peñas de Aia, se había mareado. El doctor Arratibel le dijo que se trataba de pequeños avisos para que el enfermo actuara a tiempo. Sin embargo, no fue hasta que sufrió un síncope mientras corría junto al río Bidasoa, a la altura de la isla de los Faisanes, cuando empezó a tomarse en serio la situación.

Le hicieron un cateterismo y una ecografía un par de días después. Le dijeron que le tenían que operar cuanto antes. Reemplazarían la válvula por una porcina o bovina. Y quizás también la aorta descendente, que parecía dilatada. Calculaban que la operación podía durar hasta nueve horas. Durante ese tiempo estaría conectado a una bomba de derivación, que permitía un sistema de circulación extracorporal mientras le operaban. A continuación, pasaría unos días en la Unidad de Cuidados Intensivos, una semana aproximadamente en planta, y, si todo iba bien, pronto estaría en casa, donde seguiría la recuperación.

Ese era el plan hasta que lo habían secuestrado.

Bixen se llevó la mano al pecho. ¿Aquella sensación tan extraña era real o producto de la sugestión? ¿Empezaba a acusar su corazón la falta de ayuda para seguir funcionando? Clavó la mirada en el techo del agujero. Intentó serenarse.

El corazón late una media de ochenta veces por minuto, se dijo. Eso supone una media de cien mil latidos que bombean ocho mil litros de sangre al día. En el plazo de una vida, bombeará un millón y medio de barriles de sangre. Los datos le relajaban. Los datos servían para alejarle del agujero. Los capilares forman una red de más de ochenta mil kilómetros dentro de un organismo, suficiente para dar dos veces la vuelta a la circunferencia de la Tierra.

Bixen había leído que, si el corazón fuera una fuente, su potencia haría que la sangre alcanzara los diez metros de altura. Se imaginó el pecho abierto, su corazón libre. La sangre que se estrellaba contra el techo para luego caer sobre ellos en forma de lluvia carmesí.

Mertxe

Mertxe se cruzó con varias personas que paseaban a sus perros. Llegó hasta el Ayuntamiento, un elegante edificio de piedra del siglo XVIII, y recorrió el pórtico de cinco arcos. Una pareja se besaba en una esquina. Se detuvo debajo del arco central y contempló la plaza, pero allí no había ni rastro de los chicos. Fue consciente de que aquel era un paso en falso, probablemente el primero de un largo camino. Tenía que ser fuerte, aunque lo que realmente deseaba en ese momento era dejarse caer de rodillas, en la amplia explanada, junto a los bancos vacíos, en la oscuridad húmeda de aquel anochecer horrible.

Se situó en el centro de la plaza. Algunas personas que pasaron cerca de ella, apartaron la vista, impresionados por el destello de locura que había en su mirada.

Kuti no tardó en llegar. Mertxe lo vio acercarse, e imaginó la escena, como sacada de una película. Un plano cenital, grabado por una cámara colgada de una grúa. La plaza casi vacía, y ellos convertidos en dos pequeños puntos, las cabezas negras de dos alfileres cuyas sombras se extendían sobre el suelo. Kuti le acarició el pelo corto, el rostro, estaba helada.

Veinte años juntos, dos hijos, una vida en común. Y ahora Mertxe era solo un pequeño punto en aquella plaza. Y su marido otro. Él la abrazó. Ahora formaban un único punto, con una única sombra en forma de palito.

—Se lo han llevado —sollozó Mertxe.

—Pero ¿quién?

—No lo sé.

Mertxe tenía los brazos flexionados, a la altura del pecho, como si así pudiera protegerse. Pero al mismo tiempo, esos brazos parecían estar listos para salir disparados hacia delante con los puños cerrados, dispuestos a atacar a quien fuera.

—Quizás tú sepas por qué.

Kuti recibió así el primer reproche, al que no supo reaccionar. Siempre habían estado en el ojo del huracán. Él no participaba en los actos, lo había dejado claro desde el principio, pero entendía que las acciones eran necesarias. Y él era bueno justificándolas. Por eso Kuti era visible y ella también, no como otros que vivían en el anonimato. A ellos todo el mundo los conocía.

—Tú sabes muchas cosas que no me cuentas… —continuó Mertxe.

Hasta ese momento su mujer había estado a su lado en todo. Sabía que se exponían, pero nunca había pensado que sus hijos pudieran estar en peligro. ¡Si eran unos niños! Ander tenía solo once años. ¿Y Nerea? ¿Corría también la pequeña algún riesgo?

—Ahora no, Mertxe —susurró Kuti en su oído.

No era un buen momento para airear los trapos sucios. Tenían que estar juntos, más unidos que nunca.

De repente Mertxe relajó los brazos, dejó caer la cabeza hacia un lado. Se sentía exhausta.

—Quiero que vuelva con nosotros —gimió.

—Mertxe…

—Llama a quien sea. Haz algo —suplicó.
Unos segundos después Mertxe se alejó de él, en dirección a su casa.

Leire

Tras guardar el coche en el garaje y coger las bolsas de la compra y su mochila, Leire regresó al caserón que permanecía sumido en la oscuridad. No había abierto las contraventanas. Ni siquiera había encendido la luz eléctrica por miedo a que esta escapara por las rendijas o los luceros delatando su presencia.

Hacía frío. La caldera de la calefacción estaba en la cocina, dentro de un armario, con un papelito pegado sobre la superficie lacada blanca en el que venían las instrucciones. Sin embargo, no había conseguido ponerla en marcha. Debía de tratarse de un problema eléctrico, relacionado con el encendido automático del aparato. Cuando presionaba la palanca, hacía un *clic* poco convincente. Hasta ella, que no sabía nada de esas cosas, reconocía que no sonaba bien. Algo se había desajustado. Mala suerte.

En otras circunstancias, hubiera podido contar con la chimenea, el gran agujero abierto en la pared del salón, ahora cerrado con una puerta metálica. Antes de instalar la calefacción, aquel había sido el corazón del edificio. Pero ahora, fiel a su idea de pasar desapercibida, Leire no iba a utilizarla.

No se oía nada arriba; el niño dormía. Ojalá ella también pudiera hacerlo. Se tumbó en el sofá y se cubrió con unas mantas que había encontrado en un baúl. Olían a humedad y a unas hierbas que la madre de Isa solía dejar en los armarios. El frío le hizo recordar una de las historias que la tía Emma les había contado cuando eran niñas.

En la guerra civil, el alzamiento en Navarra había sido un éxito rotundo. Y, aunque no encontró apenas resistencia, se desencadenó una dura represión contra los simpatizantes de las izquierdas. Muchos de ellos fueron trasladados al penal de San Cristóbal, una fortaleza ubicada a unos quince kilómetros de Pamplona, en pleno monte Ezcaba. Sin embargo, en mayo de 1938 hubo una importante fuga. Ochocientos de los dos mil hombres retenidos escaparon, pero solo tres consiguieron su objetivo, llegar a Francia. Los demás fueron apresados de nuevo o asesinados.

Según la tía, en la casa de la foz se había escondido uno de los huidos; un militante de la Federación de Trabajadores de la Tierra de la UGT. Pero aquel fue un invierno atroz, y pasaron meses antes de que encontraran su cadáver, cubierto por unas mantas que fueron incapaces de procurarle el calor necesario para seguir con vida. El preso fugado no había hecho fuego por miedo a que el humo de la chimenea lo delatara. Había preferido morir de frío a ser encarcelado de nuevo.

La tía Emma insistía en que no había que subestimar el frío. Cuando la temperatura corporal desciende por debajo de los treinta y cinco grados centígrados, comienzan los trastornos cardiovasculares, respiratorios, del sistema nervioso central. Si sigue descendiendo, se produce un coma y, por debajo de los veintiocho grados, la muerte.

Aquella historia generó una apasionada conversación entre las niñas. No les convencía la interpretación de la tía. Todas coincidían en que ellas hubieran hecho fuego. Y si el prisionero no lo hizo, fue quizás porque en ningún momento creyó realmente que fuera a morir.

La pregunta que se hacían era, ¿sabes que te vas a morir cuando te estás muriendo? Pero les llamaron para cenar, y la cuestión quedó sin resolver porque les prohibieron hablar de cosas tan macabras en la mesa. En ese momento, al recordarlo, Leire se dio cuenta de lo acertada que era esa pregunta.

Había visto que el pronóstico del tiempo daba temperaturas muy bajas. Dentro de la casa no debía de hacer más de cuatro o cinco grados. Sin embargo, ella, como el preso fugado, había elegido no encender la chimenea. Y por un momento imaginó que los encontraban congelados, a los dos, al niño en la cama, y a ella en el sofá. Los sacarían de la casa, dentro de esas bolsas mortuorias que salen en las series policiacas. Pero ¿y Bixen? ¿Qué habría sido de Bixen?

Leire regresó a la realidad. Se dirigió a la cocina, armada con la linterna. Encendió la placa eléctrica para probarla. Mientras se avivaba el color rojo que indicaba que estaba en funcionamiento, miró en los armarios. Había latas de comida, bolsas de legumbres, leche en polvo, cajas de puré de patata, té, azúcar. Eso sin contar con lo que ella había llevado. Por suerte, la cocina funcionaba. No pasarían hambre. No morirían de frío.

Calentó agua en la tetera. A la esperaba de que hirviera, sacó su móvil del bolsillo del pantalón vaquero. Era un Nokia N95 de ocho gigas que había comprado hacía poco. Comprobó la batería; estaba a al cincuenta por ciento. Tenía el cargador en la mochila.

Tomó un té bien cargado y dulce cuando todavía estaba muy caliente. El calor le procuró cierto sosiego.

Kuti

Kuti permanecía de pie, junto a la ventana. Mertxe se asomó a la habitación de su hija. Observó su rostro relajado, el pelo extendido sobre la almohada. Nerea había caído rendida tras un día intenso, lleno de emociones. Cerró la puerta para preservar su descanso y regresó a la sala, junto a su marido. Un golpe sordo en la puerta los sobresaltó.

El hombre abrió. Saludó a Roque, quien de inmediato entró en la casa. Kuti lo conocía desde hacía mucho tiempo, antes de que ascendiera dentro de la organización. Era de Erandio y habían coincidido en algunas reuniones cuando sucedió lo de Asier. A pesar de que habían pasado veinte años, no había cambiado mucho. Seguía siendo un tipo fuerte, flaco, con unas patillas anchas que le daban cierto aire de viejo roquero, aunque ahora tenía unas ligeras bolsas bajo aquellos ojos tristes. Llevaba un anorak negro que le quedaba holgado, y no hacía falta mucha imaginación para intuir cuál podía ser el contenido de alguno de sus bolsillos.

Kuti sabía que Roque vivía en Iparralde. Se preguntó si se encontraba a este lado de la muga cuando lo llamaron o si acababa de cruzarla para venir a verlo. Roque se sentó en el sofá. El salón era pequeño y estaba bastante desordenado. Todavía quedaban huellas del cumpleaños; papel de regalo por el suelo, restos de unos globos, migas del pastel.

Pronto volvieron a escuchar un ruido en la puerta. Primero entró Peio Anchorena, más conocido como Azeri. Aunque en las fotos que salían de él en los medios aparecía siempre con el pelo largo, ahora lo llevaba muy corto, casi rapado. Parecía un crío, aunque pronto cumpliría los treinta. En su oreja izquierda, en la parte superior, lucía un pequeño aro de plata. Pero lo que más llamaba la atención de él era su nariz, con el tabique ligeramente aplastado. Llevaba una vieja camiseta de Los Ramones debajo de una cazadora vaquera.

A continuación, entró Maider. De estatura media y complexión atlética, jugadora de baloncesto y piragüista en su adolescencia, era la más joven de los allí presentes. Se quitó los cascos que llevaba puestos. Los guardó en un bolsillo, junto al móvil.

Azeri chocó el puño con Roque, e hizo un gesto a los dueños de la casa. Maider se limitó a sacudir la cabeza a modo de saludo. Kuti trajo un par de sillas de la cocina. Maider se sentó en una de ellas. Roque y Maider evitaban mirarse. Sin embargo, Mertxe, que observaba lo que allí sucedía con una atención enfermiza, tuvo la impresión de que algo pasaba entre aquellos dos.

Azeri prefirió sentarse en el suelo. Kuti repartió unas latas de cerveza, antes de sentarse en el brazo del sofá.

—Es mejor que ella no esté —apuntó Roque señalando con la cabeza a Mertxe.

Todos la miraron. La mujer, que estaba de pie en una esquina, no se movió. Se bajó lentamente las mangas de la chaqueta hasta cubrirse las manos. Primero la manga derecha y a continuación la izquierda. Tan solo quedaban a la vista las puntas de sus dedos.

—Si quieres me voy, pero os voy a escuchar detrás de la puerta. Así que, ¿qué más da que me quede? —dijo Mertxe.

Azeri la miró fijamente, mientras sacaba un paquete de Marlboro y encendía un cigarro. Ofreció

tabaco a sus compañeros. Maider cogió un cigarro y se lo colocó entre los labios. Roque hizo un gesto negativo; hacía tiempo que había dejado de fumar.

Mertxe fue a buscar algo que sirviera como cenicero a la cocina. En aquella casa no se fumaba, pero esa noche todo era distinto. La gente que decidía sobre los pasos que había que dar estaba sentada en su sofá, en el suelo de su salón. Se bebía su cerveza. Ellos eran los que podían hacer que Ander volviera a casa, o al menos eso esperaba. Volvió con un *katilu[3]* de arcilla que habían comprado cuando hicieron la excursión a San Juan de Gaztelugatxe. Aquello serviría.

—Cuéntanos… —pidió Roque.

—Mi hijo ha desaparecido —dijo Kuti.

Se hizo un incómodo silencio. Azeri dio un trago a su lata de cerveza. Maider le imitó. Unas gotas resbalaron desde la lata y cayeron sobre su pantalón. Ella las aplastó con el dedo índice para que las absorbiera la tela vaquera.

Bixen

Bixen calculaba que habían pasado unas veinticuatro horas desde el secuestro. Veinticuatro horas sin su medicación. Ese era un pensamiento que le angustiaba y que su mente repetía machaconamente. ¿Hasta cuándo aguantaría? Le dijeron que era imprescindible, que, sin ella, su corazón funcionaba tan mal que podía pararse en cualquier momento. Bixen deseó acallar esa maldita voz.

Se esforzó en pensar en algo positivo. Logró visualizar el rostro de su esposa, con esa media sonrisa que ponía cuando bromeaba. Tenía una boca atractiva. Vio sus ojos de color avellana, su nariz perfecta, su pelo castaño, ligeramente ondulado, cayéndole sobre los hombros. Leire tenía el rostro ovalado, armonioso. Era una mujer muy guapa, aunque ella no parecía darse cuenta de cuánto admiraba él su belleza. Mi dulce Leire, se dijo.

Se habían conocido en el año 1995, en la fiesta de cumpleaños de Íñigo, un profesor interino de la UPV, que salía entonces con Isa, la amiga de Leire. La fiesta era en Hondarribia, en un apartamento frente a la playa.

Bixen estaba solo en la terraza. Leire se acercó a él y le ofreció un gin-tonic.

—Gracias, pero prefiero una cerveza.

—Las latas están calientes. Habrá que esperar a que se enfríen.

Bixen aceptó la copa y le dio un trago. Ella era bastante más joven que él. Se fijó en su boca. Ese día Leire se había pintado los labios y el color frambuesa iluminaba su rostro.

Sentados en la terraza, apartados del bullicio de la fiesta, Leire y Bixen vieron anochecer. Charlaron sin cesar durante horas. Luego, fueron dando un paseo hasta el pueblo, donde bailaron en un pub del paseo marítimo en el que ponían buena música. Bixen recordaba perfectamente el dulce mareo provocado por el alcohol, los brazos de Leire alrededor de su cintura, sus comentarios susurrados al oído que le habían hecho reír a carcajadas.

Bixen llevaba tres años divorciado. Los desencuentros con su pareja en los últimos meses de convivencia le habían pasado factura y se había convertido en una especie de ermitaño. Sin embargo, Leire se cruzó en su camino. Tranquila, reservada, silenciosa, pero a la vez tan feliz, lo alumbraba todo a su paso. No tardaron en irse a vivir juntos a la villa antigua que Bixen había alquilado en Irún tras su divorcio. Y unos años después, la compraron.

El confort, pensó Bixen. Sí, el confort se percibía en el ambiente de la casa. En algunos momentos, sin un motivo aparente, Bixen sentía que ese bienestar se concretaba en un destello de felicidad que le asaltaba por sorpresa. Era algo mágico, que surgía de multitud de pequeños detalles engarzados unos a otros como las cuentas de un collar y que brillaban todos a la vez deslumbrándole momentáneamente.

Bixen fue consciente de que Leire era, probablemente, el último regalo que había recibido de una vida que ya no iba a durar mucho. De nuevo, le asaltó el pensamiento vertiginoso de la muerte, acompañado por la desazón y el miedo. Una voz siniestra le decía, muerto, muerto. Antes o después, muerto. El corazón enfermo o el tiro en la nuca eran tan solo dos caminos distintos de

llegar al mismo sitio; el cementerio.

Una de las cosas que más le dolía a Bixen era el futuro duelo de Leire. No poder consolarla. No poder decirle, lo siento. Lo siento mucho. No iremos a Sicilia, *maitia*.

Quizás un día vayas tú sola, y visites las iglesias en las que encontrarás vírgenes, de pelo natural, vestidas con trajes bordados con hilo de oro. Quizás te confundas con las viudas sicilianas de caras arrugadas, que recuerdan todavía a los muertos de la segunda guerra mundial, que visitan diariamente cementerios, que espantan a los pájaros, ellas mismas convertidas en cuervos solitarios. Y quien sabe si pondrás una vela, por mí, por ti, por los sueños que no se cumplen.

Y luego, Leire, frente al mar, en un mirador sobre el estrecho de Messina, pedirás una ración de mejillones. Y les echarás tabasco. Y estarán tan picantes que las lágrimas correrán por tu cara, y tú contendrás a duras penas las ganas de comerte cada concha, de triturarla, de deshacerla entre las muelas, pensó Bixen.

Kuti

En la sala se pudo escuchar el sonido de una moto que arrancaba en la calle. Mertxe dio un respingo, como si le hubieran dado un pellizco por sorpresa. Azeri comprobó que su lata de cerveza estaba vacía y la apretó hasta doblarla. El chasquido del metal atrajo la atención de todos.

—Fueron a buscar a Ander al colegio esta mañana y se lo llevaron —dijo Kuti.

Intentando que no se le quebrara la voz, les contó lo poco que sabían sobre la desaparición del chico.

—Y no hemos vuelto a saber de él —concluyó.

Se hizo un silencio incómodo.

—Lo que quiero que me digáis es si esto puede tener con relación con vosotros, con algo que haya sucedido —continuó Kuti.

Azeri estiró las piernas y miró sus zapatos.

—¡Hostias, ya! —Kuti parecía a punto de perder la paciencia—. ¿Vamos a hablar o vamos a pasar el rato tomando unas cervezas? Llevo años dando la cara por vosotros, siempre que me habéis necesitado he estado ahí. No podéis reprocharme nada. Y ahora necesito que me contestéis. ¿Qué está pasando?

La voz de Kuti tenía un punto de amargura que incomodó a todos. Fue en ese momento cuando Maider volvió a mirar a Roque. Había algo que a ninguno de los dos les pasaba desapercibido. Una ironía del destino. Venga, habla, le dijo la mirada de Maider a Roque. Diles de una vez lo que sabes, porque si no se lo dices tú, se lo voy a decir yo.

—Ha sucedido algo —dijo por fin Roque, aplastando con el pie derecho las migas del pastel que había junto a él—. Ayer llevamos a cabo una acción, pero las cosas no han salido como esperábamos.

—¿Qué acción? —preguntó Mertxe.

—Un secuestro.

—¿Un secuestro? ¿Ahora? Pero hacía mucho tiempo que… —dijo Mertxe.

—Vamos a recuperar protagonismo; tenemos que demostrar que seguimos luchando —dijo Azeri.

Kuti se llevó la mano a la sien. La cabeza le iba a explotar.

—Pero algo ha salido mal. A pesar de las instrucciones que dimos, los medios no se han hecho eco de la noticia —explicó Roque.

—¿Quieres decir que…? —preguntó Kuti. Y al momento él mismo intuyó la respuesta.

—Yo no digo nada. Solo sé que hay dos hechos anormales, el silencio sobre nuestro secuestro y la desaparición de tu chaval.

Al pensar en una posible relación entre los dos sucesos, Mertxe sintió un leve mareo que le hizo apoyarse contra la pared.

—Y si así fuera… ¿quién puede andar detrás de esto? —preguntó Kuti.

—No lo sé. Sería la primera vez que nos sucede algo así —reconoció Roque.

—Te equivocas —dijo Azeri—. Sería un desaparecido más. ¿Y quieres que te recuerde qué les pasó a los otros?

Mertxe dio unos pasos para sentarse en la silla que estaba vacía. Además de Asier Astibar, su cuñado, dos nombres habían acudido de inmediato a su mente. Lasa y Zabala, dos chicos torturados, de los que solo habían encontrado los restos, enterrados en cal viva, en un lugar inhóspito de Alicante. Sintió una náusea repentina y se cubrió la boca con la mano.

—¡Quién sabe lo que se les ha podido ocurrir ahora! —insistió Azeri.

—¡Cállate de una vez! —intervino Maider al reparar en la expresión de Mertxe.

—Esto es otra cosa —apuntó Roque, intentado poner orden y calmar los ánimos.

Pero había que reconocer que algo raro estaba pasando. Y a nadie le gustaban las cosas raras. Ahora todos pensaban en lo mismo, en la guerra sucia de los años ochenta, cuando el GAL ejerció el llamado «terrorismo de Estado».

—¿Crees que es cosa del Gobierno? —preguntó Kuti.

Y él mismo sintió el peso de sus palabras. ¿Podría tratarse de algo de tal magnitud? *Txakurras*… O grupos militares. O un grupo de sicarios actuando a la sombra con el fin de… ¿negociar? O simplemente querían demostrar que también seguían activos.

—No han podido ser ellos —dijo Roque.

—¿Por qué no? —preguntó Azeri.

—Se juegan mucho, joder. Volver a la guerra sucia significaría… —Roque dejó la frase sin terminar y dio un largo trago a la lata de cerveza que sostenía entre las piernas.

Kuti pensó en su hermano. De nuevo Asier y su triste final. Durante años había imaginado lo sucedido en la carretera de la Corniche. Según la policía francesa, todo apuntaba a que un vehículo había bloqueado la carretera impidiéndole el paso. Y Asier se había desviado hacia el mirador, a pesar de saber que era una ratonera. Asier solo frente al acantilado.

¿Había permanecido dentro del coche, con las puertas cerradas, esperando a que lo sacaran a la fuerza o los había esperado fuera? ¿Pudo escuchar el reclamo de las olas rompiendo contra las rocas? ¿Pensó en saltar? ¿Creyó que probablemente eso fuera más dulce que lo que le esperaba? ¿O no tuvo esa oportunidad porque ya lo rodeaban, ya estaba en el suelo, ya sentía las patadas en el estómago, en la espalda? ¿Dejó de oír el grito de las gaviotas cuando le reventaron la cabeza?

¿Y si la historia se repite?, se preguntó Kuti, imaginando la mirada asustada de su hijo.

Leire

Bixen, *maitia,* murmuró Leire. Imaginó el rostro de su marido muy cerca del suyo, el aire caliente de su respiración en sus mejillas. Sus labios. Su jersey granate, con una pequeña mancha en una manga. El aroma de la lana mojada de su chaqueta cuando la lluvia le sorprendía sin chubasquero ni paraguas. La sonrisa dulce de Bixen que siempre la conmovía. El tacto de su piel. El dibujo preciso de sus orejas.

Miró la hora en su reloj. Eran las diez y veinte de la noche. La oscuridad, como un mar lóbrego, peligroso, helado, rodeaba la isla de luz que producía el pequeño foco de la linterna. Todavía no había tenido noticias. No quería angustiarse, pero ¿cuánto tardarían los secuestradores de Bixen en descubrir lo que había hecho? Dependía de los padres del niño. Serían ellos quienes darían la voz de alarma. Y solo sería cuestión de tiempo que las piezas del puzle encajaran.

Nerviosa por la espera, Leire apartó las mantas y se levantó del sofá. Encendió una segunda linterna para poder moverse por la casa. Sobre la mesa de la cocina estaban las bolsas de plástico. Cogió un sándwich de jamón y queso y una botella de agua.

Subió a la primera planta. Desde la puerta observó al niño, tumbado en posición fetal, con las piernas dobladas y las manos entrelazadas sobre el pecho. Leire se preguntó si las cuerdas le habrían hecho daño. Se acercó a la cama y el suelo de la habitación crujió bajo sus botas. La luz mortecina de la linterna que había dejado en la mesilla le descubrió un hilo de saliva que brillaba en los labios del crío.

Observó el moratón que oscurecía su mejilla. Recordó el sonido que hizo su pómulo al chocar contra el cristal de la ventanilla del coche. Fue como un chasquido. Y su mirada asustada mientras se llevaba la mano al lugar en el que había recibido el golpe. Su incredulidad. Ahora el niño ya no parecía Billy Elliot, sino más bien Cole Sear, el protagonista de la película *El sexto sentido*. La expresión de Ander Astibar era similar a la del niño que veía fantasmas. Se trataba del gesto de horror al comprender algo que hubiera preferido no saber. Pero no se puede elegir, pequeño Cole. No basta con cerrar los ojos para que las cosas malas dejen de suceder… Tú bien lo sabes.

El niño permanecía inmóvil.

Inmóvil, se dijo Leire. Y sintió un escalofrío, provocado por un súbito terror. Pensó varias cosas a la vez, su cabeza era un torbellino. ¿Eran demasiadas tres pastillas de Lorazepam para un crío de su edad? ¿Podía ser que…? ¿Y si el niño estaba enfermo? ¿Y si estaba grave y se moría?

Al mismo tiempo, Leire, sobrecogida por aquel posible giro en su plan, no se decidía a llamar a un médico. ¿Qué iba a decirle? ¿Que había secuestrado al chico y lo había drogado? ¿Sería capaz de hacer eso por el niño? ¿O le denegaría auxilio y le dejaría morir sin prestarle ayuda?

Leire soltó un quejido. Quizás todavía estaba a tiempo de salvarlo. ¿Y si le hacía vomitar? ¿O debía intentar el boca a boca?

Aterrorizada, acercó su rostro al del chico. Estaba a punto de rozar su piel, cuando percibió un leve movimiento en el rostro infantil y sintió en su propia nariz el aliento tibio de la vida ajena. Respiraba.

El alivio fue inmediato. Estaba vivo. ¡Vivo!

Se sintió eufórica. ¡Estaba bien! Aunque al momento pensó en lo incongruente que resultaba esa expresión con el cuerpo drogado, atado, posiblemente hambriento, del niño. Con su miedo y su angustia.

El chaval abrió los párpados lentamente. Estaba tan cerca de él que pudo ver sus pupilas. Pensó que iba a gritar, espantado.

Sin embargo, no lo hizo. Permaneció inmóvil, sin apartar su mirada de ella, como si fuera un fantasma recién salido de sus pesadillas.

Camino del caserío

En el coche, un Peugeot 206 azul oscuro, sonaba un cedé grabado con viejas canciones de Kortatu. «Ya sé que a ti te da igual, pero hay algo aquí que no va…» cantaba Muguruza, y su voz rompía la noche sin luna. Roque conducía; Maider iba a su lado. Evitaba mirarle. Y él tampoco la miraba, aunque le gustaban sus ojos vivos, expresivos, el pelo rizado que solía llevar recogido en una coleta. Maider tenía la nariz chata, nariz de gato, y la barbilla pequeña y delicada.

«Tu imagen ya a nadie asusta, y piensas que todo va bien», decía la canción. Maider había percibido la debilidad de Roque. ¿Se habrían dado cuenta los demás? Maider encendió un Camel y abrió el cenicero que estaba lleno de colillas. Roque no fumaba, por lo que imaginó que aquel no era el coche que utilizaba habitualmente. Aquel era un auto no fichado, en el que alguien había fumado para matar el tiempo. Ella sabía bien lo duras que eran las vigilancias. Había que controlar el aburrimiento, las ganas de dormir, de estirar las piernas, hasta de ir al cuarto de baño. Y la nicotina ayudaba a estar atento.

«A ti ya todo te da igual, bajo tierra en un agujero…». En ese momento Roque, el gran Roque, parecía un anciano al lado de Maider, como si la diferencia de edad se hubiera agudizado. Nada de fóllame, *aita*. Más bien, ¿qué tal, abuelo? Era mejor olvidar aquellos días en la casa del bosque, y sobre todo las noches. Eso había quedado atrás. Ahora Roque era solo el compañero que dirigía el grupo. Y su mirada turbia no presagiaba nada bueno.

Nadie hablaba, cada cual iba inmerso en sus pensamientos. Kuti llevaba los ojos vendados. Había sido Azeri quien le puso la venda, afirmando que era mejor para todos. Y él estuvo de acuerdo. Aquello le venía grande. Lo suyo era hablar, exponer ideas, dar argumentos. No dejarse agobiar por la prensa, por los que querían llevarle siempre a su terreno. Kuti sabía mostrarse firme, y eso pasaba por no caer en provocaciones. Sin embargo, él siempre había permanecido al margen de los hechos. La acción era otra cosa: secuestros, atentados, asesinatos, o simplemente pasar información, robar coches a punta de pistola, enviar cartas de amenaza, recoger dinero, o armas, seguir las instrucciones y cumplir los objetivos. De eso él no sabía nada.

Y ahora, en esos momentos, aunque lo disimulaba, Kuti estaba aterrorizado. No quería ni pensar qué sucedería si se encontraban un control y les paraban. Sus acompañantes no eran de los que se dejaban coger. Y qué sería de Ander entonces.

—A mí déjame por aquí. Voy a recoger las pastillas… —le dijo Azeri a Roque.

Y a continuación Kuti escuchó el sonido de la puerta al cerrarse. Estaba cada vez más desorientado. Pronto el coche botaba como si estuvieran en la atracción de un parque temático. Debía de tratarse de un camino de cabras. Luego se detuvo; habían llegado a su destino. Abrieron la puerta de la izquierda.

—Sal. Vamos.

Fue Roque quien le ayudó a salir.

Allí fuera hacía un frío y una humedad del demonio. ¿Estarían cerca del mar? O quizás se trataba de la proximidad de un bosque. Olía a tierra. A hierba. La humedad le hizo pensar en las

hojas que se pudren en el suelo lentamente. En la descomposición orgánica. En la muerte.

Cuando Kuti se quitó la venda se encontró en una habitación grande y destartalada. Paredes de piedra, vigas de madera, ventanas con las contraventanas cerradas y una bombilla que colgaba del techo e iluminaba pobremente la estancia. Estaba en un caserío. Una vieja construcción, con humedades en una esquina y de aspecto ruinoso. De hecho, pudo ver material de obra abandonado en una esquina.

En aquel espacio grande, destartalado y frío había un sofá que servía de cama, o eso sugerían las mantas que estaban sobre él. También había una mesa pequeña con un cenicero. Y otra mesa grande rodeada de sillas, sobre la que había varios monitores, un portátil, dos teléfonos, botes de cerveza vacíos y los restos de un bocadillo. En el suelo, se apilaban varias cajas de pizza.

El hombre sentado frente al portátil los saludó. Llevaba un chándal oscuro y unas botas de monte. A pesar de su pelo negro rizado, que necesitaba un buen corte, su cabeza resultaba pequeña comparada con el cuerpo voluminoso

—¿Y este? —preguntó Tor mirando a Kuti—. ¿Qué hace aquí?

A Kuti le parecía raro que hablaran de él como si no estuviera presente.

—Han pasado cosas…

Tor frunció el ceño.

—Te lo iba a decir. Llevo todo el día con la radio puesta y nada. Tampoco en las noticias de la tele. ¿Qué ha pasado?

—Todavía no estamos seguros —sentenció Roque con un tono frío que no daba pie a réplica alguna.

—¿Está aquí el secuestrado? —preguntó Kuti.

—¿Tú qué crees? —le preguntó Tor con sorna—. ¿Piensas que estamos aquí por gusto? El profesor está ahí —Tor movió la cabeza hacia el fondo del pasillo—. En el agujero.

Profesor. Kuti hubiera preferido no saber nada de la persona que estaba encerrada a escasos metros de él. No saber, a pesar de que de algún modo se sentía conectado con ese desconocido. Existía un cruel paralelismo entre el profesor y Ander.

Visualizó a su hijo dentro de un agujero. Para controlar la ansiedad cerró los ojos y dejó escapar el aire de sus pulmones lentamente. Le hubiera gustado salir de allí, echar a correr por el campo, a pesar del frío y de la oscuridad, hasta llegar a casa y acostarse con Mertxe. Imaginó el consuelo de apoyar la cabeza en su vientre para que ella le reconfortara, para que le dijera, tranquilo, Kuti, solo ha sido un sueño. Mertxe protegiéndolo, salvándolo, mientras Ander dormía plácidamente en su cama.

Kuti abrió los ojos de nuevo, pero nada había cambiado.

En el caserío

El viejo caserío estaba situado en las proximidades del monte Hernio, en el valle de Régil, en un paisaje rural de verdes campos y suaves colinas. Como los caseríos de la zona, contaba con una planta baja, una primera planta y un desván, aunque hacía tiempo que no tenía animales. Tampoco se trabajaba la tierra, ni el huerto. Los antiguos dueños, una pareja de ancianos, estaban en una residencia y los hijos lo habían vendido. El nuevo propietario, simpatizante de la banda, se lo había cedido a esta temporalmente. Estaba a la espera de obtener el permiso para empezar las obras que lo convertirían en un hotel rural.

Un día se alojarían allí los turistas para disfrutar del precioso entorno natural, de las antiguas ermitas, del llamado «mirador de Guipúzcoa», y de la gastronomía de la zona. Nadie sabría del agujero que se había excavado antes de hacer la reforma. Ni de su triste historia.

—¿Crees que ha sido ella quien nos la ha jugado? —preguntó Tor.

Roque, a quien iba dirigida la pregunta, no contestó.

—¿De quién habláis? —preguntó a su vez Kuti.

—La esposa del tipo este. Le dijimos lo que tenía que hacer. Se lo dejamos bien claro.

Kuti se preguntó quién sería aquella mujer. De alguna forma estaba unido a esa desconocida y al profesor, un extraño e inesperado lazo los ataba. Pero no quería saber más de ellos. Así era mejor. Así sería todo más fácil.

—Era ella la que tenía que denunciarlo a la policía hoy —insistió Tor.

—Y lo hizo —intervino Maider—. Sabemos que fue a la comisaría.

—¿Y si la *Ertzaintza* le dio instrucciones? —preguntó Kuti.

—¿Crees que la policía va a silenciar un secuestro? No, es imposible. A no ser que… —dijo Roque pensativo.

—¿Qué se te ha ocurrido? —le preguntó Kuti ansioso.

—Quizás ella solo fingió cumplir las órdenes que le habíamos dado —concluyó Roque.

—¿Y para qué? —preguntó Tor.

—Para ganar tiempo.

—Tendría que estar loca para enfrentarse a nosotros —dijo Maider.

—O muy desesperada —argumentó Kuti.

—Es probable que haya más gente implicada. De todas formas, ella es el único contacto que tenemos. Dame su teléfono —le pidió a Tor.

Este cogió una libreta y buscó la información que Roque le pedía.

—Es el teléfono de la casa —dijo dándole la libreta.

Roque marcó el número fijo en uno de los teléfonos que había sobre la mesa. Esperó unos largos minutos hasta que la comunicación se cortó por falta de respuesta. Lo volvió a intentar sin éxito

—No está —dedujo Maider.

—Teníamos que haber seguido vigilándola —dijo Roque con un gesto de fastidio.

—Llámala al móvil —dijo Kuti.

Roque se volvió hacia Tor, que hizo un movimiento negativo con la cabeza. No tenían el número.

—Él nos lo dará —dijo Roque—. ¿Vas tú, Maider?

La mujer se dirigió al pasillo.

—¡Eh! —le gritó Tor desde la sala en la que estaban reunidos.

Maider se volvió. Un pasamontañas negro surcó el aire y cayó a escasa distancia de sus pies. Lo recogió y se lo puso.

El zulo estaba en la parte trasera del caserío, bajo lo que tiempo atrás había sido la cuadra de las vacas. Maider abrió la puerta, se agachó y bajó los escalones.

—Tenemos visita —dijo el guardián.

El agujero era más pequeño de lo que había imaginado. La humedad se colaba entre las paredes cubiertas de cartón y también se filtraba por el suelo. La mujer disimuló el efecto que le producía aquel lugar; aquella horrible sensación de estar emparedada. El espacio estaba ocupado en su mayor parte por un pequeño camastro sobre el cual el prisionero permanecía encogido, con las manos atadas.

Maider se dirigió a él.

—Necesito el móvil de su esposa.

Le dio pena aquel hombre grandullón metido en un agujero tan pequeño. Tenía mala cara. El hombre, a su vez, la miró un instante, luego apartó sus ojos de ella. Carraspeó antes de decir de una en una, lentamente, las nueve cifras que componían el número de teléfono. Maider lo apuntó en la libreta. Se dio la vuelta y salió de allí.

Una vez fuera se quitó de un tirón el pasamontañas.

—¡Qué agobio! —exclamó.

Leire

En ese momento el chico abrió los ojos y clavó en ella su mirada asustada. Al ver el agua, su boca se abrió involuntariamente. Leire le ayudó a incorporarse y le dio de beber. Él utilizó las manos atadas para sostener la botella; bebió con ansia mientras algunas gotas resbalaban por su barbilla. Leire le quitó el plástico al sándwich. Él dio un gran mordisco. Masticó con ganas.

—¿Qué está pasando? —preguntó antes de dar un nuevo bocado.

—Come despacio, a ver si te va a sentar mal.

Todavía estaba adormilado. Le costaba mantenerse despierto, pensar con claridad.

—¿Por qué me has traído aquí?

Leire imaginó que esas eran las mismas preguntas que Bixen se había hecho.

—No va a pasarte nada. Pronto estaremos en casa… —dijo acercando de nuevo el sándwich a su boca.

—No eres periodista, ¿verdad? —dijo el crío antes de dar otro mordisco.

Se sintió desarmada por la ingenuidad del niño.

—Ni siquiera te llamas Carmen —dijo con la boca todavía llena.

Era tal su inocencia…

—¿Por qué me has engañado?

Sintió el impulso de consolarle. De darle un poco de calor. De abrazarle y decirle al oído que estuviera tranquilo. Que pronto estaría de vuelta, con su familia. Que todo había sido un error. Que él no tenía que estar allí.

No, no, Leire, para. Para de una vez, se dijo.

—Dímelo, por favor… —suplicó el chico.

Pobrecillo. Quería entender, saber cuál era la situación. Necesitaba sus explicaciones tanto como su alimento.

Pero no había mucho que explicar. Tras la llamada que le comunicó el secuestro de su marido, a lo largo de la noche anterior, durante aquellas horas horribles, se le había ocurrido aquel plan. Al principio parecía solo un delirio. Sin embargo, alimentada por los recuerdos de las noticias que había visto en la prensa a lo largo de los años y por el miedo a perder a Bixen, la idea fue tomando cuerpo. Atacar era la única forma de defenderse. Forzar la situación. Ojo por ojo, diente por diente.

—Se han llevado a Bixen —se limitó a decir Leire.

—¿Quién es Bixen?

—Mi marido. Se lo han llevado.

Y ahora, come, acábate el bocadillo de una vez, pensó. Le ofreció de nuevo agua y el chico bebió.

—No entiendo por qué tú…

—Ahora no podrán matarlo. Ellos, tu padre y los demás, tendrán que negociar.

El niño parecía confuso. ¿Por qué hablaba aquella mujer de Kuti? ¿Qué quería decir?

—Mi padre no ha hecho nada.

—¿Tú qué sabes? No sabes nada. Eres un crío…

—Mataron a su hermano. Lo mataron y lo enterraron para que no lo encontraran.

—¡Ya basta! ¡Cállate! Cállate o… —Leire le mostró el pañuelo con el que le había amordazado y que llevaba en el bolsillo.

—No, eso no —murmuró el niño con terror.

De repente volvía a sentirse muy cansado, extenuado por el esfuerzo que le había supuesto aquella conversación. El sueño atrapó al chico. Unos segundos después había vuelto a perder la consciencia.

Maider

Coincidir con Roque no era la mejor de las noticias. Se habían evitado y ahora… Quizás era mejor así; tarde o temprano se tenían que ver las caras. Y la acción que se traían entre manos les iba a tener ocupados. Aquel secuestro no estaba saliendo como estaba planeado. Y encima, el hijo de Kuti había desaparecido. Estaba claro que aquel no era el momento para tratar temas personales. Pero… Volver a ver a Roque le había revuelto más de lo que esperaba. Se preguntaba de dónde surgía aquella atracción, qué era lo que le empujaba hacia él, en lugar de sentirse seducida por hombres más jóvenes, más atractivos. Era un misterio. Pero pensar en Roque, sudoroso, sobre ella, golpeando su vientre contra el suyo rítmicamente, la excitaba. Tenía un efecto inmediato en su cuerpo.

Sin embargo, se trataba de una energía desperdiciada. No había nada que hacer. Se lo habían dicho el uno al otro. Se lo habían repetido mil veces, sobre todo cuando la mala suerte hizo que Maider se quedara embarazada.

—No sé cómo ha podido pasar algo así. Siempre usamos preservativos —dijo un Roque incrédulo.

—Los preservativos a veces se rompen.

—¿Y por qué no tomas la píldora?

Él caminaba tenso por la habitación. Las ganas que se tenían habían desaparecido.

—¡Joder! —exclamó Maider—. Está claro que esto no tenía que haber pasado, pero ahora no queda otra que buscar una solución.

Roque echaba de menos un cigarro, el mono del tabaco no se iba nunca. ¿Por qué le había afectado tanto la noticia? Era mucho más viejo que Maider. Y no tenía hijos, ni contaba con tenerlos. Pero había sucedido.

Maider observaba al hombre enojado. Su silueta recortada por la luz que entraba por uno de los ventanucos.

—No tenía que haberte dicho nada. Olvídate del tema. No te preocupes, que yo lo arreglo y ya está…

A Roque no le gustó esa forma de hablar. Lo arreglo y ya está. Como quien sale a tirar la basura. Como quien habla de limpiar la ropa sucia.

—¿Se puede saber qué te pasa? —insistió ella que no había contado con esa reacción.

—¿Y si tenemos el hijo?

Aunque Roque se dirigió a ella, Maider tuvo la impresión de que se lo preguntaba a sí mismo.

—¿Qué estás diciendo?

Roque fantaseó. Estaba aturdido por lo que sucedía en el cuerpo de Maider. El óvulo fecundado. El principio de una nueva vida. Su simple existencia era una provocación. O quizás un milagro.

—Déjate de hostias, Roque.

Maider intentaba parar aquello.

—¿Tú nunca has pensado en tener hijos?

Y ella que era joven, como él lo fue en su día, le miró con la boca abierta.

—Nosotros no podemos tener hijos.

—Y lo que crece en tu vientre, ¿qué es?

Maider siempre le había admirado. Y ahora, sin embargo, le parecía estar frente a una persona distinta. Roque era un árbol con las raíces podridas, enfermas, que se sostenía a duras penas.

—Espera. Piénsalo al menos unos días —le pidió Roque.

No era agradable ver cómo se derrumbaba. Aquel que tenía delante era solo una sombra del verdadero Roque. Un gemelo, un doble, pero débil. Y sintió lástima por él. Y, contagiada de su locura, no supo decirle que no, que cuanto antes acabaran con aquel asunto mucho mejor.

Maider se dejó embaucar. El desorden y la falta de comodidades le pasaban factura. También las preocupaciones. Estar siempre al límite. Se asomó a un espejo que le mostraba otra vida, la vida a la que había renunciado y que ahora se le ofrecía por sorpresa. Una cocina luminosa, armarios con la vajilla ordenada, platos de loza blanca con delicados relieves en los bordes. Botecitos de especias, latas de conserva, tarros de cristal. Un baño limpio. Los rollos de papel higiénico bien colocados los unos sobre los otros. Hilo dental. Una cama con sábanas planchadas y cómodos almohadones. Un libro en la mesilla para relajarse antes de dormir.

Maider imaginaba una casa similar a la de sus padres, la misma que había abandonado antes de cumplir los veintiún años. Una casa en la que vivir una vida tranquila. El despertador sonando a primera hora de la mañana, el inicio de un día cualquiera, los bostezos, el olor a pan tostado y a café. Ir a la piscina municipal, a caminar con alguna amiga de la cuadrilla. Comprarse ropa más holgada a medida que su tripa creciera. Elegir los muebles infantiles. Algún juguete. Asistir a clases de preparación al parto. Y esa nueva fantasía —lo que podría haber sido, lo que podría todavía ser—, que un hecho accidental había provocado, le revolvía, le hacía sentirse increíblemente sola, imperfecta, estúpida.

Pasaron tres días juntos. Luego ella se fue sin despedirse. Y no se habían vuelto a ver hasta esa maldita noche, en la que se habían encontrado cara a cara, sin tener nada que decirse.

Ander

—¿Zarpa de Acero? —se rio el Loco—. ¡Zarpa de Acero! —se desternillaba de risa—. ¡Qué divertido puedes llegar a ser, Ander!

¡El que faltaba! El Loco también estaba allí, en su sueño.

—Venid conmigo —decía.

Julen y Ander querían ir a su aire, como hacían siempre. Les gustaba hablar de sus cosas, estar tranquilos, pero el Loco, aquel chaval retorcido, les hacía ir con ellos. Lo mejor era no cruzarse en su camino.

—¿Por las buenas o por las malas?

Aquella era una de las frases del Loco. Y ellos siempre elegían «por las buenas».

—Vamos, Ander, vamos a jugar —insistió el Loco.

Los dedos del Loco parecían salchichas alemanas.

—¡Fuera! ¡Vete de mi cabeza! ¡Fuera! —gritó Ander.

Quiso despertarse, salir de ese maldito sueño. Abrió los ojos durante unos segundos. Estaba muy oscuro. Le costaba distinguir el sueño de la realidad. Corre, Ander, corre. Y, a veces, Julen también corría. El Loco, con su voz grave contaba hasta treinta. Corre, Bambi.

—Escuchad —les decía el Loco a los cazadores—, escuchad atentamente. Recordad la regla RRACA.

Sabían lo que quería decir. Respirad. Relajaos. Apuntad. Contened la respiración. Apretad el gatillo.

—Hacedlo con rapidez, con cuidado y de manera eficiente.

Ander consiguió mantener durante unos segundos los ojos abiertos. ¿Era esa la casa de la periodista? ¿Por qué le había secuestrado? ¿Qué iba a hacer con él? Quiso pensar algo bonito, que no diera miedo. Llamó a sus padres. *Aita. Ama*. Les pidió que fueran con él, los necesitaba a su lado. Y sí, ahí estaban, bailando en la cocina. La casa desordenada, todas las luces encendidas. ¡Era Navidad! Y habían venido amigos a cenar con ellos.

Ander quería probar la cerveza.

—Déjale al chico, un día es un día —había dicho Kuti.

Y Ander le dio un sorbo. Puaj, estaba asquerosa.

—Adiós —se despedían sus amigos sonrientes.

Y sus padres seguían bailando en la cocina. Daban vueltas, torpes. Se chocaban y reían. Bailaban bastante mal, la verdad, pero era bonito verlos así, abrazados, felices. Mertxe llevaba el pelo largo, hasta los hombros. Y estaba un poco despeinada, con las mejillas encendidas, los ojos brillantes. Nerea se agarraba a las piernas de sus padres.

—Cuidado, que te vamos a pisar.

—Yo también quiero bailar con vosotros —les dijo Ander.

Pero ellos no le oían.

—¡Estoy aquí! ¡Hacedme caso!

Los tres se balanceaban al ritmo de la música. Le dio rabia. Ellos nunca se enteraban de nada. ¡De nada! La rabia pronto se convirtió en tristeza.

—Pobre Ander, ¿qué fue de él? —preguntó Mertxe.

Kuti sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Se lo llevó una periodista —dijo Nerea risueña, y todos se rieron.

Ander dio unos pasos hacia atrás hasta chocar con la pared. Se sentía tan triste, que era incapaz de seguir llamándoles. De decirles que él estaba allí. Que los quería. Que los necesitaba.

Ander abrió los ojos y vio las sombras, la oscuridad más allá del círculo de luz que emitía la linterna. Había alguien allí. No sabía si temblaba de miedo o de frío. La forma se movió hacia él. Era la falsa periodista.

—Necesito ir al baño —susurró Ander.

La mujer se sentó en la cama y soltó las cuerdas que ataban sus pies. Tenía la piel enrojecida. No desató sus manos. Le ayudó a levantarse y le agarró del brazo para evitar que perdiera el equilibrio. El baño estaba enfrente de la habitación. Por suerte el camino era corto.

Ander se tambaleaba, tenía las piernas dormidas debido a la postura forzada en la que había permanecido tantas horas. Ella dejó la linterna sobre el lavabo. Le bajó la cremallera, tiró del pantalón vaquero, del calzoncillo.

El niño sintió los dedos helados de ella sobre su miembro. Estaba terriblemente avergonzado. El chorro de orina produjo un vaho sutil al caer contra la loza. Era un buen chorro amarillento; se había estado aguantando mucho rato.

En el caserío. Primera llamada

En la sala desangelada y sucia, los tres hombres permanecían en silencio. Roque se sentaba ligeramente separado de la mesa, pero apoyaba en ella los brazos y la cabeza, como si fuera a dormir. Necesitaba pensar y ver a aquellos dos delante no le ayudaba mucho. Kuti se había dejado caer en el sofá y parecía hundirse en aquel amasijo de mantas y cojines. Había que estar al loro con él. Roque sabía que la gente que tiene miedo se vuelve peligrosa y es capaz de cualquier cosa. Y Tor estaba sentado a la mesa, mordisqueando un trozo de pizza, frío y rancio. Cuando estaba alterado, Tor comía. También cuando no lo estaba. No le aguantaba; el gordo de Tor le sacaba de quicio.

Roque se incorporó al oír llegar a Maider. Ella le tendió el papel en el que llevaba apuntado el número de teléfono. Veamos qué pasa, se dijo Roque. Cualquier cosa era mejor que ese silencio asfixiante, esas sospechas, esas conjeturas. Cuanto antes supieran cómo estaban las cosas, antes podrían actuar.

Marcó el número desde uno de aquellos teléfonos de prepago de los que se desharían fácilmente, para que no pudieran rastrearlos. El teléfono sonaba, sin respuesta.

Venga, cógelo, pensó Kuti. Y lo mismo pensó Tor. Y Maider. El pitido de la llamada se confundía con sus latidos, y con los latidos de los que estaban en el cuarto de al lado, Chus y el rehén. Y con el latido de la casa. Y con el latido de la noche.

Roque se tensó cuando el sonido quedó interrumpido. Alguien había contestado. Sin embargo… El silencio. Ese silencio al otro lado.

—¿Dónde está? —preguntó Roque.

Kuti se clavó las uñas en las palmas de las manos.

Roque escuchó las palabras de la mujer. Cuatro miserables palabras, antes de cortar la comunicación.

—¡Ha colgado! ¡La hija de puta me ha colgado! —exclamó Roque estupefacto.

Todavía se podía escuchar el sonido discontinuo de la llamada interrumpida.

—Pero ¿qué ha dicho? —preguntó Kuti alterado.

—Dice que están durmiendo. Que llamemos mañana.

Kuti se rascó la nuca, nervioso. Dormidos, había dicho.

—El chico está con ella —dijo Maider poniendo voz a lo que todos pensaban.

—Entonces… —comenzó Tor, pero no acabó la frase.

Cada uno de ellos intentaba entender qué ocurría exactamente, qué significaba aquella escueta conversación a la que habían asistido, qué demonios quería decir la extraña respuesta de la mujer.

Ander está con ella, se repitió Kuti, aunque no sabía si la noticia era buena o mala. ¿Qué le habían hecho a su hijo? ¿Le habían tratado bien? Ander. Ander y el profesor retenido en aquel caserío. Dos secuestros paralelos. Dos historias intercambiables. Esto es el ojo por ojo, diente por diente, se dijo. Se estremeció. Aquellas palabras le resultaban horribles. Un ojo por otro ojo. El ojo de Ander por el del profesor. El diente de Ander por el del profesor. Un dicho que, en esos

momentos, le hacía pensar en torturas. Ojos ciegos. Dientes arrancados. Una náusea le sacudió al pensar en el niño herido. Ander con el ojo cubierto con una gasa. O Ander mellado…

—No puede haberlo hecho ella sola —dijo Tor incrédulo.

—Que lo haya hecho sola o con alguien más, me da igual. El caso es que no tienen ni puta idea de dónde se han metido —respondió Roque enfadado.

Estaba totalmente descolocado por la forma de actuar de aquella desconocida.

—¿Cómo es? —preguntó Kuti.

—¿De qué hablas? —le preguntó Maider.

—De la mujer. ¿Cómo es?

Kuti quería ponerle cara. Quería saber algo de ella, como si eso le acercara a Ander y le permitiera entender qué le estaba pasando.

—¿Y eso qué importa? —intervino Tor.

Todos estaban nerviosos. La arruga que dividía en dos la frente de Roque indicaba que estaba muy cabreado. Maider, que permanecía de pie junto a la mesa, se acercó y cogió el paquete de cigarrillos. Encendió uno. Dejó el mechero sobre el tablero. Roque se abalanzó con rabia, cogió el mechero y lo tiró contra la pared. El encendedor rebotó contra la superficie y salió disparado, quedando cerca del televisor. Nadie dijo nada, pero todos se quedaron mirando aquel objeto.

Kuti notó la boca muy seca. Tenía sed.

—¿Hay algo para beber? —preguntó con un hilo de voz.

—Esto no es un bar, tío —le contestó Tor.

—Tampoco es un restaurante y tú no paras de ponerte como un cerdo. Dale algo, joder —intervino Roque.

Tor fue a una estancia próxima, separada por una cortina de aspecto mugriento. Volvió con una botella de pacharán y unos vasitos que no parecían muy limpios. Kuti se sirvió un vaso; Tor y Roque le imitaron. Kuti dio un trago y el líquido llegó a su estómago como una suave quemadura. Sintió una lucidez terrible. Fue capaz de ver a su hijo atado, sobre un colchón, con el rostro contraído por el miedo.

—Ander… Tienes que ser fuerte, ¿vale? —murmuró Kuti.

—¿Qué dices? —le preguntó Tor.

—Nada.

—Estabas diciendo algo.

—¡Déjale en paz! —intervino Maider.

Kuti dio otro trago y vació el vaso.

¿Existía la telepatía? ¿Podía su hijo escucharle de algún modo? Quiso pensar que sí. Que sus palabras llegaban a los oídos de Ander. Y le habló, esta vez sin mover los labios. Y le dijo que confiara en él. Que su padre le iba a sacar de allí. Que todo iba a ir bien.

Bixen

Los dedos de la mano derecha de Hombre Dos repiqueteaban contra la silla de plástico rojo. Desde hacía un rato, las cosas habían cambiado. Allí fuera se oían voces, mientras que durante la primera noche el silencio había sido absoluto. Y alguien a quien no había visto hasta ese momento había entrado en el zulo. Aunque llevaba pasamontañas, supo que era una mujer porque el pecho se dibujaba ligeramente bajo el amplio jersey de lana verde que llevaba. Al escuchar su voz, Bixen dedujo que se trataba de una mujer joven.

No dejaba de darle vueltas a lo sucedido. ¿Para qué querían el móvil de Leire? ¿Acaso todavía no habían contactado con ella? Habían pasado más de veinticuatro horas desde que se lo habían llevado. Quizás habían informado ellos directamente a la policía. O a la prensa. Pero entonces, ¿por qué querían ahora hablar con ella? De nuevo las distintas hipótesis le confundían. Era frustrante no poder avanzar en ninguna dirección. Todo eran simples conjeturas.

Parecía que había jaleo allí fuera. Oía las voces, pero no llegaba a entender qué decían. ¿Habían llamado a Leire? Bixen se preguntó qué supondría para él aquella actividad fuera del zulo. Si se trataba de buenas o de malas noticias.

—¿Qué está pasando? —preguntó a Hombre Dos—. No saldré de aquí vivo, ¿verdad?

—¡Cállate!

—Si te pusieras en mi piel, entenderías que todo esto es una locura. ¿Cómo podéis condenarme? Yo no he hecho nada. Banalizáis la muerte. Justificáis lo injustificable.

—Yo no puedo ponerme en tu piel. Tú y yo somos muy distintos. No tengo nada particular contra ti, de verdad, es solo que tú estás en el lado equivocado.

—Cada uno tiene derecho a pensar lo que quiera, pero ninguna idea justifica la violencia.

—Te equivocas. Tú estás con el bando represor y yo con los libertadores. Esto es una guerra. Y no hay guerra sin violencia.

Bixen supo que no podía convencerle. Mejor me callo, pensó. No iba a conseguir información y Hombre Dos parecía dispuesto a exponerle el ideario de ETA. No hacía falta; lo conocía perfectamente. Y estaba claro que ellos creían en lo que hacían. Y que no dudarían en apretar el gatillo, culpando de su acto a los que no habían querido negociar. Hombre Uno lo haría. Y también Hombre Dos. Al igual que el resto de los que estaban metidos en aquella mierda. Ninguno de ellos dudaría en hacer lo que les ordenaran.

Volvieron a escucharse voces arriba. ¿Cuántas personas había? ¿Quiénes eran? ¿Habían hablado con su mujer? ¿Decidían en ese momento qué iban a hacer con él? Parecía que discutían. Quizás no se ponían de acuerdo. Podía ser que eso jugara a su favor… O no.

Hombre Dos se levantó de la silla.

—Voy a fumarme un pitillo —dijo.

Como si me tuvieras que dar explicaciones, pensó Bixen.

Estaba seguro de que Hombre Dos salía a fumar, pero también a enterarse de qué coño pasaba ahí fuera. Intuyó que algo no estaba saliendo como ellos esperaban. Reunión de pastores, oveja

muerta, se dijo Bixen.

Oveja muerta, repitió.

Leire. Primera llamada

Cuando la pantalla se iluminó en la penumbra y el sonido del Nokia rompió el silencio infecto de la casa, Leire se abalanzó a coger el móvil. Número desconocido. Eran ellos, estaba segura. Y eso significaba que su marido estaba vivo. Bixen emergía de la oscuridad en la que lo habían enterrado sus miedos, levantándose de su camastro, mostrándole sus manos con todos sus dedos, su boca con todos sus dientes.

Leire estaba a punto de echarse a llorar, pero se tragó las lágrimas. Dejó que el teléfono sonara unas cuantas veces, mientras se quitaba los guantes. Finalmente, sus dedos ateridos pulsaron la tecla para contestar.

—¿Dónde está? —preguntó una voz grave.

—Llamad mañana. Estamos durmiendo —les contestó.

Y colgó sin darles tiempo a decir nada.

Leire respiraba con dificultad; tenía la impresión de que el aire no llegaba bien a sus pulmones. Angustiada, sostenía todavía el móvil con tanta fuerza que le dolían los dedos de hacer presión.

Dio un trago a la botella de agua y su gesto fue tan brusco que un hilillo le goteó por la barbilla.

Escuchó la voz del niño que la llamaba desde la habitación de la primera planta. Los gritos del chico resonaron en la casa.

Subió los peldaños de la escalera de dos en dos. Se asomó a la habitación.

—Me duele la espalda. ¿Me puedes levantar? —le preguntó el niño.

Leire puso una almohada y un cojín contra el cabecero, y le ayudó a incorporarse. Lo rodeó con sus brazos para mover su cuerpo en un falso abrazo. Al agarrarlo, apoyó la cabeza en su hombro. Percibió su olor y su pelo le rozó la mejilla. Por un momento pensó que él podía morderla, imaginó que le clavaba los dientes en el cuello, como un perro. Asustada, soltó el cuerpo y lo dejó caer. Dio unos pasos para alejarse de él.

—Ha sonado un teléfono —dijo el niño, que estaba un poco torcido, inclinado hacia el lado izquierdo.

El timbre del móvil, en medio de aquel silencio, no le había pasado desapercibido. Aquella musiquilla les recordaba que existía un mundo fuera de aquellas paredes. Un mundo que ahora les resultaba muy lejano.

—Era mi móvil.

El chaval parecía más despejado. Leire se preguntó si empezaba a desaparecer el efecto de las pastillas.

—¿Quién era?

El niño quería saber. Todos buscamos respuestas, pensó Leire.

—No lo he preguntado —contestó marcando su territorio, mostrando su fuerza.

El crío la miraba impotente. Ella podía sentir su desconcierto; su angustia crecía por momentos. Crecía y crecía hasta llenarlo todo, de una manera brutal. Las fosas de su nariz se abrían y se cerraban, a medida que su respiración se agitaba. El chico empezó a sollozar; por fin escapaba el

llanto que había contenido durante las últimas horas. Porque la lucidez no le consolaba, al contrario, le mostraba su situación con toda crudeza.

Leire observó las lágrimas que corrían por sus mejillas. Su nariz húmeda, el temblor de su pecho, el gesto roto, incapaz de mantener la compostura. Pensó que ojalá ese fuera el límite, el llanto desconsolado del crío y su frialdad. Sin embargo, era consciente de que todo podía empeorar, podían seguir hundiéndose en la mierda. Todo en lo que había creído se desmoronaba.

—Eran los tuyos —dijo por fin Leire—. Pero he colgado.

—¿Mis padres? ¿Por qué no has hablado con ellos?

—Todavía no era el momento.

El niño sacudió la cabeza. Era incapaz de entender qué sucedía.

—Yo no te he hecho nada —dijo con voz entrecortada.

Las lágrimas del chico y el movimiento espasmódico de su pequeño pecho le hacían pensar en los niños desvalidos. En los niños que hay que proteger. Que hay que cuidar.

—Yo no he empezado esto —respondió Leire.

Es solo un niño, se dijo. Un niño al que estoy haciendo sufrir. Y por un instante, estuvo a punto de derrumbarse. Quería detener aquella pesadilla, volver a casa. Deseó ir hacia atrás, retroceder hasta el momento anterior a la llamada que anunciaba el secuestro. No, puestos a pedir, iría más atrás aún, al tiempo anterior a la enfermedad de Bixen. Pero la realidad era que los dos estaban allí, el niño y ella, atrapados en aquel presente oscuro y frío.

—Te aseguro que yo no he empezado con esto —repitió Leire.

Contuvo a duras penas las ganas de llorar. Faltaban tan solo unos minutos para la una y media de la madrugada.

Mertxe

Cuando se fueron, Mertxe se quedó sentada en la silla. Tardó un buen rato en reaccionar. Después entró en una actividad frenética. Recogió el salón, vació el cuenco que había servido de cenicero, colocó bien los cojines del sofá, tiró las latas de cerveza vacías a la basura junto a los restos de papel de regalo. Le hubiera gustado pasar el aspirador, pero no eran horas. Así que sacó una escoba y barrió la alfombra y el suelo.

Abrió la ventana; olía a tabaco en aquella casa en la que nadie fumaba. Desde aquella noche, entonces no podía saberlo, Mertxe asociaría el olor a tabaco rubio con aquella inquietud, Ander desaparecido y aquella gente en su casa. Y cada vez que lo percibiera, sentiría la angustia en la boca del estómago y tendría que hacer un gran esfuerzo para sobreponerse a la inmensa ola de recuerdos.

Se asomó a la habitación de Nerea. La niña dormía. Imaginó que sus sueños estaban llenos de regalos, de juegos, de ilusiones infantiles. Le hubiera gustado abrazarla, sentir sus bracitos rodeando su cuello, obtener cierto consuelo para su alma afligida. Pero no iba despertarla. En sus sueños, la niña se encontraba a salvo de lo que estaba ocurriendo en ese momento. Despertarla sería cruel.

Y, tras dudar de si hacerlo o no, aunque, qué más daba realmente, si todo dolía, si todo era ya aterrador, Mertxe se asomó a la habitación de Ander. Sintió su presencia. De algún modo su hijo estaba allí, en las deportivas sucias que había dejado en un rincón, las que ella pensaba lavar esa noche. Y en la colcha un poco arrugada, porque antes de ir a clase se había sentado para atarse las zapatillas o meter algo en la mochila, y la huella de su cuerpo había quedado sobre la cama. La cama que ella le había hecho, aunque era una de sus obligaciones, que ya tenía casi doce años. Pero a la hora de la verdad, ella tardaba solo un minuto, mientras que el crío se eternizaba, y siempre iban justos de tiempo.

La rutina de todas las mañanas. No quería pensar en cómo sería el día siguiente. No podía imaginarlo sin Ander. También le costaba recordar la vida anterior a la llegada al mundo de sus hijos. Ella y Kuti recién casados. El embarazo al primer mes de dejar la pastilla anticonceptiva.

—Pues sí que hemos tenido puntería —le dijo su marido.

Emocionados, no podían dejar de hablar.

—¿Qué será?

—Niña —opinó Kuti.

—A mí me da que… ¡Niño! —exclamó Mertxe.

Mertxe estaba fascinada por el milagro de convertirse en creadora y portadora de vida. Todas las noches, sentados en el sofá, Kuti tocaba su tripa, sentía los movimientos del feto que crecía y crecía. Y si dejara de crecer y pudiera quedarse dentro de mí para siempre, había pensado Mertxe en alguna ocasión. Allí estaría protegido. A salvo. Pero ¡qué tontería! Las cosas no se pueden parar.

Mertxe dio a luz en la Residencia, tras romper aguas. Con las piernas ligeramente separadas, se

apoyó en el mostrador de recepción.

—Ha llegado el momento —dijo.

La misma Mertxe que ahora se apoyaba en el quicio de la puerta, exhausta ante el cúmulo de recuerdos. El niño en sus brazos, con la cabeza de pepino y la piel enrojecida. Le dijeron que se lo pusiera junto al pecho, que le dejara escuchar el latido de su corazón. Dentro y fuera. Fuera todo era ruidoso, excitante. Al final no era tan grande… Tres kilos cien, cincuenta centímetros de largo.

—Se parece a mi madre —dijo Kuti.

—¡Sí, hombre! —protestó Mertxe.

Y se rieron.

Un hijo. El primero. Un hijo para criar, educar, cuidar. Un hijo que ahora no estaba con ellos, que alguien les había arrebatado.

Varios posters cubrían las paredes del cuarto. El de la Real Sociedad, temporada 2006-2007. Otro de Astérix; a Ander le encantaba el pequeño galo. Y un tercero de la película *Jurassic Park*. Ander y los dinosaurios. Mertxe se volvió hacia la estantería donde estaban el tiranosaurio rex, el velociraptor, el carnotauro y otros animales prehistóricos cuyos nombres desconocía. Se caían con facilidad y casi siempre estaban tumbados, como si descansaran.

Los puso en pie una vez más. Observó sus dientes horribles, sus gestos amenazantes. Los juguetes de su hijo. Mertxe intentaba mantener el orden de la casa. La colcha sin arrugas, los dinosaurios erguidos, las zapatillas limpias. Pero ahora que Ander no estaba, daban igual todos los malditos detalles.

En el caserío. Segunda llamada

Tras la llamada de teléfono, el caserío había vuelto a sumergirse en el silencio. Se sentían desconcertados. Kuti pensó en Mertxe, la imaginó dando vueltas por la sala como un león enjaulado. Estaría mordiéndose las uñas hasta hacerse sangre. Podría llamarla y decirle que Ander estaba con la mujer del tipo que habían secuestrado. Que había sido ella quien se lo había llevado. Pero eso no serviría de mucho.

Miró el reloj; iban a dar las dos de la madrugada.

Alguien venía por el pasillo. Chus se quitó el pasamontañas y se apoyó en una de las paredes mientras encendía un cigarro.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó.

—Tú a lo tuyo —contestó Roque.

—¡Vale! ¡Vale! No hace falta ponerse así… —dijo Chus molesto—. Solo he salido a estirar las piernas. Llevo ahí metido un montón de horas.

—Llama, por favor —dijo Kuti ignorando a Chus.

—Espera un poco —contestó Roque.

—¿A qué hay que esperar? —protestó Kuti.

—Tenemos que situarnos. No sabemos dónde estamos…

Se hizo el silencio. Chus los observaba mientras fumaba. Maider, Tor y Roque, este último cabreado como una mona. Y Kuti. No sabía qué hacía Kuti allí, en el caserío, pero nadie parecía dispuesto a explicárselo. Estaba claro que no era un buen momento para hacer preguntas. Al acabar el cigarrillo lo aplastó contra un cenicero sucio.

—Yo me vuelvo —dijo Chus poniéndose de nuevo el pasamontañas.

Nadie le hizo caso.

—No podemos perder tiempo —dijo Kuti elevando la voz—. Tiene a mi hijo. Hay que hablar con ella… No creo que sea tan difícil.

—No vamos a ir dando palos de ciego.

—Qué palos de ciego, ni qué hostias. No entiendo por qué no llamas de una vez —protestó Kuti nervioso.

Roque intentaba ordenar sus pensamientos, a pesar de que Kuti no paraba de gritar. Hubiera sido mejor dejarlo en su casa. Ahora era uno de ellos, pero mucho más peligroso. Volvió a marcar, bajo la atenta mirada de los que le rodeaban. Al momento sonó el pitido en su oído. Alguien descolgó el teléfono. Y de nuevo el silencio. Aquel desagradable silencio. La mujer no se lo iba a poner fácil, eso estaba claro.

—Tienes al chico, ¿verdad? —dijo Roque.

No hubo respuesta. Tan solo se escuchaba una respiración.

—¿Dónde está?

Aquel silencio les sacaba de quicio a todos.

—¿Qué es lo que quieres? —Roque se esforzó en controlar el tono, para no demostrar la ira y

la impotencia que le devolvía el mutismo al otro lado—. Si no me contestas, voy a colgar y esto va a acabar mal —sentenció.

Kuti se levantó y le quitó el teléfono a Roque. Realmente fue un impulso, no pensaba lo que hacía.

—¿Está bien Ander? —preguntó Kuti.

—Quiero hablar con Bixen —dijo la mujer.

La voz sonaba firme. Y hablaba alto, tan alto que los demás podían escucharla. Roque estuvo a punto de soltarle un puñetazo a Kuti. ¿Pero qué estaba haciendo ese tío? ¿Cómo se había atrevido a quitarle el teléfono? Sin embargo, se contuvo. Bastante jaleo tenían ya montado.

—Dame eso —le dijo a Kuti dándole un golpe en el hombro.

Kuti se lo devolvió. Roque le hizo un gesto advirtiéndole de que no hiciera más tonterías. Que era él quien tomaba las decisiones y que o se estaba quieto o lo echaba de allí a patadas.

—Solo eres una aficionada —le dijo Roque a su interlocutora—. Te has equivocado y no tardarás en darte cuenta —continuó amenazador.

Esperaba que la mujer comprendiera bien en el lío en el que se había metido, pero una vez más no hubo respuesta.

—¡Otra vez! ¡Ha colgado! ¡Será hija de puta!

Kuti daba vueltas por la habitación.

—¿Quieres estarte quieto? —le dijo Roque enfadado.

—Me tenías que haber dejado a mí…

—¿Tú? ¿Tú vas a saber solucionar esto? —Roque hizo un gesto de desprecio—. Entérate de una vez: estamos bien jodidos.

Roque salió de la casa dando un portazo.

No tardó en escuchar el sonido de la puerta al abrirse. Era Maider. Se acercó a él. Encendió un cigarro y la llama del mechero iluminó su rostro durante unos instantes.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—A mí no me pasa nada —contestó Roque. Y supo lo falsas que sonaban sus palabras.

Las cosas se les habían ido de las manos. Y no solo en aquel secuestro chapucero. No, era en general. ETA era un barco haciendo aguas, a la deriva. Había dedicado toda su vida a un proyecto que ahora se caía a pedazos.

—¿En qué estás pensando?

—En nada, joder.

—¡Eh! No pagues conmigo tu mal humor. ¿Sabes qué te digo? Que me vuelvo dentro. Hace un frío de cojones… —le dijo Maider.

Las nubes habían desaparecido y se veían algunas estrellas. Roque se alejó de la casa. Tenía que llamar por teléfono.

La conversación fue breve. Azeri dijo que no tardaría en llegar.

Leire. Segunda llamada

Se acababa de tumbar en el sofá cuando volvió a sonar el móvil.

—¡Coge el teléfono! — gritó el niño desde la habitación.

El móvil vibraba sobre la mesa, como si tuviera vida propia. Leire observó la pantalla; número desconocido. Era la llamada que estaba esperando, la segunda. Porque todo estaba planeado en aquel juego de «a ver quién es más fuerte, a ver quién aguanta más».

—¡Cállate! —le gritó al crío.

La música del móvil, pegadiza y repetitiva, le pareció monstruosa. Cógeme, parecía decir. Extendió su mano temblorosa. Presionó el botón y se quedó en silencio, sintiendo un sudor helado en la nuca.

—Tienes al chico, ¿verdad?

La misma voz de antes. Se preguntó quién era el que estaba al otro lado. ¿Astibar quizás? Iñaki Astibar, más conocido como Kuti, era un portavoz de la banda que aparecía con asiduidad en los medios. Desde hacía muchos años era el representante y el defensor de las ideas más radicales. Había adoptado ese papel desde que su hermano había muerto, en circunstancias que nunca se aclararon.

Durante la larga noche en la que Leire había ideado su plan, la primera persona que se le pasó por la cabeza fue el propio Kuti. Lo conocía de vista, vivía en Irún, era vecino de un amigo de Bixen. Él, Rafa, les había hablado de Kuti, de su mujer y de sus hijos. Parecían una familia normal. Eran educados y respetuosos con el vecindario.

Kuti, sí, era una buena elección, pero no sería fácil engañarle. ¿Y cómo reducirle? Leire no era fuerte, y ni siquiera tenía un arma. Tampoco sabía cómo conseguir una. Esto no es una puta película, se había dicho exasperada.

La segunda opción era la esposa de Kuti, la mujer de pelo canoso. Pero tampoco parecía sencillo… ¿Cómo vencer su recelo? Tenía poco tiempo para inventar algo. En el caso de los adultos las dificultades se multiplicaban.

Solo le quedaba la tercera alternativa; los niños. Los recordó caminando junto a sus padres. La niña le daba la mano a su madre. Hablaba, gesticulaba, simpática y dicharachera. El chico iba detrás, solo, mirando al suelo, dándole patadas a una lata de Coca Cola aplastada que había en la acera. Y de entre los dos, eligió al mayor.

—¿Dónde está? —insistió la voz al otro lado del cable.

Leire no dijo nada. No contestaba a las preguntas que le hacían, quería demostrar su fuerza y el silencio era su mejor aliado. Aunque el niño gritaba desde la habitación. ¿Podrían oírle? ¡Ayuda!, gritaba. ¡Socorro! Como el superviviente que, agarrado a un salvavidas, ve pasar un barco en la distancia, o un helicóptero que busca restos del naufragio en el ancho mar.

Entonces habló ella. Se mantuvo firme. Les dijo que quería hablar con Bixen.

Deseaba tanto escuchar su voz… Necesitaba saber que estaba bien. Una palabra suya sería suficiente para darle fuerzas. Pero las cosas no habían salido como esperaba; no le habían pasado

con su marido, sino que se habían enfrentado a ella. Le habían llamado aficionada, y Leire entendió que aquel era el peor de los insultos. Porque ellos eran profesionales, sabían lo que hacían. Tenían experiencia y, llegado el momento, no vacilarían. Mientras que era probable que ella se equivocara, que fallara y todo se fuera al garete.

Leire sintió el influjo de aquella voz, la amenaza que llegaba hasta ella desde la distancia. Y supo que no tardaría en venirse abajo, en romper en un llanto nervioso y suplicar por la vida de Bixen. Fue consciente de su debilidad. Quería dejar de escuchar aquella voz poderosa, que la dominaba, que la alejaba de la única posibilidad de salvar a su marido. Se sentía como si acabara de correr cientos de kilómetros. Exhausta.

Lo mejor era no escucharlos. Leire necesitaba ganar tiempo y recuperarse, por eso, casi sin pensarlo, cortó la llamada. Y una vez más volvió el silencio. El silencio absoluto, porque el niño se había cansado de gritar. El barco se alejaba, el helicóptero regresaba a la base. No habían visto nada. No habían dado con él. Billy Elliot seguía agarrado a su salvavidas, pensando en su mala suerte.

Y ahora ¿qué?, se preguntó Leire. Volverían a llamar. Sí, llamarían de nuevo. ¿Cuántas veces más tendría que pasar por eso? ¿Cuánto iba a durar el juego? El juego del gato y el ratón. Leire ratón intentaba engañar al gato terrorista. Al gato grande y robusto que se limitaba a despiezar roedores, roedores como ella y como Bixen, porque esa, y no otra, era su naturaleza. Y esa reflexión que olía a pólvora, le hizo pensar en los cuerpos abandonados en las cunetas con los rostros cubiertos de barro. Barro en las pestañas, en las cejas, en las fosas nasales y pegado a los labios que nunca más se humedecerían de saliva.

Pero esta vez la historia había cambiado, y ahora no estaban claros los límites. Leire, el ratón que intentaba engañar al gato, era a su vez un gato capaz de sostener a un ratón entre sus uñas. Y si no, que le preguntaran al niño. Se llevó la mano a la frente; le dolía la cabeza.

Le pareció que el resplandor de la linterna era ahora más débil. Se le estaban acabando las pilas. Sacó unas nuevas de la mochila y las dejó a mano.

Bixen

Desde que Hombre Dos había regresado al agujero, se había sentado en la silla y no había abierto la boca. Bixen sintió la nicotina en su aliento. Allí dentro los olores le parecían muy fuertes. Agobiantes. Daría cualquier por salir del nido de ratas en el que le habían confinado. Por un poco de aire fresco, por sentir la brisa del mar.

Hombre Dos se arremangó las mangas del polar, mostrando sus brazos velludos.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Bixen.

—Algunos se creen muy importantes —masculló Hombre Dos enfadado—. Esto se hace entre todos; es un trabajo en grupo. Y todos tenemos méritos. Todos, yo el primero. Nadie nos ha regalado nada; nos lo hemos currado y bien… Así que nos merecemos un respeto, digo yo.

A Bixen le llamó la atención que Hombre Dos utilizara la palabra respeto. Hombre Dos y los suyos se merecían respeto. ¿Y él? ¿Y las víctimas? La palabra respeto en los labios de Hombre Dos le pareció una aberración.

—¿Llevas mucho en esto? —le preguntó Bixen.

Pensó que quizás el enfado animara a hablar a Hombre Dos. Si pudiera sacarle algo de información…

—Empecé con veintitrés años.

El pasamontañas impedía que Bixen viera su rostro, pero, por las manos y la voz, le calculó una edad inferior a la suya. Hombre Dos andaría por los cuarenta. Eso significaba que llevaba casi veinte años en la banda.

—Yo andaba perdido. No era lo que se dice un lumbreras, así que dejé el colegio pronto, ni siquiera me saqué la EGB… Y en mi casa siempre había bronca, mi viejo a veces bebía más de la cuenta. Entre mis amigos estaba lo mejor de cada casa. Ata era camello, el Pelos, yonki, murió de sida a principios de los noventa. La vida, tío, era una mierda. Y, sin saber muy bien cómo, entré en esto. Aquí encontré mi sitio… He hecho cosas importantes.

—Lo que hacéis no tiene sentido. ETA nació durante la dictadura y luchó contra el franquismo. Pero después, ¿qué? Se tenía que haber integrado en la sociedad democrática para seguir una vía política.

—*Bietan.* ¿Sabes lo que quiere decir? Las dos vías, la política y la militar. La política no era suficiente. Esto es una guerra —dijo Hombre Dos con determinación.

—Empezasteis a cruzar las líneas rojas, un primer muerto, un primer mártir, un primer extorsionado, un primer secuestro… Y a partir de ahí, la violencia por la violencia. Hace mucho tiempo que lo que hacéis no tiene ninguna justificación.

—No me vas a convencer, profesor. Yo no soy uno de tus crédulos alumnos.

—Es cierto que, a causa de su lucha contra el franquismo, ETA fue idealizada por algunos sectores. Se dio un fenómeno de seducción por la violencia.

—¿Seducción por la violencia? ¿Qué mierda de lenguaje es ese, profesor?

—Pero hace tiempo que la gente se ha cansado.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de lo que se grita en las calles? «ETA *herria zurekin*»[4]. O «ETA, mátalos».

—Vivís en un sueño. Mejor dicho, una pesadilla. ¿No os dais cuenta de que solo os escucháis a vosotros mismos?

—No vamos a escuchar a los cobardes.

—La mayor parte de la sociedad vasca quiere poner fin a esta locura. También muchos de los que os han apoyado siempre, que incluso estuvieron en ETA al principio, os han dado la espalda.

—Hablas de traidores, como Jáuregui.

—Lo matasteis, igual que a tantos otros.

—O Zabaleta, y esos hijos de puta de Aralar.

—Esto viene de lejos. Si miras hacia atrás, puedes ver cómo a medida que ETA daba pasos desacertados, se producía un distanciamiento del pueblo.

—¿Has dicho «pasos desacertados»? —dijo soltando una carcajada.

Bixen se sintió un pedante. Realmente «pasos desacertados» era un lamentable eufemismo.

—Me refería a los atentados salvajes. A los asesinatos. Eso es lo que quería decir.

—Es mejor hablar claro, profesor, y llamar a las cosas por su nombre.

En eso Hombre Dos tenía razón. Hablar claro… Aunque Bixen dudaba de que aquella conversación fuera a servir para algo.

Azeri

Amaia entró en la vieja cocina familiar que todavía olía a *porruzalda*. Azeri, sentado en una silla de enea, tenía la cabeza echada hacia atrás. Al oír los pasos de su hermana, se volvió. La mujer, que llevaba una bata azul y tenía aspecto cansado, le miró con expresión severa.

—¿Qué pasa? —le preguntó sentándose a su lado.

—Nada. No pasa nada —le contestó Azeri de forma seca.

—Tú siempre dices lo mismo.

—¿Y qué quieres que diga?

—Ya te estás largando otra vez, ¿verdad? Lo he sabido en cuanto te he oído hablar por teléfono —le dijo Amaia de malos modos.

Azeri no respondió. No iba a perder el tiempo discutiendo con su hermana.

—Creo que solo has venido para pedirme ese medicamento. Eres un interesado. Y ahora que lo has conseguido, te largas. Te da igual meternos a todos en tus líos.

Amaia andaba cerca de los cuarenta. Seguía soltera, y eso era algo que reprochaba a sus hermanos. Decía que lo había dejado todo para atender a sus padres. Que bastante tenía con eso y su trabajo en la farmacia. Que no tenía vida propia. Que Azeri no cumplía con su deber.

—Vas a acabar igual que Anselmo… —dijo Amaia, con rabia.

—Ya me encargaré yo de que a mí no me cojan.

—Sí, a él tampoco lo iban a coger y mira dónde está, en Algeciras, a más de mil kilómetros, pudriéndose en la cárcel. Más solo que la una. Desde que los padres están como están, ya nadie va a verlo.

A Azeri no le gustaba hablar de su hermano. Le aterraba acabar como él, entre rejas. No le extrañaba que algunos presos de ETA se hubieran acabado suicidando en la cárcel.

—Estoy harta —dijo Amaia levantándose para llenar un vaso de agua—. Dijiste que te ibas a quedar toda la noche. Que hoy por fin yo podía descansar…

—Esa era mi intención —contestó Azeri.

—Siempre igual, vienes y te vas. Y mientras tanto yo cuido de ellos. Menos mal que la prima Inés me echa a veces una mano. Pero no es suficiente.

Azeri se mordió la lengua para no discutir. No era el momento. Al levantarse arrastró la silla que rechinó contra el suelo.

—¡No hagas ruido! ¿Qué quieres? ¿Que se despierten?

Se puso la cazadora. Pobre Amaia. A veces la despreciaba, pero otras, la compadecía.

—¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé. Cuando pueda…

—Igual cuando puedas es demasiado tarde. El *aita* está en las últimas. No le queda mucho, ya lo sabes. Y la *ama*…

—Volveré pronto —le dijo Azeri.

—Las noches son interminables. El *aita* se quita el pañal y mancha la cama. También se quiere

levantar, pero no da ni tres pasos sin caerse. Los cardenales le duran semanas. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no duermo cinco horas seguidas? No, no lo sabes. Y yo tampoco.

—Vendré en cuanto pueda, ya te lo he dicho.

Azeri entró en la habitación del padre. Olía mal allí dentro, a enfermedad, a medicinas, a la orina que pudría el colchón. Se acercó y besó la frente del viejo que murmuró algo que no pudo entender.

Se dirigía a la habitación de la madre, cuando Amaia le agarró del brazo.

—Déjala tranquila. Ahora está dormida, y si la despiertas…

—Cojo las llaves de la moto.

—¿También te vas a llevar la moto?

—Te la traeré en unos días —dijo guardando las llaves en el bolsillo.

Cerró la puerta de la casa y se alegró de dejar atrás los reproches de su hermana.

Tor

Tor masticaba, bajo la mirada despectiva de Maider que se preguntaba cómo podía estar todo el rato comiendo. Él elevó sus ojos de la pizza y reparó en su expresión de asco.

—Tengo ansiedad. Y cuando tengo ansiedad me entra hambre. Además, ¿a ti qué te importa?

Todos estaban alterados, lo demostraran o no. El gordo y sus pizzas. Maider atrapada en sus recuerdos. Kuti intentando mantener el tipo, mientras el tiempo pasaba y cada vez la noche parecía más oscura y el futuro más incierto. Y Roque seguía fuera, al relente, con su mala hostia.

Maider encendió un nuevo cigarro. Le dio una calada con ganas, como si deseara que el humo llegara a cada rincón de su cuerpo y lo sedara.

—¿Por qué te llaman Tor? —le preguntó Maider.

Quería hablar de algo, de cualquier cosa para romper aquel maldito silencio.

—¿Es por el dios ese? —preguntó Maider.

Tor tenía la boca llena. Masticaba un gran trozo de pizza que le impedía contestar.

—El dios de la guerra, ¿no? O un guerrero, no me acuerdo —dijo Maider pensativa—. Solo sé que lleva un martillo, o algo así, para matar gigantes.

Kuti se volvió hacia ella. Thor. Thor Odinson, el príncipe guerrero de Asgard, protector de la Tierra. Thor, hijo de Odín y de Frigga. Y recordó a Ander, sentado junto a él leyendo los cómics que coleccionaba. La expresión de admiración en el rostro de su hijo —¡cómo mola, *aita*!—. El dolor le cortó la respiración.

Thor pasaba desapercibido bajo su forma humana, convertido en Don Blake, el doctor americano lisiado, un tipo aparentemente inofensivo, enamorado hasta la médula de la enfermera Jane Foster. Y vivía historias increíbles, como la lucha contra los hombres de piedra de Saturno, o contra Cobra y Míster Hyde. Ander jugaba con un paraguas, convertido por su fantasía en el martillo de Thor. Ander/Thor dispuesto a dar su merecido a los malvados.

—¿Qué dios de la guerra o qué hostias? —dijo Tor.

—Límpiate, coño —le dijo Maider señalando su barbilla manchada.

Tor se limpió de mala gana con un trapo de cocina que había junto a la mesa. Le jodía la gente quisquillosa.

A Kuti le hubiera gustado tener los poderes del tullido doctor Blake y convertirse en un dios poderoso al golpear el suelo con su bastón de madera. O en cualquier de los superhéroes que tanto le gustaban. Sentía predilección por los Vengadores de Marvel, Iron Man, el Hombre Hormiga, Avispa y, por supuesto, el Capitán América. A cualquiera de ellos se le ocurriría algo para llegar hasta Ander. Para sacarlo del lugar en el que le tenían encerrado y devolverlo sano y sano a su familia. Mientras que él no hacía nada más que retorcerse las manos como un pasmarote inútil.

—Entonces ¿por qué te llaman así? —insistió Maider.

—Tor viene de Torpe —contestó desganado.

Maider se rio y su risa sonó como un crujido.

—¡Torpe! —repitió—. ¿Eras de los que tardabas una hora en limpiar la pistola? —dijo Maider

sonriendo.

—No tienes ni idea… Pasó hace tiempo, más de diez años. Secuestramos a un empresario y lo retuvimos tres semanas, en un zulo de la zona de Abaltzisketa, más al sur de donde estamos.

—Sí, sé dónde está. Cerca del Txindoki —dijo Maider.

—A mí el tío no me caía mal. Era euskaldún, nacionalista, sus hijos iban a la ikastola. Yo hacía las guardias por la noche. Hablaba mucho con él. Jugábamos a las cartas. Tenían que pagar doscientos millones de pesetas, pero… Bueno, el caso es que no lo hicieron. Así que recibimos órdenes de acabar con él.

—¿Y qué pasó? —le preguntó Maider, que escuchaba atentamente.

—Lo llevamos a un camino, cerca de un bosque. Se puso de rodillas, tenía las manos atadas. Me dijeron que disparara yo. Era la primera vez…

Tor se quedó callado, como si estuviera reviviendo lo que contaba.

—Estaba nervioso. Tan nervioso que disparé mal y… Le volé una oreja. Gritaba como un animal. Me quedé paralizado, viendo la sangre que le corría por el cuello.

—¡Hostias! —dijo Maider haciendo un gesto de desagrado.

—Como yo no reaccionaba, mi compañero me quitó la pipa y acabó la faena. Fue él quien me puso el mote.

—¿Por qué no te callas de una puta vez? —susurró Kuti.

Pensó que iba a vomitar. El pacharán que había tomado intentaba huir de su estómago para derramarse sobre el suelo sucio del caserío.

—Ha sido ella quien ha preguntado —dijo Tor.

Maider no dijo nada. Se le habían quitado las ganas de seguir hablando.

PARTE III

Caserío. Tercera llamada

Le hubiera gustado conducir a más velocidad, pero la moto era bastante vieja y tiraba lo justo. Se había puesto una chaqueta de esquí sobre la chupa para protegerse del frío de la noche. Sin embargo, este le mordía sin piedad en las piernas, al atravesar su pantalón vaquero. Cuando llegó al caserío eran más de las tres y media de la madrugada.

Roque estaba de pie, junto a la entrada. Maider, recostada en el sofá, jugueteaba con el móvil y Tor estaba sentado sobre la mesa, con los pies apoyados en una silla. Kuti apartado, en cuclillas, se apoyaba en la pared, con la cabeza agachada y la barbilla apoyada en el pecho.

—Ya estoy aquí.

Roque le saludó sacudiendo la cabeza. Ahora eran dos para decidir, y no sabía si eso mejoraría o empeoraría las cosas. Azeri se dirigió a él, ignorando al resto. Le pidió que le explicara lo sucedido.

—Resumiendo, nosotros tenemos al objetivo y ella tiene al chaval —dijo Azeri cuando Roque acabó de hablar.

Su energía inundaba la estancia. Kuti, sin embargo, parecía preocupado. Le asustaba esa determinación de Azeri, dispuesto a llegar lejos. Quizás demasiado lejos, se dijo.

—Tenemos que decidir si negociamos con ella o no —dijo Roque.

—No vamos a dejar que sea ella quien lleve la batuta —dijo Azeri, sirviéndose un poco de pacharán en uno de los vasos—. No somos unos putos corderitos.

—Pero tiene al chico —dijo Maider.

—Y nosotros tenemos al profesor —concluyó Azeri, y se bebió el pacharán de un trago.

Kuti sintió la angustia en la boca del estómago. Si una cuerda se tensa excesivamente, acaba por romperse, pensó. Si tiras, y tiras, ¿qué otra cosa puede suceder?

—Vamos a explicarle a esa cómo funcionan las cosas —dijo Azeri haciéndole un gesto a Roque para que cogiera el teléfono.

Roque dio al botón de rellamada. Le pareció que el tiempo se ralentizaba, que los segundos transcurrían lentamente mientras sonaba aquel pitido discontinuo. La desazón de Kuti aumentaba. Vamos a explicarle cómo funcionan las cosas, había dicho Azeri. Pero ¿acaso ella no lo sabía? ¿Acaso alguien desconocía el modo de actuar de ETA? Si la mujer había llegado hasta allí era por algo. Tenían que encontrar la forma de salir de aquel atolladero.

De repente Azeri se dirigió a Roque.

—¡Cuelga! —gritó.

Roque lo miró sin entender.

—¡Que cuelgues, joder!

Roque obedeció. Abortó la comunicación.

—¿Ahora qué pasa? ¿Has cambiado de idea? —le preguntó molesto.

Llama… Cuelga… Llama… ¿Qué creía Azeri que era él, una puta telefonista?

—Si es inteligente, la mujer habrá comprendido el mensaje —dijo Azeri.

—Hombre, de tonta no tiene un pelo —dijo Tor—. Cualquiera no monta la que ella ha montado.

—Ahora somos nosotros quienes tenemos la sartén por el mango —aseguró Azeri.

—¿Y Ander? —preguntó Kuti angustiado.

—La situación es la siguiente; es ella la que va a negociar con nosotros, no nosotros con ella —dijo Azeri ignorando a Kuti—. Eso nos da una posición de fuerza.

—¿Y si no está dispuesta a hacer las cosas a tu manera? Hasta el momento no ha mostrado debilidad alguna —insistió Kuti.

—Las cosas se hacen así. ¿Está claro? —dijo Azeri.

Kuti se preguntó hasta dónde estaba dispuesta a llegar aquella mujer. Cuál sería su límite, ahora que sabía que sus compañeros no iban a respetar límite alguno.

Pensó en su hijo. Ojalá estuviera dormido como había insinuado aquella mujer. Ojalá no supiera qué estaba sucediendo.

Leire. Tercera llamada

Leire se despertó sobresaltada. Ahora sí, a pesar de la situación, había caído en un profundo sueño. Un sueño negro, oscuro, como el océano a media noche. Un sueño del que regresó agotada, porque no le había prestado consuelo alguno. La musiquilla, la vibración y la luz que emitía la pantalla irrumpieron en la quietud de la casa. Eran las cuatro menos diez. Número desconocido. Leire trató de imaginar qué habría sucedido en el otro lado desde la última llamada. Intento pensar con claridad. Iban a negociar. Lo mejor era escuchar, dejarles hablar. No debía precipitarse; estudiaría su oferta antes de plantear sus condiciones.

Cuando su dedo ya estaba a punto de oprimir la tecla pertinente, el móvil enmudeció. Leire sostuvo el aparato, con incredulidad.

—¡Maldita sea! —exclamó.

¿A qué juegas, querida? ¿Acaso no sabías que todo esto se podía ir al carajo?, le dijo su voz más cínica. El frío le hacía temblar. O era quizás la certeza de que ellos habían reaccionado. La maquinaria se había puesto en marcha y el mensaje que le enviaban era claro. Ha llegado la hora de ponerte en tu sitio, le decían con aquel gesto.

¡Mierda! ¡Mierda! ¿Acaso no se lo habían advertido? Leire solo era una aficionada.

Cogió la linterna y, guardando el móvil en el bolsillo, subió las escaleras. Empujó la puerta entornada con furia.

—¿Qué pasa? —preguntó el niño.

—¡Os creéis muy listos! —gritó Leire.

—Pero… —protestó el chico.

Se acercó a él encolerizada.

—¡Han colgado! —gritó—. ¿Y sabes lo que eso significa? Significa que quieren jugar. Pero no, no puede ser.

Leire dio vueltas por la habitación, sumida en un estado de agitación que aterró al chico. Parecía capaz de cualquier cosa. El chaval, pálido, se mantenía en silencio, intentando pasar desapercibido. Pero ella se dirigió de nuevo a él.

—Cuando llamen, quiero que hables con ellos. Les dices que tienen que hacer lo que yo diga. ¿Has entendido?

Incapaz de contestar, el crío la miraba fijamente. Haré lo que tú quieras, decían sus ojos, pero deja de gritar. Me estás asustando.

—Al oír tu voz, cederán. Negociaremos.

El chico asintió. Leire iba de un lado a otro de la habitación.

—Sigue mis instrucciones y todo saldrá bien.

Ese era el plan, que todo saliera bien. Recuperar a Bixen, antes de que su corazón fallara, o los secuestradores le hicieran daño. Y una vez que tuviera a su marido con ella, soltaría al niño. Le permitiría volver a casa, con su familia.

Leire sabía que, después de aquello, nada sería como antes. Bixen y ella tendrían que irse lejos,

si querían evitar represalias. Pero qué más daba. Lo importante era que operaran a Bixen. Luego, empezarían de cero en cualquier sitio.

—Así que nada de tonterías —le advirtió.

Estaba aturdida. Ellos habían movido ficha, sin embargo, no podía dejar que su plan se tambaleara.

—¿Me has entendido? —le insistió al niño—. Y si no lo haces…

Quería amenazarle, demostrarle que aquello iba en serio. Que iba a por todas. Demostrárselo al chico, y a los que estaban al otro lado. Los que le habían llamado «aficionada».

Recordó el mechero que llevaba en uno de sus bolsillos. Era el encendedor Bic que Bixen utilizaba para encender sus puritos cuando se animaba a fumar en alguna sobremesa. Leire lo había cogido sin saber muy bien para qué, solo por si le hacía falta.

—Y si no lo haces…

El niño no podía apartar la mirada del mechero rojo que Leire sostenía en la mano.

Mertxe

De lo malo, lo peor. De todas las cosas malas en las que Mertxe podía pensar, la que estaba sucediendo era probablemente la peor de todas. El corazón de Mertxe latía con fuerza, y parecía decir el nombre de su hijo. Ander, Ander. Ander en su pulso. En las muñecas, y también en las sienes y en el cuello. Kuti se había ido hacía tiempo, no sabía cuánto. La amenaza. Sentía la amenaza, pero a la vez tenía la impresión de estar dentro de una burbuja invisible, que la protegía, que le impedía romperse bajo el efecto del horror. Ander desaparecido. La burbuja era una frontera entre las palabras y el corazón. La burbuja le permitía seguir respirando y evitaba que se cayera redonda en el suelo, que se hundiera en el agujero más horrible.

Mertxe se vio de niña, con sus amigas, sobre la hierba, en una campa del monte San Marcial. Mertxe tumbada, con los ojos cerrados, sintiendo el calor del sol en su rostro. El recuerdo de aquella tarde luminosa, jugando a inventar el futuro. Cuatro o cinco niñas. O quizás ni siquiera eran tan niñas. ¿Con quién te casarás? ¿Cuántos hijos tendrás? ¿Cuáles serán sus nombres? ¿Dónde vivirás? Preguntas que respondían por turnos, entre risas. Los gritos, las bromas. ¡Sí! ¡No! Qué divertido era imaginar el futuro, dibujarlo a su antojo cuando la vida era todavía un folio en blanco. Inventarlo solo con deseos, porque no sabían las sorpresas que les esperaban, no todas buenas, algunas terribles.

Y Mertxe, cuando llegó su turno, dijo:

—Me casaré con un chico guapo.

No dijo ningún nombre, probablemente no conocía a Kuti, probablemente no le gustaba ningún chico todavía.

—Y tendré dos hijos.

¡Dos! ¡Sí, dos! Dos era el número que le había salido, sin pensar.

—Y se llamarán Nerea y Ander.

Decidió que vivirían allí mismo, en Irún. Y con el tiempo, esa vida futura, imaginada cuando tan solo era una cría, se había hecho realidad.

Igual que aquella tarde de verano Mertxe niña había imaginado el futuro, ahora que ese futuro peligraba, Mertxe adulta volvía la vista al pasado. A los espermatozoides de Kuti ascendiendo por su trompa para alcanzar un hermoso óvulo listo para ser fecundado. La vida. El milagro y la complejidad de la vida. La leche escapando de sus pechos. La boca de su hijo conectada a ella a través del pezón.

Ander. El bebé agitaba los puños como si peleara con un fantasma invisible. Y ella le animaba. Lucha, pequeño Ander. La vida es lucha.

—Pero ¿no crees que Ander es un poco…? —Kuti no había acabado la frase.

Ella sabía a qué se refería su marido. Ander era un poco blando. Sensible. Flojo.

Ander, defiéndete. Vivir es defenderse, le dijo Mertxe al hijo ausente. Al hijo que alguien se había llevado.

Y recordó una anécdota de la escuela infantil. Ander jugaba en el suelo con un camión, y otro

crío, que estaba de pie, le había pisado la mano con su bota. Sin querer, seguramente. Pero lo que importaba era que Ander no había llorado. Ni protestado, eh, mi mano. Le habían llevado al médico.

—Cierra y abre el puño, Ander. Así. Sí, así. ¿Duele? ¿Duele un poco o mucho? —le preguntaba el pediatra.

El niño miraba en silencio sus deditos magullados.

Ander aceptaba el dolor. Mertxe y el doctor cruzaron una mirada.

—¿Aprenderá? —le preguntó Mertxe al médico.

Y el doctor le respondió que cada niño tenía una personalidad, y que el aprendizaje en cada caso era diferente. El trabajo ahora era cosa de Ander. Y de ellos.

Ander. Juega conmigo, Ander. Ahora era Mertxe quien le hacía las preguntas, las mismas estúpidas preguntas que se había hecho de niña. Dime, ¿con quién te casarás? ¿Cuántos hijos tendrás? Mertxe intentaba abrir una puerta al futuro. Quería imaginar a su hijo adulto. Ander con cierto aire a Kuti, él también alto, con las piernas ligeramente arqueadas, seguro de sí mismo. Iría a la universidad, estudiaría una ingeniería, tendría muchos amigos y una pareja cariñosa.

Sin embargo, la voz del miedo le decía a Mertxe, no se casará. No tendrá hijos y no tendrá que ponerles nombres. ¿Y sabes dónde vivirá? En el cementerio. Será allí donde viva tu hijo.

Mertxe se cubrió el rostro. La burbuja protectora impedía que se desintegrara en un montón de átomos y desapareciera en ese mismo momento. Tenía que seguir allí dentro, evitar salir porque el resto de los lugares eran peligrosos. Lugares en los que sucedían cosas horribles.

La vida y la muerte. De lo malo, lo peor.

Ander

Sigue mis instrucciones y todo saldrá bien, le había dicho Falsa Periodista. Pero luego sacó el mechero. Aquella mujer malvada y guapa amenazaba con hacer de las suyas. Y había tanto odio en su mirada…

—Haré lo que me digas. Te lo prometo —dijo el niño, presa del pánico.

—Empezaré por el pelo —dijo la mujer.

La yema de su pulgar resbaló por la rueda metálica. Una pequeña llama bailó ante sus ojos durante unos segundos.

—Te juro que prenderé tu pelo. Arderá tu cabeza…

La mujer permanecía de pie con el mechero en una mano, la linterna en la otra. Dentro del bolsillo estaba el móvil. El móvil mudo.

—Guarda el mechero, por favor —le suplicó Ander.

—Diles que suelten a Bixen. Que tienen que soltarlo. Está enfermo. No tenemos mucho tiempo. Y si no le sueltan…

Ahora Falsa Periodista parecía a punto de llorar.

—Se lo diré.

La mujer apretaba el mechero con tanta fuerza que se le clavaba en la palma de la mano.

—Tranquila —dijo Ander.

Ella observó su expresión. El miedo le había hecho envejecer; hablaba como un adulto encerrado en el cuerpo de un niño de once años.

—Todo va a salir bien.

Ander intentaba reconducir la situación.

—Ha sido el cumpleaños de mi hermana. Estará enfadada porque no le he dado el regalo. ¡No sabes qué mal genio tiene! Cuando era pequeña y se enfadaba, se quitaba los zapatos. Una vez tiró una bota por la ventana.

Ander hablaba de Nerea, de sus manías, de cómo sus padres le consentían todo porque era la pequeña. Hablaba de cualquier cosa para entretenerla. Porque algo le decía que mientras la mujer lo escuchara, él estaría a salvo.

—Seguro que no me ha guardado bizcocho. Es una egoísta, se lo habrá comido todo —continuó Ander, sin pensar lo que decía—. A mi hermana le encanta fastidiarme. Aunque yo también, a veces, le hago rabiar…

Hablaba y hablaba, esperando que desapareciera el rictus horrible que afeaba su rostro. Y, sobre todo, que guardara de una vez el maldito mechero.

Y cuando ya no se le ocurrió nada más que decir, Ander intentó que fuera ella quien hablara.

—¿Cómo es tu marido? —le preguntó.

La mujer abrió la boca y la cerró, sin saber qué contestar.

—Él… Él es un buen hombre —dijo.

El niño la miraba fijamente, animándola a seguir.

—Es… cariñoso —dijo la mujer y un súbito gesto de dolor afeó su rostro. Cuando se recuperó, continuó con voz temblorosa—. Paciente… Se toma su tiempo para hacer las cosas. Le gusta conversar… Es buen conversador.

La mujer tenía los ojos brillantes.

—Su película favorita es *El Padrino*. La hemos visto cien veces… De joven jugaba al balonmano, pero él dice que era muy malo, que le echaron del Club Deportivo Bidasoa.

Ella sonrió y Ander la imitó.

—Colecciona minerales. Y sabe mucho de música americana, de jazz, soul… Habla muy bien inglés y un poco de francés. No le gustan los rayos… Cuando hay tormenta, no quiere salir de casa.

Ander se dio cuenta de que la rabia que dominaba a la mujer había desaparecido.

—Pronto volveremos a casa. Tú lo dijiste —se atrevió a decir.

—A casa —balbuceó la mujer.

—A casa, sí —insistió Ander—. Muy pronto.

Caserío. Cuarta llamada

—Y ahora ¿qué? —preguntó Roque.

—Ahora vuelve a llamar —dijo Azeri.

Kuti apretó los puños. La tensión aumentaba.

—Ahora sí quiero que nos oiga.

El teléfono volvía a sonar en un lugar que desconocían. El agujero negro, lo había llamado Kuti. El infierno. El pitido sonaba y sonaba hasta que alguien descolgó la llamada. Silencio. El silencio que tanto los enervaba.

Los nervios le traicionaban, su pierna derecha temblaba y no podía controlarla. Mertxe, en ese momento, vomitaba en el baño. Nerea daba vueltas en la cama soñando con Ander.

—Eres una aficionada —dijo Roque.

Recurría a las mismas palabras de la conversación anterior. Actuaba como lo haría con un niño, repitiendo lo mismo una y otra vez para dar un mensaje claro. Contundente.

—Aficionada… —insistió.

Era el momento de medir fuerzas, de ver dónde estaba cada uno.

Azeri se había cansado del juego, e hizo un gesto a Roque para que cubriera el teléfono y la mujer no pudiera escucharlos.

—Dile que aquí quien da las órdenes somos nosotros. Que si quiere que el profesor siga con vida, deje de hacer el gilipollas. Que no aceptamos ningún chantaje.

Kuti ahogó un gemido. Más claro agua. No negociaban, lo que quería decir que seguían tensando la cuerda. Pero Roque parecía resistirse a repetir lo que Azeri le decía. No estaba de acuerdo. Y Azeri empezaba a cabrearse.

—¡Que se lo digas, hostia! Que esa tía se entere de una puta vez cómo funciona esto.

Kuti respiraba con dificultad. Iban a dejar a Ander en manos de aquella tarada; lo abandonaban a su suerte.

Roque seguía sin destapar el teléfono; no se decidía a hablar. Azeri se dirigió hacia él con un movimiento brusco. Sacó el arma del bolsillo de la chaqueta. Kuti no entendía qué estaba haciendo Azeri con la pistola en la mano. Creyó por un momento que iba a disparar a Roque, algo incoherente, porque este era su compañero. Pero estaba claro que Azeri había perdido los estribos.

Entonces sonó el disparo.

Kuti sintió un pinchazo en el pecho, producido por un súbito terror. Esperó que alguien cayera, que la sangre brotara, que la muerte caminara por la habitación como una visitante recién llegada. Pero no sucedió nada.

La bala se había clavado en el techo. El disparo había sido una advertencia para Roque, para todos ellos, y, sobre todo, para la mujer. Había sido una forma de marcar un nuevo límite.

Azeri sostenía el teléfono que le había arrebatado a Roque. Kuti se preguntó qué iba a hacer a continuación. Pero Azeri no amenazó a la mujer. No la puso contra las cuerdas, ni consiguió de

ella concesión alguna. Y es que la comunicación se había cortado de nuevo.

—¡Valiente cabrona! —exclamó con rabia.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó Kuti abalanzándose contra él.

Roque y Tor le sujetaron antes de que le golpeara. No iban a empezar una pelea allí dentro, y menos con Azeri armado. Kuti intentaba soltarse, sin éxito.

—¿No te das cuenta de que la vida de mi hijo está en juego? ¿O es que acaso te da igual? Eh, ¿es eso? ¿Te da lo mismo que se lleven por delante a un crío de once años?

Kuti estalló en sollozos. Cuando lo soltaron, se dejó caer al suelo, de rodillas. Hasta Azeri sintió lástima.

—Ya vale, tío. Cálmate. No ha pasado nada. Ha sido solo para que esa se entere de cómo son las cosas. Ahora la vuelvo a llamar y verás cómo todo va más suave que la seda.

Bixen

Hombre Dos se abrió el polar gris, bajo el cual llevaba una camiseta blanca de algodón que se arrugaba a la altura de su tripa. Se rascó el cuello, allí donde el pasamontañas se ceñía a la piel. Llevaban un rato en silencio, cuando escucharon aquel sonido. Bixen permaneció quieto, paralizado, pero Hombre Dos se puso de pie, como un muñeco activado por un resorte.

—¿Qué ha sido eso? —balbuceó Bixen.

No hacía falta una respuesta, estaba claro que había sido un disparo. Y la reacción de Hombre Dos le decía que él tampoco se lo esperaba. Joder, un disparo, se dijo Bixen. Un disparo que probablemente significaba un muerto, o un herido. Un acto violento en todo caso, a escasos metros de allí.

Se preguntó si había más secuestrados en aquel lugar. ¿Cuántos eran? ¿Habían ejecutado a uno de ellos? ¿Por qué? ¿Para qué? Los pensamientos estallaban como fuegos artificiales dentro de su cabeza. Uno tras otro, sin descanso, volviéndole loco. Sintió vértigo ante la sucesión de imágenes que su cerebro creaba. La muerte se acercaba, estaba allí. Bixen no se atrevía a mirar a Hombre Dos.

O quizás, se dijo de repente, había otra posibilidad. ¿Y si se trataba de la policía? ¿Y si venían a salvarle? ¿Debería gritar pidiendo ayuda?

En ese momento Hombre Dos salió del agujero. Afuera se oían voces, pero no podía entender nada. La opción de que fuera la policía se fue debilitando. No, no tenía pinta de eso. Y el regreso de Hombre Dos le hizo descartarla definitivamente.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

¿Cuándo le tocaría a él? ¿Sería el siguiente? ¿Lo matarían allí, en la casa, como al pobre desgraciado que acababa de caer? ¿O quizás lo harían en la misma cuneta en la que su cuerpo quedaría abandonado?

—¿Tú…? —dijo Bixen—. ¿Tú…? —repitió, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para seguir.

—¿Qué quieres saber? Ya, ya sé. Te preguntas si yo me he llevado a alguien por delante, ¿no? —Bixen asintió—. Pues sí, he hecho de todo. Empecé con explosivos, siempre he sido bueno con las manualidades —dijo Hombre Dos moviendo los dedos de las manos—. Luego me integré en un grupo especializado en asalto. ¿Sabes a qué me refiero?

Bixen hizo un gesto afirmativo.

—Había que actuar en el menor tiempo posible, lograr el objetivo y huir. Algo rápido y limpio. A veces lo hacíamos en plena calle. O en un garaje, en un bar… El segundo y el tercer disparo solían ser solo de comprobación. Normalmente, el primero era suficiente.

El pulso de Bixen se aceleró. Le venían a la cabeza los nombres de muchas víctimas asesinadas a sangre fría.

—Yo lo hice tres veces. Tres ejecuciones —dijo Hombre Dos.

Tres muertos, repitió Bixen mentalmente. Y él podía ser el siguiente. Tan solo un nombre más de una macabra lista.

—No me mires así, tío. Una cosa es ejecutar y otra muy distinta asesinar. Yo no soy un asesino. El asesinato conlleva un lucro personal, un beneficio… ¿Me entiendes?

No, Bixen no entendía. Esos matices le parecían inmorales.

—En cambio, ejecutar no te va a aportar ningún beneficio. Por ejemplo, si yo tengo que pegarte un tiro en la cabeza, no lo hago por mí.

A Bixen le hubiera gustado esbozar una sonrisa cínica, pero fue incapaz. Recordó el disparo que habían escuchado hacía unos minutos. Aquello iba en serio.

—Porque pegarte un tiro solo me traerá problemas. No te creas que nosotros tenemos mucho que ganar en esta historia. Mira cómo vivimos, escondidos, alejados de los nuestros. Y ¿qué nos espera si nos cogen? La cárcel en el mejor de los casos, eso si sobrevivimos a las torturas. Todo el mundo sabe que no se andan con chiquitas. ¡Joder, cómo me duele la espalda!

Hombre Dos se levantó de la silla, estiró los brazos. A continuación, se agachó y se volvió a incorporar.

—Eso que dices no tiene sentido. Los muertos son muertos y punto —dijo Bixen.

—Eres terco, profesor —dijo Hombre Dos, mientras movía la cabeza hacia la derecha y luego hacia la izquierda para relajar el cuello.

Bixen tragó saliva. Le resultaba muy doloroso pensar en su muerte sin despedirse de Leire. ¿Cómo sucedería? ¿Lograría mostrar dignidad cuando llegara el momento? Esperaba que no lo torturaran. Sentir el frío del cañón sobre la piel ya sería bastante horrible.

Ahora, con el calefactor apagado, hacía frío. Seguro que afuera llovía. Le pareció terriblemente triste imaginar su cadáver abandonado, cubierto parcialmente por los helechos y las ortigas, a la espera de que alguien lo encontrara.

Leire. Cuarta llamada

Unas milésimas de segundo antes de escucharlo, Leire sintió la vibración del móvil sobre la pierna. Casi de inmediato, llegó el sonido que anunciaba una llamada entrante. Sacó el teléfono del bolsillo y atravesó la habitación con un movimiento rápido. Presionó la tecla que respondía a la llamada. Acercó el aparato a la cabeza del niño. Lo apoyó sobre su oreja derecha. Lo sostuvo allí, pero él no dijo nada.

—Habla —le ordenó en un susurro.

El niño estaba bloqueado. Soy Ander, quería decir, pero la voz no le salía. Entonces alguien le interrumpió.

—Eres una aficionada.

Leire estaba a punto de zarandear al chico para que hablara cuando lo oyó. El sonido del disparo al otro lado del hilo telefónico heló su sangre. Encogió su corazón. Entonces todo sucedió a la vez. El niño, asustado por el ruido, gritó. Leire dejó caer el aparato al suelo. Sonó un fuerte golpe y el móvil se abrió con una especie de crujido. Algunas de sus piezas salieron disparadas. La batería se deslizó por el suelo hasta chocar con la pared a la altura de la ventana.

Leire tardó unos segundos en reaccionar. Supo que el disparo era la respuesta que le daban. Porque ellos no negociaban. No habría diálogo. Punto final. Bixen y el disparo. ¿Lo habrían asesinado ya? Quizás todavía no. Quizás era una amenaza. Pero entonces, ¿cuánto tiempo le quedaba de vida?

Necesitaba hablar con ellos. Tenía que buscar una solución, si todavía no era demasiado tarde. Leire corrió a recoger los restos del aparato. La tapa estaba suelta, la pantalla partida. Intentó recomponerlo con sus manos heladas. No, no conseguía ajustar nada. Finalmente logró meter las distintas piezas dentro de la carcasa. Sabía que aquello no estaba bien montado, pero quizás se produjera un milagro. Apretó las teclas del móvil varias veces, bajo la mirada horrorizada del crío.

Maldijo en voz baja. Joder, no. No. El aparato no funcionaba.

No había forma de contactar con ellos. El teléfono, ahora inutilizado, era el único vínculo con el otro mundo. Con Bixen. Y sin él, Leire no podía suplicarles por la vida de su marido. No había marcha atrás. No se podían detener los acontecimientos. Bixen era, o estaba camino de convertirse, en un muerto más.

El grito lo llenó todo, llegó a cada rincón de la vieja casa. El niño se cubrió una de sus orejas, la derecha, con las manos atadas, mientras apoyaba la otra en la almohada. Era Leire quien lanzaba aquel lamento espeluznante.

Leire gritaba por Bixen, su amor perdido. Gritaba por ella, viuda. Pero también lo hacía por el niño al que la banda condenaba igualmente con aquel disparo. Ya tenían un nuevo mártir para la causa. Billy Elliot entre las fotografías de los históricos, de los encarcelados. En las pancartas de las manifestaciones. Su rostro pintado en los muros junto a la palabra «justicia». Pobre Billy Elliot, ya no bailaría más sobre el suelo empedrado de los barrios obreros de Inglaterra.

En aquella historia de gatos y ratones, ellos, el niño y ella, eran los malditos ratones atrapados en la trampa. Ratones todavía vivos, ahora que Bixen era solo un ratón muerto.

Leire gritó hasta que sus pulmones se vaciaron de aire. Y cuando acabó, los llenó de nuevo y siguió gritando. Y gritando. Ante el niño mudo. En la casa deshabitada.

En el caserío

Chus había salido del zulo y se acercaba por el pasillo. Allí estaban lo mismos de antes, más Azeri. Reparó en sus rostros crispados. Pero algo más llamó su atención de inmediato; Azeri llevaba la pistola en la mano.

—¿Qué ha sido ese disparo? —preguntó preocupado.

Se volvieron hacia él. Esta vez Chus ni siquiera se había quitado el pasamontañas.

—Nada —contestó Azeri.

—¿Cómo que nada?

—No dejes solo a ese. Bastante jodido está ya todo para que nos dé alguna sorpresa… —le ordenó Azeri.

Chus volvió al zulo farfullando por lo bajo.

Tor, Maider, Kuti, Roque lo vieron desaparecer por el pasillo. Azeri volvió a marcar el número de la mujer en el móvil para retomar la conversación.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Roque.

Eso era lo malo, que no pasaba nada. No había respuesta, ni siquiera el silencio al que la mujer les había acostumbrado. Pudieron escuchar el mensaje de voz. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento. Inténtelo más tarde».

Azeri colgó de mala gana. Pulsó la tecla de rellamada, pero no tardó en escuchar el mismo mensaje. «El teléfono al que llama está…».

¿Qué significaba aquello? ¿Qué estaba pasando al otro lado?

Kuti comprendió que aquello pintaba mal. La mujer, que había escuchado el disparo, probablemente daba por muerto a su marido. ¿Concluían así las negociaciones? Su silencio parecía confirmarlo. ¿Y ahora qué?

Maider encendió nerviosa un nuevo cigarrillo. El papel crujió bajo el efecto de la llama. El olor a tabaco se extendió por la habitación.

—Se acabó —dijo Azeri dejando el teléfono sobre la mesa.

No, se repetía a sí mismo Kuti. No se ha acabado. Ella tenía a Ander y…

—Nos vamos —le dijo Azeri a Kuti.

—No, yo no me voy a ningún sitio.

—Tú te vienes conmigo —insistió Azeri.

Se acercó a él y le dio un empujón. Estaba claro que se lo iba a llevar de allí, aunque fuera utilizando la fuerza.

Kuti suplicó que le dejara quedarse. Imploró, balbuceante. Los demás evitaban mirarle, angustiados por la visión de aquel hombre desesperado.

—Me llevo vuestro coche —dijo Azeri dirigiéndose a Tor—. ¿Dónde están las llaves?

Kuti empezó a llorar. Le echaban como a un perro. Él no importaba nada, como tampoco importaba Ander. Como quizás no importaba nunca nadie.

Tor buscó en el bolsillo de una chaqueta que estaba colgada de una silla. Sacó las llaves del

Ford Focus y se las tiró a Azeri.

—Anda, vete al coche —le dijo Azeri a Kuti dándole el manojo de llaves—. Yo voy ahora.

Kuti, que ya no tenía fuerzas para protestar, salió abatido, arrastrando los pies. Ya solo le quedaba volver a casa. Volver a casa con las manos vacías y encontrarse con la mirada de Mertxe.

—Os dejo aquí las llaves de la moto —dijo Azeri.

—¿Pero de verdad te largas así? ¿Y el chico? —preguntó Maider.

—No podemos hacer nada.

Maider quiso protestar, pero Azeri se dirigió a todos ellos con un gesto autoritario.

—Se aborta la operación. Lo mejor es acabar cuanto antes.

—¿Y qué quieres que hagamos con el profesor? —preguntó Tor.

—¿Tú qué crees? No tenemos muchas opciones…

Sangre. Más sangre para demostrar que ETA estaba viva. Que mantenía su poder y su fuerza. Ese era el momento de decir algo, pero Roque se limitó a hundir la mirada en el suelo.

—Está claro, ¿no? —dijo Azeri.

Sí, estaba claro. Lo que le esperaba al profesor no era otra cosa que el tiro en la nuca, la marca de la casa.

—Tor, ocúpate tú de él —dijo Azeri antes de salir.

Caminaba ya hacia el coche, cuando al meter la mano en la cazadora se encontró con la caja que le había conseguido su hermana. Eran las pastillas que había pedido el profesor. ¡Qué más daba! Ya no le iban a servir de nada.

Los que estaban en la casa escucharon el motor del automóvil. El chirrido de las ruedas. Luego la noche se lo tragó todo.

Ander

Ante el grito descarnado de la mujer, Ander también había abierto la boca, como si fuera a imitarla, pero permaneció mudo. El suyo era un grito de piedra, que se le había quedado atorado en la garganta. El grito de los árboles cuando la llama del incendio se enreda entre sus ramas. Porque el niño había comprendido que aquel disparo, a pesar de la lejanía, también lo había alcanzado a él.

Falsa Periodista aullaba. Le costaba reconocer sus facciones, convertida en un animal herido. Pero cuando por fin dejó de gritar, el silencio resultó aún más espantoso.

—Quédate conmigo. ¿A dónde vas? ¿Qué vas a hacer? —le preguntó el niño.

Pero la mujer le ignoró y salió de la habitación. Ander supo que las cosas iban de mal en peor.

—¡Por favor! —gritó de nuevo.

Debía de estar en algún lugar de la casa, en la planta baja, seguramente. La escalera crujía cada vez que ella aparecía. ¿Qué hacía? Aquel silencio era insoportable. Tuvo la impresión de que la luz de la linterna era ahora más débil. ¿Empezaban a gastarse las pilas?

—Por favor…

Iba a morir. La llama bailarina del mechero se lo había dicho. La amenaza era real, solo había que ver la expresión de la mujer. La amenaza más bien parecía una profecía. En su agitación, Ander pensó que quizás eso era lo mejor. Acabar. Acabar cuanto antes. Se rendía. No podía más.

Acabar. Terminar de una vez con todo. Como cuando jugaban a «cazar el ciervo», uno de los juegos que el Loco había inventado. Presumía de ser un genio inventando juegos, aunque todos fueran unos juegos de mierda.

Contamos hasta treinta y vamos. Los cazadores. El número de cazadores podía variar. También el de ciervos. Uno o dos. A veces Julen era el segundo ciervo. Los cazadores contaban y ellos huían, aunque sabían que no les daría tiempo a llegar a casa, a ningún lugar seguro. Corrían despavoridos. Al principio juntos, en la misma dirección. Luego, en algún momento, se separaban.

Corre, Bambi. Corre para salvar tu vida.

A veces deseaba ya que lo cogieran, que lo empujaran y lo tiraran al suelo. Como si la esperanza de lograr huir fuera aún más dañina. Insoportable esa tensión de la espera, hasta que llegaban. Hasta que lo alcanzaban. Y luego el dedo que, como un arma, se clavaba en su sien. Esperaba el golpe en las rodillas que le haría caer. Ha llegado tu hora…

—Es una cierva joven, inexperta.

—No, no es tan inexperta. Yo creo que está preñada.

—¿Preñada?

—Sí, un ciervo viejo y con los cuernos bien grandes se la ha cepillado.

—¿Se la tiró?

—Sí, se la tiró. Se la tiró así.

Se morían de la risa. Mientras Ander estaba a cuatro patas, con las manos y las rodillas clavadas en el suelo. Mientras el Loco hacía gestos obscenos contra su culo.

La vida era eso, correr, huir de los cazadores, de las experiencias ingratas. Intentar escapar. Sortear las amenazas. Soñar con lo que uno nunca sería, Zarpa de Acero o cualquier otro superhéroe, alguien capaz de plantar cara a los malvados y decirles, hasta aquí habéis llegado. Yo os daré vuestro merecido.

En sus fantasías, Ander se enfrentaba a él. Mírame, Loco. Eres un pringado. Eres un mierda. Medio retrasado, si ni siquiera lees bien. Todos sabemos que tu madre era una yonki. Se drogaba cuando estaba embarazada de ti y mira cómo has salido. Mírate, das pena. Siempre llevas ropa demasiado pequeña o demasiado grande. La que os dan en Cáritas. La que robas en el vestuario del gimnasio. En su fantasía, el Loco lloraba.

Pero la realidad era otra. El Loco, su bota, su sonrisa. Solo es un juego, Ander. Su corazón desbocado. Y lo peor seguía siendo el tiempo de espera, cuando el miedo crecía, y crecía, sin límites. Como le ocurría al pensar en la llamita del mechero.

—¡Por favor! —gritó Ander.

Pero la única respuesta que obtuvo fue un silencio helado y oscuro.

En el caserío

Maider intentaba controlar la congoja que la dominaba tras los últimos acontecimientos. Todo había terminado. Pero ella no podía dejar de pensar en el niño. ¡Qué fácil era decidir sin conocerlo! Pero ese crío, el hijo de Kuti, era real. Se preguntó cómo sería su risa, su manera de comer o de correr detrás de una pelota. Si llevaba brackets. Si era ágil o patoso. Si alguna vez lo habían operado de algo. Qué cosas le hacían reír, y cuáles le asustaban.

—Yo me ocupo de todo. Vosotros podéis iros —ordenó Roque.

Ella evitaba mirarle.

—Dile a Chus que venga —le dijo Roque a Tor.

Maider encendió un cigarro. Tenía la impresión de estar colocada, como después de una noche de fiesta. Era el estrés que acentuaba la sensación de irrealidad. El vértigo. ¿Qué iba a ser del chaval?

Chus se acercó por el pasillo, caminaba delante de Tor. Se quitó el pasamontañas de un tirón. Estaba mosqueado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Os vais —dijo Roque.

—Pero ¿por qué? ¿Qué me he perdido?

—Se aborta la acción —contestó Roque.

—¿Y qué hacemos con él? —dijo mirando hacia el zulo.

—Yo me encargo —dijo Roque.

—Pero… —intervino Tor.

Roque le cortó. Era él quien tomaba las decisiones, no aquellos dos idiotas. Hasta el imbécil de Tor parecía dispuesto a llevarle la contraria.

—He dicho que me encargo yo. ¿Qué es lo que no has entendido?

Tor le sostuvo la mirada con rabia. Chus no sabía qué pasaba entre aquellos dos. Tor se lo contaría más tarde, en el coche. Le diría, este Roque es un gilipollas. Azeri le había dicho que se ocupara él del profesor. Y ahora Roque se metía en medio. Las cosas claras, joder. Uno le decía una cosa, el otro otra, y al final seguro que le caía a él el marrón.

—Pero, habrá que recoger las cosas, ¿no? —preguntó Chus señalando los teléfonos, los ordenadores que había sobre la mesas—. Y toda esa mierda…

Se refería a los restos de comida, los ceniceros llenos de colillas, los vasitos de pacharán en la habitación desordenada.

—Ya os he dicho que yo me encargo de todo, hostias. ¿Estáis sordos o qué?

—¿Tienes tú las llaves? —le preguntó Chus a Tor.

—El Ford Focus se lo llevó Azeri.

—¿Y cómo nos vamos a ir?

—El Peugeot me lo quedo yo. Así que os vais en la moto —intervino Roque.

—¡No me jodas! ¡Con el frío que hace! —protestó Chus—. ¿Y tú? —preguntó volviéndose

hacia Maider.

—Yo me quedo con Roque.

Roque no dijo nada. No había otra solución. No iban a ir tres en la moto… Ni tenía sentido que Maider se quedara en el caserío. Sin embargo, tenerla cerca avivaba los recuerdos.

—Vale, yo te dejaré en algún lugar seguro —dijo.

Cuando Tor y Chus se fueron, la casa se quedó sumida en una extraña calma. Roque evitaba que su mirada se cruzara con la de Maider.

Maider

—Roque…

Él la ignoró, estaba concentrado en sus pensamientos. Apoyado en la mesa, miraba fijamente la ventana bloqueada con maderos.

Maider se preguntó qué pasaría por su cabeza. Probablemente pensaba en los siguientes pasos que tenían que dar. Ella, sin embargo, era incapaz de anticipar nada. Desde que se había reencontrado con él, no podía dejar de recordar los tres días que habían compartido en la casa de Anglet.

Para aislarse habían fingido una gripe, y esa mentira, que parecía inofensiva, no lo era. Porque por primera vez estaban pensando en ellos mismos y no en ETA. Y eso no estaba bien. Los miembros de la organización tenían que estar articulados. Tenían que confiar los unos en los otros. Formaban parte de un engranaje y su funcionamiento, su correcto funcionamiento, dependía de que todos y cada uno de ellos hicieran bien su trabajo.

Maider, que se había dejado enredar por Roque, empezó a desarrollar su propia fantasía. Sabía que no era productiva, ni sana, pero volvía a ella una y otra vez. Y a veces hasta creía que de verdad estaban enfermos, que esos delirios eran producto de una fiebre real. Sudaban, daban vueltas entre las sábanas, se levantaban para ducharse, para tomarse una sopa de sobre, un ibuprofeno, se fumaban un porro para relajarse. El contraste de sus cuerpos; el de Roque que ya envejecía, y el suyo todavía joven. El latido de la nueva vida en su vientre. Hacían el amor, daban vueltas en la cama y soñaban con el niño.

El sueño se iba haciendo fuerte. *Ama*, *ama,* le decía el niño estirando hacia ella las manitas. Era un bebé bonito, que tenía en su espalda un tatuaje como el de ella, una serpiente que ascendía hasta su hombro. La suya una serpiente grande, y la de él una pequeña serpiente. Es mi hijo, se decía Maider orgullosa al verlo. Y le cantaba para que se durmiera la canción de *Hertzainak, Aitormena.*

Udaberri berririk ez guretzat,
Denborak aurrera etengabian eta orain
ezin eutsi izan ginana[5].

La canción de su juventud. La habían cantado en los bailes, en los bares cuando iban a cerrar y la gente despedía la noche. Era una de esas canciones que hermanaban a los noctámbulos hasta arriba de cervezas y de kalimotxos, de copas, de hachís y de anfetaminas. Cantaban con la impresión de estar viviendo un momento importante, cada viernes, cada sábado, es lo que tiene coger un buen pedo, todos tan llenos de vida, daban ganas de quererse, de prometerse que harían grandes cosas. Y se vio de joven, bailando, levantando el puño, soñando con una vida que mereciera la pena.

Pero el niño había abierto un resquicio en su coraza. Y eso significaba que el caparazón era

menos fuerte de lo que pensaba. Cuestionaba su dureza. Sí, la dureza. Se había ido curtiendo con cada decisión. Con cada golpe, y habían sido muchos. Ellos eran *gudaris*, soldados que luchaban por liberar su patria. Ya lo decía la vieja canción de la guerra civil que se había convertido en un himno. «Somos los *gudaris* vascos para liberar Euskadi». ¿Quién podía decir lo mismo? ¿Quién sabía el orgullo que eso producía? *Gudaris* dispuestos a matar y a morir, porque la sangre estaba implícita. La sangre del enemigo. También la sangre inoportuna, daños colaterales. Y la sangre de los compañeros caídos, torturados, desaparecidos.

Roque acariciaba el vientre de Maider y al momento follaban como locos. Luego Maider lloraba porque tenían que acabar con aquello, porque aquel ser no tenía cabida en su mundo. El niño le agarraba de los pies, y ella se quedaba muy quieta para no hacerle daño. La criatura se alimentaba de su piel, respiraba por sus poros. Su corazón latía, pero, como decía la canción, el tiempo avanzaba sin cesar. El tiempo se acababa y tocaba poner fin a los sueños. Y volvían a hacer el amor. Y así pasaban las horas, entre la dulzura y la aprensión, sabiéndose enfermos, no de gripe sino de algo peor, algo más grave y doloroso.

La última noche se agarraron un colocón importante. Maider decía cosas que ni ella misma entendía, mientras el humo de la marihuana secaba su boca. Deshidratada, muerta de sed, su lengua intentaba atrapar las lágrimas que corrían por sus mejillas cuando recordaba la maldita canción. Y siguió tarareándola, de un modo casi enfermizo, hasta que cayó en un sueño vasto y seco como un pedregal.

La mañana del cuarto día, cuando Roque despertó, ella ya se había ido.

A veces, al cerrar los ojos, Maider volvía a ver la consulta del médico de Bayona al que había acudido. La luz cenital blanca. La enfermera que le decía que respirara profundamente para controlar las náuseas. La lluvia fina que cubría el cristal del coche y que era barrida por los limpiaparabrisas mientras volvía a casa.

Asier

Kuti se había recostado en el coche, con los ojos cerrados. No podía dejar de pensar en Asier, su hermano mayor. Se llevaban tres años. A Kuti, Ander le recordaba con frecuencia a Asier. En la forma de sonreír, por ejemplo, con aquella sonrisa de dientes separados. O en el gesto de quitarse el flequillo de la frente utilizando la palma de la mano. También Nerea, a veces, le recordaba a Asier, sobre todo en su carácter. A su hija le costaba dar marcha atrás, incluso cuando no tenía razón y lo sabía. En cambio, Ander era inseguro y en seguida pedía perdón.

Pero no solo sus hijos le recordaban a su hermano. De alguna manera a Kuti todo le recordaba a Asier. ¿Era porque su muerte había sido traumática? ¿Era ese el motivo por el que siempre iba con él? Con los otros muertos era diferente. Eran, de alguna forma, muertos asumidos. Su padre había fallecido de un cáncer fulminante cuando él era adolescente. Y su madre por problemas del corazón. Fueron muertos que, por supuesto, dejaron su huella, pero a los que dejó ir con facilidad. Sin embargo, Asier no se acababa de ir nunca. Y esa sensación se acentuaba porque todo el mundo sabía lo sucedido y se lo recordaba con frecuencia.

Asier era atrevido, impulsivo, no tenía miedo a nada. Y eso no era bueno, Kuti se lo había escuchado decir con frecuencia a su madre. Porque el miedo es también protección. Hay que conocer los límites, hay que saber que si saltas por una ventana te estrellas. Pero para Asier eso eran simples monsergas que le entraban por un oído y le salían por el otro. Él no iba a estrellarse; él podía volar como Superman. Era listo, fuerte, y la suerte estaba de su lado.

Tengo siete vidas, como los gatos, decía Asier. Pero las vidas se acaban. Los gatos se mueren. Superman no existe, pensó Kuti.

Su hermano nunca estaba conforme con nada. Todo le parecía poco. Todo le resultaba insuficiente. Tras la muerte del padre, el carácter de Asier se agrió. Se había enfadado con el mundo; solo había que mirarle a los ojos para sentir esa rabia.

Asier podía haber sido un buen estudiante, era inteligente, lo decían los profesores, pero dejó los estudios antes de acabar el instituto. Hacía algunos trabajillos aquí y allá, poca cosa. Le cogieron en una fábrica de cinturones en el turno de tarde. Salía a media noche, pero no iba a casa. No sabían qué hacía. Dormía poco, por la mañana unas cuantas horas, y se iba a la fábrica, algunas veces sin comer. Había hecho nuevas amistades; ya no salía apenas con los chicos del barrio. Fue en esos años cuando empezó a colaborar con ETA. Kuti nunca supo si lo hizo por convicción, por dinero, o solo porque era un desafío y a él le encantaban los retos, cuanto más grandes, mejor.

No tuvo tiempo de escalar en la banda; murió antes de cumplir los veinticinco años. Encontraron su coche en un mirador de la Corniche, cerca de Hendaya, y su cuerpo semienterrado a unos kilómetros de distancia de aquel lugar. Le habían disparado tres tiros; dos en las piernas, el definitivo en la sien.

Con la muerte de su hermano, Kuti dio un giro a su vida. Fue la certeza de que esa muerte no sería juzgada, de que se taparía, porque sus muertos eran muertos de segunda, lo que le hizo

convertirse en un personaje público. Era un buen orador. En ETA y su entorno lo recibieron con los brazos abiertos. Le hicieron diferentes propuestas, pero Kuti prefirió mantenerse al margen. Lo suyo era la palabra, la defensa de un ideario en el que muchos creían. Tenía habilidad para permanecer firme. Sabía mantener el tipo, dar la cara, sin salirse de lo acordado, ya soplara el viento o cayeran rayos sobre su cabeza.

Pero ahora Kuti, con la desaparición de Ander, se había quedado mudo, sin palabras.

Se mordió el labio al pensar en su hijo. En su mano pequeña. En sus ojos claros.

En el caserío

Maider se acercó a Roque. Se apoyó en la mesa. Podía sentir su olor, su respiración. Imaginó que sus brazos la rodeaban, que se fundía con él y así por fin lograba descansar, no pensar en nada. Encendió un cigarro. Fumó en silencio, mirando ella también aquella ventana ciega.

—Roque…

Quería proponérselo. Decirle, vamos, lo intentamos entre los dos. ¿Qué podemos perder? ¿Acaso no se nos ha ido ya todo de las manos? El fantasma del niño secuestrado pedía clemencia. Y ese fantasma tenía algo del niño con el que ella soñaba a veces.

—Espera aquí —le dijo Roque.

Tor le había dicho dónde guardaban la ketamina. Preparó una jeringuilla. Se puso el pasamontañas y entró en el zulo. El profesor estaba recostado, en posición fetal. Al oír la puerta, lo miró durante unos segundos con sus ojos miopes. Roque cogió su brazo y le clavó la aguja. El hombre no opuso resistencia. La droga tardaría unos minutos en hacer efecto. Roque esperó en aquel lugar deprimente.

Sacudió el hombro del prisionero que seguía de lado, con los ojos cerrados. Cuando el profesor abrió los ojos, Roque pudo ver que la droga había hecho efecto. Vuela pajarito, vuela. Se preguntó qué cielos surcaba en esos momentos.

Le soltó los pies y le ayudó a incorporarse. El prisionero se mantuvo unos segundos en pie, pero volvió a caer sobre la cama. Al hacerlo se golpeó la cabeza contra la pared.

—¡Mierda! —exclamó Roque.

El profesor se había abierto la ceja. La sangre le corría por el cuello, tiñendo la camisa. Algunas gotas salpicaron la sábana que cubría el colchón. Roque volvió a levantarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Maider asomando la cabeza en el zulo.

—Se ha dado un golpe, no es nada. Ayúdame a sacarlo de aquí.

—Voy. ¿Me pongo el pasamontañas?

La norma era actuar siempre con las mayores medidas de seguridad. Ser cautos. Pero ahora… El profesor estaba drogado. Y… ¡qué más daba!

—No hace falta —dijo Roque.

El hombre llevaba solo una camisa y el pantalón vaquero. Roque cogió una prenda que estaba arrugada en una esquina. Debía de ser su abrigo. Lo empujaron para que subiera por la escalera. El profesor se daba con las paredes.

Antes de salir del caserío, Roque quiso ponerle la parka. Para hacerlo debían soltarle las manos. Finalmente, se la colocaron sobre los hombros y se la abrocharon de mala manera.

—Las llaves están sobre la mesa —dijo Roque.

Maider las cogió. También se metió en el bolsillo el paquete de tabaco y el mechero, que estaban junto a ellas. Antes de salir se subió la cremallera del chaquetón de plumas. Ahí, en algún lugar del bosque, los animales nocturnos acaban su jornada, pensó Maider. Como nosotros, ellos también aprovechan la última oportunidad para cazar.

—Abre —le dijo Roque.

—¿El maletero?

Roque dudó un momento.

—No, lo llevamos atrás. No vamos lejos.

Maider se sentó junto al profesor. Incluso a ella, que era fumadora, le molestó el fuerte olor a tabaco. Alguien debería limpiar el maldito coche.

—Vivimos como cerdos —murmuró.

El prisionero se apoyó en ella. Balbuceó algo y pareció dormirse. Roque arrancó y el sonido del motor atronó en el silencio de la noche. El auto se deslizó sobre la hierba hasta alcanzar el sendero de piedras. Al mirar por el espejo retrovisor, Maider vio la silueta del caserío ruinoso.

Hicieron el viaje en silencio, hasta que ella no pudo más. No conseguía sacarse aquella idea de la cabeza.

—Roque, ¿y si intentamos negociar? Igual todavía se puede hacer algo. Alguna forma habrá de…

—Te voy a dejar a la entrada de Albiztur —le cortó él.

Maider se calló. Sabía que Roque era terco como una mula, y no parecía dispuesto a hacerle ningún caso.

—¿Conoces ese pueblo?

No, Maider no lo conocía. Roque le dio indicaciones para llegar a una casa en la que sería bien recibida. Ella memorizó sus instrucciones.

—Lo encontrarás fácilmente.

—No te preocupes, no me voy a perder —contestó molesta.

—En la buhardilla podrás descansar. Y… mañana será otro día.

Eso, pensó Maider. Mañana será otro día. Estaba agotada. Solo quería meterse en la cama y olvidar lo sucedido. Dejar de pensar en el chico secuestrado, en el profesor al que le quedaba poco tiempo.

Roque detuvo el coche y se giró hacia la parte de atrás. Maider era solo una sombra. Imaginó su rostro. Le hubiera gustado extender la mano y acariciarlo.

—Que te vaya bien —dijo Roque a modo de despedida.

Fue lo primero que se le pasó por la cabeza. Prefería decir cualquier cosa, para no decir lo que realmente pensaba. Para no decirle, la cagamos continuamente, tía. La cagamos todo el tiempo.

Tan solo quería que ella se fuera para hacer lo que tenía que hacer.

Antes de salir del coche, Maider le echó una última mirada al profesor. Roque se las arreglaría solo. En ese estado el hombre no le iba a dar problemas.

La humedad de la noche le hizo tiritar. El del amanecer es el peor de los fríos, pensó Maider subiéndose el cuello del plumas.

Leire

Aurtxo polita seaskan dago,
zapi zuritan txit bero.
Amonak dio, ene potxolo,
arren egin ba, lo, lo[6].

Leire recordó a su madre, cantando esa canción sentada en su cama. Ana Mari era una mujer grande, voluminosa, de aspecto fuerte y sano. Solía llevar el pelo recogido en un moño bajo. Tenía las mejillas coloradas, y Leire había heredado de ella su boca grande. Había nacido en un caserío de Gaintxurizketa. Le gustaban los animales y tenía una voz preciosa. *Ama, berriz*, le decía Leire. Y su madre cantaba de nuevo. Ella no se cansaba de escucharla.

Leire quería volver a ser la niña en los brazos fuertes y suaves de Ana Mari. Su madre la consolaba, sentándola en su regazo. Durante su infancia, ella, con sus palabras, con sus caricias, podía solucionarlo todo. Apoyada en su pecho, el dolor de oídos se mitigaba. Y las preocupaciones menguaban cuando ella hablaba. No pasa nada, *bihotza[7]*, harás las paces con tus amigas. Aprobarás los exámenes. Todo esto que te inquieta ahora, perderá importancia, y dentro de poco te parecerá algo pequeño, muy pequeño. Las frases de su madre la calmaban. Porque ella era grande, sabia, buena.

Leire se aferró al recuerdo de su madre.

Txakur haundia etorriko da zuk ez badezu egiten lo;
horregatik, ba, ene potxolo,
egin aguro lo, lo, lo [8].

Pero su madre había envejecido. Y su padre, que se había jubilado después de treinta años de trabajo en la fábrica La Palmera, ya estaba a punto de cumplir los setenta. Ahora, mayores, sus padres no podían protegerla de nada. En todo caso, sería ella quien debería ocuparse de ellos, de su salud, de sus problemas. La vida pasa, pensó Leire. La vida pasa y te enseña que, como dice la canción, siempre hay un perro grande que nos acecha.

Leire, Leire. ¿Acaso no sabes cómo son las cosas? ¿En qué mundo vives? Los ratones caen tarde o temprano en las zarpas de los gatos. Míralos. Ellos afilan sus uñas pacientemente. Es su naturaleza. ¿Realmente creías que podías ganar la partida? No soportaba esa voz cínica que le hablaba. Sintió un escalofrío.

—Yo solo quería salvar a mi marido —balbuceó.

Recordó la tarde en la que el doctor Arratibel les habló de la gravedad de la enfermedad de Bixen y de la necesidad de una cirugía. Volvieron a casa fingiendo cierta normalidad, preservando la calma. Cenaron, pusieron un rato la tele para ver una de sus películas favoritas, *Nueve reinas*. Y, sin embargo, de repente, Leire se derrumbó. La sensación de ahogo venía acompañada de

temblores. Bixen intentó contener las convulsiones que acompañaban aquel llanto salvaje, sujetándola entre sus brazos.

—Ven aquí, *maitia* —le dijo.

Quería quitarle hierro al asunto, pero él también estaba asustado. Leire apoyó la cabeza sobre el esternón de su marido y sintió su mano acariciándole el pelo. El efecto benéfico de aquella mano, bajo la cual el mundo de Leire se ordenaba. Toda ella cabía en aquella mano. Toda ella, convertida en un minúsculo ser, capaz de crecer en la tibieza de su piel. Esa noche Leire supo que su sitio no era otro que aquel lugar del pecho de Bixen en el que ella clavaba su barbilla. Y se sintió como un árbol; sus ramas eran los dedos de su marido, y sus hojas los mechones de pelo que él sostenía entre las yemas.

—Tuvimos la suerte de conocernos, Bixen. Fuimos felices —murmuró Leire hablando sola, en la oscuridad de la casa.

Y estalló en sollozos al recordar el disparo.

Julen

Julen daba vueltas en la cama. ¿Qué le había pasado a Ander? Él era su mejor amigo, y le contaba todo. Y esta vez no le había dicho ni mu. Julen estaba convencido de que aquello que había contado Odei sobre la mujer que le había ido a buscar al colegio era mentira. Pero, fuera lo que fuera lo sucedido, el caso era que Ander había desaparecido.

Mierda, no podía dormir.

¿Habría regresado Ander a casa? Olatz le había pedido a Mertxe que les avisara de cualquier novedad, pero no había habido noticias. Quizás simplemente se le había pasado llamarles, y Ander estaba en la cama, durmiendo tras recibir una buena bronca. ¡Cómo se te ocurre…! Te quedarás varios fines de semana sin salir. Te quedarás sin paga. No tendrás regalo de cumpleaños… Imaginó la regañina de Mertxe que era estricta. Pero ahora los castigos eran lo de menos. Lo importante era que Ander estuviera en casa. Y al día siguiente le contaría lo que había pasado.

No te lo vas a creer, Julen…, le diría su amigo. Y le contaría algo que explicaría todo lo sucedido. Y eso que ahora parecía tan importante, se volvería una anécdota que recordar en el futuro. Nada más.

Sin embargo, Julen no podía dejar de contemplar la otra posibilidad. ¿Y si Ander no había regresado? Eso sí que era preocupante. En ese caso… ¿Dónde estaba? No se creía que él se hubiera ido de forma voluntaria. Claro que no. Ander era un buen chaval, ¿por qué iba a hacer algo así? Y quería mucho a sus padres. No les daría semejante disgusto.

Entonces ¿qué le había pasado? Julen se esforzó en hacer la pregunta correcta. ¿Qué le habían hecho a Ander? Porque habían sido ellos, estaba seguro. Quizás el Loco había inventado algún juego nuevo, algo tipo «Llevarnos a Ander». Quizás ya se había aburrido de «Cazar al ciervo». El Loco y sus juegos. Julen apretó los puños.

Maldito Loco.

El Loco se llamaba Santi Irigoyen. En la lista de clase iba detrás de Ainara Iglesias y delante de Alberto Izaguirre. Había cumplido catorce años y, como solía decir, él con doce años ya tenía pelos en los huevos. Había repetido dos cursos, leía y escribía con dificultad. Decía que tenía dislexia. Julen no sabía qué era dislexia, pero estaba seguro de que no era nada bueno.

Cada año el Loco elegía a algún chaval al que hacerle la vida imposible. A las niñas las dejaba en paz. El Loco las consideraba esencialmente tontas, todavía no tenía interés en ellas. El año anterior, Imanol Arregui había sido su elegido. A Imanol le habían cambiado de colegio sus padres, después de llevarle varios meses al psicólogo. Ese año le había tocado a Ander.

El Loco se metía con ellos dos, pero sobre todo con su amigo. Lo machacaba. Julen dio otra vuelta en la cama. Tenían que haber parado eso antes, tenían que habérselo dicho a alguien. Pero Ander no quería. Decía que las cosas se arreglarían solas.

A Julen le venían a la cabeza imágenes angustiosas, a medio camino entre la vigilia y el sueño. Ander. Sus ojos claros, los labios apretados, aquella expresión que tan bien conocía. La cabeza de

su amigo colgando de una pared, con una pequeña cornamenta saliendo de sus sienes.

¿Qué te han hecho, Ander? ¿Qué te han hecho? Intranquilo, se levantó de la cama. Caminó a oscuras por el pasillo.

—¿Estás bien? —le sorprendió una voz a su espalda.

Se llevó la mano al pecho, asustado.

—¿Qué haces levantado? Todavía no ha amanecido —le dijo Olatz.

—Voy a por un vaso de agua.

Creo que no soy el único que no puede dormir en esta casa, se dijo Julen mientras abría el grifo.

Bixen

Fue aquel disparo el que le dijo a Bixen que las cosas iban mal. Ya no le preocupaban sus medicinas, la futura operación o cómo estaba Leire; todo se diluía ante la inminencia de su ejecución. Tumbado en el colchón, solo le quedaba esperar. Alguien entró en el agujero. Esta vez no se trataba de Hombre Dos, su carcelero, sino de otra persona, también encapuchada. Se dio cuenta, a pesar de no tener las gafas puestas. Hombre Tres tenía una constitución diferente, era más delgado, un poco más alto y no olía a tabaco.

Hombre Tres le inyectó algo. Bixen no se resistió. ¿Para qué? Esperaba que no le hicieran sufrir. Que todo fuera rápido.

Y entonces llegó ella. Leire estaba a su lado. Su mujer se reía a carcajadas y su rostro se transformaba. O quizás era el llanto el que hacía que se arrugara, con las fosas nasales muy abiertas. Se acercó a Bixen y tiró de él. Vamos. Bixen quería preguntarle qué era lo que le hacía reír, o llorar. Por qué su rostro se contraía y luego se alargaba, deformándose, convirtiéndose en un animal. Pero la boca de Bixen no obedecía.

Vamos, sí, vamos. Lo intentó, pero se desvaneció. Se golpeó la cabeza. Le dolía la zona de la ceja. El olor a sangre. Leire no era Leire. Pero, aun así, quería seguirla. Sin embargo, sus piernas pesaban. Y sus brazos también.

¿A dónde vamos, Leire? ¿A buscar un corazón nuevo? ¡Un corazón! Entonces Bixen se echó a llorar. Lloraba porque no tenía sus pastillas. Porque Leire a veces era Leire, y otras era Hombre Tres que tiraba de él. Porque Leire a veces era Leire, y otras una mujer desconocida.

El aire helado arañaba su cuerpo como un cuchillo. Llevaba la parka mal puesta, no le cerraba bien. No podía mover las manos. ¿Y sus gafas? ¿Dónde estaban sus gafas? Tenía que encontrarlas.

Le metieron en un coche. Tenía mucho sueño y se quedó dormido con la cabeza apoyada en el vientre de Leire.

—Ya falta poco —dijo ella.

El corazón les esperaba. Era un corazón grande, gigante, que latía con vigor y decía, ven, ven. Bixen se preguntó cómo iba a caber un corazón tan grande en su pecho.

El doctor Arratibel le sacó del coche. Le dijo que ya habían llegado, que había que andar un poco hasta el quirófano. Tiraba de él, aunque Bixen estaba muy cansado y solo quería dormir.

—¡Venga!

¡Dios! Hacía mucho frío.

—¡Mueve el culo! —le ordenó Arratibel.

¿No podemos esperar a mañana, doctor? Los árboles se movían, bailaban en la oscuridad, con frenesí. Se estaba mareando. Solo quería que se estuvieran quietos, para no chocar con ellos y sus ramas. A pesar de la oscuridad la hierba le parecía roja, como si estuviera cubierta de sangre.

Cada paso le suponía un esfuerzo. Sentía el frío como pequeños alfileres que traspasaban su piel y se le clavaban dentro. Le hubiera gustado detener las imágenes vertiginosas que le volvían loco. Se golpeó la cabeza con los puños.

—¿Quieres estarte quieto?

Bixen se echó a llorar.

—Perdón. Perdón.

No quería que el doctor Arratibel se enfadara con él. El doctor Arratibel, que era Leire, que era Hombre Uno, Hombre Dos, Hombre Tres. Que era un ser con cabeza de vaca.

Se dejó caer al suelo.

—¡Levántate, joder! ¡Que te levantes!

Tiraron de él. Todos tiraban de él, mientras Bixen intentaba agarrarse a la hierba que se escurría entre sus dedos.

Kuti

Esta vez Kuti hizo el viaje con los ojos descubiertos. Exhausto, su mirada se hundía en la oscuridad que rodeaba la carretera. Le aterrorizaba volver porque sabía lo que le esperaba. Azeri lo dejó a varias manzanas de su casa, se despidió con un gruñido. Kuti no se encontró con nadie en la calle. Imaginó una jornada más de un otoño lluvioso y triste. Todavía no sabía que el día amanecería limpio, sin nubes. Un día extrañamente luminoso.

Entró en su portal con paso lento. Le costó subir la escalera. Cada vez faltaba menos para el encuentro con Mertxe y con Nerea.

—*Egun on*[9] —dijo Kuti al abrir la puerta.

Y al momento se sintió ridículo, porque estaba claro que ese no iba a ser en absoluto un buen día. Mertxe salió de la sala para recibirle. Se encontraron en el pasillo, los dos de pie, frente a frente. Mertxe observó la expresión del hombre, que confirmaba el mal augurio que se había gestado esa noche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Kuti sacudió la cabeza.

—¿Quieres decirme de una vez qué ha pasado? ¿Dónde está Ander?

—Yo… No lo sé. Una mujer se lo llevó…

—Eso lo tengo claro desde ayer por la tarde —dijo Mertxe con rabia—. Dime quién es esa mujer.

—Es la esposa del hombre secuestrado. Creo que quería negociar… Por eso se lo llevó.

—¿Crees? ¿Cómo que crees? ¿No has hablado con ella?

—Bueno… No, hablar no.

—¿Y qué va a pasar? ¿Cuándo soltarán a Ander?

Kuti volvió a sacudir la cabeza.

—No van a negociar, Mertxe.

—¿Por qué?

No quería hablar del disparo que resonaba una y otra vez en su cabeza. De lo que significaba ese disparo y del teléfono que ella, la mujer que tenía a Ander, no había vuelto a coger.

—¿Por qué no? —preguntó Mertxe golpeándole el pecho.

Porque no les importa Ander. Ni tú, ni yo, pensó Kuti. Porque no les importa nadie.

—¡Contesta!

Porque solo importa la causa. Y los demás son simples daños colaterales.

—¡Quiero que me devuelvan a mi hijo!

—¡Yo también! —gritó Kuti sujetando los puños de su mujer.

—¡Pues haz algo!

Kuti se encogió de hombros impotente. Hacer. Hacer ¿qué? No había nada que hacer; la máquina había entrado en movimiento con el disparo y ya no había forma de detenerla.

—¿Me estás diciendo que…?

—Lo siento, Mertxe. Lo siento tanto…

—Pero puede que… —insistió Mertxe.

Se volvía loca. Buscaba un hilo del que tirar, un hilito, aunque fuera pequeño, que le llevara hasta Ander. Un hilito, o las migas de pan que le mostraran un camino, una forma de salir de aquel atolladero y regresar a su rutina. A la vida de todos los días.

—¿Qué van a hacer con el secuestrado? —preguntó Mertxe buscando un atisbo de esperanza—. Dime que no lo van a matar.

El silencio de Kuti le descubría que no había hilo. No había miguitas.

Los ojos de Mertxe se cerraron despacio, y su boca se abrió. Tragó aire, mucho aire. Parecía un pez recién pescado, a punto de morir de asfixia. Mertxe hiperventilaba. Kuti quiso ayudarla, pero se sentía incapaz de moverse, de pensar dónde había una bolsa, de ponérsela a Mertxe sobre la boca y la nariz. Kuti permanecía paralizado viendo cómo su mujer se rompía delante de él.

El cuerpo de Mertxe sufría espasmos, se contraía. Y agradecía que Kuti no interviniera. No quería interferencias, sumida en ese dolor que la golpeaba, como si en su interior hubiera un mar embravecido cuyas olas chocaban contra las costillas.

El sonido de una radio en la casa de sus vecinos rompió el silencio. Finalmente, Kuti envolvió a Mertxe con sus brazos. Y ella se limitó a descansar la cabeza sobre el pecho de su marido. No tenía fuerzas para nada más.

Roque

El coche iba muy despacio por la carretera. Conocía bien aquella zona; el camino que buscaba se encontraba ya cerca. Sí, allí estaba. Aparcó el coche bajo unos grandes árboles. Eran robles, aunque en la oscuridad era imposible diferenciarlos. Al salir, el frío de la noche, que pronto llegaría a su fin, le hizo estremecerse. Tenía que darse prisa. Sacó al prisionero como pudo, apenas se tenía en pie. Era un tío grande, y no era fácil moverlo.

—Venga, hombre. No querrás que te lleve arrastras por el suelo.

El profesor dio unos pasos, iba de aquí para allá. Roque lo sujetaba e intentaba guiarle. Había que bajar una pequeña ladera. Intentó agarrarlo, pero el hombre, maniatado y sin reflejos, resbaló y cayó rodando. Roque corrió tras él. Cuando lo alcanzó, le ayudó a levantarse. Joder, estaba hecho un cristo. Siguieron el camino entre hayas durante unos minutos. El olor a tierra y manto vegetal del bosque era fuerte.

El profesor se tropezaba continuamente. A veces se detenía y observaba la oscuridad, el cielo, la arboleda, con aprensión. Roque se preguntó cómo sería caminar a través del bosque drogado, con lo sentidos alterados. ¿Vería monstruos? De todos modos, pensó con cinismo, el único monstruo que había allí era él.

Por fin vio las luces de la Nacional 1. Aquel gusano formado por puntos de luz, algunos fijos y otros en movimientos, algunos blancos y otros rojos, indicaba que estaban cerca del lugar que había elegido.

—Ya casi hemos llegado —dijo.

A Roque le dolían los brazos de tirar del profesor. No habían estado muy finos esa vez. El objetivo era un tío grande y eso siempre dificultaba las cosas. Para trasladarlo, ocultarlo, incluso para deshacerse de él, no era lo mismo un tío de setenta kilos que uno de más de cien. Y para colmo, este estaba enfermo. ¡Vaya acción de mierda habían llevado a cabo! Eso sin contar con todo lo que había pasado después. Un puto caos.

Se detuvieron en un punto desde el que se podía acceder a la carretera.

Lo primero era soltarle las manos. No era fácil sin ver apenas. Y el hombre no se estaba quieto; se balanceaba atrás y adelante.

—Ponte de rodillas.

Consiguió soltar la cuerda. El profesor se masajeó las muñecas doloridas.

—No te levantes.

Primero le quitó la parka que llevaba a modo de capa. Intentó desabrocharle la camisa manchada de sangre. Con los dedos helados no lograba soltar los botones. Harto, recurrió a la fuerza. Los botones saltaron y la tela se rasgó. El profesor se dejó caer al suelo. Musitaba algo que Roque no entendía.

Lo siguiente eran los zapatos. Los calcetines. El hombre encogió las piernas como un niño pequeño.

—¡Estate quieto!

Ahora tocaba quitarle el pantalón. El profesor se revolvía sobre la hierba. Roque se sentó a horcajadas en sus piernas para soltarle el botón y bajarle la cremallera. Una vez que lo hubo logrado, se levantó para tirar del pantalón.

—Que te estés quieto, hostia.

El profesor gritó. Se agitaba, intentado evitar que lo desnudara. Roque le dio un bofetón. El hombre se quedó paralizado.

Consiguió quitarle el pantalón. Ahora solo llevaba puestos los calzoncillos. Tiró también de ellos con decisión, mientras el profesor lloraba. Se cubrió el sexo, antes de encogerse sobre sí mismo. Intentaba protegerse. A la vez parecía un crío temeroso, acurrucado en posición fetal.

—Y ahora, ha llegado el momento —dijo Roque.

Ander

Ander cerró los ojos y vio los ciervos muertos después de una cacería. El Loco les había enseñado una revista en la que aparecían montones de ciervos sobre la hierba. Ander había mirado fascinado aquella fotografía, mientras sentía una terrible tristeza. Por los ciervos. Por él.

—¿Por qué pones esa cara, Ander? —bromeó el Loco.

Aquellos ciervos le hicieron pensar en los renos de Papá Noel. Y uno de aquellos animales, el que tenía el morro ensangrentado, le recordó a Rudolph, el ciervo de la nariz roja.

Rudolph, the red-nosed reindeer,
had a very shiny nose,
and if you ever saw it,
you would even say it glows[10].

Habían aprendido la canción en infantil y todas las Navidades la cantaban a pleno pulmón, desafinando y con una dudosa pronunciación.

Rudolph, el protagonista de la canción, era el reno del que todos se burlaban porque tenía una nariz que emitía luz. ¡Pobre Rudolph! ¿Por qué no tenía él una nariz normal, como el resto de sus compañeros?

Hasta que una de las noches en las que Papá Noel tenía que repartir los regalos, hubo una tormenta. Era una tormenta tan grande, que no se veía nada. Papá Noel no podía salir con su trineo. Por primera vez en la historia, los niños se quedarían sin sus regalos. Pero entonces, Papa Noel tuvo una idea y puso a Rudolph, al pringao de Rudolph, al frente de los demás renos para que la luz de su nariz roja pudiera guiarlos a través de la tormenta. Y funcionó. Sí, funcionó y así fue como Papá Noel cumplió un año más con su cometido.

Desde entonces, todas las Navidades, Rudolph acompañaba a Papá Noel. Y, convertido en héroe, era respetado y admirado por el resto de su manada.

Hey Rudolph, guía mi trineo.
Hey Rudolph, guía mi trineo.
Hey Rudolph, guía mi trineo.
Hey Rudolph, Rudolph,
el reno de nariz roja.

Pero el ciervo de la fotografía que les enseñó el Loco no tenía luz en la nariz, sino una mancha de sangre seca. Y fue esa mancha la que le dijo a Ander que no todas las historias acaban bien.

—Siempre me ha caído gordo ese Rudolph. Es un puto ciervo con nariz de maricón —dijo el Loco.

Hey Rudolph, ya no guía mi trineo.
Hey Rudolph, ya no guía mi trineo.
Hey Rudolph, ya no guía mi trineo.
Hey Rudolph, Rudolph, el ciervo maricón de nariz roja.

—Rudolph, ¿jugamos? —le preguntó el Loco a Ander.

Hey Rudolph,
Hey Rudolph,
Hey Rudolph, huye de tu suerte.

A pesar de estar atado, Ander intentó cambiar de postura. ¿Era de día o de noche? ¿Qué hacía Falsa Periodista?

Pensó en volver a gritar para atraer su atención. Para suplicarle una vez más por su vida. Pero ya no tenía fuerzas. Quizás lo mejor era callarse y dejar que las cosas sucedieran de cualquier modo.

¿Para qué resistirse, si el final de la historia ya estaba escrito? Si él, lo sabía, estaba condenado desde el principio.

Hey Rudolph,
Hey Rudolph, por fin te has enterado.

Blasco

Blasco había dormido cerca de Behobia, en el Tres Rosas. No era un gran hotel, pero estaba limpio y reinaba la tranquilidad porque la cafetería cerraba a las once y no volvía a abrir hasta las seis de la mañana. Si tenía ganas de charla, Blasco solo tenía que ir al porche posterior del hotel, un pequeño patio con vistas a un taller de desguace en el que, lloviera o nevara, siempre había algún compañero dispuesto a contar las viejas aventuras, repetidas hasta la saciedad.

Esa mañana los más madrugadores ya habían iniciado el viaje. Blasco iba con cierto retraso; no había pasado buena noche.

—Hola, Blasco —le saludó Inma.

—Un café con leche y un pincho de tortilla —le pidió a la camarera.

—A sus órdenes.

A pesar de ser casi tan vieja como el hotel, lo cual quería decir que ya había alcanzado la cincuentena, Inma llevaba un uniforme ceñido y se alisaba su melena rubia todos los días. Ella era tan generosa con su maquillaje, como sus clientes solían serlo con las propinas.

—¿Hoy qué toca, Blasco? —le preguntó mientras le servía el café.

—Llevo varios contenedores de productos chinos a Madrid. No sé lo que hay en su interior. A veces es mejor no saber…

—¿Bolas chinas quizás? —bromeó Inma.

—Si es así, por el tamaño del contenedor calculo que llevo bolas para todas las madrileñas.

Inma se rio.

Blasco dio buena cuenta de su desayuno. Quince minutos después arrancó el camión, listo para iniciar el viaje. Le gustaba conducir y estar sentado en su cabina, con la radio puesta, sosteniendo el volante entre sus manos, le parecía una buena manera de empezar el día. De algún modo, allí arriba, se sentía un privilegiado. Nada que ver con los conductores de turismos a los que veía pasar a su lado cual hormigas.

Pero esa mañana Blasco no se encontraba bien.

Se removió en el asiento. Acababa de salir y ya tenía ganas de orinar. Aquel escozor en el pene no presagiaba nada bueno, aunque descartaba cualquier enfermedad de transmisión sexual. Para él hubiera sido fácil encontrar compañía las noches que dormía fuera de casa, pero Blasco era un tipo familiar, no era de esos que… Adoraba a sus hijas y quería a su mujer. Y estaba seguro de que a Rosa tampoco le iban esas historias. Bastante tenía con estar con las crías sola toda la semana. Así que, probablemente, se trataba de una infección de orina. ¿O sería algo de la próstata?

Había oído hablar a sus compañeros de ese tema. Que si la Seguridad Social solo hace análisis a partir de los cincuenta. Que si en cuanto uno nota algo hay que ir al médico. Que si el cáncer de próstata es muy común y se puede curar si se coge a tiempo. Blasco, que era más bien aprensivo, les pedía que cambiaran de tema. Pero ahora recordaba esas conversaciones con preocupación. Él nunca se había mirado nada. Quizás debía hacerse esa prueba de la que le habían hablado, aunque

la idea de que le metieran algo por el culo no le hacía ninguna gracia.

Volvía a sentir aquellas malditas ganas de orinar. No habían pasado ni cuarenta minutos y ya iba a tener que parar. No aguantaba más. Detuvo el camión en un área de servicio en la que había un bar, pero a esas horas estaba cerrado. El sitio estaba vacío y pobremente iluminado por dos farolas. Se dirigió a una zona retirada. Apuntó a un arbusto, pero en lugar de un buen chorro, como era habitual, solo cayeron tres gotas. Y cómo escocía. ¡Vaya viajecito le esperaba!

Se subía ya la cremallera del pantalón, cuando le pareció ver algo a unos cuantos metros, emergiendo de la oscuridad. ¿Qué era? Dio unos pasos hacia atrás, asustado, sin apartar la vista. La luz de la farola le mostró a un hombre que, desnudo y con el rostro ensangrentado, daba tumbos hacia él.

—¡Joder! —masculló Blasco—. ¡Joder!

Y corrió hacia el camión como alma que lleva el diablo.

Leire

Leire los vio, estaban allí en la oscuridad. Se movían despacio, extendían hacia ella sus brazos. Eran los muertos que la habían visitado en su casa la noche anterior. Allí estaban las víctimas de ETA, aquellos cuerpos sangrantes, amputados, destrozados por las bombas, los disparos, el fuego. ¿A caso no te lo dijimos? Hablaban todos a la vez, y sus voces provocaban un desagradable zumbido. Este cuento se ha acabado, Leire. Nadie va a comer perdices… Y tú, ¿qué vas a hacer?

Impotente, se cubrió el rostro con las manos. Ni siquiera tenía un plan B, ahora que el plan A se había ido al garete. El plan A era muy simple, salvar a Bixen, devolver al niño, punto final. Y a partir de ahí, ya verían cómo serían las cosas. Tendrían que irse del País Vasco, eso lo tenía claro. Pero no había pensado en un plan B, porque no concebía que las cosas no salieran como había ideado.

Sí, como le habían dicho, era una aficionada. Tenían razón, pero ahora solo le quedaba la rabia. Y no, no iba a ponérselo fácil. Se iría de allí. Sí, se iría. Pero ¿y el niño? ¿Qué iba a hacer con el niño? Soltarlo era dejar que ellos ganaran la partida. Y eso… Eso no podía ser. Sería una forma de ceder, de agachar la cabeza. Aunque le doliera, aunque le doliera terriblemente, no iba a mostrarse débil con los que le habían quitado a Bixen.

Era una aficionada, pero no estaba dispuesta a ser la única perdedora. Puesto que no había trato, había llegado el momento del ojo por ojo. Diente por diente. Si creían que al final iba a recular, estaban equivocados.

Y luego huiría, antes de que dieran con ella. Escaparía sin esperar siquiera a que encontraran el cuerpo de Bixen en un bosque, o en la ladera de un monte. Se alejaría de todo lo que amaba, ajena a las noticias, a la prensa, al nombre de su marido en primera plana, convertido en el desgraciado protagonista durante unos días.

Pensó en los siguientes pasos que debía dar. Le hubiera gustado recoger algunas cosas, pero no iba a arriesgarse a pasar por su casa. Probablemente la estarían esperando, listos para vengarse por haber boicoteado su plan. Y le apretarían las tuercas para sacarle información sobre el niño. Seguro que sabían cómo hacerle hablar. No pudo evitar un escalofrío al pensarlo.

Tenía sus tarjetas de crédito, su documento de identidad. Con eso sería suficiente. Intentaría llegar a Francia. En siete u ocho horas estaría en París. O quizás sería mejor ir a Portugal, a Oporto o Lisboa. Y desde una de esas ciudades, volaría a un lugar seguro. No buscaba un sitio en el que empezar una nueva vida, sino más bien lo contrario. Su intención era acabar con todo, incapaz de soportar el dolor recibido. Incapaz de aceptar el dolor causado.

¿Cuándo y cómo encontrarían el cadáver del niño en la casa de Arbaiun? Probablemente, para entonces, ella no estaría.

Ese era el futuro que les esperaba a los dos. No había otro. Porque deshacerse del niño y huir de ellos era el único modo de cerrar el círculo que permanecía abierto.

En casa de Kuti

Nerea abrió un ojo y miró el despertador; faltaban unos minutos para que sonase. Le sorprendió el silencio de la casa. Se levantó y salió al pasillo. Había una débil luz en el salón. Su madre estaba sentada en uno de los sillones, y su padre en el otro. Olía a tabaco. ¡Qué raro! ¡Si sus padres no fumaban!

Era extraño verlos así, medio dormidos, en lugar de estar preparándose y haciendo el desayuno como todas las mañanas. Y Ander… Recordó que el día anterior su hermano no había ido a casa por la tarde. Su padre lo había estado buscando y ella se había dormido antes de que regresara. Ander. La puerta de su cuarto estaba cerrada. Aquello también le llamó la atención; su hermano siempre la dejaba un poco abierta porque no le gustaba la oscuridad.

Al asomarse descubrió que la habitación estaba vacía, la cama hecha, lo que quería decir que… ¡Ander no había dormido en casa!

—Ya te has levantado…

Nerea se volvió. Su padre tenía mala cara, los ojos un poco rojos y de la coleta despeinada escapaba un mechón de pelo. Se puso de puntillas para darle un beso. Él también olía a tabaco.

—Vamos a desayunar —dijo Kuti.

Nerea le siguió a la cocina. Su padre llenó una taza de leche y la metió en el microondas. Sacó una bolsa de magdalenas del armario del desayuno.

—¿Qué le pasa a la *ama*? —preguntó.

—Está descansando —dijo Kuti.

—¿Y Ander?

—Luego… Luego vendrá a casa.

Nerea sabía que pasaba algo, algo que no entendía. Concentrada, despegó el papel de una de las magdalenas. Kuti le dejó la taza de leche en la mesa.

—¿ColaCao?

La niña negó con la cabeza; tomaría la leche sola. Metió la magdalena en la taza, la mojó y le dio un mordisco. Una gota de leche le corrió por la barbilla. Se limpió con la otra mano.

—Toma —le dijo Kuti ofreciéndole una servilleta de papel.

Aquella mañana todo era distinto. La casa. Sus padres. Hasta ella se comportaba de un modo diferente, sin atreverse a preguntar, porque… Porque algo le decía que era mejor que se quedara callada.

Cuando acabó, Kuti guardó la taza y la cucharilla en el lavavajillas. Limpió la mesa. Y ella, sin rechistar, fue al cuarto de baño. Se lavó las manos y la cara. Se limpió los dientes con su pequeño cepillo y la pasta de fresa que sabía a caramelo. Luego fue a su cuarto.

La ropa no estaba en la silla, donde Mertxe solía dejársela.

—¡*Aita*! —Kuti se asomó a la puerta—. Mi chándal… Tengo Educación Física.

Kuti fue al tendedero y volvió con el chándal azul. La niña lo cogió.

—Voy a vestirme.

Sacó la ropa interior, los calcetines, una camiseta. Se vistió. Se miró en el espejo del armario y se peinó el flequillo con los dedos.

Kuti estaba en la cocina, apoyado en la encimera. Tenía la cabeza inclinada, la mirada fija en el suelo. Nerea le llamó. Él la miró e intentó sonreír. Sin embargo, hizo un gesto extraño que a la niña le dio pena.

—¿Ya estás lista?

Ella asintió.

—Es un poco pronto —dijo Kuti mirando el reloj—. ¿Por qué no juegas un rato con los regalos del cumpleaños? Hoy te llevaré yo al cole.

—¿No me lleva la *ama*?

—No, lo haré yo.

—¿No vais a trabajar?

—No. Hoy no.

Nerea fue a su cuarto y durante un rato miró los regalos que había dejado sobre su mesa de estudio. Había varios libros, un bolso, una muñeca, un diario… Se tumbó en la cama y abrió un libro de cuentos. Empezó a leer el primero de ellos, *El oso que no sabía gruñir*.

Cuando Kuti golpeó con los nudillos en la puerta, dio un respingo. El tiempo se le había pasado volando.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó su padre.

Ante de salir, Nerea se detuvo junto al salón.

—Voy a darle un beso a la *ama* —dijo.

La niña se acercó y, subiéndose al sofá, besó a su madre en la mejilla. Mertxe no se movió. Pero Nerea sabía que estaba despierta. Porque cuando su madre dormía respiraba muy fuerte, y ahora no. Y también porque cuando su madre dormía, estaba relajada y ahora tenía los músculos muy tensos.

Cuando Mertxe escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, se cubrió el rostro con las manos. Y se apretó los párpados con los dedos, como si quisiera hundirse los ojos.

Blasco

Blasco cerró la puerta del camión, dispuesto a largarse de allí de inmediato. El hombre daba tumbos, le costaba mantenerse de pie. Debía de estar borracho. Se preguntó quién sería aquel colgado, porque había que estar muy colgado para ir desnudo y descalzo con el frío que hacía. El hombre se acercó al camión y, a la luz de sus focos, Blasco pudo verlo bien. Parecía herido; tenía el rostro ensangrentado.

Aunque no le gustaban los problemas, y su instinto le decía que arrancara el camión y pusiera tierra de por medio, Blasco no podía irse sin más. Se conocía. Si lo hacía, se iba a pasar el día pensando qué había sido de aquel tipo. Preguntándose si habría sobrevivido al frío y a los coches que podían arrollarlo en caso de alcanzar la carretera.

Finalmente, cogió una llave inglesa por si el borracho era peligroso y bajó del camión. Se acercó al tipo que se había caído y estaba de rodillas en el suelo. Al verlo de cerca, sintió lástima; parecía un pobre hombre. No tenía buen aspecto.

—Pero ¿qué haces desnudo con el frío que hace? —le preguntó.

El hombre no hablaba; tenía la mirada perdida. Blasco intentó levantarlo del suelo, pero era un tío grande y no ponía de su parte. No, Blasco no podía con él. Sin saber muy bien qué hacer, volvió al camión y cambió la llave inglesa por una manta. Se la echó por encima al hombre, que tiritaba sobre la gravilla. A continuación, llamó a emergencias y pidió ayuda.

Mientras esperaba a que llegara la ambulancia, Blasco se sentó en el suelo junto a él.

—Tranquilo —le dijo preocupado.

Cuando le tocó el brazo helado, el hombre reaccionó a su contacto. Agarró la mano de Blasco y la sujetó muy fuerte buscando consuelo.

—La próxima vez, controla un poco, tío.

El coche de la *Ertzaintza* y la ambulancia llegaron casi a la vez. Las luces estridentes llenaron aquel lugar hasta ese momento oscuro y silencioso. Para alivio de Blasco, ellos se hicieron cargo de todo. La policía le tomó declaración allí mismo, junto a su camión, mientras Blasco podía ver lo que hacía el personal de la ambulancia.

Colocaron al hombre en una camilla. Lo rodeaban tres personas que trabajaban a la vez, sincronizadas. Blasco escuchó algunas palabras como «hipotermia», «pulso débil». Lo cubrieron con una manta térmica de color dorado.

—No hay tiempo que perder, nos vamos —dijo uno de ellos.

Unos minutos después, la ambulancia se alejó con la sirena puesta.

Amanecía cuando Blasco arrancó de nuevo el camión. Ya había hecho la buena acción del día. Ahora, cuanto antes llegara a casa mejor. Le molestaba allí abajo que daba gusto.

Roque

Roque calculaba que en poco más de media hora, a buen ritmo, llegaría a un piso franco que había en Belauntza, una pequeña villa cercana a Tolosa. Mientras caminaba por el monte, entre castaños de gran tamaño, empezó a amanecer. Estaba cansado, lo notaba en las piernas que se quejaban cuando subía alguna pendiente y tenía que clavar bien los pies para no resbalar. Alcanzó una carretera que llevaba al pueblo y a cuyos lados había campos de maíz. Se cruzó con un solo coche. Los faros anunciaron su presencia en la distancia y tuvo tiempo de salir de la calzada y ocultarse detrás de unos árboles. No quería llamar la atención. Siempre hay gente dispuesta a meter las narices donde no le llaman.

Su destino era una vieja casa de dos pisos, a las afueras del pueblo. La fachada no tenía muy buen aspecto; necesitaba una reforma. En la primera planta vivía su contacto. La segunda estaba vacía, y era allí donde pensaba ocultarse.

Llamó a la puerta. Ya empezaba a impacientarse, cuando escuchó el sonido de un pestillo que alguien descorría al otro lado. Trumoia se asomó a la puerta. Le dedico una mirada de desconfianza.

—Déjame entrar de una vez —le dijo Roque de malas maneras. El cansancio y el ajetreo de las últimas horas le habían puesto de mal humor—. ¿No sabes quién soy o qué?

—¡Roque! No esperaba a nadie.

—No estaba previsto —contestó entrando en la casa.

Trumoia tenía unos treinta y cinco años, los ojos saltones y una nariz prominente. Su cuerpo voluminoso revelaba su afición al *poteo* y a las sociedades gastronómicas. Vestía un mono de trabajo azul con un lamparón en la pechera.

—Tengo que ir al taller en un rato. ¿Qué necesitas?

—Con una cama me doy por satisfecho. La noche ha sido cojonuda.

—Ven conmigo.

Cogió unas llaves y subieron a la segunda planta. Olía a cerrado. Trumoia encendió la luz y Roque pudo ver la entrada desangelada de un piso modesto, que daba a un pasillo con varias puertas cerradas. Un piso más, de los muchos en los que había estado. Pisos de los que no recordaba apenas nada, ya que solo eran lugares en los que esconderse.

—Hacía ya tiempo que no venía nadie.

Roque escuchó un jadeo detrás de él. Al volverse se encontró con un pastor alemán de gran tamaño que le mostraba su gran lengua rosada.

—Es Neska.

—Hola, Neska —Roque acarició la cabeza de la perra.

—¿Quieres que te suba algo de comer?

La última vez que Roque había comido había sido antes de ir a casa de Kuti, la tarde del día anterior, pero tenía el estómago cerrado.

—No, gracias —contestó.

Solo quería dormir. Dormir y olvidarse de lo sucedido aquella maldita noche.

—Te dejo la llave de abajo, por si necesitas algo. Yo volveré al mediodía.

—No sé si estaré aquí para entonces… ¿Esta misma? —preguntó señalando una de las puertas.

—Donde quieras.

En aquella habitación solo había una cama. Roque se dejó caer en el colchón desnudo. Sobre una de sus esquinas había unas mantas dobladas.

—Tengo un trabajo para ti —dijo Roque bostezando—. Tienes que pasar por el caserío de Eneko. ¿Sabes cuál es?

Trumoia asintió.

—Hay que deshacerse de todo el material que hay allí. Mételo en el zulo que hay al fondo, bajo una especie de despensa, y lo haces desaparecer. Cuanto antes. Hoy mismo si es posible.

—Entendido.

—Y ocúpate también del coche que he utilizado. Es un Peugeot 206 azul oscuro.

Roque le indicó a Trumoia el lugar donde lo había dejado, mientras se desataba los cordones de las botas.

—No se ve desde la carretera, pero lo encontrarás en cuanto te asomes al camino. Escóndelo de momento.

Se descalzó. Se quitó también el pantalón y se quedó en calzoncillos.

—¿Todo claro?

Sí, todo estaba claro. Trumoia ya tenía faena para la tarde.

—Ahora voy a dormir —dijo Roque.

—Vamos, Neska —dijo Trumoia.

Roque se cubrió con las mantas que estaban heladas. Trumoia tiraba de la perra que se había tumbado en el suelo y no tenía intención de moverse.

—¡Eres más testaruda que una mula!

—Déjala.

—¿Aquí?

—No me molesta.

—Como quieras… Si se pone muy pesada, tiene el agua abajo. Comer, come solo una vez al día. Normalmente, por la noche.

Cuando Trumoia se fue, Roque se quedó un rato mirando a la perra. Era una hembra joven, de ojos de color miel. Su mirada entregada, dulce, tranquila, le reconfortaba.

—¿Sabes? Una vez tuve una perra —dijo dirigiéndose a Neska que tenía la cabeza apoyada en el suelo—. Era un cachorro de pastor del Pirineo. Se llamaba Argi. Solía llevarla al monte. Un día fui con mi hermano mayor, que era un cabrón. Se dedicaba a tirarle palos a la perra. Y la tonta de ella salía corriendo sin importarle las dificultades.

Neska le escuchaba atentamente, como si pudiera entender sus palabras.

—Yo le decía que la dejara tranquila, pero a Argi le iba la marcha. Y mi hermano, venga tirarle el puto palito cada vez más lejos, por sitios más difíciles, hasta que lo lanzó por una hondonada en la que había mucha vegetación y la perra desapareció tras él. Como te digo. Aunque la llamé mil veces, no recibí respuesta. Ni un ladrido. Bajé hasta donde me fue posible, pero no di con ella. Nunca supe qué fue de Argi. Imagino que se cayó en un agujero y se partió la crisma. Le pegué un puñetazo a mi hermano. Le partí el labio, pero para lo que me sirvió… No volví a saber de mi perra. Me acuerdo muchas veces de ella.

»Quizás por eso estoy solo, ¿no? Si no fui capaz de cuidar de un perro, ¿cómo voy a ser capaz

de cuidar de una persona? O quizás esto no es más que un puto cuento para explicar por qué estoy aquí. Un tío ya viejo, huyendo de todo.

Los ojos de la perra fueron lo último que vio Roque antes de apagar la luz y adentrarse en el sueño.

Bixen

Arturo Bergaretxe, de treinta y tres años, natural de Vitoria y auxiliar de enfermería de profesión, llevaba casi un lustro trabajando en el Servicio de Urgencias del Hospital Universitario Donostia, más conocido como la Residencia de San Sebastián, uno de los principales centros sanitarios del País Vasco.

Bergaretxe mantenía una estrecha y beneficiosa relación con Ángel Ibisate, que dirigía una conocida agencia de prensa. Ibisate había contactado con Bergaretxe para proponerle que colaborara con él. Este le filtraba noticias de posible interés, a las que tenía acceso gracias a su trabajo; accidentes de tráfico, quemados, suicidas, víctimas de violencia de género. Aquellas noticias siempre servían como relleno en días sin contenidos significativos.

Bergaretxe se disponía a desayunar con dos de las enfermeras, cuando escucharon la sirena de una ambulancia.

—¡Vaya! ¡Qué oportuno! ¡Siempre igual! —dijo una de ellas.

Se dieron la vuelta y fueron a la zona de admisión. En ese momento, se abrió la puerta trasera de la ambulancia y sacaron la camilla con un hombre.

—¿Os habéis olido el café y los cruasanes? —bromeó otra de las enfermeras.

—Sí, claro. Si nos hubierais avisado, habríamos venido más despacio para daros tiempo a acabar —dijo con sorna uno de los camilleros.

—¿Qué nos traéis? —preguntó el médico que estaba de guardia.

El doctor Querejeta, que era menudo y estaba completamente calvo, se acercó a la camilla. El médico de la ambulancia, el doctor García, abrió la puerta y salió. Se acercó a su colega para ponerle al día.

—Paciente en estado de gran confusión debido al suministro de algún narcótico. Hipotermia. Tiene el pulso muy bajo.

García era mucho más corpulento que Querejeta; juntos los dos médicos hacían una extraña pareja.

—¿Ha perdido la conciencia?

—En el traslado no —el doctor García caminaba junto al doctor Querejeta, detrás de la camilla —. Pero no contesta a las preguntas. Parece una intoxicación aguda. La dosis del tóxico es relativamente alta, pero subletal. Desconocemos el tiempo transcurrido a partir del contacto con el tóxico, pero la fase de mayor absorción ha pasado. También hemos detectado una fuerte arritmia.

—¿Y esas heridas?

—Casi todas son superficiales. Se las hemos limpiado en el camino. No hay ninguna de gravedad.

La zona de urgencias se encontraba semivacía; había sido una noche tranquila. Lo llevaron al box del fondo. El médico de urgencias se puso los guantes para examinarlo.

—¿Por qué lo habéis desnudado?

—No lo hemos desnudado nosotros. Lo hemos encontrado así —dijo el doctor García.

—¿Desnudo? ¿Desnudo y drogado?

—Y lo que es aún más raro, estaba solo, junto a la Nacional 1, en un área de descanso. Detrás de nosotros viene un coche de la *Ertzaintza*. Quieren tomarle declaración —dijo el doctor García.

A continuación, se despidió. Estaba a punto de acabar su turno.

—Buenos días. ¿Me oye? ¿Puede oírme? ¿Cuál es su nombre? —le preguntó el doctor Querejeta al paciente.

El hombre no contestaba.

Bergaretxe seguía con atención la escena; aquello parecía interesante. En ese momento se escuchó jaleo en la entrada. Acababa de llegar la *Ertzaintza*, y a los pocos minutos dos agentes se acercaron al box.

—Agente Ibarrola —se presentó el policía más joven.

Aparentaba unos veinticinco años. Musculado en el gimnasio, tenía la espalda ancha y la cintura estrecha.

—Agente primero Aguirre, de Seguridad Ciudadana —se presentó el segundo *ertzaina*.

Era más mayor y también más alto que su compañero. Tenía algunas canas en las sienes, pelo fino, el cuello fuerte y las manos muy grandes. Los dos hombres vestían de paisano.

—Venimos por el hombre que acaban de ingresar —dijo Aguirre.

—Lo estamos tratando. Parece que está bajo el efecto de alguna droga tipo burundanga. Pero dígame, ¿hay que tomar precauciones? ¿Es un delincuente?

—No. Nada de eso. Cuando veníamos de camino los compañeros nos han avisado de que han encontrado lo que parece ser su ropa y su identificación. Curiosamente, es un profesor de la Universidad del País Vasco.

—¿Y qué hacía desnudo y drogado en una solitaria área de servicio? ¿Se trata de un robo? —elucubró el doctor Querejeta rascándose la barba.

—Eso es lo que tenemos que averiguar… —dijo Aguirre.

Bergaretxe se dirigió al cuarto de baño. No tardó más de un par de minutos en enviar un mensaje a Ibisate. Al menos se trataba de una noticia original, algo diferente para entretener a los oyentes, que ya estaban hartos de escuchar noticias sobre política.

Leire

Desde hacía tiempo el silencio se había vuelto a adueñar de la casa de la foz. Imaginó que el chico se había dormido, cansado de llamarle, a ella, a la loca que decidía sobre lo que iba a suceder. Sobre lo que estaba sucediendo en ese momento entre aquellas cuatro paredes. Aferrándose a su decisión de irse de allí, no había contestado a sus súplicas. No había cedido a su llanto ni a sus gemidos. No quiso volver a ver su cuerpo tembloroso, cubierto por las mantas hasta las orejas.

Tenía que seguir adelante.

El niño se quedaría allí. No quería pensar en cuánto tiempo resistiría al frío, al hambre, a la sed. Apartó ese pavoroso pensamiento de su mente y fue a la cocina.

Limpió la taza que había utilizado, la secó y la dejó en el armario. Regresó a la sala. Recogió sus cosas, la linterna, los restos de una barrita que había sobre la mesa, el mechero, una botella de agua que estaba a medias, y lo guardó todo en la mochila. Devolvió las mantas que había utilizado al baúl. La casa recuperaba el orden que su visita había alterado.

Se dirigió a la salida con la mochila colgada del hombro. Quitó el cerrojo, abrió la puerta y, acostumbrada a las tinieblas, sintió que la luz la cegaba. Cerró la puerta, envolvió la llave en el viejo trapo y la metió en el codo de la cañería. Lo dejaba todo tal y como lo había encontrado, incluida la piedra que la cubría. Todo excepto al pequeño prisionero, condenado a repetir la historia del preso muerto por hipotermia.

Al volverse, se quedó paralizada. La boca se le secó de golpe. Dejó de respirar. Dio un paso atrás. Las piernas le temblaban. Alguien, a quien el poderoso sol le impedía distinguir con claridad, la esperaba a unos metros de la puerta.

No sabía cómo, pero la habían encontrado.

La rabia que la había impulsado hasta allí la abandonó de repente. Ya solo sentía miedo. ¿Qué iba a ser de ella? Sabía que no tendrían piedad, que le harían pagar caro su atrevimiento.

Leire permaneció rígida en el charco de luz en el que estaba inmersa, mientras aquel hombre se acercaba a ella.

PARTE IV

Azeri

Después de dejar a Kuti, Azeri condujo hasta Ainhoa, un pequeño pueblo situado en el interior de la provincia vasco-francesa de Labort, a menos de tres kilómetros del paso de Dantxarinea. Llevaba casi dos años viviendo allí, en el bajo de un edificio de cuatro plantas. Aparcó el coche y pasó junto a la iglesia de la Asunción, camino de su casa. Como siempre hacía, evitó mirar el cementerio que la rodeaba.

Eran las seis de la mañana, pero el pueblo despertaba y los más madrugadores tomaban las calles. Saludó a un vecino que pasó a su lado. Los últimos meses había estado trabajando con el hijo de aquel hombre y otro compañero que eran pintores. Para no llamar la atención, principalmente. Y también porque así le daba menos al coco. Que si la tregua, que si había llegado el momento de abandonar las armas…

Él no era muy manitas, pero todo era ponerse. Al final, hasta le había cogido el punto. Cuando trabajaba, se concentraba y el tiempo pasaba volando. Habían pintado unas cuantas casas en la zona. Le relajaba cubrir las puertas, los zócalos, proteger los muebles, preparar la pintura. Luego simplemente había que pasar el rodillo una y otra vez, en un gesto mecánico, sencillo. Y el resultado era un trabajo bien hecho.

Al entrar en el piso, Azeri se encontró una bandeja con restos de comida en la mesa del salón. Compartía piso con Jan, un electricista que hacía chapuzas por su cuenta. Jan dormía con la puerta entreabierta. Había alguien con él, probablemente su novia, una vietnamita a la que llamaban la China y que pasaba algunas temporadas con ellos.

Azeri necesitaba dormir un poco. Sí, tenía que dormir para estar en forma, porque cuando apareciera el cuerpo del profesor se iba a montar una buena. Se dejó caer en la cama sin hacer, vestido, todavía calzado, no tenía ganas de desnudarse. Lo jodido iba a ser el tema del chico. Más de uno se le iba a echar encima, pero sabría convencerlos de que había decidido lo mejor. Lo mejor para todos.

Miró al techo, donde tenía clavada una ikurriña, sobre la que estaba pintado el símbolo de ETA. Bajo las siglas, estaba la serpiente que representaba la astucia, el sigilo, enrollada en un hacha, símbolo de la fuerza, y el lema *bietan jarrai*[11]. Era lo último que veía al acostarse y lo primero al abrir los ojos. Cuando follaba con Caroline, una colega que a veces pasaba a verle, le gustaba que se sentara sobre él con sus piernas alrededor de sus caderas, apretándole bien fuerte con los músculos de su vagina. Mientras se balanceaba, podía ver el suave movimiento de sus pechos y, de fondo, las palabras que daban sentido a su vida.

Escuchó los ronquidos de Jan. Su compañero de piso y la China solían fumar hachís para follar. Imaginó la pierna peluda del electricista aplastando los suaves muslos de su novia. Azeri permanecía enredado en sus pensamientos, mientras el sueño se le escapaba. Lo mejor sería hacerse una paja para relajarse. Se desabrochó el pantalón, se metió la mano debajo del calzoncillo y sostuvo su pene lánguido. Sin embargo, antes de conseguir la erección se quedó dormido.

El sueño de Azeri duró poco más de dos horas. El sonido del móvil le despertó y confuso, pero a la vez alerta, se incorporó de un salto. Lo sacó del bolsillo del pantalón. Lo apoyó contra su oreja.

—Hay algo que es mejor que sepas…

Reconoció la voz de Tor. Esa forma de iniciar la conversación no anunciaba nada de bueno. Azeri se contuvo para no soltar una maldición.

—Habla —le dijo con voz pastosa.

—Roque se hizo cargo del profesor.

Los restos del sueño desaparecieron bajo la descarga de adrenalina. Lo sabía. Sabía que Roque y él al final acabarían enfrentados. Sus puntos de vista eran irreconciliables.

—¿Dónde estás? —le interrumpió Azeri.

—Chus y yo hemos vuelto al piso.

—¿Y Roque?

—Se quedó en el caserío, nos echó de allí. Dijo que él se ocupaba de todo. Mira, he dudado mucho antes de llamarte. Yo no quiero meterme en líos, ni hacerle la pascua a Roque, pero para mí que él va por libre. Solo quería que lo supieras.

Azeri cortó la llamada. Mientras iba de un lado a otro de la habitación, llamó a Roque para enterarse de qué había pasado. A ver qué cojones había hecho. Pero Roque no contestaba.

Fue a ponerse un café; necesitaba ordenar las ideas. Al coger la cafetera italiana, comprobó que estaba vacía. Tan solo había un pequeño charco oscuro en el fondo, a pesar de haberla dejado casi llena el día anterior. Estaba harto del gilipollas de Jan. Arramplaba con todo, pero bien que se escaqueaba de limpiar, comprar o cocinar. A ese cabrón le gustaba que se lo dieran todo hecho. Le tenía hasta los huevos. Azeri lanzó la cafetera contra la pared. El impacto hizo que uno de los azulejos, que un día habían sido blancos, se rajara.

—Tío, ¿qué pasa? —dijo Jan asomándose desnudo a la puerta de la cocina.

Al ver la expresión de cólera de Azeri, dio un paso atrás.

—Mejor me vuelvo a la cama —dijo reculando.

Sí, mejor. Porque si no desapareces de mi vista, te voy a dar de hostias, pensó Azeri. Salió dando un portazo que hizo temblar las paredes. Ojalá se les cayera la casa encima a aquellos dos.

La rabia lo dominaba, y sabía que no pararía hasta que consiguiera librarse de ella.

Antonio

—Buenos días.

El hombre que saludó a Leire llevaba un cortavientos negro, unos pantalones naranjas de esquiador y los pies enfundados en unas botas de monte. Tenía el rostro alargado, los ojos vivos y su pelo era escaso. Leire le calculó unos sesenta años.

—Buenos días —repitió el recién llegado.

Leire se sentía desconcertada, inmersa en una apabullante sensación de irrealidad, provocada por el cansancio y los últimos acontecimientos vividos. Si aquel hombre pertenecía a la banda armada y estaba dispuesto a darle su merecido, ¿por qué se presentaba con ese aire de no haber roto un plato en su vida? Podía haber aprovechado su ventaja para reducirla sin problema.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—No se asuste. Tranquila. Me llamo Antonio. Y usted ¿no tiene nombre? —bromeó.

—Me llamo Leire.

—¿Es familiar de Emma?

—Soy amiga de Isa y Lourdes, sus sobrinas.

—Yo me encargo de cuidar la casa. Ha habido algunos robos en la zona y Emma me pidió que estuviera atento por si veía algo raro.

Leire sintió un gran alivio.

—A veces ni siquiera roban nada. Son chavales jóvenes que destrozan las cosas y hacen botellones. Unos vándalos…

Incluso sonrió a aquel hombre al que había confundido con su enemigo.

—Esta no es la única casa que cuido; otros dueños también me lo han pedido. Y es que, desde que me prejubilaron, me sobra el tiempo. Soy el guardián de la foz. Aquí no pasa nada sin que yo me entere.

Antonio parecía contento de haber encontrado a alguien con quien conversar.

—Ayer estuve fuera, fui a Pamplona a ver a un primo mío que es dentista. Tengo una muela que me está dando problemas —dijo llevándose la mano a la mejilla izquierda—. Y ya aproveché y me quedé a dormir en casa de mi hija. Tengo dos nietos —dijo orgulloso.

Leire se sentía aturdida por la cháchara de aquel hombre.

—Vivimos cerca de Romanzado, nuestra casa da a la carretera. Y hoy al volver, mi mujer me ha comentado que vio pasar un coche que no conocía poco después del mediodía, pero no lo vio regresar. Así que me he dicho, vamos a echar un vistazo…

—Bueno, pues ya ve, por suerte aquí está todo en orden.

—Todo en orden —repitió—. Me alegro.

—No hay ladrones, ni vándalos… Solo estoy yo —insistió Leire esperando que el hombre diera por concluida la visita.

— ¿Se va ya? —preguntó Antonio mirando su mochila.

—Sí. Me iba en este preciso momento.

—¿Ha venido sola?

Leire asintió, pero no pudo evitar pensar en el chico. ¿Estaría despierto? No creía que él pudiera oírlos. Los muros de la casa eran de piedra y las ventanas estaban cerradas con sus contraventanas de madera. Pero, por si acaso, Leire echó a andar para alejarse de la casa. Se dirigió hacia el pequeño edificio que servía de garaje y de leñera. El hombre la siguió.

—¿Y cómo es que ha venido sola? —le preguntó.

Aquel hombre parlanchín aturullaba a Leire con su conversación. Probablemente fuera un buen tipo, pero sus preguntas le resultaban turbadoras. Tuvo la impresión de que era uno de esos metepatas que, sin darse cuenta, ponen el dedo en la llaga.

—Discutí con mi marido —le contestó Leire sin pensarlo.

—Vaya, lo siento. Pero la entiendo. Llevo cuarenta años casado y sé que en ocasiones viene bien distanciarse de la persona amada. ¿Qué matrimonio no tiene una crisis?

—Así es. Pero ahora… Ahora estoy más tranquila. Veo las cosas de otra manera.

—Entonces vuelve usted a casa —dijo Antonio.

—A casa, sí.

A Leire le asaltó una gran tristeza al pensar en la villa de Mendibil en la que Bixen y ella habían sido felices durante diez años. La casa vacía a la que no volverían, Bixen muerto y ella huida. La angustia la asaltó de nuevo. Su único objetivo ahora era alejarse de allí, largarse de una vez.

Entró en el garaje, dispuesta a sacar el coche. Dejó la mochila en el asiento de atrás. El hombre no se decidía a marcharse. Leire no había conocido a nadie tan pesado.

—Ya me voy —le dijo con determinación.

—Suerte con su pareja. Y tenga cuidado.

—Lo tendré —dijo con hartazgo.

—Pasan tantas cosas… Mire, mientras venía hacia aquí he escuchado en la radio la noticia. ¿Se ha enterado de lo del tipo ese?

Antonio parecía contento de haber encontrado una forma de seguir la conversación. A Leire, en cambio, se le estaba acabando la paciencia.

—Han encontrado un hombre caminando por la carretera, desnudo. Estaba tan drogado que no podía ni hablar.

Aquello ya era demasiado. Iba a preguntarle a Antonio si no tenía nada mejor que hacer.

—Y no se lo va a creer. ¡Era un profesor de universidad!

Leire sintió un escalofrío.

—¿Un profesor de universidad ha dicho?

—Uno cree que los profesores deben de tener valores para poder educar a sus alumnos. Pero ¿qué cabe esperar de alguien que se droga de esa manera? ¡Y encima desnudo! ¡Qué vergüenza! ¡En qué mundo vivimos! Ojalá lo echen de la universidad. Así aprenderá a comportarse.

Leire se dio la vuelta. Se dirigió de nuevo a la casona.

—¿Pero no se iba? —le preguntó Antonio.

—He olvidado algo —contestó.

Al llegar a la puerta de la casa, Leire sacudió la mano a modo de despedida.

Antonio, por fin, se dirigió hacia su coche, no sin antes desearle con un grito que tuviera un buen viaje.

Ander

Tenía la impresión de que la luz de la linterna era mucho más débil. La oscuridad lo cercaba, como si fuera una masa de agua negra, el agua de un pantano, o un trozo de mar, expandiéndose hacia él empujado por la marea. Lo alcanzaría pronto. Sentiría la frialdad de esa oscuridad en la que vivían los monstruos. Los más temidos. Los más horribles. Monstruos vestidos con ropas andrajosas. Podía imaginar las cuencas de los ojos vacías, la sonrisa asesina, las manos que buscaban su cuello.

Los monstruos de sus fantasías, y los monstruos reales.

El Loco les leía partes de un manual que había sacado de internet. Todos lo escuchaban atentamente, a pesar de que leía a trompicones. No era un buen lector el Loco.

«Cazar solo puede ser peligroso y difícil, por ello se recomienda hacerlo acompañado por al menos una persona. Cargar solo un ciervo entero es un desafío, incluso para los cazadores más fuertes. No obstante, todo el trabajo se hace más fácil y entretenido con otros cazadores experimentados que te pueden ayudar en el proceso».

Los cazadores se reían. Ya se veían cargando al ciervo entre todos.

«Cuando des con tu ciervo, apunta. El lugar más habitual es detrás de la pata delantera, a entre trece y dieciocho centímetros del pecho».

—¿Trece centímetros? ¿Cuánto es eso?

—El tamaño de tu polla. ¿Te quieres callar?

«Ese tiro penetra el corazón y los pulmones. Aunque no siempre los ciervos caen de inmediato. A veces se recuperan, lo que significa que hay que seguirlos».

—¿Recordáis lo que os dije de la regla RRACA? La regla para hacer un buen disparo. Tenéis que intentar abatirlo a la primera, porque si no…

«Dirígete al lugar donde el ciervo estuvo de pie cuando disparaste y examina el suelo en busca de indicios de sangre. Luego sigue el rastro».

—Siempre hay otra oportunidad —dijo el Loco estirando el dedo índice convertido en pistola.

«Si el ciervo sigue vivo, acércate con cuidado manteniendo una distancia conveniente antes de dispararle con más precisión en el cerebro o pecho para así matarlo».

—Pues ya está todo dicho… ¡Que empiece el juego! El juego de «Cargarse a Rudolph, el puto ciervo maricón».

Y Ander corría, sin aliento. Aunque el destino estaba escrito, o eso al menos había escuchado decir. Acabaría arrastrado por la hierba. O a cuatro patas, mientras el Loco le metía mano. O subido a hombros de los otros, que no sabían llevarlo, que le dejarían caer, qué les importaba a ellos que Ander se abriera la cabeza.

—¿Qué haremos con él?

—Paté de ciervo.

—¿Hablas en serio? Qué pasada, tío.

El sonido de la puerta le devolvió a la realidad de la casa oscura y fría. ¿Sería de nuevo ella?

¿Quién si no?

Escuchó el crujido de los peldaños de la escalera. Falsa Periodista, que le había ignorado durante un buen rato, se asomó a la puerta de la habitación.

¿Qué se le había ocurrido ahora? ¿Volvía para acabar el trabajo que había dejado a medio hacer? Ander se estremeció.

—Por favor —murmuró en un susurro—. Por favor, el mechero no…

Kuti

Mertxe, sentada en el salón, se apretaba el vientre con las manos. Tenía la impresión de tener un montón de saltamontes dentro, que no paraban quietos. Pero Kuti había decidido preservar el orden. Se agarraba con uñas y dientes a la rutina, su tabla de salvación. Lo hacía por ellos, pero sobre todo por Nerea. Mientras estuviera amparada por la normalidad, no pensaría demasiado. No se daría cuenta de lo horrible de la situación. Un padre debe proteger a sus hijos. Y él, Kuti, debía proteger a Nerea, ya que no había sido capaz de proteger a Ander.

No se duchó. Tampoco se afeitó. Había algo triste en su ropa arrugada tras veinticuatro horas de uso, en el leve rastro de sudor en la camiseta que llevaba debajo de la camisa de franela. Estaba destemplado. Se puso un anorak grueso.

—¿Vamos? —le preguntó a la niña, que esperaba lista en la puerta con su plumífero azul.

Nerea dijo que sí, colocándose la mochila a la espalda. Y salieron de casa, mientras Mertxe permanecía sentada en aquel sillón que parecía un barco a la deriva. Mertxe con sus saltamontes. Con su gesto crispado de dolor de muelas. Con el pelo corto pegado a la cabeza como si fuera un casco gris. En su mirada cenagosa podía hundirse todo un carguero.

Hacía sol; el día era frío pero luminoso. Kuti entrecerró los ojos y sintió la dulzura de los primeros rayos cayendo sobre ellos. Estuvo a punto de echarse a llorar. Se tragó las lágrimas y le dio la mano a la niña. Nerea era un personajillo con sus siete años recién cumplidos. Y ya nada sería igual. Ella todavía no lo sabía, aunque era lista y algo se olía. Algo tan gordo como para mantenerla callada durante todo el camino. Así era mejor. Kuti no tenía la cabeza, ni el ánimo, para que ella le volviera loco con sus preguntas. De todos modos, había que esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Qué iba a pasar…

Al llegar al colegio, Nerea tiró de la manga de Kuti. Allí estaba Olatz con Niko. Y a unos pasos de ellos, Julen. Kuti hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Olatz se le acercó. Y ahora ¿qué? ¿Qué le iba a contar? Pero al ver su expresión de desconcierto, Olatz decidió callarse.

—Hola, Nerea —le dijo acariciando su mejilla.

Olatz y Kuti se miraron. Él supo que ella había entendido, pero ¿y Julen? El chico le interrogaba con su mirada. Le preguntaba dónde estaba Ander. Qué estaba pasando. Kuti esquivó sus ojos; no tenía nada que decirle. La historia se había detenido con aquel disparo que también le había alcanzado a él. A partir de ese momento, cualquier sonido inesperado le pondría de los nervios, le provocaría taquicardia.

Julen, no me mires así, joder, pensó Kuti.

—Adiós, *txiki*[12] —le dijo besando en la frente a Nerea.

Quería irse de allí para evitar cualquier pregunta, para no enfrentarse a unos hechos que le superaban.

—Vendré a buscarte.

—Vale.

Y a la vez le angustiaba dejar a Nerea, ahora que sabía que el colegio no era un lugar seguro.

Ningún sitio lo era. El mundo era un campo de batalla. Un campo de minas.

—No saldrás del cole, ni irás a ningún lado con nadie, ¿verdad? ¿Me lo prometes?

—Vale. Ya están entrando, *aita*.

Nerea, con su mochila roja, con su plumífero azul, se dirigió a la fila. Kuti la vio alejarse y la separación física le resultó dolorosa. Como si le arrancaran algo. Cuando Nerea entró en el edificio y dejó de verla, se dio la vuelta para salir del colegio. Olatz hablaba con otra madre. Y Julen… Julen no le quitaba ojo.

El chico se acercó. Kuti se quedó paralizado. Julen era un poco más alto que su hijo y más voluminoso.

—Le ha pasado algo a Ander, ¿verdad?

Kuti dio unos pasos hacia atrás. Se le habían humedecido los ojos.

—Yo sé quién ha sido —dijo Julen.

El hombre sacudió la cabeza. ¿Por qué decía eso Julen? ¿Cómo iba a saberlo él? No, claro que no lo sabía. Pero era incapaz de responderle.

Kuti se alejó del amigo de su hijo, de su mirada de hielo, conteniendo a duras penas las ganas de salir corriendo.

Bixen

Sobre las nueve de la mañana, tras lograr estabilizarlo y realizarle una analítica de urgencia, subieron al paciente a planta. El doctor Querejeta había tenido acceso al historial de Bixen Alzola; comprendía ahora la arritmia de su corazón que tanto le había extrañado. No se debía al efecto de las drogas. Alzola tenía un problema cardiaco diagnosticado y estaba a la espera de ser intervenido. En cuanto tuvieran el análisis toxicológico, podría decidir qué medicación administrarle para ayudar a ese corazón enfermo a recuperarse.

Lo instalaron en una habitación individual, blanca y aséptica. Echaron las cortinas para que descansara. Aunque el paciente empezaba a reaccionar, seguía desorientado.

—Leire, ¿dónde está Leire? —le preguntó a una enfermera que se había acercado para comprobar si el suero se había acabado.

—Tranquilo. ¿Sabe dónde se encuentra?

La enfermera era una profesional con experiencia. Paciente, cariñosa, y a la vez inflexible, cogió a Bixen de la mano y le habló en voz alta, como si estuviera sordo.

—Está en el hospital, le estamos atendiendo. ¿Entiende lo que le digo?

—Tienen que hablar con mi mujer, por favor —susurró Bixen. Le costaba tanto hablar…

—Ya están intentando contactar con ella, no se preocupe.

—Leire… —le suplicó.

—Bixen, ¿me escucha? Tiene que tranquilizarse, nos vamos a ocupar de todo. Su mujer vendrá pronto. ¿Me ha entendido? Pronto.

Dos hombres entraron en la habitación. Se quedaron junto a la puerta y la enfermera se acercó a ellos. Se presentaron. Eran *ertzaina*s de paisano.

—¿Podemos hablar con él? —le preguntó Aguirre.

—Todavía está muy confuso.

—Solo serán unas cuantas preguntas. Es importante.

—Procuren no alterarlo, es todo lo que les pido —dijo la enfermera con gesto serio.

Aguirre se acercó a la cama.

—Buenos días, soy el agente primero Patxi Aguirre, de Seguridad Ciudadana. Gracias por atenderme.

Bixen intentó fijar la vista en aquel hombre delgado, de estatura alta y voz ligeramente aguda.

—Mi compañero, el agente Ibarrola, se ha quedado al fondo de la habitación para que esté usted más tranquilo.

—Quiero ver a mi mujer… —les suplicó Bixen.

—Lo hemos intentado, pero no contesta en el teléfono de su domicilio. Necesitamos su teléfono móvil.

Bixen cerró los ojos e hizo un esfuerzo para controlar el pensamiento. Aquello le sonaba. ¿Se trataba de un *déjàvu*? Alguien le había preguntado por el teléfono de Leire y él se lo había dado.

—Seis, nueve, seis…

Aguirre apuntó el número.

A Bixen le dolía la cabeza. Le costaba mantener los ojos abiertos, centrar la vista en un punto. Observó la bolsa de suero que colgaba sobre él, pero era incapaz de distinguir si estaba llena o vacía. Se llevó una mano a la cara y se tocó los ojos.

—¿Dónde están mis gafas?

—¿Gafas? No han encontrado ningunas gafas. Pero tranquilo, le conseguiremos unas de repuesto. ¿Puede decirnos qué le ha sucedido?

Bixen sintió un escalofrío; le empezaba a subir la fiebre. Recordó el frío. Los pies helados. La hierba. Los árboles. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Cuánto tiempo llevaba en el hospital?

—¿Qué pasó? ¿Puede recordarlo? —insistió Aguirre.

Bixen abrió la boca, pero no dijo nada. Le costaba concentrarse.

—Le encontraron desnudo en un área de servicio de la Nacional 1. Es importante que nos cuente qué sucedió antes.

El principio. El agujero. Hombre Uno, Hombre Dos y Hombre Tres. Todos ellos encapuchados. Tan solo podía ver sus ojos y sus bocas. El principio… ¿Cuál era el principio? Se llevó los dedos a la sien derecha. ¡Dios! Los pensamientos se le escapaban. Compra pan integral. Pan integral y… El pavimento estaba mojado. Las gotas caían sobre su cabeza.

—Llovía —dijo Bixen.

Sí, la lluvia. La lluvia y aquella voz. El modo despectivo en que aquel tipo había pronunciado su nombre. El pasamontañas y la pistola. El maletero que olía a perro.

Bixen balbuceaba y Aguirre tomaba notas, intentando entender el sentido de aquellas frases entrecortadas.

Leire

Cambio de planes. Leire cogió de nuevo la llave y entró en la casa. Sacó una de las linternas de la mochila. Después de estar al sol, la oscuridad le parecía aún más densa y agobiante. Frunció la nariz al reconocer el olor a cerrado. Subió al piso de arriba, abrió una de las contraventanas y comprobó que el coche de Antonio se alejaba por la carretera. Mentalmente se despidió del entrometido que tanto la había irritado y en el que ahora, tras el cambio de rumbo de la situación, pensaba con condescendencia. ¿Había sido el destino el que lo había traído hasta ella, para contarle esa noticia del profesor que caminaba desnudo por la carretera?

Leire se aferraba con uñas y dientes a esa historia, porque tenía una intuición. Dos y dos son cuatro, se dijo. Blanco y en botella… Y la intuición se llamaba esperanza, justo ahora, cuando Leire había dado ya todo por perdido.

Cerró la contraventana y entró en la habitación en la que estaba el niño. La luz de la linterna era muy débil. En poco tiempo la estancia quedaría sumergida en aquella negrura turbia y asfixiante que habitaba la casa. El chico la miró agotado.

—Levántate —le dijo.

Leire le ayudó a incorporarse. La cama estaba mojada, se había meado. Le ofreció la botella de agua al niño que bebió con ansia. Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, se dijo Leire. Le liberó los pies para que pudiera andar y lo llevó al cuarto de baño. Allí le desató también las manos; se le veía hundido, no iba a oponer resistencia. Él mismo se bajó los pantalones mojados, el calzoncillo húmedo, y se sentó en la taza para hacer sus necesidades. Avergonzado, vació su vientre delante de Leire. El olor se extendió por todo el cuarto de baño. Cuando acabó, se limpió con papel higiénico. Leire tiró de la cadena y volvió a atarle las manos.

El chaval se dejó llevar, como un condenado al paredón. Leire le ayudó a bajar la escalera, no quería que se cayera y se rompiera la cabeza. Pobrecillo, iba dando tumbos. Al salir, la luz le deslumbró a él también y cerró los ojos, apretando los párpados durante unos segundos.

Leire lo llevó hasta el coche.

—¿A dónde vamos? —preguntó el crío con un hilo de voz.

Ella no supo qué contestarle; una vez más improvisaba.

—Obedece —se limitó a decir.

Le hizo entrar en el maletero. Lo ató de nuevo y siguió el ritual de silenciar al prisionero mediante una mordaza. Evitaba su mirada sumisa. Debía de ser angustioso tener algo así en la boca, pero el chico no ofrecía resistencia. Ya se había acostumbrado a soportar penalidades. Leire lo observó durante unos segundos para comprobar que respiraba. Pensó en la capacidad del ser humano para adaptarse. Que nunca tengas que conocer tus propios límites, había escuchado una vez Leire, aunque no recordaba quién lo dijo, ni dónde, ni cuándo. Pero era un mensaje rotundo. Y cierto. Porque su propia experiencia le decía que el límite estaba siempre más lejos de lo que uno podía imaginar.

Tras comprobar que el chico respiraba, bajó el portón del maletero, sin llegar a cerrarlo. Entró

en la casa a por unas mantas. Las utilizó para cubrir al niño, ya que el día, a pesar de la luz, era frío. Esta vez sí cerró el maletero. Y la casa. Dejó la llave en su sitio y se montó en el coche.

El volante estaba helado. Arrancó con suavidad, puso la calefacción y salió al camino de piedras. El sol lo llenaba todo con su luz resplandeciente, un astro poderoso en un cielo limpio. Concentrada en sus pensamientos, Leire era incapaz de reparar en el paisaje hermoso que la rodeaba. De repente escuchó un relincho que la sobresaltó. Unos metros más adelante vio varios caballos en un cercado que daba al camino.

Se trataba del Club Hípico Arbaiun, que estaba muy cerca del pueblo de Usún. El día anterior ni siquiera se había fijado. Detuvo el coche junto a la alambrada que bordeaba el recinto. El acceso era un paso de barro y charcos en el que se podían ver las huellas de neumáticos. Bajo los pinos había varios edificios, y tras ellos unas naves que servían de caballerizas. No se veía a nadie por allí. Pisando el suelo embarrado con cuidado para no caerse, Leire se dirigió al edificio principal.

—¡Hola! —gritó.

El olor de los animales despertó recuerdos de su infancia. Cuando tenía ocho o nueve años, había pedido como regalo de cumpleaños aprender a montar a caballo.

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí?

Durante un par de meses, fue a la hípica de Jaizubia, al pie del monte Jaizkibel, los sábados por la mañana. Los niños más pequeños montaban en los ponis. A ella le asignaron una yegua joven que se llamaba *Bihurria*[13]. A pesar de su nombre, el animal era manso y tranquilo. Leire fue capaz de recordar el vértigo que sentía al ver el mundo desde una altura distinta. El movimiento de la yegua, su brío, su fuerza cuando trotaba, pero también su miedo a caer. Recta, aprieta las piernas, le gritaba su profesor. Tienes que hacerte con el animal. Tienes que demostrarle que eres tú quien manda, insistía.

—¡Hola! —gritó Leire de nuevo.

Una mujer apareció en su campo de visión. Llevaba el pelo rubio recogido en una trenza y vestía un chándal oscuro. Las botas de goma, que le llegaban hasta las rodillas, estaban cubiertas de barro.

Kuti y Mertxe

Kuti se alejó del colegio, angustiado. Dejó a atrás a Olatz y sus preguntas mudas. A Julen y su extraña mirada. De vuelta a casa, se encontró con su mujer que caminaba hacia él con decisión. Tenía el rostro desencajado. Cuando llegó a su lado, Kuti sujetó sus manos. Ella no podía hablar a causa del esfuerzo.

—Vamos, Kuti —le dijo entre jadeos.

—¿A dónde quieres ir?

—Vamos a denunciar la desaparición de Ander —dijo con voz entrecortada.

Kuti permaneció rígido. ¿Denunciar? Ni siquiera se le había ocurrido. Era lo que cualquiera hubiera hecho en su lugar, pero ellos…

—Mertxe, la desaparición de Ander está relacionada con el secuestro.

—¿Y qué? Eso no es asunto nuestro.

Kuti pensó que Mertxe se confundía. Sí, aquello era un asunto de ellos, o al menos de él. Porque aquella maldita noche, en el caserío, había tenido al hombre secuestrado a pocos metros de él. ¿Y había hecho algo Kuti? No. Como tampoco había reaccionado de modo alguno cuando dijeron que lo iban a matar. No, no había hecho nada por él, ni por muchos otros que habían pasado por lo mismo. Y no solo no había hecho nada, sino más bien todo lo contrario, porque sus palabras neutras, comedidas, habían servido durante años para justificar las acciones de ETA.

—Es algo complicado… —dijo Kuti.

—La vida de tu hijo está en juego, y tú me dices que es complicado. ¿Qué es complicado? ¿Qué me importa a mí todo eso? —gritó Mertxe.

El profesor secuestrado. Ander ausente. El rostro amado de su hijo se desvanecía, convirtiéndose en un paisaje nevado. A Kuti le iba a explotar la cabeza.

—Quiero que lo encuentren —gimió Mertxe.

Kuti intentaba aclarar sus pensamientos. ¿Qué supondría denunciar la desaparición de su hijo? ¿Qué descubriría la policía en la búsqueda de Ander? ¿Podía ser que de algún modo establecieran la relación entre la desaparición de Ander y la del profesor que quizás la banda ya había ejecutado? ¿Y serían capaces de llegar hasta él?

Recordó con aprensión los vasitos en los que habían tomado el pacharán. Allí estaban sus huellas y las de los demás. Y probablemente también existía un rastro del profesor en el zulo. ¿Habrían tomado medidas al respecto? Esperaba que así fuera porque si no… La organización no le perdonaría que hubiera puesto a la *Ertzaintza* tras la pista de sus actividades. Que antepusiera su propio interés al de la banda.

Pero ¿qué habían hecho ellos por su hijo? ¿Acaso no habían condenado a Ander?

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —le dijo Mertxe, tirando de él.

Se dirigieron a la avenida de Navarra. Kuti se limitaba a seguir a su mujer que caminaba deprisa, unos pasos por delante de él. Se detuvieron ante la puerta de la comisaría.

—Entro yo solo —dijo Kuti.

—No, entramos los dos.

—Ni hablar, tú te vuelves a casa. No te metas en esto.

Como si fuera posible. Si estamos de mierda hasta el cuello, pensó Mertxe.

—Hazme caso, por favor —insistió Kuti.

Mertxe no se daba cuenta de lo serio que era aquello. Todo se podía complicar aún más. Así que lo mejor era que ella se mantuviese al margen. Tenía que haber alguien capaz de hacerse cargo de la situación, en el caso de que él acabara implicado en aquel feo asunto.

—No me lo pongas más difícil, Mertxe. Tienes que volver a casa por si hay noticias. Y está Nerea. Hay que ir a buscarla. Hay que cuidar de ella.

Kuti pasó el brazo por encima de los hombros de su mujer, atrayéndola hacia él. Le hubiera gustado decirle al oído, protege nuestra casa, lo que queda de nuestra vida… Protege tú eso que yo he sido incapaz de proteger. Pero tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

A pesar de estar conmocionada, Mertxe supo que su marido tenía razón. Entre sollozos, movió la cabeza asintiendo. Sí, volvería a casa. Había que repartirse el trabajo; Kuti y ella siempre habían hecho un buen equipo.

—Vuelve pronto —le dijo a su marido.

Kuti la vio alejarse. Caminaba ligeramente encorvada, como si le hubieran caído diez años de golpe en una sola noche. Cuando dejó de verla, entró en la comisaría.

Había llegado el momento de abrir la caja de los truenos.

Bixen

A pesar de que la enfermera había entrado en la habitación y le había dedicado una mirada recriminatoria, el agente primero Aguirre seguía tomando notas. Bixen farfullaba más que hablaba, y lo poco que el *ertzaina* entendía no parecía muy coherente.

Bixen recuperaba imágenes de su delirio. Leire se reía, se reía a carcajadas, y su rostro se transformaba. Tiraba de su brazo con fuerza. Vamos, vamos. Bixen quería seguirle, pero sus piernas pesaban tanto… El suelo era una alfombra de hierba viva, que se agitaba bajo sus pasos. Que se quejaba cuando rodaba sobre ella, aplastándola.

—Todo estaba frío. Mojado. ¿Dónde está Leire? —le preguntó a Aguirre.

—Están intentando localizarla. Pronto estará aquí.

El bosque era horrible. Los árboles se movían y hablaban. Y la hierba estaba húmeda, crecía sobre charcos de barro rojo, como sangre. Y había arbustos gigantes, con frutos morados y amarillos.

Leire ya no parecía Leire, sino Hombre Uno. Hombre Dos. Hombre Tres. Un tipo le rasgó la camisa. Bixen tenía frío y lloraba porque le habían roto la ropa. Intentaron quitarle los pantalones.

Déjame en paz, sollozó. Déjame, tranquilo.

—Había un hombre… Este no estaba encapuchado.

—¿Ha dicho encapuchado? —preguntó Aguirre.

Así es mejor. Llamarás la atención. Te encontrarán antes…, le había dicho aquel hombre.

—¿Quién era? ¿Fue él quien le drogó?

Bixen no estaba seguro. Los recuerdos eran pequeños fogonazos, desconectados entre ellos.

¿Por qué me haces esto?, le había preguntado Bixen.

Pero el hombre solo decía, ¡cállate! ¡Deja de gritar!

¡No me toques! ¡Suéltame! ¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!

—Fue él quien me desnudó…

Ves esas luces. ¿Las ves?, le dijo el hombre.

Bixen lloraba. Los escalofríos sacudían su cuerpo.

—Me dijo que fuera hacia las luces.

—¿Qué luces?

—Había coches…

—¿Ese hombre le dijo que fuera hacia la carretera? —Aguirre seguía tomando notas.

Date prisa. Si te duermes, te quedarás helado. Tienes que llegar a la Nacional 1. ¿Me oyes?

—¿Hablaba en euskera o castellano? ¿Cómo era físicamente? ¿Recuerda algo más? —le preguntó Aguirre.

Bixen cerró los ojos agotado. Volvió a ver las luces blancas y rojas. Parecían luciérnagas que cruzaban la noche. Luciérnagas que él intentaba atrapar entre sus dedos.

Azeri

Azeri llamó al timbre varias veces. Aquellos dos estaban sobados. ¡Vaya par de vagos!, pensó con desprecio. Volvió a pulsar el timbre, esta vez con insistencia. Seguro que les daba un buen susto. No tardarían en acercarse, acojonados, pensando si aquel era el momento que tanto habían temido. La detención. La cárcel. Punto final.

Quiso aporrear la puerta, gritarles que era él. Que le abrieran de una puta vez. Pero no podía llamar la atención de los vecinos. Golpeó la madera con los nudillos. Repitió un ritmo, en un gesto que no dejaba de ser infantil. *Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.* Como si fuera un crío jugando, comunicándose con sus compañeros con un sencillo código que le identificaba como uno de los suyos. Porque los *txakurras* o los *cipayos* no iban a ir dando golpecitos a la puerta. El día que dieran con ellos, no habría cancioncitas, ni *toc, toc, toc*, sino que se les meterían hasta la cocina, armados hasta los dientes. Y no dudarían en dejarles fritos, si se daba el caso. Luego, ya habría tiempo para las explicaciones y las excusas. Que si se habían resistido. Que si…

Se abrió un resquicio de la puerta. Tenían puesto el seguro. Azeri dio un puñetazo en la puerta.

—Soy yo, hostias. ¿Queréis abrir de una vez? Parecéis dos abuelas, joder.

Escuchó el sonido metálico de la cadena que liberaba el seguro y, a continuación, la puerta se abrió del todo. Allí estaba Chus, con una camiseta descolorida y un pantalón de chándal negro.

—¿Qué haces aquí? —dijo sorprendido.

Azeri fue directo a la pequeña sala. Conocía bien ese piso del barrio de Galtzaur de Astigarraga. Se había quedado varias veces en él unos años antes, cuando trabajaban en serio y las cosas se hacían como debían. Tras la acción, era fundamental darse prisa en desaparecer y llegar a un lugar seguro, como aquel. Se trataba de un piso no fichado, situado de puta madre, cerca de Donosti, de Errenteria, de la muga. Y con buena sidra, por si había algo que celebrar.

—Huele a muerto —dijo Azeri.

—Son las cañerías —le contestó Chus.

El recién llegado abrió una de las hojas de la ventana. El aire entró en la estancia agitando las tupidas cortinas que impedían que entrara la luz del exterior.

—¡Joder, qué frío! —protestó Chus.

En ese momento Tor apareció en la puerta. El pijama de franela marrón que llevaba le marcaba la tripa y le quedaba un poco corto. Iba descalzo. Saludó con un gesto y se quedó de pie en mitad de la sala, mientras Azeri se dejaba caer en un sillón cubierto por una funda de cuadros azules y amarillos. El asiento se hundió, aquellos cojines eran una porquería.

—¿Qué pasa, Azeri? —preguntó Tor.

—No podía dormir, después de lo que me has contado por teléfono.

—Oye, nosotros no hemos hecho nada. Ha sido cosa de Roque… —se adelantó Chus, cruzando los brazos sobre el pecho para darse calor.

Azeri tenía los ojos enrojecidos y la barba sombreaba sus mejillas. Su expresión de enojo no anunciaba nada bueno. Todos sabían que cuando Azeri se cabreaba…

—Simplemente espero que Roque cumpla. No quiero ni pensar en que… Bueno, dejémoslo hasta que hable con él. Le he llamado varias veces, pero el cabrón no contesta. Estoy aquí para que me echéis una mano.

Chus y Tor sintieron cierto alivio.

—Quiero ver el material que reunisteis para el secuestro —y ante la sorpresa de aquellos dos, añadió—. ¿No os encargasteis vosotros?

—Dinos qué buscas exactamente —dijo Tor.

—Para empezar, fotos. Quiero ver los caretos de la gente.

Tor fue a su habitación.

Chus, tras pedir permiso a Azeri, cerró la ventana. Se había quedado helado. ¡Mierda! Ahora tardarían un siglo en volver a calentar la casa con aquel pequeño radiador.

Tor regresó con una caja de cartón, que dejó sobre la mesa de la sala. Chus encendió una lámpara. Tor sacó varios sobres, examinó el contenido y le dio uno a Azeri.

—Fotos recientes —le dijo.

Azeri abrió el sobre. Fue pasando las fotografías de una en una.

—Así que este es el profesor. Y esta… ¿Esta es la cabrona que nos la ha jugado?

Sostenía una foto en la que se veía al matrimonio saliendo de un coche. Chus y Tor asintieron.

—No me la imaginaba así. Está buena —dijo Azeri.

—Tiene un polvo, sí —dijo Tor.

Azeri continuó revisando las fotos restantes. Se detenía en aquellas en las que salía la esposa del profesor. Se fijó en su boca grande, atractiva.

—¿Y cómo se llama nuestra amiga?

—Leire Lozano Ugalde.

—Manchurriana, ¿no?, por mucho nombre vasco que se haya puesto.

—Padre extremeño y madre irundarra, de familia de caserío. Habla euskera. Trabaja en la biblioteca de Irún.

Chus y Tor le dieron el resto de la información que Azeri les fue pidiendo. Direcciones. Coches. Contactos. Hábitos.

—¿Por qué te interesa tanto? —preguntó Chus.

—Porque no voy a dejar que se salga con la suya. Esa hija de puta nos ha jodido todo el plan.

—¿Lo haces por el chaval? —preguntó Tor.

Azeri no contestó. Evitaba pensar en el hijo de Kuti. Y en el propio Kuti lloriqueando en el caserío.

—¿Sabemos algo de él? —insistió Tor.

—No, no se sabe nada.

Tor se sintió incómodo ante la frialdad de Azeri. No podía olvidar que había sido él quien había decidido forzar la situación, sin importarle las consecuencias.

—Digamos que tengo un tema personal con ella —dijo Azeri.

—Pero… La acción se ha ido a tomar por culo. Y si Roque ya ha actuado, deberíamos dejar este asunto, ¿no? Acosarla no tiene para nosotros ningún interés político.

—¿Desde cuándo piensas tanto, gordo? ¿Interés político, has dicho? Ahora va a resultar que tienes madera de ideólogo, como Argala. Yo haré lo que considere. Y voy a ajustar cuentas con esa tía.

—Yo solo digo que las rencillas personales hay que dejarlas de lado…

Azeri se levantó y agarró a Tor por el cuello. Este, asombrado, intentaba zafarse de sus manos.

—Tú no dices nada, Torpe —dijo Azeri mirándole fijamente a los ojos—. Y tú tampoco —dijo volviéndose hacia Chus.

Leire

—Buenos días —saludó la mujer que se acercaba caminando sobre el suelo embarrado.

—¿Está abierto el bar? —preguntó Leire.

—¿El bar? No. ¡Qué va! Está cerrado. En otoño solo abrimos los fines de semana.

Ahora que estaba a su lado, Leire comprobó que la mujer era mucho mayor de lo que parecía de lejos.

—Quería pedirle un favor. Necesito un teléfono; se me ha estropeado el móvil.

—Ahora dependemos de esos malditos cacharros para todo —respondió la mujer con expresión de hartazgo—. Hay gente que duerme con él debajo de la almohada. Es increíble. Venga conmigo, dentro de la oficina hay un teléfono fijo.

Leire siguió a la mujer. En la habitación había una mesa de trabajo, un ordenador y varias sillas. Observó las fotografías de caballos que colgaban de las paredes. En una de ellas la mujer de la hípica sonreía mientras acariciaba la cabeza de un caballo negro.

—Era mi yegua preferida, Alabama. Una Oldenburg. Son buenos para competición. ¿Le gustan los caballos?

—De pequeña monté alguna vez —comentó Leire.

—Yo soy una enamorada. Siempre me han fascinado estos animales tan nobles… Al primero que tuve le llamé Clever Hans —dijo soltando una carcajada—. ¿Conoces la historia de Clever Hans?

Leire indicó que no con un gesto. Tenía que ser amable, no podía decirle que solo quería llamar por teléfono. Que necesitaba saber si su marido estaba vivo. Que ese tal Clever Hans y su historia le importaban bien poco.

—Fue un caballo muy famoso en Alemania a principios del siglo XX. Decían que podía hacer operaciones aritméticas, sumar, multiplicar, dividir. ¡Hasta decir la hora! Realizaron espectáculos con él por todo el país. ¿Sabe? En mi opinión, hay caballos que son más inteligentes que algunos humanos. Y, por supuesto, mucho más sensibles…

En aquel momento la mujer reparó en la incomodidad de Leire.

—El teléfono está ahí, sobre la mesa —le dijo.

Leire, nerviosa, le dio las gracias. Ahora tan solo necesitaba un poco de intimidad. La mujer, haciéndose cargo de la situación, se dirigió a la puerta.

—Si quiere algo más, estoy ahí detrás cepillando a los animales.

—Muchas gracias —le dijo Leire que ya marcaba el teléfono de la policía.

Explicó a la persona que le atendió que quería información sobre una noticia que había escuchado en la radio. Sospechaba que podía tratarse de un familiar.

—Espere un momento, que intento pasarle —le dijo la encargada de la centralita.

Y Leire esperó un par de minutos, impaciente, temerosa de que la llamada se hubiera cortado ante la falta de respuesta.

—Buenos días, ¿en qué podemos ayudarle? —dijo esta vez una voz masculina.

Leire se identificó. Le habló a su interlocutor de la noticia sobre aquel profesor drogado y desnudo. Tenía la intuición de que podía ser de su marido.

—¿Me puede decir si la persona que han encontrado es él?

Se apoyó en la mesa. De repente se sentía exhausta.

—Un momento, le vamos a pasar con alguien para que pueda atenderle.

De nuevo Leire esperó al aparato. Contó los segundos que transcurrían para controlar la inquietud que le dominaba.

—Agente primero Aguirre de Seguridad Ciudadana de la *Ertzaintza*. ¿Con quién hablo?

—Leire Lozano.

—Señora Lozano, hemos intentado contactar con usted en su casa y en el móvil —dijo el *ertzaina*.

El corazón le dio un vuelco. Si habían intentado contactar con ella, era porque…

—Yo… He tenido un problema con el móvil. Y ahora mismo estoy fuera de casa. Pero entonces, esa noticia de la radio…

—Su marido está ingresado en la Residencia.

Sintió un nudo en la garganta que le impedía respirar.

—Señora… ¿Me ha oído? ¿Está ahí?

Se mordió el labio inferior con fuerza. Tenía que mantener el control.

—¿Cómo está Bixen? —preguntó.

—Se está recuperando.

—¿Qué le han hecho?

—Le han drogado. Todavía está bajo los efectos de la sustancia que le han inyectado, muy desorientado, con sus facultades mermadas. En cuanto se encuentre mejor, le tomaremos declaración. Le agradecería que viniera usted lo antes posible.

Julen

Julen se sentó en su sitio y, cabizbajo, apoyó los brazos sobre la mesa. Ese día el pupitre de al lado estaba vacío. Era Ander quien solía sentarse allí, con él, porque para ética y religión juntaban las dos clases de sexto, dependiendo de la asignatura que hubieran elegido. Por eso allí también estaba el Loco, en la primera fila. La maestra le había castigado, separándole de sus amigos que se sentaban al fondo del aula.

Julen seguía preguntándose qué había sucedido el día anterior, mientras él estaba con su clase visitando el acuario. ¡Maldita excursión! Habían aprovechado que él no estaba para… ¿Para qué? ¿Qué habían hecho con Ander? Estaba seguro de que Odei mentía. No se creía la historia de esa mujer que había hablado con él. ¡Vaya trola! La desaparición de Ander era cosas del capullo del Loco.

Estaban acostumbrados a sus jueguecitos. Pero esta vez había ido demasiado lejos.

—¡Julen! ¿Estás sordo? Abre el libro por la página cincuenta y dos —le dijo la profesora.

Obedeció para que le dejara tranquilo.

El Loco se volvió y le guiñó un ojo. Apretó los puños. El compañero de su derecha le dio un golpe en el codo. Julen se volvió hacia él.

—¿Qué pasa?

El chaval le tendió un papel doblado con su nombre escrito a bolígrafo. Julen lo cogió y lo metió dentro del libro de lengua. Una nota. Esperó a que la maestra se diera la vuelta para desdoblarla y ver su contenido.

«¿Qué le pasa al marikita de Ander?», decía la nota, escrita con la letra torcida y descuidada del Loco.

Julen sintió que su corazón se aceleraba. Disimula, cretino. Disimula, pero a mí no me engañas, pensó. ¿Qué le habían hecho a su amigo? Esta vez habían ido demasiado lejos.

Arrancó a su vez una hoja de papel de su cuaderno. Apretó el bolígrafo entre los dedos. Pensó en escribir algo directo, como un puñetazo en la mandíbula. Que te den por el culo, cabrón. Le hubiera gustado ver la cara del Loco al leerlo. Pero ese no era el plan. El plan era otro y tenía que seguirlo a rajatabla. Por Ander. Por él. Así que respiró profundamente para intentar calmarse.

Buscó las palabras adecuadas. Palabras neutras, que no alertaran al Loco. «Nos vemos en el recreo». Dobló el papel y escribió en un lugar visible el nombre de su destinatario.

El papelito siguió el mismo camino de la nota anterior, pero a la inversa. Julen se lo dio a su compañero y este lo pasó al siguiente, así hasta llegar a la primera fila. El Loco lo recogió y lo abrió al momento. Tras leer la nota, se volvió hacia él con su asquerosa sonrisa. Movió los labios exageradamente, con una lentitud pasmosa.

Julen entendió la pregunta.

«¿Qui - e - res - ju - gar - con - mi - go?».

Después le lanzó un beso a modo de burla.

Julen se limitó a sostenerle la mirada. Te vas a cagar, chaval, pensó.

Leire

—¡Mi marido está vivo! —gritó Leire.

Se preguntó si el crío podría escucharla desde el maletero.

El *ertzaina* con el que había hablado por teléfono solo le había dicho que Bixen se estaba recuperando, no le habían dado más información, pero había sido suficiente para provocarle un ataque de euforia. Tras darle las gracias, se había despedido de la dueña de la hípica, intentando controlar la sensación de júbilo que la dominaba. Caminó hacia el coche con ligereza, como si estuviera en una nube.

Aquella horrible historia en la que estaba inmersa se desarrollaba en giros inesperados. Todo mutaba con rapidez. Lo muertos y los vivos. Los vivos y los muertos. Bixen en el hospital. El bienestar y la felicidad habían hecho que su rostro se relajara, a pesar del cansancio. Respiraba con facilidad. La impresión de que el aire no le llegaba a los pulmones había desaparecido. Atrás quedaba el desvarío, la locura en la que había vivido desde que el teléfono había sonado la noche del miércoles. ¡Dios mío!, pensó. No hacía ni siquiera cuarenta y ocho horas.

El alivio le hacía ver el mundo con dulzura. Disfrutó de la hermosura de los valles que atravesaba, Anué, Ezcabarte, Oláibar. De la grandeza de las montañas que los rodeaban. Tenía ganas de gritar a cada coche con el que se cruzaba que Bixen estaba vivo. No tardaría en encontrarse con él, porque su marido no había muerto, a pesar del disparo. Solo estuvo muerto en su mente, en su pensamiento confuso, en aquella maldita noche en la que la muerte les había rondado, silenciosa y tenaz.

De algún modo, Leire deshacía el camino emprendido. Regresaba hacia la mujer que había sido, la que había comprado el pan integral y los yogures. La que limpiaba una lechuga en la cocina de su casa una tarde de otoño. La que estaba en contra de la violencia. La que no tenía remordimientos.

Ahora, bajo el efecto benéfico del sol, con Bixen vivo, Bixen que había sobrevivido a los secuestradores y a su enfermedad, todo parecía una broma de mal gusto. Incluso le resultaba difícil aceptar que llevaba al niño en el maletero. Que lo había tenido encerrado en la casa de Arbaiun.

El niño…

—¿Me has oído?

El sol. La carretera tranquila, con poco tráfico.

—¡Está vivo! ¡Mi marido está vivo!

El orden de las cosas. El orden que recuperaría en cuanto liberara al chico. Ya había decidido dónde lo iba a dejar; a las afueras de Hondarribia, en la zona del golf, muy próxima a Irún. Allí cerca estaba el centro comercial Txingudi.

Leire lo soltaría y a continuación iría a ver a Bixen, limpia y pura.

—Quiero que sepas que si hice esto fue porque no tuve otro remedio —gritó.

Deseaba que el niño comprendiera que la mujer que lo había secuestrado, ese ser malvado,

cruel, se había escindido de la verdadera Leire con un esfuerzo brutal. Que para la mujer que ella había sido antes de la maldita llamada, era infinitamente más fácil curar que herir. Acariciar que golpear.

—Lo siento mucho. ¿Me oyes?

Esperaba que él creyera lo que ella le decía.

—Ojalá no hubiéramos tenido que encontrarnos.

Había llegado a la zona de las Cinco Villas. Se llamaba así a las cinco localidades que se asentaban a ambos lados del río Bidasoa. El paisaje, de un intenso color verde, le cegaba con su belleza. Se alternaban a su paso los prados con los bosques de pinos, robles, hayas y castaños.

Allí cerca se había detenido con el niño para darle las pastillas. El recuerdo enturbió su felicidad.

—Tenemos que olvidar. Todo esto ha sido una maldita pesadilla. Olvidar, ¿me entiendes?

Ahora el tráfico era más lento. Se empezaban a juntar camiones debido a la proximidad de la frontera.

—Intentaremos vivir, salir adelante, que no es poco… —dijo Leire hablando esta vez consigo misma.

Un cartel indicaba que faltaban pocos kilómetros para llegar a Irún.

Kuti

Por fin Kuti se decidió a entrar en la comisaría. El *ertzaina* que estaba en la entrada tuvo un sobresalto al verlo. Lo había reconocido, y de forma automática se llevó la mano al arma, a la vez que le daba el alto. Kuti se quedó de piedra. No podía dejar de mirar los ojos verdosos del hombre que le apuntaba. Era un tío grande, más alto que él, cuadrado, cuyo uniforme se tensaba sobre su tripa. Incapaz de decir nada, Kuti, separó los brazos del cuerpo y levantó las manos. El *ertzaina*, sin dejar de apuntarle, le cogió de un brazo y se lo llevó a unas dependencias interiores, ante la curiosidad de la gente que estaba en la recepción.

—Cachéale —le pidió a un compañero que se acercó asustado al ver su pistola.

Kuti permaneció muy quieto mientras el policía lo registraba, palpando su cuerpo.

—Está desarmado —dijo el agente.

—¿Qué quieres? —le preguntó a Kuti el primer *ertzaina*, mirándole con desconfianza.

—Quería… Quería poner una denuncia. Mi hijo ha desaparecido —dijo Kuti desesperado.

—¿Y quieres que nosotros te ayudemos? Ahora estamos aquí para ponernos a tu servicio… Creía que para ti éramos basura. *Cipayos* que solo servimos para que algunos practiquen el tiro en la nuca o el coche bomba.

—Solo he venido a poner una denuncia —dijo Kuti agotado.

—Y yo te digo que no deberías pedir ayuda a aquellos a los que tanto odias.

—Ya vale —dijo el otro agente—. Déjale en paz. Te vas a meter en un lío.

—Sabes, hace ya diez años que volasteis el coche de un compañero con una bomba lapa adosada en los bajos de su Opel Vectra. Quizás tú lo hayas olvidado, pero yo me acuerdo todos los días.

Kuti evitaba mirarle. Sentía la rabia de aquel hombre, y él, exhausto, no lograba mostrarse firme.

—La explosión desplazó el coche cuarenta metros, hasta hacerlo chocar con una furgoneta. Cuando lo sacaron estaba reventado. Murió dos horas después. Pasó cerca de aquí.

El segundo agente cogió a Kuti del brazo para llevárselo de allí.

—¡Tenía treinta y seis años y tres hijos! —gritó el policía de los ojos claros mientras salían.

Kuti se sintió aliviado cuando dejó de escuchar sus gritos. Le indicaron que se sentara en una de las mesas de atención al público. Se derrumbó sobre una silla.

Un policía, delgado y de aspecto atlético, le pidió que se identificara y le tomó los datos. Le hizo diversas preguntas. En qué momento se habían dado cuenta de la desaparición de su hijo. Qué habían hecho. Por qué habían dejado transcurrir tanto tiempo. Sus dedos largos resonaban sobre el teclado al escribir las escuetas respuestas de Kuti.

—¿No sabe que el tiempo es un factor básico en la resolución de las desapariciones? —le dijo el policía.

—Pensamos que era una chiquillada…

Le preguntó si lo había hecho más veces. Si el chico estaba enfadado. Si se había comportado

de forma extraña últimamente. Kuti negaba con la cabeza una y otra vez. Evitaba mencionar a la mujer que se había llevado al niño para no destapar el asunto del secuestro del profesor.

Sin embargo, no mencionar a la mujer entorpecería la investigación. ¿Y si había todavía alguna posibilidad de salvar a Ander? ¿Acaso no acababan de decirle que el tiempo era fundamental?

—Creemos que se fue con alguien —dijo finalmente.

El agente que le atendía dejó de teclear y mirar la pantalla.

—¿Por qué dice eso?

—Una persona fue a hablar con él al colegio. Una mujer.

—¿Por qué no ha empezado por ahí? —le recriminó el policía. Y durante unos segundos brilló en sus ojos la desconfianza.

—Perdone… Estoy confundido —dijo Kuti, sin poder contener las lágrimas contenidas durante las últimas horas.

El recelo fue sustituido por la lástima. El agente le hizo muchas preguntas, a las que contestó como pudo.

Sin embargo, no le confesó que sabía quién era ella, la esposa de un profesor que la banda había secuestrado. Que la mujer solo pretendía salvar a su marido. Y él, aunque la odiaba por haberse llevado a Ander, también la entendía. No le dijo que lo había intentado todo. Que había recurrido a la banda armada y que habían hablado con la mujer en diversas ocasiones hasta que el asunto se les había ido de las manos con aquel maldito disparo. No le dijo que, por desagracia, ellos eran su último recurso.

Cuando acabó de rellenar la ficha, el *ertzaina* le pidió que le diera un teléfono de contacto.

—Tienen que informarnos de cualquier detalle que recuerden sobre su hijo. Cualquier cosa que les haya llamado la atención. Todo es importante.

El aire frío de la calle le alivió momentáneamente. Ahora se daba cuenta de que en la comisaría hacía calor. Le dolía la cabeza, sentía la presión detrás de los ojos anunciando una buena jaqueca. Le costaba abrir los párpados. El camino a casa se le hizo largo, pesado.

No podía dejar de pensar en el policía que le había gritado, mientras le apuntaba con su arma, y al que por suerte no había vuelto a ver. El hombre tenía razón, Kuti recordaba aquel atentado perfectamente. También recordaba sus palabras al hablar con la prensa, las mismas que había repetido infinidad de veces. Defendía el atentado porque «la acción era consecuencia de la actuación represiva de las Fuerzas de Seguridad. Ellos eran los culpables de que se llevaran a cabo atentados de ese tipo, al seguir un camino irracional y alejado de cualquier ética».

Y, sin embargo, era la *Ertzaintza* ahora la que iba a tratar de encontrar a Ander. Porque los otros, los suyos, no habían hecho nada por su hijo. Esto es de locos, pensó.

A Kuti le impresionó la extraña calma que le rodeó al entrar en casa. Mertxe se había vuelto a sentar en el sofá. Parecía una muñeca, derrumbada sobre los cojines. Su mujer clavó sus ojos en él, a la espera de que le contara lo sucedido.

Ander

De nuevo en el maletero, Ander intentaba entender qué pasaba. Cuando parecía que todo estaba perdido, cuando realmente creía que su suerte estaba echada, la mujer lo había sacado de la casa. Falsa Periodista lo había metido en el coche. A pesar de estar agotado, le había parecido que ella estaba excitada y transmitía una nueva energía. El coche arrancó. ¿Cuál sería su destino? Pero se detuvo al momento. Debían de estar muy cerca de la casa. Una puerta se abrió y se cerró. El silencio le dijo que Falsa Periodista se había bajado del coche. ¿Qué estaría haciendo?

Escuchó algo. ¿Eran caballos?

Poco después alguien regresó al coche. De nuevo sonó una puerta. Una puerta, una persona. ¿Sería la Falsa Periodista? O ¿tenía quizás un cómplice?

El auto volvió a ponerse en marcha. Ander se dejó mecer por el vaivén del coche, arrullado por el ronroneo del motor. Cubierto por las mantas, ya no tenía frío. Fue la voz de la mujer la que lo sacó de aquel duermevela.

—Mi marido está vivo —gritó.

Ander, confundido, se preguntó con quién hablaba. Quizás mantenía una conversación por teléfono. Pero no tardó en comprender que hablaba con él. Su marido estaba vivo. Esa era una buena noticia. Entonces ella lo repitió.

—¿Me has oído? —gritó de nuevo—. Está vivo. ¡Mi marido está vivo!

Y sí, Ander le había oído, pero no podía contestarle. Le había amordazado. ¿Acaso lo había olvidado? ¿Cómo iba a olvidarlo si ella misma había colocado el pañuelo en su boca?

—Quiero que sepas que si hice esto fue porque no tuve otro remedio —dijo la mujer.

Y Ander supo que era cierto. Pero habían estado a punto de suceder cosas horribles en la casa oscura y fría. Pensó en el mechero.

—Lo siento mucho…

La mujer le pedía perdón. Eso quería decir que… ¡iba a soltarlo!

El alivio fue inmediato. La angustia que le acompañaba desde que Falsa Periodista le hizo tomarse las pastillas desapareció. Y con ella el pavor al mechero. El peso de las amenazas. La tensión de la negrura que amenazaba con engullirlo hasta hacerlo desaparecer.

Sus músculos se relajaron. Y acunado por el movimiento del automóvil, Ander volvió a ser el niño que se dormía en el cochecito cuando le sacaban de paseo. Recordó, o quizás simplemente imaginó el cielo azul, las nubes, las ramas de los árboles cubiertas por las hojas. El rostro de Mertxe. *Kaixo, bihotza*[14].

A-ma, a-ma. Ai-ta, ai-ta.

Ander vio a su padre con el pelo suelto. *Zer moduz, txikia?*[15], le preguntó.

Kuti había pelado un plátano y lo sostenía mientras él daba mordiscos. Estaban junto al mar. Había gaviotas. Gaviotas grandes.

—Cómete el plátano o vendrán las gaviotas a por él —le dijo Kuti riéndose—. Ya está. Muy bien, te lo has comido todo… Y ahora, vamos a dar un paseo.

Ander corría hacia su madre.

Ojalá no hubiéramos tenido que encontrarnos, había dicho la mujer.

Mertxe con los brazos abiertos lo esperaba, lo alzaba del suelo. ¡Qué nítidos eran esos recuerdos! Recuerdos de Ander niño, que le sorprendían por su luminosidad y frescura. Y ahora, *bat, bi ta… hiru.* Una, dos y… ¡tres! Mertxe le sujetaba de la mano derecha y Kuti de la izquierda. Lo impulsaban, le hacían volar. Otra vez. *Bat, bi ta hiru*…

Tenemos que olvidar.

Bat, bi ta hiru… Lo levantaban y Ander se reía a carcajadas, un poco asustado al alejarse del suelo para aterrizar unos segundos después. Vuela, vuela, Ander. Vuela como las gaviotas que no se comerán tu plátano. Era una broma. Kuti nunca lo permitiría. Él estaba allí para protegerlo. Para salvarlo de todo lo malo que, entonces, en esa infancia ya lejana, no podía imaginar.

Vivir. Salir adelante, que no es poco.

Ander estaba adormilado. Era un niño muy pequeño, feliz. Y a la vez era un niño grande que volvía a casa. Deseaba tanto ver a su familia. Incluso le daría un abrazo a Nerea. Su casa. Su habitación. Las estrellitas que brillaban en el techo cuando apagaba la luz, para que no tuviera miedo de la oscuridad.

Ya voy. Ya estoy llegando, pensó Ander.

En comisaría

Tras la denuncia de Kuti sobre el posible secuestro de su hijo, desde la comisaría de Irún se pusieron en contacto con la Jefatura de Investigación Criminal y Policía Judicial. La Unidad de Investigación Criminal era la encargada de investigar los delitos graves, los relacionados con el crimen organizado y, en general, todos aquellos que exigían una alta especialización en su persecución.

El oficial Ormazabal convocó en su despacho a dos de sus suboficiales, Artetxe, uno de sus hombres con más experiencia, y Virto, una joven que había sido la primera de su promoción. Los suboficiales tomaron asiento frente a la pesada mesa de nogal del oficial. Este prefirió permanecer de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de su silla.

Ormazabal les puso al día de la denuncia puesta por Iñaki Astibar, más conocido como Kuti, y la presunta desaparición de su hijo, el menor de once años, Ander Astibar.

—¿Cuál es su opinión sobre este asunto? —les preguntó.

—En la mayor parte de los casos de abandono del hogar por parte de un menor, este se va de forma voluntaria, a causa de una discusión, un enfado, o simplemente para llamar la atención —dijo Virto.

—Sí, pero Astibar dijo que había hablado con alguien, una mujer que le fue a buscar al colegio, justo antes de desaparecer —dijo Ormazabal.

—¿Es fiable esa información? —preguntó Artetxe.

—Se la dio un alumno, compañero de clase del desaparecido.

—Puede que lo estén encubriendo —sugirió Virto.

—Habrá que comprobarlo. Y también hay que hablar con el resto de la familia —dijo el oficial jefe.

—Tendríamos que ver si se ha producido alguna otra denuncia similar —dijo Artetxe—. Si se ha escapado de casa, puede que no lo haya hecho solo.

—Efectivamente. Y sugiero que usted mismo se ocupe también de hacer un informe sobre los casos de menores desaparecidos en los últimos meses.

—¿En Guipúzcoa? —preguntó Artetxe.

—De momento, en el País Vasco —le respondió el oficial—. También en Navarra e Iparralde. Y cuando lo tengamos, vemos si lo ampliamos.

—Nos han llegado noticias sobre algunos casos recientes en ciudades europeas —dijo Artetxe —. Se llevaban a los chicos a otros países y los utilizaban para mendigar y delinquir principalmente. Aunque también en algunos casos para ejercer la prostitución.

—Sí, han desarticulado varias bandas a nivel internacional —confirmó Ormazabal.

—Disculpe, señor —intervino Virto—. Creo que no podemos ignorar que el padre del chico es una persona vinculada a ETA.

—Es un factor a tener en cuenta, por supuesto —reconoció Ormazabal—. Pónganse con todo ello para hacernos una idea y tomar medidas. Si confirmamos que se trata de una desaparición de

carácter forzoso, daremos de inmediato la alarma de menor desaparecido. Y ahora, discúlpenme, tengo una reunión.

Los dos *ertzaina*s se levantaron.

—Manténganme informado de cualquier novedad. Estando Astibar de por medio, no quiero que esto nos explote en las narices —les advirtió el oficial jefe a modo de despedida.

Una vez fuera del despacho, Virto tomó la iniciativa.

—Mientras tú trabajas desde aquí, yo me ocupo de ir al colegio y luego a la casa del chico. Le pediré a Soto que me acompañe.

—De acuerdo. Vamos hablando si hay novedades —dijo Artetxe.

Leire

Bixen, Bixen… Leire repetía en un susurro el nombre de su marido. La felicidad de saber que estaba vivo se empañaba al recordar las palabras del *ertzaina*. El agente con el que había hablado por teléfono, le había dicho que Bixen tenía sus facultadas mermadas. Se preguntó qué quería decir eso exactamente. ¿Y su corazón? ¿Y si su corazón se veía afectado por las drogas? Fue en ese momento, a dos kilómetros de su destino, el campo de golf de Hondarribia, cuando decidió cambiar el orden de actuación. Iría primero al hospital a ver a su marido y luego soltaría al niño. Solo tenía que alargar su encierro un poco más.

La Residencia, que pertenecía al complejo hospitalario más importante de la provincia, estaba en el alto de Zorroaga, a las afueras de San Sebastián. Leire conducía sumida en sus pensamientos. Anticipaba ya el reencuentro con Bixen. Y luego, la liberación del chico. Cerca del hospital abundaban las zonas verdes. Y había algunos restaurantes. Quizás podría soltar al niño allí mismo.

Era capaz de ver con nitidez lo que iba a suceder. En su fantasía, Leire le quitaba el pañuelo de la boca al crío. Le pedía que no gritase. Sus ojos. Su mirada asustada. Luego le soltaba los pies y tiraba de él para ayudarle a salir del maletero. El niño estaba a punto de caer sobre ella, incapaz de controlar los músculos doloridos a causa de la inmovilidad a la que había sido condenado. Pobre chico, exhausto a causa de las penalidades sufridas.

Leire se mordió el labio inferior. ¡Era tan reales las imágenes que creaba su mente! El niño se había vuelto a orinar y el maletero estaba mojado. Pobre Billy Elliot sin gracia, con la ropa húmeda, y aquel aspecto sucio y descuidado.

Las manos. El chico extendía sus manos hacia ella. Leire soltaba la cuerda, que caía entre sus deportivas.

—Vete en esa dirección.

Al meter la mano en el bolsillo, el crío daba un paso atrás, asustado. De nuevo aquel gesto de indefensión en su rostro. No se fiaba de ella. Sin embargo, solo quería darle unas monedas.

—Encontrarás un restaurante desde el que podrás llamar por teléfono. Di a tus padres que vengan a buscarte.

Billy Elliot la miraba confundido, harto de aquel juego que no entendía. Un juego en el que un disparo mataba en la distancia, un encendedor significaba el horror, una casa de campo se convertía en una prisión. Y ya nadie sabía quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos.

Finalmente, el niño abría su mano, y Leire depositaba en ella el dinero. Cerraba su puño. Y solo tardaba unos instantes en reaccionar, en echar a correr. El pobre daba traspiés. Se caía y se volvía a levantar. Libre, el niño cruzaba una campa de hierba, sin volver la cabeza hacia atrás en ningún momento.

Leire encendió la radio y puso una cadena de música clásica. En lugar de la carretera, los coches, las señales, ella seguía inmersa en su fantasía, viendo al niño correr. Su sudadera gris contrastaba sobre el fondo verde, bajo aquel sol de una luminosidad extraña para ser otoño.

Un cartel señalaba el desvío para el hospital. Leire lo cogió inconscientemente.

Adiós, pequeño. Hasta nunca, le dijo Leire. Ojalá un día puedas olvidarme.

Julen

Julen se colgó la mochila y salió al recreo. Cruzó el patio, concentrado. Ignoraba la algarabía, los gritos de los chicos que jugaban a su alrededor. Estuvo a punto de recibir un balonazo. ¡Ten cuidado, gilipollas!, murmuró. Ese no era un buen momento; en el recreo había demasiada gente. Además de los alumnos, estaban los cuidadores, el profe de guardia.

Sabía dónde encontrar al Loco y sus amigos. Procuró no mirar al resto, se fijó solo en él, en su pelo cortado a cepillo, en su piel morena, en los ojos oscuros. Era de estatura mediana, un poco más bajo que Julen, a pesar de ser mayor que él. De complexión atlética y gestos decididos.

—Cuando acabe el recreo nos vemos detrás del gimnasio —le dijo Julen.

—Pero ¡cómo! ¿Vas a faltar a clase? Igual le das un disgusto a tu *amatxo[16]*.

La voz odiosa del Loco. Julen había decidido no escucharle.

—Ven solo.

—¿Crees que necesito a alguien más? Oh… ¡Qué miedo! El superpringao de Julen me va a tender una encerrona. ¿Quién te crees que eres?

—¿Y por qué llevas la mochila? —preguntó un chico pelirrojo, con el rostro cubierto de pecas.

—La tiene llena de papel higiénico por si se mea en las bragas —dijo el Loco.

Los chicos sonreían, se daban codazos. Excitados. Movida. Iba a haber movida. Julen, solo, se dirigió al fondo del patio.

—Como el chupapollas de Ander no ha venido a clase, quieres hacer nuevos amigos, ¿verdad? Te recibiremos con los brazos abiertos —le gritó el Loco.

La mención a Ander hizo que Julen apretara los puños. Pedazo de cabrón…

—¿Qué querrá?

—¿Vas a ir?

—Machácalo, tío.

Los colegas del Loco hablaban todos a la vez.

—¡Movida! ¡Movida!

—El Loco le va a dar una buena paliza a ese imbécil.

—Y nosotros nos lo vamos a perder…

El idiota de Julen iba a ser aplastado bajo la poderosa bota del Loco. Recibiría su merecido. Alterados, los chicos no dejaron de hablar del tema hasta que sonó el timbre que indicaba el final del recreo.

A regañadientes, regresaron a clase, mientras que el Loco se dirigía al lugar en el que Julen le había convocado.

—Hola, cara acelga —le saludó.

Julen más tieso que un palo, con las manos dentro de los bolsillos, no le contestó.

—Ya estoy aquí —le dijo abriendo los brazos y dejándolos caer al momento.

El Loco intuyó que aquel mierda ya empezaba a arrepentirse de su osadía. Sabía que le haría morder el polvo.

—Supongo que no me habrás hecho venir aquí para nada.

—Hay algo que quiero que veas —le dijo Julen quitándose la mochila y dejándola en el suelo.

—¡Vaya! ¡Un regalo!

—Se puede llamar así.

—Ya entiendo. Me quieres hacer la pelota. Eso me gusta.

—Es algo… Algo de Ander y mío. Es de parte de los dos.

El Loco parecía satisfecho. Por fin habían entendido cómo funcionaba el mundo. Si le hacían un buen regalo, si le daban algo interesante, el Loco podía hacer la vista gorda. Elegiría otros pringados con los que entretenerse. Pero para ello había que pagar un precio.

—Ahora me doy cuenta de que tenía que habértelo dado mucho antes.

Era la vieja ley de la selva; comprar favores, comprar protección. El mundo funcionaba así, pero Julen era un pobre idiota que había tardado mucho tiempo en entenderlo.

—Las cosas podían haber sido distintas…

Mientras el Loco permanecía expectante, Julen se había agachado. Abrió la mochila y hurgó en su interior.

—Este es mi regalo —le dijo incorporándose.

La boca del Loco se abrió en una expresión de incredulidad.

—Estás de coña, tío —le dijo.

El Loco se dijo que era un farol. Aquel imbécil era un chaval tranquilo, que no se metía con nadie, que no había roto un plato en su vida. Si parecía incapaz de matar una mosca… Siempre había obedecido. El Loco debía reconducir la situación. Hacerle ver a Julen que era un ciervo. Y que los ciervos son sumisos. Y los ciervos…

Julen se acercó a él.

—Esto no tiene ni puta gracia —dijo el Loco dando un paso hacia atrás.

Azeri

Conducía con la radio puesta. ¿Cuánto tiempo tardarían en encontrar al profesor? Con el secuestro y una negociación difícil, por no decir imposible, pretendían acaparar la atención de los medios, pero un cadáver también serviría. Aquí estamos, sería el mensaje de la organización a través de aquel cuerpo sin vida. ¿Quién decía que estaban acabados?

Azeri había memorizado la dirección, el modelo del coche, la matrícula. Si cerraba los ojos, podía ver el rostro de la mujer. Tenía buena memoria y era muy buen fisonomista. Siempre había sido muy vivo, muy despierto. Ya desde crío, su madre le decía que era un bicho. Y lo decía con orgullo. No había llovido poco desde entonces… Ahora su madre era una vieja enferma, con un Alzheimer del demonio. Y su padre estaba en las últimas. No se habían repuesto nunca de lo de Anselmo. Recordó los reproches de su hermana, pero se esforzó en dejarlos a un lado.

Como un cazador, Azeri se preparaba para entrar en acción. Aunque no sabía dónde estaba, daría con la mujer. La rastrearía; no le iba a ser fácil escapar de él. De momento conducía hacia Irún con la intención de echar un vistazo al barrio donde vivía.

—¡Vaya sol de cojones! —exclamó.

En la guantera había unas gafas de plástico negro, con los cristales ahumados, que alguien había dejado allí. Se las puso. Tenían los cristales un poco rayados, pero servían para aliviarle el escozor que le producía la luz. En la radio sonaron los pitidos que anunciaban que eran las once. A continuación, venían las noticias. ¿Dirían algo del profesor? Nada. Todavía nada. Y estaba claro que una noticia así abriría los informativos.

Solo cháchara. Bla, bla, bla. No había nada de interés.

Entonces lo escuchó.

«… encontrado un hombre desnudo en un área de descanso de la Nacional 1. Se cree que el hombre, que ha sido identificado como un profesor de la Universidad del País Vasco, estaba bajo los efectos de las drogas. Ha sido trasladado a la Residencia de San Sebastián donde ha quedado ingresado con pronóstico reservado…».

—¡Hijo de puta! —exclamó Azeri golpeando el volante con furia—. ¡Qué hijo de puta!

Estaba casi seguro de que el hombre de las noticias era el profesor. Y si no se equivocaba, eso quería decir que Roque los había traicionado. ¡Joder! Las sospechas que había despertado la llamada de Tor se confirmaban así. Roque había tomado la peor de las decisiones, dejándole a él de lado.

Cambio de planes, se dijo cogiendo una salida de la carretera por la que conducía. Organizó los pasos a dar. Lo primero era ir al hospital para enterarse si el tipo ingresado era realmente el profesor.

Antes de llegar a San Sebastián, Azeri paró en una gasolinera. Todo parecía en calma; no había rastro de *cipayos*. Después de echar gasolina, se tomó un café de máquina para activarse. Dejó más de la mitad; sabía a pis de gato. Fue al cuarto de baño. Al quitarse las gafas vio sus ojos enrojecidos. Tenía una calentura en el labio superior. Eso te sale de la mala hostia que tienes,

solía decirle su hermana. Iba a ser una de las gordas. Latía como si tuviera vida propia. Se lavó el rostro con agua fría y se secó con la manga.

Al volver al coche se puso de nuevo las gafas. Mientras conducía, cambió el canal de la radio varias veces, pero esta vez no dio con nada interesante.

Llegó al hospital a las once y media. En el enorme parking había ya bastantes coches. Aprovechó que un Toyota aparcado cerca de la entrada principal se iba, para ocupar el hueco que había dejado. Ahora tenía que confirmar que el profesor era el tipo del que hablaba la radio. Agotado, recostó un momento la cabeza contra el asiento para coger fuerzas. La calentura crecía por momentos. *Bum, bum, bum*. La pupa se alimentaba de su insomnio y de sus preocupaciones. Sintió la tentación de permanecer con los ojos cerrados unos segundos.

Aquel brevísimo descanso fue suficiente. Abrió los ojos, dispuesto a espabilarse y entrar en acción. Entonces, para su sorpresa, la vio acercarse. Era ella. Reconoció su silueta, no muy alta, delgada, con el pelo suelto. Su rostro, la piel blanca, la boca grande, los pómulos marcados. No llamaba mucho la atención, aunque había que reconocer que era atractiva. Llevaba un plumífero negro y unos vaqueros. Iba sola.

La adrenalina hizo que Azeri se incorporara y agarrara el volante con rabia mientras la seguía con la mirada. Leire Lozano subió los escalones de la entrada corriendo y desapareció de su vista.

—Mira por dónde, ya nos hemos encontrado, guapa —masculló Azeri.

Ya no hacía falta que preguntara nada. Estaba claro que el hombre ingresado en el hospital era el profesor. Pero ¿y el crío? ¿Qué había hecho con él? ¿Había sido capaz de…? Su instinto le decía que fuera a por ella. Sí, se moría de ganas de verse cara a cara con aquella mujer, pero iba a cuidarse mucho de improvisar o de meter la pata.

Poliki, poliki[17]. Sí, eso. Despacito y buena letra. Las cosas de una en una. En la radio habían dicho que el profesor estaba drogado. Si Roque le había dado un buen chute, tenía colocón para un buen rato. Seguro que lo tenían veinticuatro horas ingresado. O probablemente más. ¿No decía que estaba enfermo? Eso le daba más margen.

De momento, ya sabía dónde encontrarla. Estaría por allí, cerca de su maridito, mientras estuviera ingresado. Ya elegiría él la ocasión de llegar hasta ella. Y la convencería de que hablara y le dijera dónde estaba el chaval. Y… ¡quién sabe! Quizás todavía estaba a tiempo de cambiar la historia. El niño vivo y ella muerta. ¿Sería posible un final tan de puta madre?

Inconscientemente se chupó la calentura. No iba a perder más tiempo. Tenía otras cosas que hacer.

Azeri arrancó el coche y se dirigió a la muga, camino de Iparralde. Tenía una conversación pendiente con su amigo Roque.

Roque

Se incorporó de golpe, angustiado. El sueño había sido tan real… Volaba en un avión; los rayos del sol iluminaban el interior del aparato con una dulce luz dorada. Desde la pequeña ventana, podía ver las nubes esponjosas allí abajo, flotando en un cielo azul precioso. A su lado, una mujer dormía. Una mujer que no se parecía a Maider, con aquel pelo largo y liso que cubría su pecho, pero que era Maider.

Roque se preguntó por qué los sueños, a pesar de deformar la realidad, eran tan certeros. Ese, en concreto, le había arañado el corazón de una manera salvaje. Recreó el gesto de la mujer al apoyar la mano sobre su pierna. Aquel gesto de familiaridad. Había sentido el leve peso de esa mano, su contacto a través de la tela del pantalón. Pero al abrir los ojos, solo había encontrado oscuridad.

Fue el olor a perro el que le hizo recordar dónde estaba. Sus dedos recorrieron la pared buscando el interruptor. No sabía qué hora era. ¿Cuánto había dormido? La luz amarillenta de una bombilla desnuda en el techo le permitió ver el cuarto. A los pies de la cama estaba tumbada Neska. No se había movido. Le reconfortó la mirada de aquellos ojos amables. Bostezó. Le dolía un poco la cabeza; eso quería decir que no había dormido lo suficiente.

Miró el reloj; eran poco más de las once. Se conocía. No volvería a coger el sueño, así que lo mejor era levantarse. Se frotó la cara con las manos. Sintió la humedad de la casa al abandonar la protección de las mantas.

Se sentía viejo. Cada vez necesitaba más tiempo para cargar las pilas. Se rascó las piernas flacas y velludas. Se vistió, se puso las botas y tras doblar las mantas salió de la habitación. La perra lo siguió.

Entró en el apartamento con la llave que Trumoia le había dejado. La perra fue directa a la cocina a beber agua y Roque la siguió. En una de las parrillas había una cazuela. Levantó la tapa; eran lentejas del día anterior. Encendió la cocina de butano con un mechero que había sobre la encimera y, mientras se calentaba la comida, se limpió las manos y la cara en la pila. Se secó con un trapo.

Removió las lentejas con una cuchara para que no se pegaran. Cuando estuvieron calientes, cogió un plato hondo y lo llenó hasta arriba. Las acompañó con un trozo de pan duro. Masticó despacio, obligándose a comer tranquilo, a pesar de que el hambre acuciaba.

Tenía que volver a Urrugne. Lo mejor sería coger un autobús que le llevara a Donosti.

La perra se tumbó a sus pies y se los calentó con su cuerpo grande y peludo. Era una perra cojonuda. Cuando la miraba, Neska parecía sentirlo y elevaba su cabeza. Sus ojos de color miel eran muy humanos. Unos ojos compresivos. Unos ojos que parecían decir, no me importaría ir contigo al fin del mundo.

Se sirvió un cazo más de lentejas, todavía quedaba suficiente para Trumoia. Remató la comida con una manzana. Se limpió la boca con el trapo. Antes de irse, miró en el frigorífico. Encontró un paquete de salchichas. Lo abrió y se las dio a Neska que las devoró en un instante.

—Te mereces esto y mucho más —le dijo Roque.

La perra le siguió hasta la puerta. Roque se agachó; su cabeza y la del animal quedaron a la misma altura. Podía sentir su aliento en la cara. Roque le acarició detrás de las orejas y la perra le chupó la mejilla. Tenía una enorme lengua rosada.

—*Agur*, preciosa —le dijo.

Dejó las llaves sobre la mesa antes de salir.

Afuera brillaba el sol. Vaya mañana rara, se dijo, mientras se subía la cremallera del anorak. La claridad del día le hizo recordar el sueño del avión. La mano de Maider que no era Maider. Y pensó en el cariño de aquella perra que se comportaba como Argi, pero no era Argi.

Caminó hacia el pueblo. Entró en un bar y pidió un café solo. Le dijeron que el autobús pasaría en cinco minutos. Luego cogería un tren hasta San Juan de Luz. Confiaba en que alguien en Ziburu le dejara una moto para llegar a Urrugne.

Tardaría un buen rato en llegar. Pero no tenía prisa; sabía lo que le esperaba.

Leire

Como una exhalación, entró en el hospital y se dirigió al mostrador de la entrada. Le dieron el número de habitación; estaba en la segunda planta. Impaciente, esperó el ascensor. La euforia había dado paso al nerviosismo ante el inminente encuentro.

Delante de la puerta a la que se dirigía, había dos *ertzainas*. Uno de ellos, al ver su intención de entrar en la habitación, le pidió que se identificara. Leire lo hizo. Entonces, él se identificó a su vez. Era el agente primero Aguirre, de Seguridad Ciudadana, el hombre con el que ella había hablado por teléfono. Le presentó a su compañero, el agente Ibarrola. Leire les suplicó que le permitieran ver a su marido.

Abrió la puerta lentamente. Bixen tenía los ojos cerrados, la boca ligeramente abierta. Estaba cubierto por una sábana blanca, sobre la cual descansaban sus brazos, estirados a lo largo de los costados. La emoción le provocó un nudo en la garganta. Bixen.

El doctor Querejeta entró en la habitación para hablar con ella. Le puso al día de su estado. A pesar de todo lo sucedido, el corazón de Bixen había aguantado. Y el resto, la hipotermia, las heridas superficiales, el efecto del tóxico administrado, no suponían gravedad alguna.

—Lo operarán en cuanto sea posible —le dijo el médico.

Leire estaba agotada.

—¿Puedo…? —preguntó mirando a Bixen.

—Procure que no se altere demasiado. Continúa agitado, aunque parece que la medicación que le hemos administrado empieza a hacerle efecto.

Leire se acercó a la cama. Le impresionó verle así, débil, enfermo. Los ojos hundidos. Las arrugas de la frente parecían más profundas. Tocó su mano izquierda con suavidad. Al sentir el contacto, él abrió los ojos. A pesar de no llevar las gafas, la reconoció de inmediato. Intentó sonreír.

Un sentimiento al que no sabía poner nombre desbordó el pecho de Leire. Algo incontrolable explotó en su interior. Tuvo la impresión de tener un pájaro encerrado dentro. Un pájaro que aleteaba intentado escapar por su boca.

—Perdona… —le dijo a Bixen a duras penas, dando un paso atrás.

Leire se encerró en el cuarto de baño. Los sollozos la sacudían de arriba abajo; sucumbía al vértigo de lo vivido durante las últimas horas. Tardó unos minutos en recuperarse de aquella crisis. Se limpió el rostro para borrar las huellas del llanto. No tenía buen aspecto con aquellas ojeras y las mejillas de color ceniza. Se peinó un poco con las manos.

Respiró profundamente antes de salir del cuarto de baño.

—Parece que se ha dormido —dijo Aguirre volviéndose hacia Bixen—. ¿Podemos hablar un momento?

Leire y los dos policías salieron al pasillo. Aguirre le puso al día de los hechos. Como ella ya sabía, habían encontrado a Bixen drogado en un área de servicio de la Nacional 1. Pero su historia era muy confusa. Según parecía, había sido retenido por unos hombres y estos lo habían drogado

antes de soltarlo. Desconocían el motivo. Tendrían que esperar a que estuviera lúcido para tomarle declaración.

También querían hacerle algunas preguntas a ella.

Las preguntas que Aguirre le hizo fueron las que Leire esperaba. Cuándo había sido la última vez que vio a Bixen. Cuándo se dio cuenta de su desaparición. Por qué no había denunciado la misma. Y Leire contestó con las respuestas que había preparado. La noche del 7 de noviembre recibió una llamada de teléfono en su casa. Se identificaron como miembros de ETA y le comunicaron que su marido estaba retenido. Le advirtieron de que no hiciera nada, que no contactara con nadie. Si no cumplía sus órdenes, la vida de Bixen correría peligro.

Les dijo que había obedecido las órdenes que le habían dado. No había informado a nadie de lo sucedido, ni siquiera a la familia o a los amigos. Había pasado las horas aterrada, sin saber qué hacer, esperando tener alguna noticia de Bixen a través de los medios de comunicación. Tras la segunda noche sin noticias del ausente, presa de la angustia, e incapaz de permanecer más tiempo sola encerrada en la casa, había salido a caminar por el río. Había sido entonces cuando había escuchado en su iPod que habían encontrado a un hombre drogado y desnudo y que era un profesor de universidad. Por suerte, su intuición había sido acertada. Se trataba de Bixen.

Leire jugaba sus cartas. Cuando había hablado con Aguirre desde la hípica, este le había dicho que habían intentado contactar con ella en casa, además de por el móvil. Inventaba así un relato que se correspondiera con el de la policía.

De todos modos, contaba con que dieran por buena su versión y no la comprobaran. A fin de cuentas, no tenía mucho sentido cuestionar las declaraciones de los familiares de las víctimas. Bastante tenía la policía con ocuparse de los terroristas. Y, en el caso de que algo no casara, ya inventaría algo.

—¿Puedo volver con mi marido? Me necesita a su lado —imploró Leire.

Todos

El agente primero Aguirre se despidió de la mujer del profesor. Antes de irse le dio su contacto para que le avisara cuando su marido se encontrara más recuperado. Leire se quedó a solas con Bixen. En ese momento la habitación blanca le pareció más grande y silenciosa. Se sentó junto a él y le cogió la mano. La apretó suavemente, intentado trasmitirle todo su amor con ese gesto.

—Bixen… —pronunció su nombre en un susurro.

Él abrió los ojos y al verla sonrió, pero los volvió a cerrar al momento.

—Ya ha pasado todo…

No, todo no, le dijo su voz interior. Y tenía razón; el niño seguía en el coche. Había que acabar aquello de una vez.

—Tengo que hacer algo urgente —le susurró al oído.

Sería algo rápido. El coche estaba allí afuera.

—No tardaré… ¿Vale?

Bixen intentó volver a abrir los ojos, esta vez sin éxito. Leire percibió el movimiento de sus globos oculares bajo los párpados. ¿La escuchaba? ¿Entendía lo que le decía?

Se levantó de la butaca y acarició su frente.

—Vuelvo enseguida, *maitia*.

No había tiempo que perder. Leire besó a Bixen y salió de la habitación.

El Loco no creía lo que veía, y esa sensación de irrealidad terminó en el momento en el que el martillo cayó sobre su rostro. No tuvo reflejos para detenerlo; estaba paralizado. Incrédulo, se decía que eso no podía estar pasando. Pero el terrible dolor le confirmó que sí, que el martillo le había roto la nariz.

El sufrimiento vino acompañado de un chorro de sangre que le manchó la ropa y goteó sobre el suelo. Todo se había vuelto increíblemente rojo a su alrededor. Sangraba como un cerdo. No podía respirar.

El Loco, muy asustado, se llevó las manos a la cara, mientras gritaba. Y Julen también gritó. Y los dos gritos se unieron, se volvieron uno.

Julen sostenía el martillo amenazador, dispuesto a atacar de nuevo.

El Loco pudo leer en su mirada. Aquel chico no iba a parar hasta acabar con él.

Leire salió del hospital y caminó ligera bajo el sol. Cruzó el aparcamiento. Su coche estaba en la zona más apartada, debajo de unos árboles. Se sentía aliviada tras la visita a Bixen. Todo iba bien; Bixen estaba vivo, se iba a recuperar. Ahora le tocaba liberar al niño.

De repente solo quería quitarle la mordaza, desatar los nudos de las cuerdas. Sacarlo del maldito y angustioso maletero. Mirarle a los ojos mientras calentaba con las suyas sus manos

heladas. Los dos, bajo el sol, una mujer y un niño unidos por una historia increíble que nunca contarían a nadie. Su secreto. Un secreto digno de olvidar, si es que lo conseguían.

Imaginó al chaval cruzando como un conejo blanco la hierba verde. La caricia del aire puro. No tardaría más de diez minutos en llegar a algún lugar desde el que contactar con su familia.

Leire echó a correr. Solo quería soltar al niño y volver con Bixen. Todo se iba a arreglar, operarían a su marido en cuanto se recuperara. Y el niño… Olvidaría. Olvidaría lo sucedido y un día, al ser mayor, se preguntaría si aquello ocurrió realmente o fue solo una maldita pesadilla.

El agente Soto y la suboficial Virto aparcaron el coche cerca del colegio. Se bajaron y cruzaron el patio delantero, camino de la secretaría. Los chicos estaban en clase, de ahí la calma que se respiraba en el ambiente.

Entonces lo escucharon. ¿Qué era aquello?

Virto fue la primera en reaccionar. Echó a correr hacia el lugar del que procedían los gritos. Soto la siguió, aunque no era tan rápido como su compañera. Al bordear el edificio principal, al fondo del patio, pudieron ver a los dos chicos.

Pero ¿qué demonios hacían? Uno de ellos golpeaba al otro con…

—¡Un martillo! ¡Joder! ¡Tiene un martillo!

Virto se lanzó contra el chico armado y lo inmovilizó. Él no opuso resistencia. Lo desarmó y tiró el martillo a cierta distancia. La policía se dio cuenta de que el chico estaba en estado de *shock*.

Mientras tanto, su compañero examinaba al chaval herido que estaba en el suelo. Tenía la cara destrozada. La nariz rota, seguro. Y algunos dientes.

—¡Qué salvajada! —exclamó impresionado.

Mientras Soto llamaba por su radio para pedir una ambulancia, el conserje se acercó a ver qué había sucedido.

Virto se llevó al agresor al coche de policía. El chico caminaba como si estuviera sonámbulo. Como si no supiera dónde estaba, ni qué había sucedido.

El sueño de Maider había sido intranquilo y ligero. No había quien durmiera en aquel piso de madera, viejo y ruidoso, sacudido continuamente por el estruendo de las campanas. Pero no habían sido solo las campanadas de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción las que le habían impedido dormir profundamente. No podía dejar de pensar en aquel crío, el hijo de Kuti. El malestar provocado por lo sucedido la noche anterior se le había quedado dentro.

Pensó en Roque. En el profesor. En los atentados de ETA en los que había participado. Pensó en su madre, a la que hacía siglos que no veía. No contestaba a sus llamadas. La última vez que habían hablado, le había dicho que ya no era su hija, que su hija Maider estaba muerta.

Todos los pensamientos que le venían a la cabeza eran angustiosos.

Dio una patada a las mantas. Se levantó y miró con rabia aquel lugar. Estaba harta. Y de nuevo le venía aquella canción, *Aitormena*, a la cabeza.

> *Mundua jausi zaigu gainera,*
> *maitia lehen baino lehen aska gaitezan*[18].

Maider no podía más.

Ez dakigu non dagoen hoberena,
bila dezagun beste lekuetan[19].

Tenía que hablar con Roque. Le preguntaría si quería irse con ella. Le preguntaría si se atrevía a empezar de cero, en algún lugar del mundo en el que pudieran ser otros. Le dejaría decidir si ellos dos merecían una nueva oportunidad.

Y llamó. Llamó a Roque, pero él tenía el móvil apagado.

El sol sobre su cabeza, la tranquilidad de aquel lugar, la hierba verde. Desde allí se podía ver el complejo hospitalario. Leire abrió el maletero y retiró las mantas.

—Despierta, chico.

Tocó al niño, apoyó su mano en el hombro.

—Venga, abre los ojos.

Pesaba mucho, pero lo cogió entre sus brazos para sacarlo del maletero. Dio unos pasos con el niño pegado a su pecho y lo dejó en el suelo, sobre la hierba. Leire se arrodilló a su lado.

—¿Quieres despertar de una vez?

Con manos temblorosas le quitó la mordaza. Soltó sus pies y sus manos. Se fijó en una pequeña cicatriz en su muñeca izquierda. La acarició suavemente.

—Vuelve a casa. Es hora de volver…

Durante unos segundos, el sol cegó a Leire. Cerró los ojos. Ya no sentía la luz. Ni el aire fresco de noviembre que despeinaba su pelo.

Aturdida, abrió los ojos. Se levantó y se alejó de allí.

Azeri conducía hacia la frontera. Concentrado, silbaba una canción de Kortatu. «Te nubla la cabeza, es el odio quien guía tus pasos…». Sí, se había declarado la guerra y se acercaba el momento de la última batalla.

Mertxe y Kuti estaban en casa. Era un día extraño, en el que no habían ido a trabajar, en el que no había nada que hacer salvo esperar. Mertxe lloraba a ratos. Kuti fingía no oírla.

A las doce treinta y cinco Mertxe se levantó del sofá. Kuti pensó que iba a ducharse, a hacer algo de comer, a recoger la ropa tendida en el tendedero. Que su mujer se movía para evitar que los cojines del sofá la engulleran. Para mantener algo de cordura.

Cruzó la sala, pero no llegó a la puerta. Antes, a solo tres o cuatro pasos de distancia, Mertxe se dobló en dos. Se llevó las manos al estómago y se dejó caer. Kuti corrió hacia ella, que no decía nada, que le miraba con terror. Y se arrodilló junto a su mujer, comprendiendo que ella sentía algo, algo que no podía explicar.

Él se encogió a su lado, buscando con su mano la de Mertxe. Se agarraron con las pocas fuerzas que les quedaban.

Kuti, el orador, se había quedado mudo.

Tan solo era capaz de pronunciar una palabra. Nerea. Y la repitió en su cabeza una y mil veces.

En casa de Roque olía a sopa de pescado. El olor venía del restaurante que había en el bajo; ya habían servido las comidas. Azeri entró en el salón. Se dejó caer en la vieja butaca, sin quitarse la chaqueta de esquí. Apoyó la cabeza en el respaldo, suspiró y se masajeó las sienes. Se chupó la pupa. Seguía latiendo con fuerza, la hija de puta.

Sacó el paquete de tabaco, encendió un cigarro y fumó para no quedarse dormido.

Roque aparcó la moto que le habían prestado frente a su casa. Caminó hasta la entrada bajo el luminoso sol. Dentro del portal reinaba la oscuridad.

Durante el viaje, había pensado en su abuelo. De niño, a Roque le gustaba jugar con él al dominó. Y cuando el abuelo tenía faena y no podía jugar, Roque niño se entretenía solo. Cogía las diferentes cajas de fichas y se pasaba las horas colocándolas, una tras otra, montando lo que él llamaba «un circuito». Cuando lo tenía listo, se levantaba y lo miraba, orgulloso. Su obra. Su trabajo. Luego, dejaba caer la primera ficha, y esa empujaba a otra, y la otra a otra más, y la fila se venía abajo en cuestión de segundos. Le maravillaba aquel movimiento.

Roque subió los primeros peldaños de la escalera. En ese instante él se sentía una de esas piezas de dominó, aunque no sabía bien en qué punto de la cadena estaba. Tampoco quién había decidido el recorrido de las piezas, ni en qué dirección caerían. Tan solo era consciente de que se producían movimientos consecutivos, que eran inevitables. Sí, él era una pieza de un dominó gigante. Y Maider también lo era. Y todos los demás, Tor, Chus, Azeri. El profesor y su mujer. Kuti y su hijo.

Subió el resto de las escaleras de madera. Imaginó diferentes circuitos, construidos con cientos, miles, millones de piezas. Pensó en los movimientos que se habían producido, o que se estaban produciendo en ese momento. Fichas que caían, y que quedaban tendidas en el suelo.

Llegó al primer piso. Empujó la puerta de su casa. Estaba abierta.

Se preguntó cuánto tiempo le quedaba.

Un hombre que salía de comer del restaurante fue quien llamó a la policía. Había escuchado tres disparos. Dos de ellos casi seguidos. El tercero unos segundos después. El testigo se metió en su coche y permaneció tenso, con el móvil en la mano, esperando a ver si sucedía algo más. Los gendarmes tardaron unos diez minutos en llegar. Para entonces, no había nada que hacer.

Las noticias de la prensa del día siguiente confirmaron que habían sido dos los muertos de la casa de Urrugne.

Epílogo. Leire y Bixen

7 de noviembre de 2008, primer aniversario del secuestro.

Aunque ni Bixen ni Leire habían sacado el tema, no habían podido dejar de pensar en ello a lo largo del día. Leire había tenido que aumentar su dosis de ansiolíticos, pero el malestar no le había abandonado. Una vez más sentía dolor torácico, causado por la angustia.

Como le había prometido a su mujer, Bixen llegó pronto a casa. Habían hecho la cena juntos, con la música de fondo, para evitar el silencio de la cocina. Cuando se sentaron a la mesa, Bixen llenó las copas de vino.

—Por nosotros —dijo elevando la suya.

Leire quiso imitarle, pero fue incapaz de sostener la copa, que cayó sobre la mesa. No podía apartar la mirada de la profunda raja que rompía el cristal. Mientras Bixen secaba el vino del mantel con unas servilletas, Leire empezó a llorar.

En los últimos doce meses habían sucedido muchas cosas, entre ellas, la operación de Bixen que, por suerte, había resultado un éxito. Bixen llevaba su válvula biológica de cerdo y, tras varios meses de recuperación, había logrado hacer vida normal. Otra cosa importante había sido el viaje a los Estados Unidos. Se habían instalado en Tallahassee. Cuando a Bixen le ofrecieron dar un máster de Derecho Internacional en la Universidad Estatal de Florida los dos estuvieron de acuerdo en que era una buena opción.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Bixen con dulzura, sentado de nuevo a la mesa.

Aunque bien sabía él que no le faltaban los motivos para estar triste. Habían tenido que hacer ocho mil kilómetros para continuar con sus vidas. Atrás quedaban sus familias, amigos, trabajos. Intentaban acostumbrarse a aquel lugar, tan distinto al País Vasco. Florida, la luz. Florida, el Estado del sol, pero también el de las tormentas y relámpagos causados por el aire húmedo del golfo de Méjico y el calor tropical. Echaban de menos los grises del norte, las montañas, el Cantábrico.

—A pesar de todo, estamos juntos —la consoló Bixen, sosteniendo la mano de su mujer.

Bixen se refería al secuestro, a la decisión de irse del País Vasco. Él nunca hablaba de lo sucedido. Tan solo a veces, en sueños, farfullaba frases inconexas, mientras se movía agitado entre las sábanas. Tras recuperar la conciencia en el hospital, aseguró que no recordaba nada. Sin embargo, Leire sospechaba que ese silencio era solo una manera de facilitar el olvido. De dar carpetazo a ese desagradable asunto. Para Bixen, igual que para la policía, aquella había sido una acción chapucera y estúpida, de la que, por suerte, había salido indemne.

Juntos, sí… Leire apretó la mano de su marido. Miró sus ojos, que tras las gafas parecían más pequeños. A pesar de todo… En su cabeza se agolpaban multitud de imágenes, confundiéndose las unas con las otras. La llamada anunciando el secuestro, la noche en vela, la comisaría, el colegio, el niño, la casa de Arbaiun. La oscuridad, el móvil, las conversaciones con los secuestradores. El miedo, el miedo horrible a perder a Bixen. El dolor de convertirse en alguien que no era ella y retener al niño que se parecía a Billy Elliot.

—Tranquila… —le dijo Bixen.

Leire no podía dejar de llorar. Volvía a ver la campa de un verde intenso, luminoso, bajo aquel sol que brillaba en un cielo azul. Recordó cuando abrió el maletero y retiró las mantas. Sus intentos por despertar al niño. Lo tocó, apoyó su mano en el hombro para sacudirlo, y en ese momento supo que algo iba mal.

Las lágrimas de Leire corrían por sus mejillas, se descolgaban por su barbilla para aterrizar sobre la mesa. Recordó la angustia que se convirtió en náusea. Venga, no me asustes, abre los ojos, le dijo al chico. Vuelve a casa. Es hora de volver.

—¿Qué te pasa, *maitia*? —le preguntó Bixen al ver su rostro desencajado.

Leire sacó al niño muerto del maletero. Pesaba mucho. Lo dejó en el suelo, sobre la hierba, y se arrodilló a su lado. Le quitó la mordaza, las cuerdas. Le colocó bien la ropa sucia. Lo peinó un poco. Cruzó las manos del niño sobre el pecho infantil. Billy Elliot no volvería a bailar.

—Me estás asustando —le dijo Bixen levantándose de nuevo.

Leire acarició el rostro del niño. Besó su mejilla, le pidió perdón hablándole muy bajito al oído. Apoyó su cabeza sobre el corazón del crío. Cogió una de las manos infantiles y la colocó sobre su pelo. Al mover el brazo del niño, parecía que él la acariciaba. Que la intentaba consolar, ahora que ya no había consuelo para Leire.

Su marido estaba detrás de ella, de pie. Sus brazos rodeaban su cuello.

—Bixen… —dijo Leire con voz temblorosa.

Ella no veía su rostro. Así era mejor. No hubiera soportado verlo.

—Bixen, hay algo que debo contarte —dijo con dificultad.

Y su marido acarició su pelo, dispuesto a escucharla.

Agradecimientos

A Jose, que confió en la historia desde el principio. A José Mari, que cayó rendido ante la oscuridad. A Elena, que sufrió los primeros borradores. A Ane, que me ayudó con las ubicaciones y algunas otras cosas. A María, por las diversas lecturas, por ver todos los errores, por intentar arreglarlos entre cervezas y gin-tonics. A Mijangos, por sus comentarios y las charlas literarias. A Luis, por sus correcciones y su gran apoyo. A Marilis, que me ayudó con los títulos. A los miembros del Café Literario, que leyeron una de las primeras versiones y la destriparon en una tarde magnífica. A Toño, que se encarga de los encuentros y los saraos. A Carlos, por cuidarme y sacar lo mejor de mí. A Rosa Pérez, mi editora. Por creer en el texto. Por sus sugerencias. Por darme una oportunidad.

A mis amigos, que me consienten y me animan.

A mi familia, que siempre está ahí.

Notas

[1] Cariño.

[2] Cumpleaños feliz.

[3] Cuenco.

[4] ETA, el pueblo está contigo.

[5] No habrá nuevas primaveras para nosotros. / El tiempo avanza sin cesar / y ahora no podemos ser lo que fuimos.

[6] El precioso niño está en la cuna, / muy calentito, entre sábanas blancas. / La abuela le dice, niño bonito, duérmete ya.

[7] Corazón.

[8] Si no te duermes, vendrá un perro grande. / Por eso, precioso mío, / duérmete pronto.

[9] Buenos días.

[10] Rudolf, el ciervo de la nariz roja, / tenía una nariz muy brillante, / y si lo vieras / dirías que brilla.

[11] Seguir en las dos (con referencia a la lucha política y la lucha militar).

[12] Pequeña.

[13] Traviesa.

[14] Hola, corazón.

[15] ¿Cómo estás, pequeño?

[16] Mamá.

[17] Despacio, despacio.

[18] El mundo se nos ha caído encima, / cariño, liberémonos cuanto antes.

[19] No sabemos dónde está lo mejor, / busquemos en otros lugares.

Los ausentes
Juana Cortés Amunarriz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Los ausentes*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Rekha Garton / Arcangel

© Juana Cortés Amunarriz, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2021

ISBN: 978-84-670-6171-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

